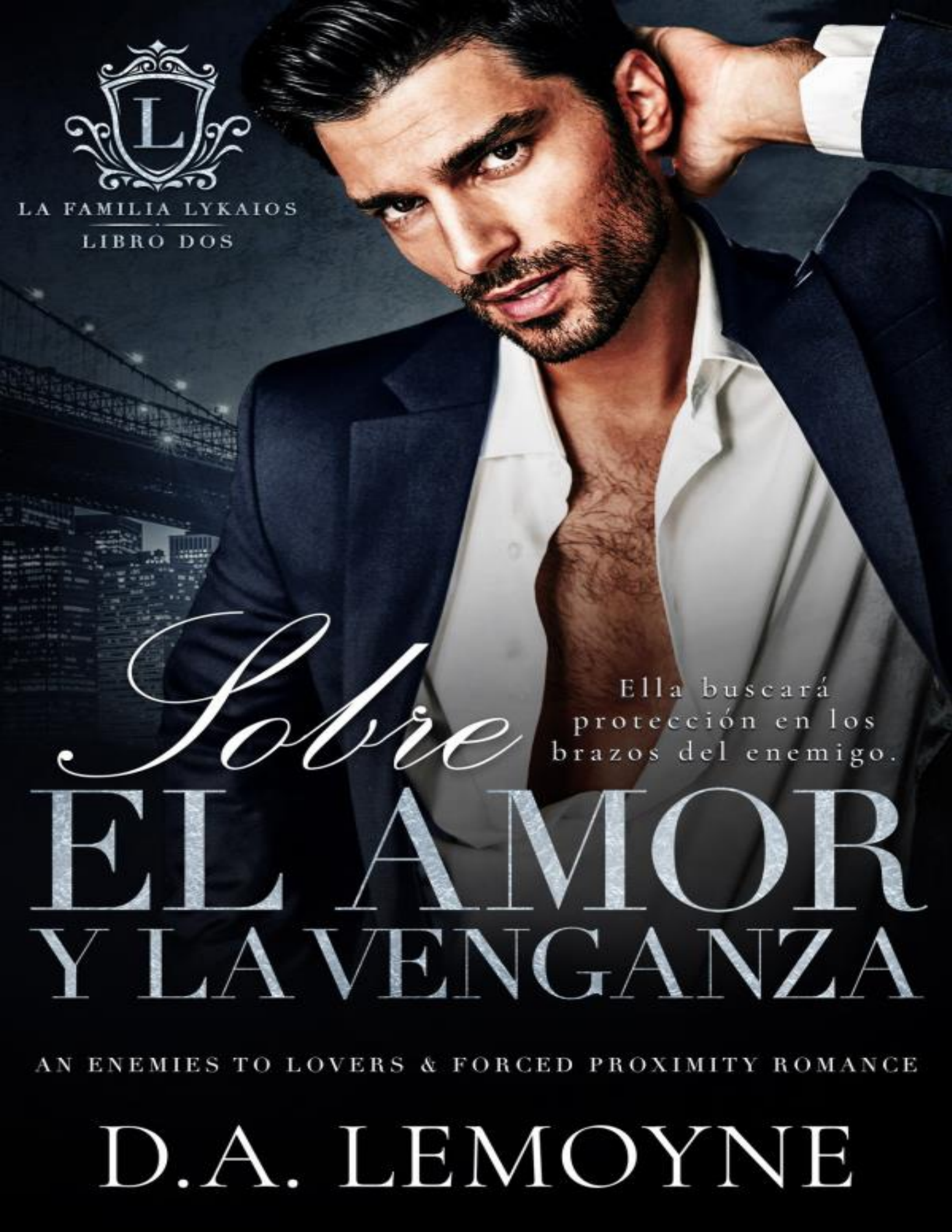
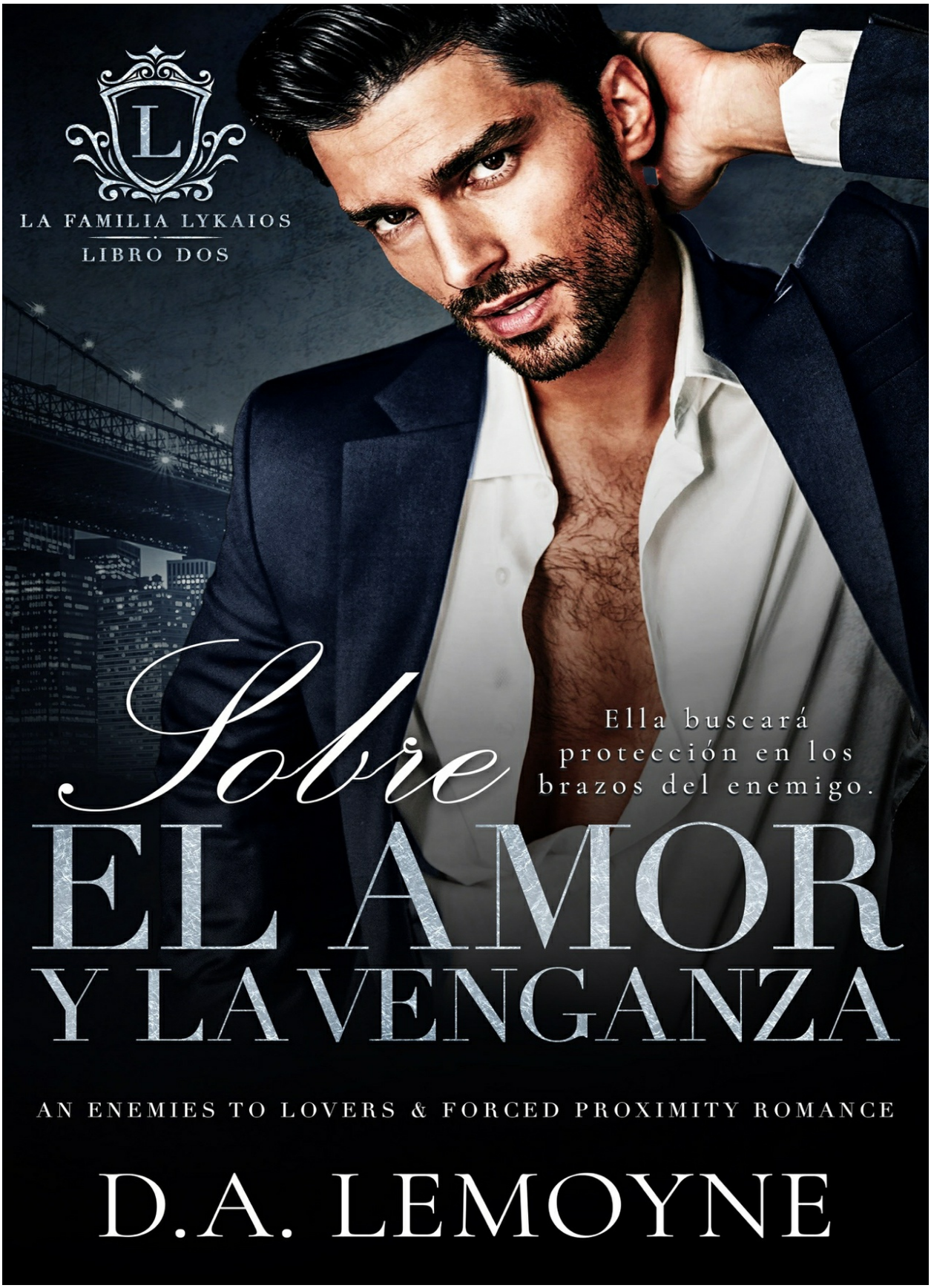

L
LA FAMILIA LYKAIOS
LIBRO DOS
Sobre
Ella buscará protección en los brazos del enemigo.
EL AMOR Y LA VENGANZA
AN ENEMIES TO LOVERS & FORCED PROXIMITY ROMANCE
D.A. LEMOYNE

D. A. LEMOYNE

Copyright © 2024


LA FAMILIA LYKAIOS
LIBRO DOS
Sobre
Ella buscará protección en los brazos del enemigo.
EL AMOR Y LA VENGANZA
AN ENEMIES TO LOVERS & FORCED PROXIMITY ROMANCE
D.A. LEMOYNE

Sobre EL AMOR Y LA VENGANZA

AN ENEMIES TO LOVERS & FORCED PROXIMITY ROMANCE

D.A. LEMOYNE

Finalmente, me concentro en su rostro.

Ella no muestra miedo, pero sabe que, aunque la salvé, tampoco soy su héroe.

Chica inteligente.

Odin Lykaios

(Sobre el Amor y la Venganza)

D. A. LEMOYNE
dalemoynewriter@gmail.com
Copyright © 2024 por D. A. Lemoyne
Todos los derechos reservados.
Publicado en los Estados Unidos de América
Título original: Sobre Amor e Vingança
Primera publicación: 2020
Carolina del Norte - EE. UU.
Autora: D. A. Lemoyne
Traducción: W. Bezerra Cavalcanti
Edición y corrección de texto: Ágatha Almeida Thomaz
Diseño gráfico de portada: Angela H.
Foto de portada: Renie Saliba
Ilustración: Mery Ribeiro
Diseño del libro: V. Miranda
ISBN: 978-65-00-42675-5

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o copiada de ninguna forma, ni por medios electrónicos o mecánicos, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, salvo breves citas en reseñas o promociones de libros.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.

La historia que sigue contiene temas maduros, lenguaje fuerte y situaciones sexuales, y está destinada a un público lector adulto.


Meryartt

Sumário

Otras Obras de D. A. Lemoyne
Sinopsis
Notas de la Autora
Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capitulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho

Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y Uno
Capítulo Treinta y Dos
Capítulo Treinta y Tres
Capítulo Treinta y Cuatro
Capítulo Treinta y Cinco
Capítulo Treinta y Seis
Capítulo Treinta y Siete
Capítulo Treinta y Ocho
Capítulo Treinta y Nueve
Capítulo Cuarenta
Capítulo Cuarenta y Uno
Capítulo Cuarenta y Dos
Capítulo Cuarenta y Tres
Capítulo Cuarenta y Cuatro
Capítulo Cuarenta y Cinco
Capítulo Cuarenta y Seis
Capítulo Cuarenta y Siete
Capítulo Cuarenta y Ocho
Capítulo Cuarenta y Nueve
Capítulo Cincuenta
Capítulo Cincuenta y Uno
Primer Epílogo
Segundo Epílogo
Bono - Grigori
Bono - Kaled Fouad Ayad Badawi Faheem
Sobre la Autora

Otras Obras de D.A. Lemoyne

La Obsesión del Magnate Griego (Libro 1 de La Familia Lykaios)
Sobre el Amor y la Venganza (Libro 2 de La Familia Lykaios)
Una Bebé para el Magnate Italiano (Libro 1 de Hechizo Italiano) – próximamente
Una Deliciosa Trampa (Libro 2 de Hechizo Italiano) – próximamente
Bajo el Dominio del Arrogante Italiano (Libro 3 de Hechizo Italiano) – próximamente
Un Amor Inesperado para el Viudo Siciliano (Libro 4 de Hechizo Italiano) – próximamente
El Perdón que Necesito (Libro 5 de Hechizo Italiano) – próximamente

Sinopsis

Atención: Tema fuerte. Puede contener desencadenantes.

Advertencia: *Sobre el Amor y la Venganza*, libro 2 de *La Familia Lykaios*, es una historia independiente. Cada libro puede leerse de forma separada, pero es probable que los siguientes contengan *spoilers* de los anteriores.

Odin Lykaios. CEO. En busca de venganza. Enamorado de la hija de su enemigo.

Me salvó. Me sacó de mi mundo. Y ahora, no puedo dejarlo, a pesar de saber que quiere destruir a mi padre.

Ella es la hija de su enemigo.

Él es un CEO tecnológico en busca de venganza.

Ella necesitará protección de su propia familia.

Él se enamorará de la heredera del hombre al que está decidido a destruir.

Odin Lykaios

Su herencia nórdica se convierte em una combinación peligrosa cuando se combina con su ascendencia griega.

En la mitología, es el dios de la Guerra, el que nunca perdona a un enemigo.

Pero Odin Lykaios también tiene sangue griega corriendo por sus venas, orgullo por sus orígenes y deseo de justicia.

Él nunca olvidará.

Él es despiadado.

Irá hasta el final para obtener tu venganza.

Dedicado a todos mis lectores que pidieron la historia de Odin y Elina.
Siempre para ustedes.

Carolina del Norte, 2024.

Notas de la Autora

Sobre el Amor y la Venganza es el segundo libro de **La Familia Lykaios.**

Cuenta la historia de Odin Lykaios, un magnate mitad griego, mitad nórdico, que domina la tecnología en el mundo, y Elina Argyros, una mujer que es hija del hombre que está decidido a destruir.

Después de años planeando su venganza, Odin finalmente está a solo un paso de lograrla, cuando su vida se vuelve patas arriba y debe proteger a la heredera de aquel a quien odia.

Lo que comienza como un plan para mantener cerca a la hija de su enemigo, Leandros Argyros, como un "comodín" que puede utilizar si es necesario, termina creando un vínculo tan fuerte entre ambos que le hace cuestionarse si su odio hacia su padre es mayor que la pasión que sienten el uno por el otro.

Elina tiene muchos secretos, y aunque ella creció en una burbuja, nadie la intimida.

Sobre Amor y Venganza es una historia sobre odio, rencor, venganza, pero también, y principalmente, sobre amor y curación.

No puedo dejar de mencionar que mis obras están dirigidas a lectores mayores de dieciocho años.

Finalmente, mis libros **son siempre historias independientes**, pero mi mundo literario está interconectado, entonces, eventualmente encontrarás personajes de una serie en otra.
Sin embargo, siempre explicaré de dónde vienen y dejaré una nota al pie de página dirigiéndolos al trabajo respectivo.

Espero que te enamores del universo que creé, tanto como a mí me encanto crearlo.

Con cariño,

D. A. Lemoyne



Prólogo

A los doce años

En algún lugar de Escandinavia

—¿Sabes el origen de tu nombre?

No quiero hablar. Me duele todo el cuerpo.

Hoy mi salvador dijo que ya llevo tres meses en tratamiento.

Tres meses desde que se fueron todos.

No tengo mucho sentido del tiempo.

Ya sea de día o de noche.

No me molesta.

Me gustaría que saliera de la habitación, pero mi padre me enseñó que nunca debemos olvidar a quienes nos ayudan en un momento difícil, entonces, aunque quiero pedirle que me dé un medicamento para volver a dormir, mantengo mis ojos abiertos.

—Es un nombre escandinavo. Mi madre me dijo que él era el más grande de los dioses de la mitología nórdica. —Intento recordar cuándo me habló, aunque ya no me gusta recordarla—. Ella nació en Noruega y todos los hijos varones de la familia de mi abuelo materno llevaban el nombre de un dios nórdico.

—¿Y qué más?

No quiero recordar.

No quiero escuchar su voz en mi cabeza, pero no puedo decepcionarlo.

—Él era el señor de la guerra.

—Sí. Nunca podrás olvidar eso. El dios Odín era también el señor de la muerte. Caminó por el mundo en busca de conocimiento y creía que ese conocimiento valía cualquier precio pagado, y que, a veces, había que hacer sacrificios.

Ahora empiezo a prestar atención a lo que dice.

Por primera vez desde que pasó todo, estoy interesado en una conversación. Hasta entonces, sólo quería que el dolor desapareciera.

Tengo ganas de llorar casi todos los días por los recuerdos que tengo del incendio que mato a mis familiares, pero me da vergüenza hacerlo frente a un extraño.

—Tampoco le importaba si su gente consideraba correcto lo que hacía para lograr sus objetivos. —Haz una pausa y mírame em silencio por un momento. Después de un rato, continúa:—. ¿Recuerda quién te hizo daño a ti y a tu familia?

Asiento con la cabeza en señal de acuerdo.

Nunca olvidaré la voz de ese hombre.

También recuerdo lo que le dijo a mi madre antes de quemar nuestra casa.

—Todavía le tienes miedo, ¿no?

No respondo, porque no quiero confesarlo en voz alta.

—Tiene dos opciones, Odin. Puedes pasar el resto de tus días escondiéndote, viviendo tu vida como un niño de doce años asustado, o puedes planificar.

Me he olvidado por completo del dolor ahora.

—Planificar?

—Sí. Planifica como hacerle pagar por matar a su familia. No importa el miedo que sientas, nunca olvides lo que hizo. Haz del odio tu religión. Él es tu enemigo y los enemigos no merecen piedad. Tus recuerdos te darán fuerzas para concentrarte en castigarlo.

—¿Debería matarlo también?

—Al final sí, pero primero lo destruirás. Le hará agonizar en la vida. Incluso le quitará el pan que tiene para comer en su mesa.

Pienso en lo que estás diciendo.

No quiero tener miedo para siempre.

Prefiero aprender de mi salvador que vengarme de mi enemigo.

—¿Me puedes ayudar?

—¿Con qué?

—Con los planos.

—Lo primero que debes hacer es curarte. ¿Este dolor que sientes ahora mismo? No dejes que ella te gane. Eres un dios poderoso. El dolor físico no te detendrá.

—¿Es un hombre rico?

—Sí, pero ese es tu menor problema. Tengo dinero. Ahora sólo tenemos que mejorarte y luego comenzaremos a planificar tu venganza.



Capítulo Uno

Seis años después

Grecia

El esta muriendo.

La única persona que sabe en qué me he convertido está muriendo.

No sé si lo amo.

Ya no creo que pueda amar realmente alguien, pero él me salvó.

No sólo cuidó de mi cuerpo hasta que me curé, sino que también me ayudó a renacer.

Mi salvador pago mis estudios y me enseñó cuatro idiomas más, además de los que ya sabía y que fueron heredados de mis padres. Así que, además del noruego y el griego, hoy hablo con fluidez inglés, alemán, francés e italiano.

Me sometí a dos cirugías plásticas regenerativas, pero increíblemente el fuego no deformó mi rostro. La zona más afectada fue la espalda. Todavía tengo algunas marcas.

Los cubrí con un tatuaje antes de irme a vivir a la isla del bastardo.

No me importa que me marquen. Las cicatrices en mi piel no son nada comparadas con lo que tengo grabado en mi memoria. Sólo me hice el tatuaje para no levantar sospechas.

Para todos los efectos, solo soy Odin Lykaios. Nadie sabe que mi segundo nombre es Hagebak, excepto mi salvador y Aristeu, el primo de mi padre, con quién me mudé hace aproximadamente un año, después de recuperarme por completo.

Vivir en la isla de Leandros Argyros fue una decisión que tomamos mi salvador y yo. Necesitaba estudiar al enemigo de cerca y este primo de mi padre es su jardinero jefe.

Aunque tu cercanía envenena mi sangre cada día, he podido aprender mucho desde que llegué.

—¿Cómo van las cosas?

Miro al hombre que tiene más huesos que piel en su cuerpo y sé que no vivirá mucho. A pesar de eso, en su lecho de muerte parece tan concentrado como siempre en ayudarme a vengarme.

—Voy a viajar en dos semanas.

Obtuve una beca para una Universidad en los Estados Unidos. Esto también forma parte de dos de nuestros planes, los que se debo seguir para destruir a Leandros.

Estudié la secundaria en Atenas y solo me mudé con Aristeu cuando ya estaba en mi último año.

No sé cómo lo hizo, pero mi salvador no sólo tomó todos mis documentos, sino que también me adoptó legalmente.

Él no es griego.

Cuando le pregunté cuál era el origen de su apellido, sólo dijo que procedía de algún lugar de Escandinavia.

¿Es por eso por lo que continuaste ayudándome? ¿El hecho de que yo fuera hijo de una mujer noruega te hizo pensar que había un vínculo entre nosotros? No lo sé con seguridad, pero tampoco me importa, para ser sincero. No hay nada que realmente me importe más que hacer pagar a Leandros Argyros.

Nuestro plan comenzó cuando me mudé a Atenas. Allí comencé a jugar baloncesto y no fue difícil destacar, teniendo en cuenta mi altura.

Mis calificaciones también fueron siempre excelentes.

No tenía nada más que hacer que estudiar, jugar baloncesto y odiar.

Sin embargo, regresaba a la isla todos los fines de semana. Siempre vigilante. Siempre con ambos ojos puestos en el maldito.

—Todo lo que tengo será tuyo.

No te agradezco y no digo que no lo necesitas. Siempre supe que sería su heredero. Esta no es la primera vez que hablamos de ello. Según me dijo, no tiene familiares vivos y recibir este patrocinio inicial facilitará mi camino.

—Pero debes prometerme que nunca retrocederás. No sientas lástima por nadie, Odin. No sintieron nada por ti.

Miro al hombre de piel demacrada.

—¿Por qué eres así?

No hay ninguna acusación en mi pregunta, sólo curiosidad.

Sé por qué soy vacío. Sé por qué hay tanto odio dentro de mí, pero ahora puedo ver que él también tiene una historia detrás de su deseo de ayudarme.

—No importa. No tengo mucho tiempo. Sólo prométeme que no te rendirás.

—No podría rendirme, aunque quisiera. Quiero poder volver a dormir, y eso sólo sucederá cuando todo haya terminado.

—Debes ser despiadado.

—No hay lugar para compasión dentro de mí.

—Excelente, ahora puedo morir en paz.

—Pero quiero respuestas. Hasta aquí he seguido tus consejos, pero hay una razón por la

que tú también lo odias. ¿Qué es?

—¿Cómo sabes que te odio?

No me molesto en responder. Me quedo mirándolo fijamente y, después de un rato, finalmente se rinde.

—En el momento adecuado lo sabrás todo. Junto al testamento hay una carta. ¿Dame tu palabra de que no lo leerás hasta que tu venganza llegue a su fin?

—¿Por qué?

—Has confiado en mí hasta ahora. Sólo te pido que tengas un poco más de fe. No intentes descubrir mis razones primero. Cuando todo termine, te prometo que tendrás las respuestas.

—Tenes mi palabra.



Una semana después

Normalmente no camino por la isla.

No puedo llamar atención, aunque estoy seguro de que no sabe quién soy.

Por suerte para mí, a pesar de ser medio escandinavo, parezco griego. No hay nada que delate mi ascendencia nórdica, aparte del nombre.

Aún así, no confío en mí mismo para no matarlo de inmediato, entonces trato de quedarme detrás de escena.

La muerte es muy poco para él.

Es necesario que haya humillación pública, la pérdida de todo lo que construyó, de su honor y, sólo al final, de su vida.

Hoy, sin embargo, tuve que caminar.

Es el aniversario de mi renacimiento.

La fecha en que perdí a mi familia y fui rescatado para vengarlos.

Mi salvador murió en la misma noche que fui a visitarlo, pero no antes de que repasáramos todo nuestro plan. Pronto, dejaré Grecia y estaré lejos por mucho tiempo, así que decido irme para despedirme de mi tierra natal.

Estoy sentado en la playa cuando veo un caballo árabe pura sangre trotando por la arena, justo al lado de la línea de agua.

Me encanta montar.

Fue una de las tantas cosas que me enseñó mi salvador, pero por mi secreto no puedo exponerme.

Observo fascinado la elegancia de la amazona. Ella lo monta a pelo e incluso antes de que esté lo suficientemente cerca, sé quién es.

Elina.

La hija mayor de mi enemigo. Tu belleza rubia siempre me fascina.

La chica no parece griega.

Cada vez que tengo oportunidad, la miro desde lejos.

Calculo que no puede tener más de trece años, por lo que nuestra diferencia de edad es cinco. Se parece a su madre, pero su piel tiene matices por la mezcla de razas.

Como yo, Elina no es cien por cien griega.

Cinthya, su madre, es inglesa.

En contraste con sus otras hermanas, ella es alta.

No hablo con ninguno de los Argyros —ni siquiera con Theodoro, que es el mejor amigo de mi primo Orien—, pero ya los he estudiado, así como a sus padres.

Las hermanas de Elina tienen la personalidad de matriarca, con posturas sumisas.

La rubia es diferente. Demuestra una independencia, un deseo de libertad que se manifiesta incluso cuando monta a caballo.

La sigo con mis ojos y sé que en el momento en que pase a mi lado, girará la cabeza para mirar.

Ella siempre hace esto.

Por mi parte, aunque tengo muchas ganas de seguir admirándola, finjo no prestarle atención. Sólo habría una razón por la que me acercaría a una Argyros: destruir a su padre.

No hay lugar en mí para otros sentimientos que no sean el odio —al menos hasta que se lleve a cabo mi venganza.

No tengo intención de involucrar a los hijos del desgraciado en mis planes a menos que sea absolutamente necesario. No es su culpa que nacieran de ese bastardo. Yo también tendré hijos algún día y no quiero que sean responsables de mis pecados.

A pesar de planificar una familia, no creo que alguna vez pueda amar una mujer como mi padre amaba a mi madre.

Cuando todo llegar a su fin, buscaré una esposa que continúe con mi apellido, pero nada que implique sentimientos, sino un acuerdo en el que ambos nos beneficiamos.

Tan pronto como creo que ya no puedo verme, me vuelvo en la dirección en la que ella iba, pero, para mi sorpresa, noto que ella ha desmontado de su caballo y camina hacia mí.

Estoy tan sorprendido que no puedo moverme, pero cuando noto que ella está sonriendo, sé que debo actuar.

Me levanto y empiezo a caminar en dirección opuesta, pero ella no parece dispuesta a darse por vencida.

—¿Te llamas Odin?

Dejo de caminar y espero.

Es curiosa la forma en que habla —muy lentamente, como si probara cada palabra. Nunca había oído a nadie hablar así.

—Theo dijo que viniste a vivir aquí hace apenas un año. ¿De dónde eres?

Me doy la vuelta y, por primera vez, puedo ver bien su rostro. Está en una fase intermedia entre ser adolescente y ser mujer, pero ya puedo decir que se va a poner espectacular.

Pelo rubio con un tono casi dorado, piel sin imperfecciones y los ojos verdes más hermosos que he visto en mi vida.

Ella está sonriendo y tiene una expresión desarmada.

Me encuentro casi devolviéndole la sonrisa.

La chica es encantadora.

Entonces aparece en mi mente la voz de mi salvador y recuerdo quién es ella.

Quienes somos.

—¿Por qué te importa?

Su rostro se enrojece instantáneamente, pero no retrocede, lo que me deja asombrado.

—¿Por qué me hablas así? No quise ofender. Sólo estaba tratando de hacer amigos.

Miro por un momento, en silencio, a la inocente niña. Por primera vez, estoy confundido acerca de qué hacer, pero al final sé qué camino tomar.

—¿Y quién dijo que quiero ser tu amigo? Encuentra un niño de tu edad con quien jugar. No me interesan las niñas estúpidas.

Ella retrocede dos pasos como si la hubieran atacado físicamente y yo me siento avergonzado, pero no quiero ningún vínculo con los Argyros.

—Lo siento mucho —habla y baja la cabeza, pero luego la vuelve a levantar, y cuando lo hace, toda su postura cambia—. No soy estúpida, sólo intentaba ser amable, pero no debería esperar nada diferente de un empleado. Tu clase social no tiene idea de cómo deben comportarse en sociedad.

No me ofende lo que dice —no espero nada diferente de una Argyros—, pero el hecho de que sea tan joven y ya tenga un comportamiento defensivo me sorprende.

Creo que cualquier otra niña de su edad que hubiera escuchado lo que dije habría empezado a llorar.

Entonces, al mismo tiempo que no quiero acercarme a ella simplemente porque nació con el apellido Argyros, una pequeña parte de mí la admira.

—Un día haré que te tragues cada una de estas palabras —lo prometo.

Su barbilla se eleva aún más.

—Estaré esperando.



Día de salida hacia Estados Unidos

—¿Estás seguro de esto, hijo? No me siento bien sabiendo que estarás al otro lado del mundo.

Miro al hombre sencillo que, junto con mis dos primos, es la única familia que me queda en Grecia.

Hasta donde yo sé, la parte de mi familia materna, que vive en Escandinavia, no les importa si estoy vivo o muerto.

—No puedo quedarme. Necesito estudiar.

—¿Y es esa la única razón por la que te vas, Odin?

Nunca me ha preguntado directamente sobre mis planes para el futuro, pero sospecho que lo sabe.

Cuando vine a vivir aquí, hace un año, Aristeu dijo que me buscó durante mucho tiempo cuando se enteró del incendio que mató a mi familia, y que ya había perdido la esperanza de que yo hubiera sobrevivido.

Vivíamos en otra isla y, aún en vida, mis padres y Aristeu nunca fueron cercanos. Hasta donde yo sé, papá y mamá solo lo visitaron una vez, y yo no estuve con ellos.

Mi salvador dijo que Leandros ni siquiera sabe que existo. No me vieron en el día del incendio, así que no tienen idea de que hubo un superviviente.

Mantenerme aislado mientras me recuperaba era una gran preocupación para mi salvador, no podíamos arriesgarnos a que nadie sospechara.

Cuando vine aquí, le pedí a Aristeu que dijera que yo era un sobrino lejano, justificándole a mi tío que no sabíamos si quien mató a mis padres vendría a por mí.

Debería permanecer fuera del radar hasta que esté listo para poder empezar a trabajar en mi venganza.

No sé si Aristeu realmente creía eso, pero podría ser que así fuera. Es un hombre de corazón generoso, y como toda buena gente, crédulo.

—Di la verdad: ¿te vas a buscar a quien quemó tu casa? ¿Sabes quién es él? ¿Esta persona vive en los Estados Unidos?

Nunca me había hecho tantas preguntas directamente, y aunque una parte de mí se siente culpable por dejarlo en la oscuridad, mantenerlo ignorante de los hechos que rodearon la muerte de mis familiares también es una forma de protegerlo.

—No quiero mentirte. No me preguntes algo que no pueda responder ahora.

—La venganza no conduce a nada, hijo.

—No importa cómo lo llames, pero hice una promesa y nada hará que cambie de opinión.

—¿Promesa? ¿A quién?

No respondo.

—No conoces a nadie allí. Esta idea de vivir en América es una locura. Eres sólo un niño —insiste.

—Sobreviviré. No tienes que preocuparte por mí.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que encontrarás lo que buscas?

Antes de que pueda controlarme —porque hasta ahora nunca he mostrado cualquier sentimiento delante de nadie más que de mi salvador—, dejo escapar:

—Porque el odio me mueve. Cada día que me levanto de la cama, cada vez que camino por esta tierra, no me permito olvidar.

Parece realmente asustado, pero se recupera rápidamente.

—Esto no es saludable, Odin. Cultivar el dolor, alimentar la ira. Este sentimiento sólo te está envenenando, hijo.

—Aristeu, ya no tengo cura. Cuida de Orien y Milena. Estaré bien. Cuando finalmente consiga lo que deseo, sacaré a ti y a los chicos de aquí.

—No voy a ninguna parte. Aquí es donde está enterrado el amor de mi vida. No puedo ir muy lejos.

—No voy a discutir contigo. Cuídate y cuida a mis primos. Principalmente de Milena. No la dejes suelta por ahí. Si quieres escuchar un consejo, envíala lejos. Una vez mencionaste que su madre tiene familia en la isla de Kea. Envíala allí hasta que haya completado sus estudios. Mi prima no está segura aquí.

—Qué quieres decir con que nos estás segura? Ella nació aquí. Es más, Milena no quiere estudiar. Todo lo que quieres es encontrar un buen marido que la cuide. —Me mira—. Te enteraste de algo sobre la muerte de tus padres, ¿no? Sé que no me dijiste todo. ¿Quiénes son los responsables, Odin?

—No necesitas saber eso.

—No puedo impedir que te vayas, pero quiero que te vayas sabiendo que eres como un hijo para mí y que sentiré tu ausencia.

—Voy a volver. No puedo dar una fecha límite ahora, pero algún día regresaré a Grecia.

Todavía mueve la cabeza de un lado a otro, pero finalmente parece resignado.

—Dios te bendiga, hijo.

—Sería algo nuevo.

—No digas tal cosa.

—¿Por qué? Es la verdad. No tendría precedentes si comenzara a bendecirme de ahora en adelante.

—Rezaré por ti. Voy a pedir que un poco de luz entre en tu corazón. Sé que lo que pasaste fue horrible, pero tal vez los responsables ya estén muertos.

Una vez más guardo silencio, porque no me corresponde decepcionarlo. El me abraza y le permito. Sin embargo, no tengo ganas de devolverle el abrazo. Después de mirarlo, por última vez, me doy la vuelta sin despedirme.

De ahora en adelante, estoy solo.

Este es el día que he estado esperando durante tanto tiempo.

Pasar de los planes a la acción.

En este preciso momento, la vida de Leandros Argyros comienza su cuenta regresiva.



Capítulo Dos

Dieciocho años después

Grecia

Camino por la isla con la certeza de que todo esto ya me pertenece.

Cada pedazo de esta tierra, dondequiera que lleguen mis ojos y mucho más allá —todo es mío.

Fue un trabajo meticuloso.

Me tomó años darle forma a todo, pero finalmente se cumple parte de la promesa que le hice a mi salvador está cumplida: a Leandros Argyros le queda poco más que la ropa que lleva en el cuerpo.

Cada vez que rompía parte de tu orgullo, era como un bálsamo sobre las heridas abiertas en mi interior, pero lamentablemente ese alivio no dura.

Ni siquiera puedo disfrutar de tu caída.

No es que tenga intención de parar.

Todavía queda un largo camino por recorrer, pero mañana por la noche finalmente podré observar de cerca tu agonía.

Una vez vi un documental sobre un padre que persiguió y exterminó al asesino de su hija. No tengo costumbre de ver televisión, pero esta historia en particular me fascinó, porque era incansable. Desafió las leyes de dos países, luchó durante años contra el sistema y, cuando no se hizo justicia, decidió tomar la responsabilidad en sus propias manos.

Fue juzgado por su venganza y cuando el periodista lo entrevisto el día antes de la decisión del jurado, le preguntó si se sentía en paz con la muerte de su enemigo.

Miro a las cámaras con los ojos más vacíos que jamás había visto y dijo: nada la traerá de vuelta.

Y esta es una verdad que sólo aquellos a quienes les han robado lo más preciado podrían comprenderla.

Nada devolverá la vida a mi familia.

Mi hermana nunca tendrá la oportunidad de crecer como lo hicieron sus hijos. Mi padre nunca más podrá caminar por las calles de nuestra antigua isla conmigo en la parte trasera de su bicicleta, sonriendo y saludando a sus amigos.

Me siento en la Roca Azul y miro al mar.

Han pasado muchas cosas en los últimos dieciocho años, y una de las más importantes fue la desaparición de mi primo Orien, el hijo mayor de Aristeu.

Fue en la playa, abajo, donde lo vieron por última vez junto a Theodoro, el único descendiente masculino de los Argyros.

Siempre supe que la amistad entre los dos no funcionaría y que su cercanía a Theodoro causaría problemas.

En el año que viví aquí, vi pasar todo.

Se amaban y esto sólo aumentó a medida que crecieron.

No había manera de que Leandros dejara pasar eso.

Y ahora, siete años después de su desaparición sin dejar rastro, sigo buscando respuestas.

Al principio, Aristeu fue lo suficientemente ingenuo para creer en la historia creada de que se fue porque quería comenzar su vida en otro lugar.

Incluso se enviaron cartas y mensajes por telefono móvil como si vinieran de Orien.

Pero, al contrario de Aristeu, no hay un solo hueso crédulo en mi cuerpo, y no me llevó más de media hora descubrir que los mensajes eran falsos —o, mejor dicho, nada podía probar que vinieran del niño.

Desafortunadamente, creo que sé lo que pasó.

No me siento culpable. No había nada que pudiera haber hecho.

Incluso después de que logré justificar mi riqueza, después de graduarme de la Universidad y comenzar a ganar dinero —ya que no tenían idea de la herencia que había recibido de mi salvador—, mis familiares no querían abandonar la isla.

Yo tenía un plan y no podía darme el lujo de fallar.

Ofrecí protección, pero ignoraron mis súplicas de que se fueran.

Al menos Milena estaba a salvo.

Como si los dioses hubieran decidido interceder por nosotros, ella se enamoró de un extranjero que estaba aquí de vacaciones y acabó yendo a vivir al sur de Italia.

Entonces, sin nada más que pudiera hacer con Aristeu y su hijo, seguí adelante con el plan inicial.

Incluso después de que Orien desapareció, me mantuve tranquilo y no enfrenté a Leandros.

Investigué y actué silenciosamente, como siempre.

Para destruir al viejo Argyros, primero necesitaba aumentar mi fortuna.

Aunque la herencia fue de gran ayuda, ser millonario no fue suficiente. Se necesitaría

mucho más.

Cuando llegué a América, dejé de vengarme y trabajé. Trabajé incansablemente para aumentar mi riqueza.

Había ganado una beca para jugar baloncesto en una Universidad en Estados Unidos, y a todos los efectos, no era más que un *nerd*. Un estudiante extranjero bueno en los deportes.

Entre los estudios y el tiempo que no entrenaba para competir, trabajé en mi sistema operativo.

Hoy tengo el mundo a mis pies. Mi empresa es la más poderosa de Estados Unidos en el área de tecnología.

Además del sistema operativo inicial, que fue revolucionario, trabajamos principalmente en el área de seguridad de la información.

El año pasado, Forbes me incluyó entre los diez hombres menores de cuarenta años más ricos y como el *CEO* más influyente en el sector de las telecomunicaciones.

Mi mente analítica como ingeniero me ayudó a planificar y conquistar, pero fue el odio lo que nunca me permitió rendirme.

Ahora, finalmente, estoy a punto de comenzar el ajuste de cuentas.

Todavía no sé qué haré con los niños.

Si tuviera que tratarlos ojo por ojo, diente por diente, los destruiría junto con Leandros, pero no lastimo a las mujeres —aunque, actualmente, solo Elina permanece en la isla. Todas las demás ya están casadas y repartidas por países europeos.

En cuanto a Theodoro, todo dependerá de lo que me diga mañana.

El cayo en mi trampa de venir a visitar a Aristeu al hospital, y espero que me dé las respuestas que necesito sobre Orien.

Quiero decir, mi tío está muy enfermo, pero no necesita de cualquier ayuda de los Argyros.

Lleva tres años luchando contra el cáncer y, finalmente, cuando se determinó que necesitaba quimioterapia, aceptó irse de aquí.

Sé que fue Elina quien advirtió a Theodoro sobre su enfermedad. Todos los teléfonos de la casa están intervenidos.

Después de que ella llamó a su hermano, solo tuve que sentarme y esperar a que me buscara, ya que Theodoro, como yo, nunca volvió aquí.

Podría haberlo comprobado antes, por supuesto.

De hecho, podría haberlo confrontado, porque ya lo revisé.

Tengo toda la información sobre la familia Argyros.

Padre, madre e hijos.

Pero mi plan fue elaborado cuidadosamente.

Un movimiento en falso y me arriesgaría a revelar quién era, porque mi deseo de muerte siempre había estado en la superficie, controlado a un gran costo.

Por supuesto, sabía que mi madre no era griega. Ella siempre llamó la atención por su pelo casi blanco, pero no estoy seguro si sabía que era escandinava.

¿Ni siquiera se dio cuenta de que Odin es un nombre nórdico?

La arrogancia del bastardo será la responsable de su fin.

Me gustaría entrar en su mente y descubrir qué sintió cuando supo que la isla ahora pertenecía a mí —al sobrino de su sirviente.

Y hice más que eso. Ordené derribar la casa donde vivía Aristeu con su familia y construí una verdadera mansión en esa parte del terreno.

Toda la isla pertenecía a Leandros, pero dentro de ella hay un territorio privado, como una pequeña fortaleza, con playas privadas y sin acceso a turistas. Todo es mío ahora.

La casa que construí es inmensamente más grandiosa que la de los Argyros, pero esta es la primera vez que vuelvo aquí después de casi dos décadas.

Al principio, el no supo quién era el hombre que estaba acaparando todos sus bienes, pero ahora lo sabe.

Me ha estado investigando.

O, mejor dicho, empezó por investigar a la persona que lo estaba destruyendo.

Al principio, es posible que no estuvieras interesado en mis acciones, ya que te hice perder dinero en varias áreas. Seguidamente, comencé a comprar sus deudas. Actué con calma y paciencia hasta que todo lo que poseía estuvo en mis manos.

Ahora, todo lo que necesitamos es la confirmación de lo que le pasó a mi primo.

Theodoro tendrá que darme respuestas. Fue la última persona que vio a Orien con vida.

Después de nuestra charla de mañana, pondré de rodillas a ese maldito Argyros.

Lo que tengo planeado para la fiesta es sólo el principio de su fin.

Él no tiene otro lugar adonde huir.



Más tarde, aquella noche

¿Qué ella cree que está haciendo?

Yo debería cerrar el ordenador inmediatamente. No es por eso que instalé las cámaras.

Resulta que estoy hipnotizado por la mujer singular.

Entonces, en lugar de alejarme, hago zoom en la imagen y me siento en mi silla de cuero para observarla mejor.

Las cámaras son buenas, de última generación, así que tengo cada detalle; incluso un suspiro sería audible, ya que ese era el propósito para el que fueron diseñados: obtener más información contra Leandros Argyros.

Elina lleva un camisón de seda largo, sencillo, que no parece haber sido comprado con ninguna intención de seducción, pero, aun así, parece muy sexy.

Por supuesto que la seguí a lo largo de los años, así como a todos los Argyros.

Ella siempre me intrigó.

Desde aquel encuentro em la playa, cuando aún era una niña y todavía me enfrentó, Elina ha despertado mi curiosidad.

Sería un mentiroso si no le confesara que le presté más atención que al resto de sus hermanos.

Ella entró a la biblioteca lentamente, casi como se estuviera haciendo algo ilícito.

¿Por qué alguien debería tener cuidado en su propia casa?

Sólo la luz de la lámpara de mesa está encendida, lo que le da a tu paseo nocturno furtivo una atmósfera de ensueño.

Me gusta observar a la gente.

Los estudio, encuentro sus debilidades.

Hasta ahora, no he necesitado hacer esto con una mujer —actuar como un *stalker*[1]—, y mucho menos en una situación tan íntima.

¿Por qué estás despierta a esta hora, rubia?

Después de parecer comprobar si realmente está sola, gira su cuerpo por la habitación, como si bailara un vals en su cabeza.

Sus pasos son ligeros, suaves, casi sin tocar el suelo.

Después de mirar los estantes llenos de libros, ella se dirige a un estante y deja pasar sus dedos por las duras tapas.

Los toca lentamente, como una caricia, y por más loco que sea, me excita.

Imagino esos dedos recorriendo mi abdomen, deslizándose hasta encontrar el camino correcto hacia mi sexo.

¿Cuántos amantes has tenido?

Elina tiene muchos pretendientes dispuestos a convertirla en su esposa, su padre lleva años intentando casarla, pero al parecer está esperando la mejor oferta.

Hasta donde yo sé, ella no tiene intención de elegir marido. Quizás sólo quieras divertirte con las pobres almas que caen en tu red de seducción.

Porque si hay algo que no se puede negar de Elina es que ella es de una belleza inigualable.

Salgo con mujeres que rozan la perfección.

Modelos, actrices.

Elina Argyros, sin embargo, tiene algo que no he encontrado en cualquier otra.

Su aire de superioridad, tan parecido al de su padre, y su barbilla siempre arriba, me hacen querer ver de cerca su orgullo.

No sé si el deseo de domarla es por el odio que siento por Leandros. Podría ser, pero no lo creo.

Obtuve información sobre tus otras hermanas y ellas nunca me despertaron para nada.

Es solo ella.

Sólo la rubia, que ni siquiera parece griega, me da ganas de seducirla.

Finalmente elige un libro grueso con tapa azul. Me gustaría saber qué es, pero no veo el nombre.

Lo levanta y camina hacia un *chaise longue* [2] junto a la ventana. A partir de entonces, para mi sorpresa, se perdió el aire de sofisticación. Se sienta y cruza las piernas como una niña pequeña. Antes de abrir el libro, gíralo de lado a lado, observando cada detalle. Su mirada es de adoración, e incluso contra mi voluntad, me siento conectado con ella.

Estoy loco por los libros. Los libros y los caballos son las únicas cosas capaces de despertar en mí alguna emoción.

La diosa lo abre, apoyándolo en su regazo, pero creo que está demasiado lejos para que pueda leerlo. Aun así, parece seguir las líneas de escritura con un dedo, como lo hacen los niños en la escuela primaria, lo que me intriga.

Simplemente no dura mucho. De repente, algo cambia.

Sus hombros caen y ella lo cierra, tirándolo.

¿Qué pasó?

Pasó de feliz a estresada en pocos minutos.

Con los ojos cerrados, se acuesta, lo que hace que el camisón se estire, moldeando su cuerpo perfecto.

Tiene pechos grandes, a pesar de ser delgada, y no puedo dejar de imaginar cómo sería abrazarla así.

Arrodillarse frente a ella, bajar los tirantes de su camisón y pruébala.

Chúpala hasta que escuches sus gemidos.

Mi polla reacciona a la idea.

He estado fuera demasiado tiempo.

Las fotografías son impersonales y nunca hicieron justicia a su belleza, pero verla respirar, moverse, me pone cachondo.

No estoy acostumbrado a reprimir mis deseos carnales. Me encanta el sexo y es el único momento en que me libero completamente del odio, centrándome sólo en dar y sentir placer. También tengo un apetito voraz. La mujer que sale conmigo tiene que estar preparada para lo que le espera.

Vuelvo a mirar el hermoso rostro, que parece un cuadro y ahora está cerrado, así como las pequeñas manos a los lados del cuerpo.

La boca se comprime formando una fina línea y el pecho sube y baja, como si intentara calmarse.

Estoy tratando de armar el rompecabezas en mi mente cuando ella se cubre el rostro con ambas manos, y por el movimiento de sus hombros, sé que está llorando.

Pocas cosas me sorprenden en esta vida.

Siempre espero lo peor del ser humano, pero ella logró dejarme sin palabras.

¿Qué diablos está pasando?

¿Qué tuvo ese libro que provocó un cambio tan drástico?

Sin embargo, justo cuando empezó, el llanto cesa.

Se recupera rápidamente, demostrando que es una auténtica griega, y ahora parece la misma rubia fría que he observado desde lejos durante años.

Ella se pone de pie, en la habitual postura regia.

El rostro ausente de emoción.

Se agacha y recoge el libro, ya no como si fuera un objeto sagrado, sino casi con asco.

Después de devolverlo donde lo llevaste, sales de la biblioteca.

Intrigado, vuelvo a la escena y lo vuelvo a ver tres veces.

Al final, todavía no tengo idea de qué causó la transformación en su comportamiento.

Si hay algo capaz de calentar mi sangre, es un enigma.

Quizás, al centrarme tanto en Leandros, me perdí una parte importante.

La niña de tus ojos, la que creo que es tu hija favorita, no es sólo la mujer superficial que juzgué.

Elina Argyros es más compleja de lo que imaginaba.

Y ahora no me voy a tranquilizar hasta desentrañarla.



Capítulo Tres

Al día siguiente

Tengo un secreto.

No, necesito decir la verdad: tengo algunos secretos, y el que voy a contar ahora ni siquiera es el principal.

Soy una imitadora.

No del tipo que intenta hacer sonreír a la gente caminando detrás de ellos por las calles, reflejando sus acciones.

Nada siquiera parecido a eso.

Soy una imitadora de emociones y reacciones.

Copio, tanto en el habla como en la acción, lo que creo que la gente espera de mí.

Una vez, cuando todavía era una adolescente, mientras caminaba por la isla, vi un camaleón. Inicialmente, estaba encima de una roca y su color se mezclaba con ella, pero luego se bajó y comenzó a caminar entre el follaje. La piel cambió del tono gris de las rocas a tonos verdes.

Lo seguí un rato, fascinada por su capacidad de adaptarse a su entorno. Uno de los empleados de mi padre me vio observando al animal y me explicó que, contrariamente a lo que la mayoría de la gente pensaba, el camaleón no sólo se camuflaba para defenderse de los depredadores, sino también cuando quería cazar insectos.

Entonces, los cambios de color eran tanto una forma de defensa como de ataque.

Guardé esta información.

Presto mucha atención a lo que la gente me dice. Éste en particular me interesó, porque necesitaba ser como un camaleón toda mi vida y ni siquiera me di cuenta.

Desde que mi padre me explicó qué tipo de persona era, me di cuenta de que cuanto más fingía, menos podrían lastimarme los demás.

Si nadie te conoce realmente, no conocen tus debilidades.

Esto ha funcionado bien.

Hoy puedo decir con certeza que ni siquiera los más cercanos a mí pueden adivinar lo que estoy pensando.

Tal vez porque no les importa, tal vez porque imito tan bien que nadie se da cuenta de que sólo estoy fingiendo, como una actriz de teatro.

No me importa, mientras no puedan lastimarme.

Raramente una situación me pone nerviosa, porque no me importa casi nada. No dejo que las emociones se apoderen de mí, pero hoy estoy temblando por dentro.

No me gusta tener que lidiar con imprevistos.

Nuevas situaciones me asustan, y esta noche, en particular, hay una que me ha estado dejando muy ansiosa: la fiesta organizada por Odin Lykaios, el sobrino de Aristeu.

Su tío era el jardinero jefe de mi padre.

Odin se fue de aquí hace muchos años y ahora ha regresado convertido en multimillonario.

Escuché a mi padre explicarle a mi madre que no podíamos evitar asistir a su recepción, pero lo que realmente me sorprendió fue descubrir que la mansión construida en nuestro terreno privado ahora le pertenece.

Para empezar, ya estaba confundida por el hecho de que mi padre hubiera cedido parte de nuestro terreno para que un extraño construyera en él, y ahora por saber quién lo compró.

A mi padre nunca le gustó mezclarse con los sirvientes, sin importar si se hicieron ricos o no. Para él, los empleados no tienen clase y ni siquiera merecen una segunda mirada.

Hace unos tres años, Aristeu también abandonó nuestra isla, pero hace poco más de una semana descubrí el motivo. Esa fue otra conversación que escuché. Mi padre le dijo a uno de los guardias de seguridad que se estaba muriendo, con un cáncer terminal. Incluso pensé que lo ayudaríamos con los gastos, pero ese día todavía no sabía que Odin era rico y que no necesitaba a nadie que cuidara de su tío. Entonces llamé a Theo, mi hermano menor, y le conté lo que descubrí.

Normalmente no pienso en mi hermano, ya que mi padre nos ha prohibido tocar en su nombre desde que nos dejó.

Dejar la isla fue solo otra afrenta que Theo hizo contra nuestro padre. Nunca le obedeció del todo, empezando por su amistad con Orien, hijo de Aristeu, que era inaceptable para mi padre.

Orien, como toda su familia, era inferior a nosotros, dijo papá.

A Theo, sin embargo, no le importaba. Continuó reuniéndose con Orien todos los días, y cualquiera que caminara por la isla podía verlos juntos.

Después de que Orien se fue, no pasó mucho tiempo antes de que Theo nos dejara también. No he visto a mi hermano en al menos ocho años. Raramente hablamos por teléfono, y cuando sucede, siempre discutimos.

Él vive en América.

Vi fotos de él en algunas revistas y escuché a mi padre decir que trabajaba con actores para tentar de avergonzarlo.

No sé por qué Theo se fue, pero nunca regresó y no lo perdono por eso. Parece que se olvidó por completo de su familia.

Theo y mi padre siempre tuvieron problemas. Él fue el que recibió más golpes. Quiero decir, apenas me golpearan en comparación con mis hermanas y Theo; mi padre dijo que no le gustaba arruinar mi belleza.

Esto hizo que las chicas me odiaran y hasta el día de hoy no son mis amigas. Después de casarse, la situación empeoró.

Lo que no sabían es que los ataques que sufrí eran palabras y dolían tanto o más que los golpes que recibían.

Miro el vestido tirado en la cama.

No quiero ir a la fiesta.

No me gusta ese hombre y sé que a él tampoco le gustamos nosotros.

La única vez que hablamos, cuando yo aún era muy joven, Odin me trató como si fuera un insecto.

Mucho peor que eso. Tocó un punto débil.

Realmente no entiendo por qué mi padre insistió en que fuéramos a esta fiesta.

¿Es porque Odin ahora es rico?

Sí, podría ser eso. Mi padre sólo interactúa con personas con mucho dinero y poder.

Él mismo lo dice todo el tiempo.

A pesar del desánimo de tener que reencontrarse con el hombre rudo, será una oportunidad para salir un poco de casa. No hemos tenido una fiesta aquí desde hace mucho tiempo, y como mi trabajo en la vida es organizarlas, no tenía nada que hacer.

Lleno la bañera mientras trato de imaginar si mi padre querrá que seamos amigos de Odin ahora.

—Elina, si sigues demorando en prepararte, llegaremos tarde.

Miro a mi madre y es como verme en un espejo.

El cabello rubio ahora tiene algunos mechones blancos, pero el cuerpo es alto y delgado, y tenemos los mismos ojos verdes. No nos parecemos en nada al resto de la familia. Mis hermanas son morenas y bajas. El único que está más cerca de su sangre materna inglesa, además de mí, es Theo, pero su pelo es negro como el de Leandros.

Dios, no puedo llamarlo así, o peleará conmigo nuevamente. No quiero tener que escuchar las cosas que dice cuando está enojado.

—Puedo prepararme muy rápido —respondo.

Intento adivinar qué está pensando mi madre mientras me mira desde la puerta, pero no puedo.

Ella, como yo, aprendió a ocultar sus emociones. Además, mis padres han sido misteriosos últimamente.

Nunca hablaran mucho con sus hijos, pero ahora, de vez en cuando, los pillo hablando en voz baja. No me importa su silencio. La verdad es que me he acostumbrado y hasta me resulta extraño cuando me preguntan algo.

Si vives con alguien que siempre parece ver un defecto en todo lo que hace, terminas

entrenada para decir lo menos posible.

Esto no es tan difícil porque no me gusta hablar. Sólo conmigo misma y dentro de mi cabeza. Cuando extraño escuchar a otras personas, veo mis películas románticas favoritas y también mis dibujos animados. De lo contrario, prefiero montar a caballo, es lo que me encanta hacer en la vida.

Miro a mi madre de nuevo.

En el passado, ella sonreía más. Hoy parece una flor aplastada, arrancada del tallo, muriendo lentamente.

—No quieres ir, ¿verdad?

El lugar de responder directamente, respondo con otra pregunta.

—Mamá, ¿por qué vamos a esa casa? Papá nunca ha estado tan cerca de un empleado.

—Odin Lykaios ya no es un empleado, sino uno de los hombres más poderosos del mundo. Sabes que a tu padre le gusta estar bien conectado.

—¿Será por eso que vendió parte de nuestra tierra a Odin?

—Realmente no lo sé, pero esta no es una preocupación que debamos tener las mujeres. ¿Has olvidado lo molesto que se pone tu padre cuando intentamos hablar de su negocio?

Es verdad. Para mi padre, el papel de la mujer es tener hijos, apoyar a sus maridos y presentarse en eventos sociales.

Pienso diferente.

Aunque tengo experiencia organizando fiestas aquí en casa, no me gusta mucho la gente. Al menos los que vienen a nuestra casa. Es una tortura tener que hablar con los invitados. Al final de la noche, mi rosto se siente tenso después de dar tantas sonrisas falsas.

De cualquier manera, es mejor que verse obligada a tener un marido y muchos hijos como mis hermanas.

—Deberías usar verde. Resalta más tus ojos. —ella dice, señalando el vestido color crema que está sobre la cama—. ¿Será posible que no puedes elegir una ropa sola, Elina? ¿Qué será de ti cuando me haya ido?

Mi corazón empieza a latir muy rápido.

Ella acaba de tocar un tema en el que nunca me permito pensar.

Muerte.

Por mucho que nuestra familia no tenga amor y no hayamos crecido juntos, no me gusta imaginar que algún día estaré sola en el mundo.

—No digas eso, mamá. Aún eres muy joven.

La idea me aterroriza. Cuando mi madre muera, no me quedará nadie.

—Quién sabe lo que Dios tiene reservado para nosotros? —ella dice.

Para ocultar mi miedo, entro en mi *closet*. Elijo el vestido verde que me sugeriste, aunque creo que es demasiado escotado.

—Listo. Aquí tienes el vestido que te gusta —digo, intentando que deje de hablar de ese tema tan incómodo.

—Necesitas aprender a cuidarte a ti misma. Al menos hasta que encuentre un buen hombre que pueda satisfacer sus necesidades.

Yo estaba a punto de ir al baño, pero me detuve y la miré. Mi madre no cree que las mujeres deban tener una carrera.

Me gustaría trabajar. Ir a la Universidad, estudiar para ser veterinaria y cuidar caballos.

A veces, miro las fotos en las revistas. Me encantan las fotos de caballos y granjas, aunque sé que mi sueño de estudiar nunca se hará realidad. Solo un sueño.

—Debes usar maquillaje también. Hoy habrá muchos pretendientes y tu padre dijo que probablemente vendrá *Jeque* Naim. Está buscando una cuarta esposa y sería un privilegio si la eligiera.

—No quiero casarme y mucho menos con un hombre que ya tiene tres mujeres. Somos católicos ortodoxos. ¿Cómo puedes decir algo así?

—No importa lo que quieras. Sería bueno para la familia unir el apellido con alguien tan poderoso. Además, ya tienes treinta años, Elina. Pronto será demasiado mayor para tener un hijo.

—No tendré hijos.

—No digas esas tonterías. Por supuesto que sí. Si tu padre escucha algo así, ambas estaremos en problemas.

Sé que tiene razón, pero si no tengo derecho a decirlo en voz alta, al menos puedo pensar.

Nadie me obligará a casarme.

Haré todo lo necesario para que el Jeque no note mi presencia.



Capítulo Cuatro

Finalmente.

Después de esperar más de veinte años, ha llegado el día de comenzar mi venganza.

Debería estar acelerado, pero me siento vacío como nunca antes.

La conversación con Theodoro antes de que comenzara la fiesta, lamentablemente, fue lo que imaginaba.

A pesar de estar segura de que el hijo menor de Leandros estaba con Orien la última vez que lo vieron, nunca creí que Theodoro fuera responsable de la desaparición de mi primo.

Ahora tengo la confirmación de lo que ya intuía.

Sólo hay un responsable. El patriarca Argyros.

Conocí, desde muy joven, su psicopatía y crueldad.

Lo que le pasó a mi familia no fue inusual para el maldito, como descubrí hace muchos años. Él siempre pasaba por encima de cualquiera para satisfacer sus deseos.

El mundo está lleno de personas enfermas, pero Leandros está en la cima de la cadena alimentaria cuando se trata de crímenes atroces.

Me tomó mucho tiempo rastrear y combatir sus acciones.

Aparte de mis motivos personales, me dio satisfacción deshacer sus malas actitudes. Es como limpiar los desechos humanos que representa. Después de todo, desde los doce años de edad, he estado esperando mi ajuste de cuentas.

Nadie sabe por lo que pasé. Ni siquiera mi salvador podía imaginar cómo eso aun me atormenta.

El olor de la muerte que me sigue a donde quiera que voy.

Los gritos de mi familia.

Y, sobre todo, la culpa de haber sobrevivido.

Ahora, como si no fuera suficiente, también se trata de Orien.

Con la información que me dio Theodoro, ya tengo a alguien buscando a Ciro, el jefe de los guardias de seguridad de Leandros.

Él dijo que ese día, en el acantilado, fue Ciro quien llevó a Orien al cobertizo para botes. Será cuestión de tiempo que me confirmen lo que le hicieron a mi primo.

No es que necesite. Orien nunca abandonaría así a su familia, por supuesto, pero, sobre todo, nunca abandonaría a Theodoro.

Los vi acercarse cada vez más y supe que no terminaría bien. Sin embargo, no imaginé que Leandros pudiera llegar tan lejos y lastimar al mejor amigo de su hijo, o hubiera encontrado la manera de sacar al niño de aquí. Nunca pensé que ese bastardo sería tan estúpido a punto de lastimar a alguien en su propia isla, pero, aparentemente, el odio por la identidad sexual de su hijo venció a la razón.

O quizás, la certeza de la impunidad.

Sin embargo, llega el momento en que tendrá que responder por todos sus crímenes.

Ahora, después de lo que Theodoro reveló, sé que Orien no salió vivo de aquí. Aunque todavía no tengo forma de demostrarlo, esta noche le daré a Leandros una muestra de lo que le espera en un futuro cercano.

Quiero verlo retorcerse en agonía mientras su mundo se desmorona. Mirarle a los ojos cuando le quito todo lo más preciado que tiene.

Sin embargo, hoy sucedió algo inesperado que hizo que mis planes cambiaran.

Tengo micrófonos en cada habitación de esta casa y escuché una interesante conversación entre Leandros y Jeque Naim, uno de los invitados.

Yo tenía un discurso listo.

Como todo en mi vida, las palabras pronunciadas aquí tendrían un objetivo claro: dar en el blanco del orgullo de Leandros Argyros.

Pero acabo de descubrir que mi enemigo está tratando de encontrar una salida a su colapso financiero, y para lograrlo, negoció a su propia hija.

Elina, la dama de hielo.

¿Está ella al tanto del acuerdo?

No puedo estar seguro.

De cualquier manera, no dejaré que suceda.

Al casar a su hija con el Jeque, Leandros se liberaría de la pobreza y arruinaría mi estrategia cuidadosamente planeada.

Lo haré suplicar de rodillas, humillándose, honrando con su vergüenza las almas de mis parientes.

Matarlo es muy poco.

Ni siquiera estaría cerca de aliviar mis heridas.

No. Haré lo que sea necesario para impedir que trates con Naim.

Todavía sigo atrapado con ese pensamiento mientras camino hacia el salón principal.

Es hora de mi discurso.

Al pasar por una de las habitaciones, escucho lo que parecen gemidos de angustia o los sonidos de un gatito herido.

Estoy inmediatamente en alerta porque sé que aquí no hay animales. Los sonidos provienen de una persona, probablemente una mujer. La puerta está cerrada, pero no necesito tocar para entrar a ninguna habitación de mi propia casa.

Tiro de la manilla y, al principio, trato de entender lo que estoy viendo. Entonces, una ira ardiente se esparce por mi torrente sanguíneo.

Elina es atrapada por el Jeque contra una pared. Él tiene su mano alrededor de su garganta, sosteniendo su cabeza en su lugar y acariciando sus caderas, mientras ella intenta alejarse.

En este momento, ella tiene la misma vulnerabilidad que presencié la noche anterior y ya no es la mujer indiferente que el mundo conoce.

Debí haber hecho algún ruido, ya que ambos me miran; el hombre parecía desafiarme a interrumpirlo.

Conozco tu tipo.

Él piensa que, por descender de una familia poderosa, es inmune a cualquier norma impuesta al resto de la sociedad.

Lo que Naim no sabe es que a mí tampoco me importan las normas. Paso por encima sin ningún sentimiento de culpa cuando me conviene y no me importa quién sea.

No temo a nadie, y menos aún a un maldito heredero mimado que nunca ha movido un bolígrafo para ganarse la vida.

No tengo palabras para expresar lo mucho que me repugna la escena. Aprovechar la ventaja física para controlarla es depreciable. Tengo muchos defectos, pero nunca tomaría a una mujer por la fuerza.

La mirada en los ojos de Elina me dice que ella daría cualquier cosa por salir de allí, pero a pesar de eso, incluso en una situación desfavorable, sigue sin suplicar ayuda.

No con la boca, porque toda su postura me dice que está aterrorizada. Incluso contra mi voluntad, me siento conmovido por su capacidad para disfrazar su miedo y también por su orgullo.

—¿Qué está pasando aquí?

El Jeque esboza una media sonrisa falsa.

—Mi novia y yo estamos en medio de una discusión, pero no es nada de lo que debas preocuparte.

Aunque ya era consciente de las intenciones de Leandros de negociar a su hija como si fuera un trozo de carne, escuchar la posesión en la voz del hombre remueve algo dentro de mí. Un sentimiento incómodo y desconocido que no quiero detener y evaluar ahora.

—¿Es eso lo que estoy viendo, Elina?

Es la primera vez que hablo con ella desde aquel día en la playa, hace veinte años. Noto que la sorpresa se mezcla con el miedo.

—¿Estás dudando de mí? ¿Prefieres creerle a una mujer que a la palabra de Naim Ayad Badawi Faheem?

Mierda, ¿qué tan arrogante tiene que ser un imbécil para hablar de sí mismo en tercera persona?

Lo miro en silencio durante un rato y creo que tiene la impresión de que voy a retroceder.

Está equivocado.

—Responde, Elina. Te lo preguntaré por última vez y luego estarás sólo. ¿Lo que estoy viendo es un simple desacuerdo de pareja?

Estoy seguro de que no, pero necesito que ella lo confirme.

No sé qué tanto sabe de los planes de su padre, aunque mi instinto me dice que, así como yo, la rubia desprecia al Jeque.

En lugar de hablar, mueve la cabeza de un lado a otro. Sólo entonces me doy cuenta de que no ha respondido en voz alta porque el hijo de puta le está aplicando fuerza excesiva en la garganta.

—Falda —en una sola palabra, libero la advertencia. No hay ningún cambio en mi voz.

Al contrario, quizás esté un tono más bajo de lo normal, pero un hombre tendría que ser muy estúpido para no temer la amenaza implícita.

Naim es un bastardo, pero se ama demasiado para correr riesgos. Es simplemente un idiota que fue criado sin meterse nunca en una pelea, siempre teniendo un guardia de seguridad para defenderlo.

—No sabes lo que estás haciendo.

Doy un paso más cerca.

—No habrá una segunda advertencia.

Finalmente, su mano deja el cuello de Elina y el desafortunado comienza a alejarse, no sin antes detenerse por última vez.

—No quedará así. No deberías haberte involucrado. No sabes lo que acabas de crear para ti mismo.

No aparto la mirada de él ni por un segundo, y en esta guerra silenciosa, soy el ganador absoluto. Casi sonrío al ver brillar en sus ojos el miedo que, hasta hace pocos minutos, le imponía a Elina.

—Tal vez no sepas lo que acabas de crear para sí al amenazarme.



Capítulo Cinco

Después de que él se vaya, puedo centrar mi atención en la mujer que me fascina.

Sin embargo, cualquier admiración por su belleza queda completamente olvidada cuando veo las marcas rojas de dedos en su garganta.

El odio no es un sentimiento extraño para mí.

Creo que incluso puedo decir que es más conocido que cualquier otro sentimiento o emoción que haya experimentado —a excepción del placer sexual—, pero ver el resultado de la brutalidad de ese bastardo contra ella me hace querer matarlo.

Elina me mira fijamente y, a pesar de no bajar la cabeza y no tener ningún rastro de timidez en sus rasgos faciales, parece una presa a merced de un depredador.

Nunca había estado tan cerca de ella y mi cuerpo reacciona inesperadamente.

Lidio bien con mis propios deseos.

No tengo ningún problema en dejarlos salir a la superficie, pero lo que pasa ahora me toma por sorpresa.

Es como si todo mi sistema vibrara de anticipación.

Algo me atrae hacia ella, y antes de pensar en lo que estoy haciendo, dejo que mis dedos recorran lentamente la zona de su garganta, que hasta ese momento estaba siendo maltratada.

Ella es tan suave como la seda. Y caliente.

Hay mucha calidez en la mujer a la que en mi cabeza apodé “la dama de hielo”.

Debería darme la vuelta e irme, pero no puedo.

Estoy atrapado con la atracción sexual que ella despertó en mí.

Vuelvo a mí la imagen de ella dando vueltas por la biblioteca ayer, vestida sólo con su camisón de seda.

Observo una vena pulsando en su garganta y paso mi dedo allí.

Ella no retrocede ni me pide que pare.

Su cuerpo se estremece levemente y los latidos de su corazón aumentan, lo que sólo

empeora mi deseo.

Nunca había sentido algo tan poderoso por una mujer.

Finalmente, aparto la mirada de la piel de su cuello y me concentro en su rostro.

Ella no muestra miedo, pero sabe que, aunque la salvé, tampoco soy su héroe.

Chica inteligente.

Con mis dedos todavía acariciando su cuello, con la otra mano paso en pulgar por su labio inferior.

Miro hacia abajo y veo que sus pezones están duros contra la tela de su vestido, y tengo la confirmación de que la excitación que siento es mutua.

Su piel está erizada y su respiración es entrecortada.

—Abre la boca para mí.

Ella levanta sus ojos verdes claros.

—¿Por qué?

Sigo tocando tus labios.

—Ábrelo, quiero probarlo.

En lugar de obedecer, ella mueve la cabeza de un lado a otro.

—No te conozco.

—Ni siquiera? —ironizo, porque estoy seguro de que ella sabe perfectamente quién soy.

Estoy loco por besarla, pero quiero tu consentimiento.

El temor que sentía con Naim parece haber sido reemplazado nuevamente por el habitual aire desafiante, excitándome aún más.

Ella levanta la barbilla, impertinente.

—Sé tu nombre, pero no ando besando hombres.

—¿Le perteneces?

—No pertenezco a nadie.

—Bueno, porque la quiero.

Nunca he tenido que decirle eso a una mujer. Por lo general, están felices de ser el objeto de mi atención, pero Elina no parece dispuesta a hacerme la vida más fácil.

—Ese no es mi problema.

—Niega que tú también me desea.

—No sé de qué estás hablando.

—Podría demostrar que estás mintiendo, Elina, pero soy un hombre paciente. Esperaré a que vengas a mí.

Sus ojos adquieren un brillo ardiente. No queda en ella ni rastro de su anterior fragilidad.

—Entonces, esperará eternamente —dice, saliendo de la habitación.



La mujer del cuerpo espectacular que me dejó hace unos minutos es la primera persona que veo al entrar al salón principal. La miro y recuerdo lo que pasó la noche anterior, en la biblioteca de su casa, y también lo que ha pasado hace unos diez minutos.

Elina no parece estar afectada por lo sucedido y ya no puedo ver las marcas rojas en su cuello.

Naim me mira desde el fondo de la habitación y estoy seguro de que simplemente no se fue porque tiene curiosidad por escuchar lo que voy a decir.

Tenía la intención de empezar a torturar a Leandros esta noche, de forma sutil. Me gustaría probar su sufrimiento, pero después de lo que pasó entre él y el Jeque, tendré que mostrar algunas cartas que tengo bajo la manga. Es importante que Naim sepa que se asociará con un fracaso si se casa con Elina.

No creo que, aunque la quiera en su cama, se case con ella después de lo que voy a decir, al final no es sólo su belleza lo que le interesa, sino también la posibilidad de obtener los contactos privilegiados que el nombre Argyros proporcionaría en el mundo empresarial.

Me concentro en el trío de Argyros en el salón.

¿Las mujeres tienen alguna idea de lo que se avecina?

Leandros ya sabe que está en mis manos, pero no se imagina hasta dónde estoy dispuesto a llegar para destruirlo.

Lo obligué a hipotecar las propiedades.

Le causé perdidas en tantas áreas que nunca tendría suficiente dinero o crédito para cubrirlas, hasta que llegó al punto en que necesitaba deshacerse de la isla.

Me pregunto si los niños se habrán dado cuenta de que su padre ya no es nada. A Leandros le queda poco más que su orgullo, que aplastar pronto.

Podría echarte hoy si quisiera, pero prefiero tenerte aquí por ahora, sabiendo que dependerá de mí si quiere comer.

Sus cuentas bancarias están limpias y su crédito es inexistente. Aunque intenta mantener una apariencia de prosperidad, no tengo ninguna duda de que pronto tendrá que vender incluso sus ropas caras.

La élite del mundo empresarial está aquí. Sin ellos, la humillación no sería completa. Además del dinero, también aniquilaré tu reputación, pero aun así no será suficiente.

Sólo estaré satisfecho cuando pierda la vida.

—Buenas noches a todos y gracias por aceptar la invitación para conocer mi isla.

Silencio.

—Les he invitado para disfrutar el fin de semana, por supuesto, pero principalmente para que podamos hablar de los cambios que se producirán en el corto plazo. Creo que es de conocimiento público que Leandros Argyros va a la quiebra. Me hice cargo de tus hipotecas y deudas, y ahora todos tus bienes me pertenecen.

Miro a la familia que se ha convertido en mi objetivo, y una vez más me impresiona la capacidad de Elina para permanecer impasible.

Su madre, en cambio, parece a punto de desmayarse.

Y Leandros… ah…me mira con odio, y casi me siento honrado.

Así como el amor, el odio debe ser recíproco.

—Como soy un hombre generoso, le daré a la familia Argyros una semana para que salgan de mi propiedad.

Calculadamente, miro el reloj.

—A partir de ahora, tienen exactamente seis días y veinte horas para partir. A todos aquellos que le otorgaron crédito o tuvieron intención de hacerlo, sepan que de ahora en adelante está solo. Ya no asumiré ninguna de tus terribles inversiones.

No estoy siendo completamente honesto. No tengo la intención de permitirles ir a ninguna parte.

Al menos no hasta que pueda garantizar que tu trato con Naim está cancelado.



—Odin, necesitamos hablar urgentemente. —Escucho la voz de Grigori, mi mano derecha, fuera de la habitación.

Tengo el sueño ligero, resultado de tener la desconfianza casi como una religión para mí, por lo que tardo menos de un minuto en abrir la puerta.

—¿Qué diablos quieres a esta hora?

—El viejo Argyros se escapó.



Capítulo Seis

No dormí bien.

Estaba entre siestas y pesadillas.

Todo mi cuerpo tiembla, y no importa cuánto intente luchar contra la sensación, tengo tanto miedo que me siento mal.

Lo primero que noto es que la casa está más silenciosa de lo habitual.

En ese momento ya debería escuchar a los jardineros moviéndose y a mamá dando órdenes a los empleados.

Ella siempre se levanta temprano.

Frunzo el ceño, tratando de entender por qué todo parece tan tranquilo, y entonces lo recuerdo: Odin y lo que pasó ayer por la noche.

No creo que nada vuelva a ser normal en nuestra casa.

Papá está arruinado y tendremos que irnos.

De hecho, tal vez tenga que huir, porque prefiero la muerte a tener que estar de acuerdo con lo que dijo ayer Jeque Naim.

Siempre me acosó, pero logré escapar de sus insinuaciones en el pasado, así como de las de todos los demás pretendientes.

Evité estar a solas con él, el hombre me da asco.

No tiene nada que ver con su apariencia ni con el hecho de que sea casi veinte años mayor que yo, sino con la maldad que siempre he visto en su rostro.

No soy alguien que se asuste fácilmente. Y mi padre es un hombre aterrador.

Crecí viendo temblar a los empleados, a mi madre y a mis hermanos con solo una mirada suya.

¿A quién intento engañar? Yo también tenía miedo, simplemente lo escondí mejor que los otros.

Leandros es un hombre cruel, pero tal vez, para mí, sea el mal ya conocido. Naim, sin embargo, es diabólico.

En nuestra sociedad, sus insinuaciones hacia mí se considerarían irrespetuosas porque provienen de un hombre casado con una mujer soltera.

Así no se corteja a una mujer.

No tengo experiencia, pero observo parejas aquí en la isla y también vi cómo actuaban los pretendientes de mis hermanas. Todos los trataban con respeto, al menos hasta que se les aseguró un compromiso.

El Jeque, sin embargo, siempre me hacía sentir desnuda en su presencia, y la sensación era muy desagradable.

Ayer no fue la primera vez que me agarró a la fuerza. En una fiesta que hizo para mis padres en su yate, se encerró conmigo en una de las cabañas. No se lo dije a nadie, pero estaba aterrorizada. Por un momento, pensé que…

Ni siquiera me gusta recordar.

Mi suerte fue que escuchamos la voz de mi madre buscándome. Creo que fue precisamente lo que lo detuvo.

Después de ese día, nunca más le di la oportunidad de estar a solas conmigo. Hasta ayer.

Acababa de hablar con mi hermano en el pasillo y estaba triste, porque después de ocho años de no vernos, nos peleamos.

Theo es hermoso.

Él siempre fue hermoso, pero ahora ya no es mi hermano pequeño, sino un hombre adulto.

Pensé que cuando lo volviera a ver, seguiría enojada con él por irse, pero lo único que me di cuenta fue de lo mucho que le echaba de menos.

Theo siempre fue mi hermano favorito, pero incluso antes de que él se fuera ya no éramos cercanos. Me distancié emocionalmente de toda mi familia desde muy joven, desde el día que mi padre me explicó que la gente solo le prestaba atención a alguien como yo por lástima.

Los demás no parecieron darse cuenta de cómo me encerré, pero Theo sí, y desde entonces siempre me miró con dolor.

Fingí no darme cuenta, porque no quería cercanía con nadie, pero sabía que él sufría tanto como yo con la distancia que nos imponía a los dos.

Tan pronto como cumplió dieciocho años, abandonó la isla y nunca volvimos a hablar, salvo raras llamadas telefónicas. A veces incluso encontraba excusas para llamarlo, aunque al final terminábamos discutiendo.

Theo vino con un novio.

Eso no me sorprendió, ya que siempre sospeché que a él no le gustaban las chicas, pero mi hermano fue muy valiente al regresar a nuestra isla con un novio.

Pensé que mi padre iba a echar espuma por la ira y traté de mostrar apoyo a mi hermano deteniéndome en el pasillo para hablar con él, pero, como siempre, no pude decir lo que debía decir, y él se enojó aún más con a mí.

Cuando regresaba al salón principal, vi que Naim se acercaba e intenté escapar, pero me obligó a entrar en una de las habitaciones.

Se cierro los ojos, todavía puedo escuchar tus palabras.

Él dijo que yo sería su esposa y que mi padre y él habían llegado a un acuerdo. Dijo que dentro de una semana vendría a recogerme para la boda.

De esta manera, sin preguntar que quería ni nada.

Ellos dos simplemente decidieron mi vida.

Le dije que sólo me casaría con él si estaba drogada, y fue entonces cuando el hombre se volvió loco. Empezó a gritar y me inmovilizó contra la pared, apretándome tanto la garganta que pensé que me iba a estrangular. Dijo que me enseñaría a obedecer y también dijo muchas otras cosas. Cosas que un hombre nunca debería decirle a una mujer, especialmente una que pretendía convertir en su esposa.

Me desesperé, pero entrené durante años para que la gente no supiera lo que sentía, así que asumí mi papel de imitadora de mujer valiente.

Intenté imitar su postura arrogante y fingir que no estaba demasiado asustado, pero el hombre no parecía creerlo.

Tengo ganas de vomitar al recordar cómo me tocó.

No quiero casarme, pero lo más importante es que no me casaré con un hombre que me falta el respeto.

Necesitaba cubrir las marcas rojas con maquillaje antes de regresar al salón principal, de lo contrario todos se darían cuenta.

Si no fuera por Odin…

Odin, que hasta hoy era el único chico al que tuve el coraje de acercarme y que rechazó mi oferta de amistad.

No sé qué se me ocurrió ese día en la playa para bajarme del caballo e intentar hablar con él, pero, de manera loca, me gustó su manera tranquila.

Él siempre me miraba cuando montaba. Me di cuenta.

Sólo venía a la isla los fines de semana y era raro verlo en otro lugar que no fuera cerca del mar, así que empecé a dirigir mis paseos siempre hacia la playa.

Cuando finalmente encontré el coraje para decir algo, fue grosero conmigo.

Yo ya había cambiado en ese momento. Ya sabía lo que era, pero aun así me arriesgué.

Y él me rechazó.

No estaba preparada para lo que dijo, y como era tan joven, todavía no era tan buena para emular emociones como lo soy hoy, pero aun así fingí que el chico guapo no era nadie y que no me importaba.

No lo volví a ver hasta ayer y ni siquiera pensé en él hasta hace pocos días.

Soy buena en esto: dejar cosas que me duelen encerradas en un cuarto oscuro, olvidando que sucedieron. Simplemente no imaginé el impacto que tendría en mí volver a verlo.

No sólo por la situación inusual —la de ser abusada sexualmente por un hombre en su casa—, sino por en quien se convirtió. Estoy acostumbrada a estar rodeada de hombres poderosos. Mi padre sólo frecuenta o trae a nuestra casa personas muy influyentes, él y el propio Jeque son así, pero Odin está un paso más allá de cualquiera que haya conocido.

Cuando era más joven, Odin era guapo.

Siempre ha sido alto, pero ahora creo que probablemente mide unos dos metros.

Sí, debe estar alrededor de eso, ya que ganó una beca para jugar baloncesto en Estados Unidos. Una vez escuché a Aristeu hablando con mi padre.

Sin embargo, ahora él también es muy fuerte, con una solidez física que se asemeja a una montaña. Incluso debajo del traje perfectamente confeccionado, podía ver su fuerza.

Aunque todavía estaba asustada por la situación de la que me salvó, no pude evitar que los latidos de mi corazón se aceleraran cuando se acercó.

No importa cuánto intenté calmarme, mi corazón parecía actuar por sí solo.

Su rostro de mandíbula cuadrada y su típica nariz griega me dejaron hipnotizada. Tiene una belleza masculina, animal, que despertó en mí sensaciones desconocidas.

La forma en que enfrentó al Jeque también me causó admiración. Nunca pensé que alguien pudiera desafiar a Naim, porque incluso mi padre desconfiaba de él; sin embargo, Odin ni siquiera parpadeó.

Obligó al Jeque a liberarme.

En ese momento, me di cuenta de que, aunque no es un amigo, es un hombre honorable.

No, Elina. No te atrevas a pensar en él como tu salvador. Recuerda el después. Dejó a su familia en la pobreza.

El hombre nos odia.

No, tal vez simplemente odia a Leandros.

Pude ver la manera en que se miraban. Soy sensible a las emociones de otras personas, aunque la mayoría de las veces pretendo no darme cuenta.

De repente, una extraña sensación se extiende en mi interior.

El silencio en la casa empieza a volverse sofocante.

No hay ningún ruido y siento una urgencia casi desesperada por saber qué está pasando.

Bajo las escaleras, todavía en camisón, sin preocuparme siquiera de ponerme una bata de seda, y casi me muero del corazón cuando veo a Naim parado en medio de nuestra sala de estar.

Él mira de un lado a otro hasta que finalmente me ve.

Su mirada es malvada, pero es lo que dice después lo que realmente me asusta.

—Ah, finalmente solo. Iba a actuar como un caballero y esperar hasta la noche de bodas, pero tu padre decidió esconderse como un ratón después de la transferencia que le hice anoche, entonces, creo que estoy en mi derecho de tener una prueba de lo que compré. Cuando termine contigo, entenderás de una vez por todas que no es inteligente desafiarme, Elina.



Capítulo Siete

—¿Qué hizo?

—Se escapó, a las pocas horas de salir de aquí.

—¿Cómo diablos lo hizo? Me aseguré de que todas las cuentas estuvieran limpias durante más de un mes.

—Eso no puedo responder. El experto en desenterrar informaciones que la gente quiere mantener en secreto eres tú.

Me di una ducha rápida y ahora estamos en mi oficina en el primer piso de la casa. Voy a la mesa y abro el ordenador portátil. Lo que sea que esté planeando ese bastardo, lo descubriré.

No me lleva más de unos minutos en darme cuenta de que anoche se transfirió una cantidad sustancial de dinero a una de sus cuentas. Luego redirigió el monto a otro que aún no he podido rastrear.

Esto me dará un poco más de trabajo.

Se perderán horas preciosas y mi enemigo tendrá una ventaja para seguir huyendo.

Aun así, no estoy preocupado.

El dinero por sí solo no me haría perder diez minutos de sueño. Leandros me debe mucho y cuando sepa a qué banco lo transfirió, puedo revertirlo y liquidar sus reservas nuevamente en poco tiempo.

El origen del dinero, sin embargo, es lo que me llama la atención.

Naim.

—¿Dónde está Elina?

—Aparentemente, la dejaron atrás.

—¡Hijo de puta!

Ingreso el código que me da acceso a las cámaras en la casa de los Argyros y lo que veo me hace levantarme inmediatamente.

El Jeque está en el salón de entrada, como si fuera el dueño del lugar.

—Reúne algunos hombres. Tal vez tengamos una pequeña batalla por delante.

Si lo que dice Grigori es cierto y Elina sigue en casa, la visita de Naim tiene un objetivo claro: concluir lo que empezó ayer noche.

Su presencia allí sólo me muestra lo que ya sospechaba: fue intercambiada para que su miserable padre pudiera tener una vía de escape.

Le puso precio, como si no fuera más que una mercancía.

No tengo dudas de quién es Leandros, ¿pero abandonar a su propia hija en manos de un psicópata? Cada monstruo o asesino tiene algo sagrado en su vida. Leandros es un caso aparte. El desgraciado sólo piensa en sí mismo. Y la madre, ¿cómo iba a aceptar dejar a Elina a merced del Jeque?

Dudo que alguno de los dos no sepa exactamente qué clase de hombre es Naim.

Abro la caja fuerte y saco mi arma.

La primera certeza que tengo es que mi encuentro con Naim no será agradable.

La segunda es que no aceptará a Elina.

Intento convencerme de que la única razón por la que acudo a ella es que, con su padre huyendo, necesito una garantía.

¿Qué podría ser mejor que tener a alguien cerca y que sepa bien cómo actúa el pobre?



Como había imaginado, hay tres guardias de seguridad frente a la casa de Leandros.

La arrogancia del Jeque no tiene fin.

¿Sabe que está en mi propiedad y, sin embargo, cree que saldrá de aquí con una mujer en contra de su voluntad?

El bastardo es tan cobarde que ni siquiera para enfrentarse a alguien con la mitad de su peso corporal se arriesgaría a hacerlo solo.

Mis hombres neutralizan rápidamente a sus guardaespaldas, pero tan pronto como entro, veo que hay dos más adentro y no hay señal de Naim. Nunca he estado en la casa, pero después de ver el metraje, puedo caminar alrededor de ella con los ojos cerrados.

Mientras mi equipo se ocupa de los otros dos hombres, trato de averiguar dónde podrían estar. Sé dónde está su habitación, aunque ordené que no se instalaran cámaras allí.

En realidad, en ninguna de las habitaciones.

¿Estaba todavía dormida cuando él entró?

La idea de que Elina esté sometida en una situación aún más vulnerable me hace acelerar el paso, así que empiezo a subir las escaleras de dos en dos.

Después de encontrar su suite vacía, dejo de adivinar.

—Elina, soy Odin. Dime dónde estás.

Empiezo a bajar las escaleras de nuevo y uno de mis hombres apunta a una puerta a la izquierda. A medida que me acerco, escucho el ruido de los muebles volteados. Entro y no necesito más de dos segundos para ver la imagen completa.

Mantengo mis emociones bajo control.

Con el equipaje que llevo, si permitiera que las reacciones que la gente suele tener me abrumen, no podría seguir adelante con mis planes.

Pena, empatía, amor y amistad son elementos raros en mí y que sólo uso en dosis mínimas, pero algo me pasa en el momento en que veo a Elina con la marca de una bofetada en la pálida piel de su rostro, su boca sangrando y su camisón roto casi dejando un pecho expuesto.

Ella huye de Naim y se esconde detrás de la pesada mesa de madera. Lo que siento ahora es algo que no puedo identificar. Nada parecido a lo que he experimentado de adulto, sino una mezcla de emociones confusas.

Culpabilidad por estar en peligro, sabiendo que fueron mis acciones las que obligaron a su padre a irse. Odio porque Naim la había tocado, lastimándola nuevamente, y poco después, el deseo de matarlo.

Hay algo más, sin embargo, que ya me había coqueteado conmigo ayer, asomándose detrás de la cortina, pero que ahora se ha instalado definitivamente.

La admiración por la mujer que, incluso contra mi voluntad, me hace hervir la sangre.

La desproporción física entre ambos es ridícula. Aunque Naim es al menos veinte centímetros más bajo que yo, con mi altura de un metro noventa y ocho, sigue siendo mucho más grande que ella.

Los brazos de la mujer, desnudos y enrojecidos por el agarre del desafortunado hombre parecen tan delgados que podrían romperse con un agarre más fuerte. Está herida y puedo ver en sus ojos que ella también está muy asustada, pero aun así no retrocede. Empuña un cortador de cartas y lo utiliza delante de su cuerpo como si fuera un arma.

—¿Qué haces en mi casa?

Parece que el idiota estaba en tal trance de lujuria que ni siquiera había notado mi presencia.

Él se vuelve hacia mí y me mira como un perro rabioso.

Dejar que las emociones gobiernen es una vulnerabilidad, pero eso no es lo que debilita a Naim. Ahora, por la mañana, vestido con ropas occidentales y sin toda la pose de gobernante de su pequeño emirato, no es más que un maldito gusano. Un hombre desafortunado que es incapaz de aceptar el *no* de una mujer y que necesita humillarla y agredirla físicamente hasta que ella se doblegue a su voluntad.

—Vamos a salir ahora.

—No, sólo tu. Ella es mi invitada.

Él finalmente parece volver a la realidad y pasa la mano para arreglar su cabello despeinado.

—Te lo advertí ayer y te lo vuelvo a decir: no interfieras en mi relación con Elina.

De un paso lo alcanzo, pero al contrario del hombre despreciable, no me inmuto cuando lo presiono contra la pared de la misma manera que lo hizo con Elina anoche.

—Ya tuvimos esta conversación —digo mirándolo a los ojos, mi antebrazo presionando su garganta, inmovilizándolo—. Pero tal vez sufres de problemas de memoria, así que voy a fingir que soy un buen tipo y reforzar: estás en mi casa, en mi isla, y no en el país de mierda en el que naciste. Aquí no tocarás a una mujer en contra de su voluntad. Elina es libre y no hay manera de que te permita llevarla.

—Ella es mí…a, la con…pré. —El bastardo todavía se esfuerza para hablar.

—¿Te escuchas a si mismo? Ella no es una cosa, imbécil. Por consideración a tu padre, que es un hombre honorable y no tiene la culpa de haber engendrado un idiota, te dejaré salir de aquí con vida, pero tienes cinco minutos. Si lo veo después de esto, no volverá a salir.

Aflojo un poco mi agarre, esperando que él tome una decisión.

—No estarías loco si mi hicieras algo, Odin. Mi familia te destruiría. Haría tu vida un infierno.

Sin planearlo, se me escapó una sonrisa.

—¿Un paseo por el infierno? He vivido en el durante mucho tiempo. ¿Me quieres como tu enemigo? Haz tu mejor esfuerzo.

Con mi brazo aún alrededor de su garganta, miro el Rolex en mi muñeca.

—Cuatro minutos y tres segundos.

Él me mira fijamente por un momento.

—Voy.

Lo suelto y los hombres que nos observaban desde la puerta se lo llevan, pero aun así se vuelve una última vez.

—Nos volveremos a encontrar, Odin. Puede esperar —dice y casi sonrío—. Y en cuanto a ti, Elina, haré que te arrepientas de esta falta de respeto. Lo pagarás caro.



Después de que él se va, me vuelvo hacia ella.

—Deja el abrecartas, Elina.

Tiene los ojos vidriosos y me pregunto si estará en estado de shock.

Ella me apunta con el objeto, tratando de asustarme. A pesar de esto, no hay reconocimiento de quién soy en su rostro.

—Elina… —Utilizo mi tono de voz más tranquilo—. Él ya se fue y ahora necesito ver si estás herida.

No recuerdo la última vez que hablé con tanta paciencia con alguien, pero la intuición me dice que todavía está desconectada de la realidad.

— Mírame —ordeno—. No somos amigos, pero te doy mi palabra de que estarás segura conmigo. Sólo necesito saber si estás herida.

Me acerco lentamente, pero ella empuja el abrecartas nuevamente.

En lugar de seguir insistiendo, la miro.

De hecho, no sólo la miro, la veo.

Sé que es cinco años menor que yo, pero nadie le daría más de veinticinco. También sé que no sueles salir de la isla, ni siquiera para ir a Atenas.

Sé casi todo sobre ella.

El mundo tal como ella lo conocía acaba de desmoronarse.

¿Qué debe estar pasando por tu cabeza ahora mismo?

Sus padres la abandonaron y un maldito pervertido irrumpió en su casa para…

Sé lo que sucedería si no hubiese llegado a tiempo.

Ella no tendría ninguna posibilidad. No habría forma de que ella se protegiera de esa basura humana. Pocas cosas pueden impresionarme, pero el hecho de que la mujer no esté llorando me deja consternado.

Cualquiera en su misma situación ya habría sucumbido a las lágrimas, pero a pesar de estar conmocionada, ella sigue luchando.

Aun así, una mujer bella no es indestructible. En algún momento se romperá.

—No necesitas creer lo que estoy diciendo. —Empiezo de nuevo, acercándome otra vez. Tus ojos ya han recuperado un poco de su brillo—. Eres una chica inteligente. Lo que te pido es que sigas tus instintos.

Por primera vez desde que entré, ella me mira.

—Sabías que no se podía confiar en Naim, ¿no? Ahora dime qué te dicen tus instintos sobre mí.

La mano que sostiene el abrecartas tiembla, pero aun así no cede.

—No eres mi amigo.

—No, no lo soy, pero nunca la lastimaría. Sólo quiero ver si estás bien.

Después de unos segundos, finalmente apoya el objeto sobre la mesa.

—¿Por qué te importa? ¿Por qué mentiste y dijiste que soy tu invitada?

No estaba preparado para que ella cambiara el curso de las cosas de esa manera.

No puedo responder a tus preguntas por la sencilla razón de que ni siquiera lo sé. Aunque me di la excusa de que fui a comprobar si realmente Leandros se había escapado, estaba fuera de mí cuando me di cuenta de que Naim estaba solo con ella. Entonces, en lugar de intentar explicar algo que todavía no entiendo, voy al lado más suave del tema.

—No mentí. Eres mi invitada por ahora.

Ella abraza su propio cuerpo, tal vez inconscientemente, demostrando fragilidad.

—¿Sigue vigente el plazo que le diste a mi padre?

—¿Qué?

—Ayer dijiste que todavía teníamos siete días. ¿Puedo quedarme aquí durante los seis restantes?

Nunca me había sentido avergonzado de mí mismo.

Siempre he justificado mis acciones en nombre de la venganza, pero algo en la forma valiente en que ella se niega a dejarse vencer me hace arrepentirme de ser su torturador.

—Déjame llamar al médico. Después de que compruebe que todo está bien contigo, hablaremos.



Capítulo Ocho

Creo que nunca en mi vida he tenido que hacer un esfuerzo tan grande para no llorar.

Para mí, fingir no es algo raro, ya te lo hablé sobre eso, ¿recuerdas?

Aprendí a enterrar lo que siento muy profundamente.

Incluso mi padre, que es un maestro en descubrir el alma de las personas, ya no me conocía.

Una imitadora de emociones también debe ser una buena actriz.

Hoy, sin embargo, estuve a punto de romperme.

Había muchas cosas que procesar a la vez: al mismo tiempo que me di cuenta de que Naim estaba dentro de mi casa, el hombre asqueroso me informó que mis padres se habían escapado.

Todo se desarrolló muy rápidamente; la certeza de estar solo y la agresión que siguió.

Primero, mi instinto de supervivencia gritó.

Luché lo mejor que pude, pateando y arañando al desgraciado, después de todo, preferiría morir antes que dejar que tomara mi cuerpo en contra de mi voluntad.

Cuando llegó Odin, incluso estaba considerando autolesionarme con el abrecartas para evitar que él Jeque me lastimara más.

Entonces, después de que el hombre que destruyó a mi familia entró en la habitación, de una manera extraña supe que el mayor peligro había pasado.

Cuando el miedo a ser atacada disminuyó, el sentimiento de abandono finalmente me atrapó.

Esta es la segunda vez que me siento así.

La primera fue cuando aún era una niña y me creía feliz.

Mis padres nos llevaron a mis hermanos y a mí de viaje a Atenas. Mis otras tres hermanas eran un poco mayores, y Theo sólo un bebé. Todos tenemos un año de diferencia entre nosotros. Hasta donde recuerdo, mi madre estaba constantemente embarazada.

Ese día, en la capital, fuimos a un parque y me alejé un poco para ver a un hombre hacer magia. Los niños estaban sentados en el suelo y después de elegir un pequeño espacio libre sobre la hierba, yo también me senté. No sé cuánto tiempo ha pasado. Me quedé hipnotizada por la forma en que él hacía que salieran infinitas bufandas de colores de su sombrero, pero en algún momento miré hacia atrás y ya no pude ver a mi familia.

Recuerdo al sentimiento exacto.

Aunque todavía soy muy joven, puedo recordar cómo se me aceleraba el corazón cuando pensaba que estaba sola y que no podría volver a mi casa.

De repente, alguien me agarró por detrás, y cuando vi que era mi padre, aunque no le gustaba el cariño, abracé su cuello con fuerza.

No podía dejarlo ir.

Hoy lo que sentí fue mil veces peor.

Ya no soy una niña, y después de lo que dijo Naim y el discurso de Odin anoche, sé que se han ido para siempre.

Mi padre y mi madre me dejaron atrás, en manos de ese hombre odioso. No tengo a nadie más.

Cierro los ojos con fuerza para no llorar mientras el médico mide mi presión arterial. Ahora no. Dentro de poco, cuando no haya nadie más en la casa. No puedo permitirme llorar delante de un extraño.

—Aparentemente no tiene nada roto, pero tienes un chichón en la cabeza. Me gustaría que fueras a Atenas para que podamos hacer un examen más preciso. La clínica de la isla no cuenta con el equipamiento necesario.

—Estoy bien —respondo sin mirarlo.

Aunque sé que él me mira.

Él conoce a nuestra familia desde hace muchos años. A pesar de no haber sido nunca nuestro médico, atiende a los isleños. Cuando teníamos un problema de salud, siempre íbamos a una clínica en Atenas.

Me duele la cabeza, pero no puedo aceptar tu sugerencia por la sencilla razón de que no puedo pagar el examen.

Nunca tuve que preocuparme por el dinero.

Mi padre ni siquiera nos dejó tener acceso a una cuenta bancaria. Todas mis transacciones financieras fueron a través de tarjetas de crédito que él puso a disposición de mí y de mis hermanas, cuando aún estaban solteras, como dependientes.

¿Qué haré?

No puedo contar con su ayuda porque casi no me hablan desde que se casaron.

Podría pedirle orientación a Theo, pero tampoco estoy seguro de si estaría dispuesto a ayudarme.

Sin embargo, no tener recursos para pagar los exámenes es sólo la primera razón por la que no quiero ir a Atenas.

El segundo es el miedo a salir de aquí y no poder volver.

Odin no respondió si lo que dijo ayer en la fiesta era válido, si todavía me quedan seis

días más aquí. Pero la verdad es que, incluso se me da esa fecha límite, no tengo idea de qué haré cuando llegue el momento de irme.

—No necesito más pruebas —respondo, tratando de mantener mi voz libre de emoción.

—¿Y hablar con la policía?

—No.

—Ninguna mujer debería ser sometida a violencia doméstica.

Siento que mi rostro si calienta y levanto mis ojos para mirarlo.

Inmediatamente veo lo que está pensando.

—Odin no me lastimó.

No sé por qué necesito defenderlo, pero lo hago.

Sé que Odin es nuestro enemigo, pero me protegió durante dos días seguidos mientras mi padre me dejaba sola. No es justo que los isleños piensen en él como alguien capaz de lastimar a las mujeres.

—¿Quién fue, entonces?

Me levanto de la cama.

—¿Ya terminamos? —pregunto, tratando de poner confianza en mi voz.

—Señorita Argyros…

—Gracias por venir, pero ahora ya no necesito de tus servicios.

Todavía parece vacilante, pero no estoy dispuesta a darle espacio para más preguntas. No quiero que la gente sienta pena por mí. Ya es suficiente que me sienta como nada.

Me levanto y sostengo la puerta en una clara demostración de que él debe irse.

Todavía faltan unos segundos para que el médico finalmente se vaya.



Me tomó más tiempo de lo habitual en el baño.

Además de necesitar relajarme, quería borrar de mi cuerpo cualquier rastro del hombre detestable.

No me permití llorar.

Tenía miedo de que una vez que comenzara, me volviera incontrolable, y Odin aún está en la casa, que ahora es suya, esperando para hablar conmigo.

Me puse un vestido ligero, pero de manga larga.

Aunque un lado de mi rostro estaba magullado y la comisura de mi boca cortada, logré

disimular las heridas con un poco de maquillaje. He visto a mi madre hacer esto innumerables veces. Se ha convertido en una experta en retocar sus propios moretones con base de maquillaje corporal y facial.

Me desenredo el cabello y, después de dejar el cepillo sobre la cómoda, empiezo a caminar hacia la puerta, hasta que oigo un golpe.

Mi corazón se acelera.

Él no se atrevería a venir a mi habitación.

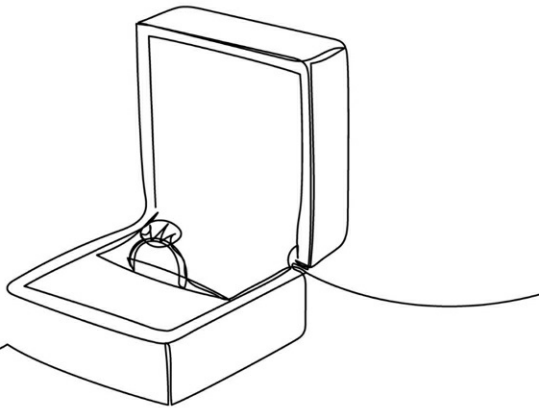
¿Por qué no puedes simplemente esperar abajo como un caballero?

Pero una voz en el fondo de mi mente dice que Odin Lykaios no sigue las reglas de convención social, y a pesar de sus ropas caras, debajo tiene un lado primitivo.

En una situación normal lo enfrentaría, pero no tengo energía para otra disputa ahora mismo, y sin alternativa, respondo:

—Entre.

Odin



Capítulo Nueve

No sé si debería subir a su habitación, pero llevo más de dos horas esperando y mi paciencia ha llegado al límite.

Siento que ella está huyendo de mí, pero ¿quién puede culparla?

Una cosa que me fascina es que a pesar de ser tan vulnerable, ni por un momento mostró vergüenza.

Estaba casi desnuda, su camisón rota, herida, pero no dejó de mirarme todo el tiempo. No puedo evitar admirar su coraje y la manera en que enfrentó a Naim.

Poco a poco, la Elina que creía conocer toma una nueva forma ante mis ojos, y tengo que recordarme constantemente que por sus venas corre la sangre de los Argyros.

Mientras camino hacia su encuentro, me digo a mí mismo que sólo quiero asegurarme de que todo esté bien, pero sé que es mentira.

Ya hablé con el médico y descubrí lo que necesitaba sobre su condición física. Sin embargo, la urgencia por verla no desapareció.

La puerta está cerrada y sólo llamo una vez antes de escuchar su voz invitándome a pasar. Tan pronto como entro en la habitación, me sorprende nuevamente su mezcla única de belleza y fuerza.

Nunca he conocido a una mujer tan compleja como Elina.

Esperaba ver marcas de llanto en su rostro.

Cualquiera —creo que puedo incluir incluso a los hombres— que haya sido sometido a una situación tan estresante estaría derrotado ahora. Ella parece inmutable —al menos en el exterior.

El vestido ligero de seda color rosa claro, hasta la rodilla, es modesto según el estándar que estoy acostumbrado a ver en las mujeres que deseo, pero honestamente, podría estar usando un saco de papas y aun así lucir perfecta.

Me doy cuenta de que eligió uno con mangas, probablemente para ocultar las marcas de la violencia que sufrió recientemente.

El recuerdo de cuánto peligro corrí hace que mi sangre bombee ferozmente otra vez y me acerco a donde él está. Elina no se mueve ni da ningún indicio de que tiene miedo, lo cual, de una manera extraña, me agrada.

Recuerdo su rostro aterrorizado cuando Naim la arrinconó.

Estoy invadiendo tu espacio personal, dentro de tu habitación, pero no puedo pensar con claridad. Hay algo que me atrae hacia ella una y otra vez, como si mi cuerpo no obedeciera las órdenes de la mente.

Cuando llego a aproximadamente medio metro de distancia, me doy cuenta de que ha cubierto los moretones de su rostro con maquillaje, porque aún puedo ver marcas oscuras en su piel de porcelana, así como la comisura izquierda de su boca, que tiene un corte.

Extiendo la mano y, con la punta del pulgar, la toco donde está herida.

Ella sigue clavando su mirada en mis ojos y no se aleja.

Elina despierta cosas extrañas en mí.

No quiero sentirme protector con una mujer y mucho menos con una Argyros, pero aparentemente eso no depende de mi voluntad.

—El médico dijo que necesitarás más exámenes.

Ella mira hacia arriba, orgullosa.

—No.

Bajo mi mano y la meto dentro de los bolsillos de mis pantalones. Es la única manera de evitar que vuelva a tocarla.

—Elina, te lastimaste la cabeza.

—No quiero ir. Prometiste darnos una semana.

—Podría arreglar que vayas a Atenas hoy y regreses esta noche.

Ella da un paso atrás y su retraimiento me irrita.

—No soy tu problema, Odin. Gracias por llegar a tiempo. —Mira hacia otro lado—. Pero puedo arreglármelas desde aquí. Sólo me gustaría pasar los días restantes en la isla.

—¿Y después?

—¿Qué?

—¿Qué harás después?

Ella se aleja más y se acerca a la ventana, de espaldas a mí.

—Encontraré una manera. Ahora me gustaría que me dejaras sola, por favor.

—No volverán.

Puedo ver un escalofrío recorrer su cuerpo y me acerco nuevamente, manteniéndome a pocos pasos de ella.

—¿Vas a buscar a tus hermanas o a Theodoro?

En lugar de responder a mi pregunta, ella hace otra:

—¿Qué vas a hacer con los caballos?

La voz ya no muestra la misma seguridad de antes, sino más, cansancio.

—Vuélvete. Háblame mirándome a los ojos.

Nunca he tenido que preguntarle esto a nadie, hombre o mujer, la gente no suele

desafiarme, pero Elina no obedece ninguna regla que me concierne.

Ella me mira de nuevo.

—¿Por qué la preocupación por los caballos? — pregunto.

No sé si se da cuenta de que está sonriendo mientras mira hacia afuera una vez más, como si los estuviera buscando en el terreno.

—Ellos son… eran míos…

No me sorprende que a ella también le gusten los caballos. Además del recuerdo que tengo de ella montando cuando era una adolescente, sé que Elina, así como yo, no es muy sociable. Las personas introspectivas tienden a llevarse mejor con los animales que con las personas.

—¿Todos?

—¿Eh?

—¿Son todos tuyos?

Ella me mira fijamente, pero luego aparta la vista y se encoge de hombros como si no fuera gran cosa.

No creo en tu negligencia.

—Soy el única de la familia que los monta, además de mi papá, pero él nunca estuvo en casa el tiempo suficiente para disfrutarlos.

—También amo caballos.

No suelo ofrecer ningún tipo de información sobre mí, pero necesito resaltar ese vínculo entre nosotros y, con eso, veo un brillo de interés en sus ojos.

—¿Entonces no los venderás?

Ella parece realmente preocupada y eso me afecta.

Elina me sorprende a cada paso.

La mujer ha visto su vida devastada y está completamente sola, pero aún se preocupa por el bienestar de los animales.

—No.

Ella asiente con la cabeza.

—Entonces, ¿puedo quedarme los días restantes?

—¿Adónde irás después?

— Eso no es asunto tuyo.

—Tienes razón, pero necesito saberlo.

—¿Por qué?

—Responde, Elina.

Noto una irritación mal disfrazada en su rostro. Puede que sea una locura, pero me gusta. No me gusta verla deprimida.

—Todavía no lo sé.

Ahora puedo ver que se está conteniendo para no dejar que sus emociones afloren.

Debería seguir mi camino.

A pesar de que mantenerla cerca podría ser una ventaja contra Leandros, sería muy fácil observarla desde la distancia. Pero Elina no estará segura en Grecia. Naim no tomará a la ligera lo sucedido

Entonces, ¿por qué no combinar el hecho de que ella me será útil y, al mismo tiempo, asegurarse de que ese bastardo no la lastime? Tal vez hacer algo bueno para variar me ayude a disminuir mi deuda con Dios.

—Tengo una oferta de trabajo para ti.

Al principio su rostro muestra sorpresa, pero luego ella aprieta los labios en una fina línea.

—No soy una prostituta.

Sus mejillas se sonrojan y ella recupera su aire de guerrera.

Maldita sea, está deliciosa.

El hecho de que ella no se deje doblegar hace desearla aún más.

—No pago por mis mujeres, Elina.

El enrojecimiento ahora se extiende también al cuello, pero aún así, ella no se rinde.

—Ayer dijiste que me querías.

Jesús, su valentía me excita mucho.

—Todavía lo quiero, pero lo que voy a proponer no tiene nada que ver con sexo. —Sonrío lentamente—. A menos que quieras.

—No quiero —responde rápidamente.

A pesar de esto, hay curiosidad en sus ojos, y me pregunto si es por la oferta de trabajo o porque dije que lo deseo.

—No estás a salvo aquí. Naim volverá a intentar llevársela en contra de su voluntad. No aceptará un no, especialmente después de… —Me siento un poco avergonzado, lo cual es nuevo, pero no hay una mejor manera de decirlo—. Después de haber negociado tu relación con tu padre.

—No tenemos ninguna relación. Ayer fue sólo la segunda vez que estuve a solas con él.

Ella parece lista para pelear.

—Yo creo. —Noto que mi declaración la tomó por sorpresa—. Pero a él no le preocupa lo que tú quieres.

Ella tiembla un pouco, como se tuviera frío.

—¿Qué tipo de propuesta de trabajo? No sé cómo hacer nada. Nunca tuve un trabajo.

—Necesitará mantenerte de alguna manera. Sé que solías organizar fiestas para tu padre.

Ella asiente con la cabeza.

—Hazlo por mí —continúo.

—¿Qué hacer? ¿Organizar fiestas? Pero dijiste que no te quedarías aquí…

—Aquí no. Quiero contratarla para organizar mis recepciones en Estados Unidos. Te invito a que te vayas de la isla conmigo, Elina.



Capítulo Diez

Estoy más que acostumbrada a mantener una fachada de indiferencia, por más difícil que sea la situación, pero después de lo que acaba de hablar, doy pasos inseguros hacia atrás y me siento en el sillón de mi habitación.

No sé cuánto más aguantarán mis piernas un golpe tras otro.

¿Te escuché bien?

Miro mis manos en mi regazo y están temblando.

¿Cómo pudo mi vida haberse transformado tan rápidamente en esta tormenta?

Es cierto que nunca he experimentado grandes emociones. No experimenté nada, pero al menos hasta ahora, mi existencia estaba segura.

Podría levantarme por la mañana y cuidar de mis caballos.

De todos modos, no estoy acostumbrada a hablar con la gente. Mis padres nunca interactuaron mucho con nosotros, incluso cuando éramos pequeños. De esa manera, me acostumbré a no hablar, ni con conocidos ni con extraños.

¿Ahora estoy en mi habitación, en la única casa que conozco desde que nací, y este hombre, Odin Lykaios, el mismo que arruinó mi mundo, me ofrece un trabajo?

Pensando racionalmente, en mi situación actual, esta sería la única manera en que podría mantenerme. Necesito comer y vestirme como todos los demás, pero ¿puedo hacerlo? ¿Ir a trabajar, tener una vida normal, ser dueña de mí?

Levanto la cabeza para mirarlo y él me mira intensamente. Hay una energía entre nosotros y no puedo hacer que desaparezca. A pesar de todo lo que hizo a mi padre, dejándolo en la indigencia, Odin hasta ahora parece haber sido honesto. Incluso cuando me salvó, dijo que no era mi amigo ni mi héroe, lo cual ya sabía. Nunca intentó aparentar ser una buena persona, ni siquiera dijo palabras dulces para intentar ganarse mi confianza.

Estoy muy familiarizada con la mentira. Crecí viendo a un hombre fingir y manipular cuando quería algo.

Podrías pensar que ser imitadora me convierte en una mujer egoísta, como si intentara

complacer a la gente para obtener algo a cambio, pero no podrías estar más equivocado. Sólo quiero que me dejen en paz.

Cuando finjo algún sentimiento o una emoción, cuando digo lo que creo que la gente quiere escuchar, es pura y simplemente para protegerme.

Mi padre, sin embargo, es un maestro en engañar para obtener lo que desea. Él nos hizo esto a todos, pero yo aprendí muy rápido.

La primera y única vez que recuerdo que me engañó fue cuando yo tenía unos diez años. Había comido algo dulce antes de cenar, lo cual estaba prohibido y era pecado mortal según sus reglas.

Resulta que tengo debilidad por los dulces y siempre me ha apasionado el *melomakarona*. Tenía muchas ganas de comerme los bizcochos cubiertos de almendras picadas, pero era raro que mi padre autorizara a cocinera a hacerlos, porque él decía que no quería gente gorda en nuestra casa.

A mí me gustaba mojar el mío en miel. Hasta hoy me hace agua la boca al recordarlo.

Ese día fui a la cocina y tomé uno antes de cenar. Recuerdo la sensación exacta cuando el sabor golpeó mi lengua. Fue como saborear un pedazo del paraíso y, a pesar de tener miedo de las consecuencias, no me arrepentí.

Pensé que había cometido el crimen perfecto.

Me equivoqué.

No había nadie en la habitación, pero de alguna manera, Leandros lo descubrió.

Por supuesto, él no tenía pruebas, pero era bueno convenciendo a la gente. Me llamó a la biblioteca y empezó a hacerme preguntas. Ya estaba aprendiendo a fingir, así que traté de disimularlo y evadir una respuesta.

Mi padre pareció cambiar de tema, habló conmigo sobre otras cosas y hasta sonrío como si estuviéramos pasando una tarde normal de padre e hija.

Era tan raro —que alguien me prestara atención— que me olvidé de todo lo demás.

Entonces, de la nada, él volvió a preguntar sobre el dulce.

Dijo que no importaba si me lo había comido y que no debería haber secretos entre nosotros. Prometió que no sufriría ningún castigo.

Le creí.

Tenía tantas ganas de complacerlo que le dije que sólo había comido uno. Recuerdo el cambio casi instantáneo de expresión en su rostro. La sonrisa desapareció y sus rasgos volvieron a su habitual indiferencia.

Él se levantó y, sin previo aviso, me abofeteó tan fuerte que me golpeé la cabeza contra el respaldo de la silla.

Ese día ya supe quién era.

Desde que tenía ocho años me explicó que yo sería una inútil en la vida, que lo único que me quedaba era mi belleza, así que no me sorprendió cuando, después de golpearme, empezó a decir todas esas cosas otra vez.

Creo que quizás el hecho de que la violencia verbal se uniera a la violencia física, sin embargo, fue lo que me marcó. Generalmente, elegía uno de los dos.

Después de golpearme, despidió a la cocinera porque robé el bizcocho. Ella acababa de tener un bebé y yo me preguntaba cómo se las arreglaría para salir con sus dos hijos en mitad de la noche.

Me sentí muy culpable y lloré hasta quedarme dormida.

A partir de ese momento, aprendí a no confiar.

Las personas sonríen y pueden ser amables cuando quieren algo de ti, pero eso no significa que sean amables.

—No confío en ti —digo, haciéndome eco de los pensamientos.

—No tienes que confiar en mí, pero ¿qué opción tienes sino venir conmigo?

Parece un poco irritado ahora y tengo la sensación de que es porque no está acostumbrado a que lo contradigan.

A mí, por mi parte, no me gusta que me manipulen.

Luché desde pequeña por entender cómo funcionaba la mente de mi padre, y sé que cuando una cosa parece demasiada buena para ser verdad, generalmente es porque no lo es.

A pesar de esto, con todo el miedo de salir de la isla y el dolor en mi corazón por tener que despedirme de mis animales, ¿qué haré para sobrevivir si rechazo su propuesta? Todavía queda Naim. ¿Quién me defenderá después de que Odin se vaya?

Y hay algo más. Si soy sincera, hay una parte de mí que se siente entusiasmada con la idea de ir a los Estados Unidos.

He visto muchas películas que transcurrieron allí.

¿Dónde vive?

¿Me adaptaría?

Tal vez, por fin, pueda vivir un poquito.

La anticipación es aterradora, pero al mismo tiempo contagia emoción dentro de mí.

¿Qué pasa si no está diciendo la verdad? ¿Si es sólo una manera que encontraste para llegar hasta mi padre? ¿Qué pasa si sólo quieres sacarme de Grecia y luego dejarme sola en un país extraño?

Anoche escuché una conversación entre mis padres.

Leandros todavía le debe mucho dinero a Odin.

Aunque ya ha perdido la isla y todos sus bienes, todavía está en manos de Lykaios.

Si hubiera escuchado toda la conversación, habría sabido que tenían la intención de huir y dejarme atrás.

Por otro lado, ¿qué sentido tendría? Nunca les rogaría que me llevaran. Nunca le rogaré a nadie.

—Puedes contratar a quien quieras, ¿por qué a mí? No soy una profesional. Las fiestas que organizaba eram familiares, aunque siempre teníamos muchos invitados. ¿Qué sucede si cometo un error?

—Pondré un equipo a tu disposición. Necesito organizar varias recepciones al menos una vez al mes y también organizo cenas solidarias. Sé que estás acostumbrada a hacer esto aquí. En la alta sociedad siempre se hablaba de las fiestas de tu padre.

Ni siquiera trato de preguntar cómo él sabe eso. Tengo la sensación de que Odin sabe

todo sobre nuestras vidas. Para ocultar mi nerviosismo, busco una ruta alternativa.

—¿Con qué trabajas?

—Programas informáticos, entre otras cosas —responde vagamente.

—¿Por qué, Odin? ¿Por qué intentas ayudarme cuando destruiste a mi padre delante de todos anoche?

—Mi problema con tu padre, no tiene nada que ver contigo. No voy a discutir sobre eso.

—Pero sois enemigos —lo digo de hecho, porque ya sé la respuesta. Pude sentir el odio entre los dos ayer y ahora sé que mi padre no cedió espontáneamente el espacio para que Odin construyera en la isla. Él perdió frente al banco.

—Tendré que salir de Grecia em dos o tres días. Será el tiempo necesario para organizar tu salida, si aceptas. Sin embargo, si quieres quedarte aquí, me lavaré las manos por tu seguridad. Tendrá que enfrentarse sola a la furia de Naim.

Contengo la respiración, preguntándome cómo podría volver a sufrir un ataque del Jeque y sobrevivir.

—Piénsalo, Elina. ¿Qué te queda en Grecia? ¿No tienes ganas de probar algo diferente?

Tu voz es como el canto de una sirena. Me está tentando y lo sabe.

—¿Dónde viviré? Nunca salí de mi país. Ni siquiera tengo pasaporte.

Contra mi voluntad, siento que mis mejillas se calientan. Para él, este es sólo otro ejemplo de lo dependiente que soy de mis padres.

—Te alojaré en un piso. Tengo varios.

—No quiero favores. Si me vas a dar un trabajo, puedo pagarte la renta.

Él se encoge de hombros.

—Nos ocuparemos de esto más adelante. Estos son meros detalles. En cuanto al pasaporte, puedo conseguirlo en veinticuatro horas.

Me levanto nuevamente y, por primera vez, tomo la iniciativa de acercarme a él. Me detengo a unos pasos de distancia.

—Quiero tu palabra de que nuestro acuerdo no incluye favores sexuales. No voy a negociar mi virginidad por un trabajo.

Me mira como si me hubiera crecido un tercer ojo en la frente. ¿Qué dije mal?

La alta sociedad griega sabe que todas mis hermanas se casaron vírgenes. No habría otra posibilidad. Mi padre nos mataría si tuviéramos un amante antes de casarnos.

He tenido varios pretendientes desde que tenía dieciocho años, pero nunca me ha interesado ninguno de ellos.

—Si no puedes dar tu palabra, no iré —insisto y, para mi sorpresa, se ríe.

—No voy a mentir y decir que no la deseo. Te quiero. Quiero saborear tu boca y cada centímetro de tu cuerpo, y a juzgar por tu reacción cada vez que estamos cerca, sientes lo mismo, pero no necesito ofrecerle un trabajo a una mujer para levarla a la cama. Tengo formas de persuadirla a eso. Medios mucho más placenteros. —Él deja que su mirada recorra mi cuerpo y, extrañamente, no me siento insultada.

Al contrario, me excita saber que me deseas.

—Tengo una intuición sobre nosotros dos, Elina. —Su voz es ronca, diferente a lo que ha

sido hasta ahora—. No, de hecho, estoy seguro de que, si decidimos ceder a nuestros deseos, esto será delicioso.

Trago saliva mientras una imagen mía y de él desnudos pasa rápidamente por mi cerebro.

Nos miramos y creo que él sabe exactamente lo que estoy pensando, porque su sonrisa regresa.

—Pero que yo la desee no tiene nada que ver con la oferta de trabajo. Ya necesitaba a alguien que se encargara de esta parte de las fiestas y no me gusta contratar empresas que hagan esto de forma impersonal. Quiero que cada recepción sea impecable y única, que sea recordada.

¿Puedo creerle? ¿En el hombre que odia a mi padre?

—Y de paso, esto lo salvará de una situación de riesgo. En mi opinión, ambos ganamos.

Sé que no me quedan muchas alternativas, pero me siento insegura.

—Sobre lo que habló respecto a nosotros dos… nuestra atracción… —Ni siquiera intento negarlo, porque me doy cuenta de que es un hombre experimentado y se reiría si yo fingiera no sentirme atraída—. Prefiero mantener las cosas a nivel profesional, pero tienes razón sobre el trabajo. No me quedaban muchas opciones, así que acepto.

Tengo mucho miedo, pero no sé qué más hacer, así que voy a arriesgarme.

—¿No quieres saber cuánto ganarás?

—No. Sé que valorarás mi trabajo adecuadamente. No necesito mucho más que un lugar donde vivir y comida en mi plato.

No me da vergüenza decir eso. Es mi realidad ahora.

—Tendrás más que suficiente para vivir con dignidad.

Él parece avergonzado, pero rápidamente lo disimula antes de continuar hablando.

—Necesito sus documentos para tramitar el pasaporte. Partiremos después de mañana. Primero pasaremos por Atenas, ya que allí tengo algunas cosas que resolver. También quiero que te hagas los exámenes necesarios para saber cómo está tu cabeza.

Él dice todo de una vez, sin dejarme espacio para negarlo, lo que me irrita.

Luego recuerdo lo que realmente importa.

Ya me está dando la espalda para salir, pero lo llamo:

—Odin?

—¿Qué?

—¿Puedes prometerme que alguien paseará a los caballos? A mis animales también les gusta que les hablen por la mañana. Siempre voy hasta sus cuadras en cuanto sale el sol.

Intento mantener el desapego en mi voz, pero me duele el corazón.

¿Qué dice sobre mí el hecho de que estar separada de mis caballos me causa más tristeza que haber sido abandonada por mis padres?

Él se gira para mirarme.

—Tienes mi palabra. Estarán bien atendidos.



Capítulo Once

Dos días después

—Necesitas comer. —Mi voz suena grosera y ella parece asustada, pero dura milisegundos.

Elina se recupera muy rápido y vuelve a mirarme con indiferencia. Estamos en mi avión privado, camino a Estados Unidos, y estoy tratando de adivinar lo que está pensando, ya que no ha dicho mucho desde que salimos de la isla.

No se quejó por dejar la casa atrás ni nada. La única cosa que me pidió fue que la dejara despedirse sola de los caballos. Permaneció en las cuadras aproximadamente media hora y, cuando salió, busqué algún signo de lágrimas, pero no había ninguna.

En Atenas, el médico ordenó una tomografía computarizada de su cabeza solo para confirmar que el ataque no causó más daños, pero no se encontró nada malo. Al salir de la clínica intentamos sacar el pasaporte y, luego, la dejé en nuestro hotel unas horas para poder visitar a Aristeu.

Mi tío aguanta, aunque los médicos dicen que no le queda mucho tiempo. Me dijo que Theodoro estaba allí para visitarlo.

Sonrió cuando dijo eso y sé que es porque ver a Theo es como tener un pedazo de Orien, su hijo desaparecido, con él.

Todavía no he podido localizar a Ciro, el hombre asignado para llevar a mi primo al cobertizo para botes en el último día que supe de él. Por lo que descubrí, Ciro trabajó para Leandros durante más de treinta años y luego desapareció repentinamente. Quiero saber por qué el hombre de confianza de ese monstruo se alejó simplemente.

Aún no tengo el paradero de Leandros, pero que se escape no me preocupa. No tengo ninguna duda de que lo encontraré. Ya intercepté la cuenta bancaria fría a la que transfirió el dinero y la vacié.

El viejo zorro, sin embargo, fue lo suficientemente inteligente como para no trasladar toda la cantidad allí. Lo que él no sabe es que no hay ningún rincón en el mundo donde pueda

esconderse. Iré hasta el infierno y sólo me detendré cuando sea destruido.

—No tengo hambre —ella responde a mi pregunta toda una vida después y no me mira mientras habla.

—¿Qué estás pensando?

—Mis pensamientos son privados, jefe. —Intenta poner enojo en su voz, pero solo logra divertirme con su impertinencia.

Parece que tan pronto como salimos de Grecia, Elina adoptó un modo más agresivo, que es preferible a la apatía. La ira es siempre un buen combustible para impulsarnos y dirigir la vida.

No estoy acostumbrado a rogar por informaciones, pero hay raros momentos en los que ella deja ver alguna emoción, lo que irónicamente me recuerda mucho a mí mismo.

Intento cambiar de táctica.

—Aun así, necesitas comer.

El avión ya está a una altitud segura, entonces me desabrocho el cinturón de seguridad y me levanto.

—Vamos —le digo y le extiendo la mano.

—¿A dónde?

—Desayunar en la parte trasera del avión.

Ella me mira fijamente por un tiempo, pero luego desabrocha su cinturón. Sin embargo, en lugar de aceptar la mano que ofrezco, ella pasa directamente por mí, pareciendo enfadada. No me gusta que me desafíen, pero, curiosamente, su rebeldía me agrada y escondo una sonrisa.

El fuego que veo debajo del supuesto hielo me excita.

Ella se sienta a la mesa con la gracia de uma mujer noble y sigo cada una de sus acciones. La manera delicada en que doblas la servilleta en tu regazo. La forma en que mantienes la postura recta. Ella es perfecta, pero no quiero su perfección. Eso es lo que ella le hace saber al mundo. Deseo a la mujer escondida en la capa de refinamiento.

—Dejemos una cosa clara, Odin. Acepté tu oferta de trabajo, pero fuera del horario en el que trabajo, no me mandas.

Mantengo el rostro neutra, pero internamente me divierte su rebelión.

—La saqué de su casa y velaré por su bienestar, te guste o no. Comer es parte de eso.

—No eres mi dueño.

Ahora no puedo ocultar mi sonrisa.

—Podría ser.

—Nunca.

—Ah, Elina, tengo el presentimiento de que aún te comerás esas palabras.

—Prometiste que nuestro acuerdo no incluiría favores sexuales.

—No quiero ningún favor tuyo. Un favor da la idea de sumisión, y eso nos es lo que me gusta. Quiero tu entrega. Quiero oírla gemir y pedir más. Quiero que grites mi nombre cuando estés alcanzando el orgasmo.

Veo sus pupilas dilatarse, lo que me hace estar seguro de la pasión que esconde del mundo.

—No debería decir estas cosas.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de saber cuán intensamente te deseo? ¿O lo que causa miedo es quererme de vuelta?

—No te quiero. Eso está mal.

—¿Según quién?

—No somos amigos.

—Los amantes no tienen que ser amigos.

—Esa palabra es odiosa.

—¿Amantes? ¿Sabes el verdadero significado? A pesar de haberse popularizado, amantes son aquellos que hacen el amor, que desean y se entregan sin barreras.

—Para hacer el amor con alguien, es necesario amarlo. Estás hablando de tener sexo.

—Puedo demostrar que estás equivocada y que podemos hacer el amor durante horas, días, semanas, sin ningún apego emocional.

—Las personas no pueden hacer el amor durante días. En algún momento necesitarían descansar.

Puedo ver la curiosidad disfrazada por un aire de desdén.

—Depende de la resistencia de cada persona y del interés que le despierte su pareja.

—¿Cómo así?

—No me sacia fácilmente cuando tengo relaciones sexuales, pero ¿contigo? Sé que estaríamos encerrados en una habitación durante mucho tiempo.

Ella mira por la ventana del avión.

—No me interesa.

—Mentirosa.

—¿Por qué me estás provocándome?

—¿Crees que te estoy provocando?

—No... quiero decir, si está, no está funcionando, pero parece que esa es tu intención.

Ella está completamente olvidada de su papel de dama de la alta sociedad y parece irritada. Inclino mi cuerpo hacia adelante, acercándome un poco más. Enfoco mi atención en su boca y, de cerca, noto nuevamente el corte y recuerdo que lo causó. Estiro el brazo y paso el pulgar por encima.

—Casi curado. ¿Todavía te duele?

Aunque hace poco menos de un minuto me rechazó con palabras, como lo que pasó en su habitación, no se aleja mientras la acaricio.

No sé si es porque la tomó por sorpresa o porque, como yo, desea el contacto.

—Arde un poco, pero pasará.

Sigo el movimiento de sus labios mientras habla. Tu boca es muy deliciosa y antes de pensar en lo que estoy haciendo, tomo una uva y me detengo frente a tu boca.

—Come.

Ella mira mis dedos y sacude la cabeza de un lado a otro, negándolo.

—Abre la boca para mí, Elina.

—¿Por qué?

—Quiero alimentarla. Déjame hacer esto.

Normalmente consigo que la gente se doblegue a mi voluntad sin que yo tenga que expresarlo, pero hay algo muy sensual en persuadirlos a ceder, lo que hace que mi deseo alcance las alturas.

No creo que ella se dé cuenta de que me está obedeciendo y reprimo un gemido de lujuria cuando sus labios carnosos prueban la fruta.

Usando toda la fuerza de voluntad que puedo reunir, retiro el brazo y me recuesto en la silla.

—¿No quieres saber a qué parte de los Estados Unidos vamos?

Ella no preguntó cuál sería nuestro destino, lo que me confundió. Al mismo tiempo en que es asustadiza y constantemente desafiante, pareció creer completamente en mi palabra, como si supiera que estaba a salvo conmigo.

—No conozco los Estados Unidos ni ningún otro lugar excepto la isla y Atenas, así que todo será nuevo. ¿Además, que sentido tenía preguntar? Voy a trabajar, no es que pueda elegir.

—No te obligan a ir. Es capaz de decidir sobre su propia vida, y eso es lo que hizo.

Ella parece incómoda y se revuelve en su silla.

—Lo sé. No me expliqué correctamente. La realidad es que no me importa. Cualquier lugar estará bien. Ninguno de ellos es mi casa, ¿sabes? —dispara, pero luego corrige:— Sé que no voy en contra de mi voluntad, simplemente no me gustan mucho los cambios, pero terminaré acostumbrándome.

Me siento incómodo, aunque no debería hacerlo.

Aunque sé que fui yo quien le quitó todo, lo que dije es verdad: Naim no lo dejaría simplemente pasar. Hasta el problema con Elina, lo conocía superficialmente. Después de los acontecimientos de los últimos días, comencé a investigarlo. No se esperaba que él asistiera a la recepción en mi casa, pero si su hermano menor, Kaled. Sin embargo, en el último momento, el Jeque entró en su lugar, y ahora estoy seguro de que no fue por casualidad.

Tengo inversiones petroleras y acuerdos comerciales con su familia, pero nunca he profundizado en la vida personal de los integrantes.

Lo que supe es que Naim es un caso clásico de injusticia divina. Su padre, que está enfermo, renunció a su título en favor de él, pero el idiota no tiene capacidad para gobernar nada. Su hermano es alguien que realmente merece convertirse en líder, pero desafortunadamente nació muchos años después.

Ahora me doy cuenta de que este acuerdo con Leandros sobre convertir a Elina en una de sus esposas probablemente llevaba algún tiempo en proceso.

Ahora, sin embargo, se ha convertido en un enemigo y he descubierto todo lo que necesito —tal vez un poco más— sobre su vida.

Principalmente sus relaciones con las mujeres. Las tres esposas han sido víctimas de violencia doméstica.

Por supuesto, esto no salió en los periódicos, pero ningún empleado guarda secretos si se le paga bien por transmitir informaciones. Sólo confirmaron lo que ya sabía.

El Jeque es un hombre enfermo que considera inferior al sexo femenino.

Él ataca físicamente sus esposas y a las diversas amantes que tiene.

Un hombre así nunca aceptaría un no. La mentalidad del bastardo todavía está en la era de las cavernas. Para él, la mujer no puede decidir si desea ceder o no a sus insinuaciones.

De esa manera, sé que Elina estaría en peligro si la dejaran por su propia cuenta.

—Vivirás en Nueva York, donde está mi residencia principal. Casi todas mis recepciones se llevan a cabo en Manhattan, por lo que tiene sentido que nos quedemos en la misma ciudad —le explico.

—¿Tu casa está cerca de la mía?

No había pensado en eso. Mi piso da frente al *Central Park* y pensé en alojarla en un *loft* en el barrio de *Chelsea*, pero algo en su voz me hace recapacitar.

Por mucho que se disfrace y trate de mostrar autoconfianza, yo soy el único vínculo con su pasado y ella quizás tenga un poco de miedo de estar sola.

Rápidamente, cambio mis planes.

— Sí, muy cerca. Resulta que tengo una propiedad vacía a solo dos cuadras de distancia.

Tendré que llamar a mi secretaria durante el vuelo y hablar sobre los cambios que habrá que hacer. Ahora debe encargarse de los suministros para el nuevo piso.

Tenía la intención de deshacerme de él, pero acabo de decidir que Elina vivirá allí.

—¿Cuánto costará el piso? Sé que dije que no me importa el salario, pero ¿será bastante para pagar la renta?

—El piso es parte de tus beneficios laborales.

Si mis abogados me escucharan decir algo así, les daría un infarto. Ni siquiera si fuera una de las directoras de mis empresas tendría el beneficio de tener disponible un piso así.

—Está bien —responde.

A ella no parece importarle, y eso me dice que Elina sabe mucho menos sobre la vida de lo que supuse. No tiene idea de cuánto cuesta el alquiler en Manhattan ni nada sobre salarios y beneficios.

No conté con tu inocencia y eso me hace sentir aún más responsable de tu bienestar.

—Tendremos que abrirte una cuenta bancaria y también tramitar tarjetas de crédito para que puedas comprar tu comida y ropas.

—No necesito ropas. Tengo más que suficiente.

—Lo necesitarás. Mis fiestas son de gala y noté que dejaste todos tus vestidos de noche atrás.

—¿Tendré que asistir a fiestas? Pensé… Pensé que simplemente me quedaría detrás de la organización.

—No. Estará por delante de todo. ¿Por qué lo escondería? Eres hermosa y siempre has organizado recepciones muy elogiadas. Es justo que reciba elogios por su trabajo.

Está completamente desconcertada y la sensación de tomarla por sorpresa es demasiado buena.



Capítulo Doce

Intenté pasar el resto del viaje en silencio, pero no pude.

Él empezó a contarme cómo era Nueva York —que hasta ahora sólo había conocido a través del cine— y despertó mi curiosidad.

Sin querer, me encontré haciendo preguntas que normalmente mantendría en mi cabeza, así como era el *Central Park* y si había dado alguna vez un paseo en carruaje por el parque.

Entonces, quise golpearme.

Odin no parece el tipo de hombre que hace cosas que haría un turista, y me sentí avergonzada por ser tan ingenua.

Decidí que era hora de cerrar la boca antes de decir otras tonterías.

—¿No quieres preguntar nada más? —él dice después de que guardo silencio unos minutos.

Estoy jugando con el cinturón de seguridad y no lo miro, sólo muevo la cabeza de un lado a otro.

¿Cree que soy simple en comparación con las mujeres con las que está acostumbrado a pasar tiempo?

Lo miro por debajo de mis pestañas y nuevamente su masculinidad me sacude. Puedo sentir el poder en él y me atrae más de lo que es seguro.

Aunque no siento miedo.

A pesar de sus insinuaciones sobre querer tener sexo conmigo, sé que Odin no me obligaría.

Ese día, cuando Naim me atacó, me dijo que confiara en mis instintos, y me dicen que Odin no es un cobarde, y que también nunca se aprovecharía de una mujer.

Un hombre como él no necesita obligar a alguien a tener relaciones sexuales. Además de ser hermoso, tiene ese algo más que hace que la gente intente llamar su atención. Y es por eso que, por más que intente luchar contra ello, es tan excitante ser el objetivo de tu deseo.

Incluso sin experiencia sexual, intuyo que es el tipo de hombre que llevaría a una mujer a

caminar por las estrellas durante el acto.

Su mirada oscura me mantiene cautiva cada vez que lo miro.

No tiene un rostro simpático, y aunque viste ropa refinada y que sé que es muy cara, se nota que por debajo hay algo salvaje.

Su barba nunca arreglada como tienden a mantenerla los hombres que nos rodean. Siempre hay una sombra de pelo en su rostro, dándole un aspecto pirata. El cabello tampoco está perfectamente cortado, es espeso y desordenado, lo que me hace querer sentirlo en mis dedos. Su apariencia es capaz de dejar sin aliento a cualquier mujer, manteniendo atrapado a cualquiera que lo mire, sin más remedio que seguir admirándolo.

Tiene algo que lo hace irresistible, incluso antes de que empiece a hablar.

No hay nada gentil en su voz, pero cada vez que abre la boca me hace querer obedecerlo. Ceder a sus demandas. Lo cual es muy extraño, porque siempre he sido el tipo de mujer que se rebela ante el menor signo de imposición. Me criaron para ser sumisa como mis hermanas y mi madre, pero nunca acepté el papel. Como aprendí desde muy joven las consecuencias de desafiar a mi padre, fingí aceptarlo todo de él. Sin embargo, por dentro estaba furiosa.

Si no podría ser yo misma todo el tiempo, especialmente con mi padre, lo compensé rebelándome contra el resto del mundo.

Así logré ahuyentar a todos los pretendientes.

Recordar esto me hace pensar en nuestra conversación de hoy.

Las cosas que me dijo encendieron el interruptor de mi imaginación.

Soy virgen, pero estoy viva.

Me masturbé y me obligué a alcanzar el orgasmo muchas veces.

También veía películas románticas y las escenas de amor realmente despertaban mi interés, pero siempre supe que, viviendo en la isla, no habría posibilidad de que experimentara ninguna de esas cosas sin tener un marido.

Además del hecho de que mi padre se volvería loco si se enterara… Todos en la isla conocían a todos.

A parte de eso, nunca me había sentido tan atraída por alguien hasta ahora.

Los hombres que asistieron a nuestras recepciones estaban casi todos casados, y los solteros eran demasiado mayores para mí o no despertaban mi deseo.

Lo miro discretamente otra vez.

Odin sería perfecto para probar si alguna vez decidiera intentar una aventura.

Hermoso y sensual como los héroes de las películas románticas.

Nuestras conversaciones también me excitan, me marean. Sus insinuaciones envían escalofríos por mi piel.

Cada vez que dice que me quiere, siento un pulso de deseo entre mis muslos.

Pero tendría que estar loca para involucrarme con él.

No es sólo el hecho de que le quitó todo a mi familia.

No conozco los negocios de mi padre, pero conozco lo suficiente a Leandros como para entender que no es un hombre honesto. Escuché algunas de sus conversaciones con los abogados y también con los guardias de seguridad. Mi padre pasa por alto a cualquiera para conseguir lo

que quiere, especialmente si se trata de dinero. La mayor prueba de esto es que negoció mi matrimonio con Naim sin consultarme.

Entonces, no soy el tipo de hija que piensa que su padre es un santo simplemente porque es mi padre. Yo, más que nadie, sé de lo que es capaz.

Odin dijo que no es un héroe y le creo, pero Leandros encaja perfectamente en el papel de villano. Por tanto, no es la pelea entre ambos lo que me impide de embarcarme en su seducción, sino el hecho de que mi vida está patas arriba.

Me voy a un país extraño, con un hombre que supuestamente es mi enemigo. Viviré solo y tendré un trabajo para ganarme la vida por primera vez en mi existencia. Hay demasiados cambios que procesar y no puedo agregar a eso la participación sexual con un hombre como él.

No es que no esté interesada.

Casi me desmayo cuando dijo que pasaría horas o días encerrado en una habitación conmigo haciendo el amor.

Sin embargo, hay una multitud de razones por las que ni siquiera consideraría algo entre nosotros. ¿El principal? Él será mi jefe.

Si nos involucramos, cuando él se cansa de mí, estaré sin trabajo. Al menos por el momento, no tengo otra oportunidad a la vista de tener un techo sobre mi cabeza.

—Debes tener ganas de descansar. Normalmente no hablo mucho. No sé qué me pasó —respondo finalmente.

—Si no quisiera hablar, no tendrías ninguna duda sobre eso.

Yo le creo.

Odin no parece del tipo que deja que nadie le obligue a hacer nada.

—¿Hay algún supermercado cerca del piso dónde viviré? —Intento centrarme en cosas prácticas.

—¿Supermercado?

—Sí, necesitaré comprar comida. ¿Puedo ir a pie hasta allí?

—¿Alguna vez has hecho esto?

—No.

—No te preocupes. Haga una lista semanal y cualquier funcionario le proporcionará todo lo que necesita.

—No, puedo aprender a hacer mis propias compras. Sólo necesito que alguien me enseñe. Ya estás ofreciendo demasiado.

Nos miramos fijamente en silencio por un tiempo y espero que me contradiga, pero, al contrario, me sorprende.

—¿Cocinas?

Me encojo de hombros.

—No me moriría de hambre.

—No sé cocinar.

—Me imagino.

—¿Qué significa eso?

—Eres rico, no necesitas hacer nada. Debe haber mucha gente para cumplir todos tus deseos con un solo chasquear de dedos.

—Tú también eres rica.

—No, mi padre es… era. Además, siempre me gustó ver a la cocinera preparando la comida. Me encanta el olor de la comida fresca.

Siento que mi rostro se calienta porque dije demasiado otra vez. Estoy segura de que a Odin no le importan ese tipo de tontería.

—¿Saborear?

—¿*Eh*?

—¿Te gusta saborear una buena comida?

—Sí. Me gusta el placer que siento cuando la comida llega a mi lengua. Cómo algunos platos combinan perfectamente con un buen vino, creando una deliciosa mezcla de sabores.

Él está en silencio, pero me mira intensamente, lo que envía un escalofrío por todo mi cuerpo.

—No sé qué es lo que tienes que me hace hablar sin parar. No soy tan hablador.

—¿Sabes lo que dicen sobre la capacidad de disfrutar de una buena comida? Hay un paralelismo entre disfrutar de un buen plato y hacer el amor.

—¿Solo piensas en sexo? — A pesar de la pregunta, tengo ganas de reír, pero lo escondo.

—Normalmente no, pero despiertas en mí deseos imparables.

—Guarda tus trucos de seducción conmigo. No pasará nada entre nosotros.

—No uso trucos de seducción para conseguir a la mujer que quiero.

Escuchar eso me produce una sensación desagradable y la certeza de que necesito mantener la cabeza en su lugar.

La mujer que quiero.

Él debe jugar ese juego con mucha frecuencia y aunque no me sorprende que tenga varias aventuras, esto me da la confirmación de que debo dejar las cosas entre nosotros en un nivel profesional, o puedo perder la única oportunidad de lidiar con el desastre que se convirtió mi vida.

Decido ser honesta para variar.

—No voy a mentir y decir que no me siento atraída. Esas cosas que dijiste sobre sexo… creo lo que dijiste sobre poder hacer el amor durante horas, pero, aunque ya no le debo la satisfacción a mi padre, no quiero mezclar las cosas entre nosotros. Ya no necesito conservar mi virginidad y quiero experimentar, pero cuando decida tener sexo será con alguien que no me pague un salario.

—¿El problema es que trabajas para mí o por qué estás esperando al príncipe azul?

—Nada de eso. Nunca me casaré. Hablé sobre experimentar el sexo.

—¿Y el plan de tu familia para que te cases virgen?

—Como dijiste, ese era el plan de mi familia. Nunca quise un marido como el que soñaban mis hermanas.

—¿Por qué?

—Me gusta estar solo. No siento la falta de un hombre a mi lado, pero sé que llegará el momento en que mi cuerpo querrá aprender sobre el placer.

Para mi sorpresa, él suelta su propio cinturón de seguridad y se acerca a mí.

Él se agacha frente a mis piernas, pero es tan grande que es como si estuviera de pie.

—Un beso.

—¿Qué?

—Déjame besarte una vez, luego si no es lo que imagino, olvidaremos esta conversación para siempre.

Miro su boca. Tus labios son sensuales al punto que me hacen olvidar todo lo demás. Tengo treinta años y nunca he besado a un hombre, ¿qué daño podría haber en solo probarlo?

Si no es bueno, igual sacará cualquier fantasía de mi cabeza.

En lugar de responder, levanto la mano y toco su rostro. Paso mis dedos suavemente por su mandíbula y disfruto la sensación de su barba sin afeitar en mi piel.

Cierro los ojos para sentirlo mejor.

Dejo que las puntas de mis uñas sigan experimentando, pero de repente me agarra la muñeca.

— Mírame.

Obedezco.

No me gusta recibir órdenes, pero me suavizo ante su tono autoritario.

Lleva mis dedos a su boca.

Sin dejar de mirarme, besa las puntas y luego las chupa una a una.

Su boca está caliente, húmeda, y sensaciones que nunca había experimentado inundan mi cuerpo.

Con su mano libre, él suelta mi cinturón y me lleva al borde del asiento.

—¿Quieres esto?

Él está sentado sobre sus talones y así que asiento con la cabeza en señal de confirmación, me sienta en su regazo.

No tengo mucha opción más que separar mis piernas para acomodarme a su cuerpo, y la sensación de tenerlo abrazándome es como estar protegida por una pared.

—¿Me abrirás la boca esta vez?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque ahora soy yo quien quiere saborearte.

Sin previo aviso, me tira por la nuca y presiona nuestros labios.

Al principio, las bocas simplemente se sienten.

Calor contra calor.

No es suficiente y, sin que él me lo diga, la abro, invitándolo.

Él simplemente pasa su lengua por mi labio y gimo de placer.

Así que el sonido se escapa, él finalmente me lleva.

Es una invasión sensual, ardiente, decidida.

Odin no me deja dudar de cuánto me desea. Su beso es intenso y tan dominante que pierdo la noción del tiempo y el espacio.

Simplemente no quiero parar.

Podría besarlo durante horas.

Me gustaría que me tocara, pero no sé cómo pedir por eso.

Sólo permanecer pasiva en sus brazos no me satisface y cierro mis manos alrededor de su cuello.

Eso parece complacerlo, porque me acomoda mejor en su regazo, acercándome hacia él por mi culo.

Puedo sentir su excitación debajo de mi cuerpo y las terminaciones nerviosas entre mis muslos vibran en respuesta cada vez que me muevo.

Odin gime mientras me chupa la boca y le muerdo ligeramente el labio inferior.

Él se levanta, se sienta en su poltrona conmigo en su regazo y me alejo para mirarlo.

—No.

—¿No qué?

— Nuestro beso aún no há terminado, Elina. Vuelve aquí.

Realmente no quiero parar, pero estoy empezando a perder la cabeza.

El ataque es desenfrenado, delicioso.

Él me está despertando.

Si el beso es así, ¿cómo no sería tenerlo probando cada parte de mi cuerpo?

El pensamiento me estimula, aumentando mi necesidad, y tiro de los mechones de su cabello para tener más de su boca.

No puedo pensar con claridad. Sólo quiero un poco más de lo que siento.



Capítulo Trece

La sensación de tenerla por fin en mis brazos es indescriptible.

La delicadeza de tu cuerpo me vuelve cuidadoso, como si tuviera en la mano algo precioso.

La fuerza con la que la deseo es casi violenta.

Por mucho que intuí que las cosas entre nosotros serían intensas, dada la forma en que ella me excita, nunca se me pasó por la cabeza que Elina sería capaz de hacerme perder el control de esa manera.

Mi lengua la invade, lentamente al principio, haciéndola acostumbrarse, enseñándole a recibirme. Cuando me doy cuenta de que ella tiene más confianza, profundizo y la coreografía de nuestras bocas encuentra un ritmo perfecto. Es como si hubiéramos estado haciendo esto desde siempre.

No me hacía ilusiones de que simplemente compartiríamos un beso. Aunque ella es virgen, tengo experiencia más que suficiente para saber que el sexo entre nosotros será explosivo. Un beso ni siquiera comenzaría.

Ahora que lo he probado, sé que me llevará muchas noches antes de poder obtener suficiente. Pero por todo lo que he aprendido de ella hasta ahora, sé que Elina no me dejará cerca tan fácilmente, y la incertidumbre de cuánto tiempo más tendremos juntos me hace aumentar la exigencia de su rendición.

Aprieto y muevo sus caderas encima de mi polla para que no tenga dudas de cómo la quiero. Ella escapa de mi boca e inclina su cuello hacia atrás, en un largo gemido que casi me vuelve loco. Enredo mis dedos en su largo pelo porque necesito su boca de vuelta.

—Chúpame la lengua.

Ella se aleja para mirarme. Luego, se acerca nuevamente y prueba muy ligeramente lo que le pedí.

—No así. Chúpalo. Chúpalo bien.

Le toma un poco de tiempo aprender el manejo, pero cuando lo hace… ¡Carajo! Mi polla

reacciona inmediatamente, imaginando cómo sería si su boca me tomara.

—Así. Continúe.

—Odin…

—Sabía que sería así, Elina. Incluso antes de tocarla, sabía que sería delicioso.

Estamos completamente perdidos, rendidos, desesperados, por eso cuando aparece la voz del piloto, ambos nos asustamos.

Ni siquiera recordaba que estábamos en el avión y, aparentemente, ella tampoco, porque cuando se dio cuenta de que había alguien más cerca, intenta escapar de mi regazo.

Pero no estoy dispuesto a rendirme fácilmente.

—Shhhhh… Cálmate. Él sólo nos hace saber que aterrizaremos pronto. Nadie vendrá aquí por ahora.

—Déjame ir.

Incluso en contra de mi voluntad, me levanto y la vuelvo a sentar. Cierro su cinturón de seguridad, pero no vuelvo a mi asiento.

Me quedo de pie, mirando su boca hinchada por mis besos. La respiración agitada y la forma casi salvaje en que tu pecho sube y baja.

No quiero ir a mi asiento, todavía no, pero siento que Elina ha bebido mucho en un sólo día.

Sin embargo, tan pronto como me siento, ella me sorprende.

—Dijiste un beso. Si un solo beso tuyo es así, ahora no tengo dudas de que podrías pasar horas teniendo sexo.

No pasa desapercibido que ella utilizó la expresión teniendo sexo. Ya estoy empezando a conocerla un poco más, y supongo que esa es su forma de mantener nuestra atracción como algo de menor importancia.

—Fue sólo un beso. Si estuviéramos haciendo el amor, ahora estarías desnuda, mostrándote a mí, mientras mi boca y mi lengua saborearían cada pedacito de tu cuerpo.

—Haces el amor con palabras.

—Tal vez. —Escondo una sonrisa, satisfecho al ver cómo se excitó—. Y a mí también me gusta escuchar. No debes ocultar nada de lo que sientes cuando estamos en la cama.

—No sucederá. Soy lo suficientemente honesta como para admitir que tu beso es muy caliente y que estoy ardiendo, pero detengámonos aquí. Como dije antes, no quiero mezclar trabajo con sexo.

—No necesitamos mezclarnos, aunque me encantaría hacer el amor contigo encima de mi mesa de oficina mientras la gente afuera de la puerta no tuviera idea de que adentro estaríamos desnudos en los brazos del otro.

Ella niega con la cabeza, como para descartar la escena que acabo de describir, y cambia de tema.

—Dijiste que trabajas con programas informáticos. ¿Creas estos programas? No entiendo nada de esto.

—Actualmente, no tanto. Tengo personas en todo el mundo haciendo esto por mí. Soy el *CEO*. Sólo el jefe molesto.

—Jefe mandón.

—¿Qué?

Ella me da una sonrisa.

—Eres muy mandón. Le gusta controlarlo todo.

—No puedo controlarte.

—Nunca dejaré que nadie me controle nuevamente. Me estás dando la oportunidad de, por primera vez, tomar el control de mi propia vida. No arruines esto intentando seducirme. Sé que nuestra atracción es muy intensa, Odin. No tengo experiencia, pero conozco mi cuerpo. El reacciona ante ti independientemente de mi voluntad. No soy lo suficientemente fuerte para resistirme, pero puedes tener a la mujer que quieras, entonces, ¿por qué confundir las cosas al tener sexo conmigo?

—Podemos mantener todo separado. Nada de sexo en la oficina.

—Estoy hablando en serio.

—Yo también.

—¿Mismo? ¿Y después? Y cuando nuestro caso llegue a su fin, ¿cómo será? Probablemente voy a perder mi trabajo y no puedo permitirme ese lujo. Tenemos que detener lo que sea que esté pasando entre nosotros.

Antes de que pueda responder, la azafata aparece para verificar si nuestros cinturones de seguridad están puestos. Sé que ella sólo está haciendo su trabajo, pero me irrita que me interrumpan.

Miro por la ventana mientras pienso en una solución a nuestro estancamiento. Racionalmente, por supuesto que ella tiene razón. Si nos involucramos, probablemente nos sentiríamos avergonzados cuando todo llegara a su fin. Nunca he mezclado trabajo y placer, así que sé que tiene un buen argumento.

La cuestión es que no veo que me canse pronto.

A pesar de esto, voy a retroceder por ahora.

Las decisiones tomadas en el calor de la emoción nunca salen bien. Lo mejor es analizar todo el asunto antes de que termine alejándola de vez.

Siento que me mira, pero finjo no darme cuenta.

El deseo por Elina es tan salvaje que, si no lo intento, mandaré al infierno con la decisión de reducir el ritmo por ahora.

Entonces, cierro los ojos y trato de calmar la forma animal en la que mi cuerpo aún permanece conectado al de ella.



Manhattan - Nueva York

Mi secretaria hizo lo que le pedí. Cuando llegamos al edificio que ahora será su residencia, el piso está listo para recibirla.

Limpio y con comida suficiente para que pueda comer durante al menos dos semanas.

Cuando la traje, incluso nuestra… interacción en el avión, tenía la intención de mantener todo impersonal, porque pensé que incluso si tuviéramos relaciones sexuales, no iría más allá de lo que costumbra ser: unos pocos encuentros casuales.

Es sólo que me conozco a mí mismo. Después de lo sucedido, la intensa química entre nosotros, seré aún más cuidadoso con tu bienestar.

Cuido lo que es mío y mientras estemos juntos —y eventualmente lo estaremos, no tengo ninguna duda—, Elina será tratada como mi esposa.

Sé que no podré dejarla pronto. Estoy hambriento. De todo lo que dijiste, diste en el clavo cuando dijiste sobre mi necesidad de control. Controlar mi mundo es parte de quién soy. Anticipo las reacciones de las personas para saber cómo seguir jugando. Rara vez me relajo cerca de otra persona, por eso es tan extraño que me desconecté de todo cuando la sostuve en mis brazos en el avión.

Miro a la mujer que ahora camina por la sala del piso mientras parece intentar asimilar todo lo que la rodea.

Los muebles son blancos y el sofá es gris claro.

A pesar de ser una propiedad de sólo tres habitaciones, y no una mansión como en la que creció, Elina parece deslumbrada mientras pasea por cada rincón.

Estoy quieto, con las manos en los bolsillos del pantalón del traje, prestando atención a cada movimiento de ella.

Tengo la sensación de que, si estuviera sola, daría vueltas a su cuerpo como lo hizo ese día en la biblioteca. Ella parece feliz.

—Es increíble.

No respondo. Todavía no estoy de buen humor. No pude encontrar una solución a nuestra relación, lo que terminó dejándome en un estado de ánimo infernal.

—Venga. Conozcamos el resto.

Antes de pensar en lo que estoy haciendo, extiendo la mano. Al contrario de lo que hizo en el avión, esta vez ella acepta de buena gana. El sentimiento es extraño. No sólo porque cedió, cuando normalmente está asustada, sino porque parece correcto retenerla. Tenerla conmigo.

—El piso es enorme.

—No, es mediano, pero creo que estarás cómoda.

—¿Estás bromeando? Aquí podrían caber diez de mis habitaciones.

—Su casa en Grecia no se limitaba a su habitación.

—Para mí, lo resumió. Allí podría ser yo misma.

—¿Qué quiere decir esto?

—Disparates. Como dije antes, me conviertes en una persona muy habladora.

—No quiero que me ocultes nada.

Sí, ella puede —y tal vez debería— mandarme al infierno por lo que acabo de decir, pero en lugar de eso, se encoge de hombros.

—Necesitarás ganártelo para conocer mis secretos.

Me detengo en medio del pasillo y hago que me mire.

—¿Estás coqueteando conmigo?

—No.

—No mientas.

—Lo siento. No volverá a suceder.

Sostengo sus caderas, mi deseo ya completamente reavivado.

—Voy a besarte de nuevo. Di que tú también quieres eso.

—¿Haría alguna diferencia?

—Haría toda la diferencia. Siempre puedes decirme que no, Elina.

Ella mira mi boca.

—Sólo uno más.

La apoyo contra la pared y paso sus brazos alrededor de mi nuca. Si un beso es todo lo que recibo por hoy, me aseguraré de que ella tenga algo en qué pensar cuando me vaya.

Al contrario de la primera vez, ella ahora ya sabe lo que debe hacer y sus manos me tiran con urgencia. Me lo tomé con calma en el avión, pero en este momento, tal vez con sus palabras aún grabadas en mi memoria, hay un toque de desesperación en mi ataque. Tomo su boca en una clara simulación del acto sexual y ella responde como sé que lo haría si estuviera dentro de su cuerpo.

Elina es puro fuego en mis brazos.

Sin embargo, a pesar de la excitación que roza la locura, me obligo a detenerme. Ella también tendrá que aprender a preguntar.

Su rostro muestra decepción y sólo Dios sabe cuánto me cuesta no volver a besarla, pero algo que dijo me impide continuar.

Quiero que Elina venga a mí espontáneamente, sin sentirse vulnerable ni endeudada porque le di un trabajo.

Espero a ver si da indicios de que quiere más, sin embargo, a pesar de que su deseo sea obvio, lo oculta.

— ¿Me mostrarás el resto del piso? Tengo muchas ganas de conocer la cocina.



Capítulo Catorce

Me senté en el sofá de la sala después de que él se fue, tratando de pensar con calma en todo lo que había cambiado en mi vida en menos de una semana. Desde que salí de Grecia hasta aquí, es como si estuviera viviendo la vida de otra persona.

Quiero decir, de una cierta manera, siempre he sido una impostora. Fingía para encajar y rara vez experimenté sentimientos reales aparte del miedo y la vergüenza.

Ahora es diferente y un poco más aterrador, porque soy dueña de mi propia vida. Cuando miro hacia atrás, me doy cuenta de que tal vez no presté suficiente atención a las señales, porque, de hecho, las cosas habían sido extrañas en nuestra casa mucho antes de la fiesta de Odin.

Desde que él empezó a construir en nuestro terreno, que en ese momento no tenía idea si ya no pertenecía a mi padre, Leandros parecía más irritado que de costumbre.

Crecimos sin preocuparnos con dinero, pero de repente lo veía quejándose con mi madre de los altos gastos de las tarjetas de crédito, y de que deberíamos despedir a algunos de los empleados domésticos.

Él nunca se involucró en ese tipo de cosa y eso debería haber sido una clara advertencia para mí de que algo andaba muy mal.

Pero siempre viví dentro de mi propio mundo, sin prestar atención a lo que sucedía a mi alrededor. No tenía un objetivo concreto más que amar y cuidar a mis caballos.

De vez en cuando, también organizaba suntuosas recepciones, pero eso se convirtió en un bien cada vez más escaso.

En el pasado, mi padre se empeñaba en llevar empresarios a nuestra casa para exhibirnos a mi madre e a mí como si fuéramos dos trofeos. Creo que consideraba el hecho de que ella fuera inglesa como una especie de distinción del resto del pueblo griego. Yo, por mi parte, siempre me he sentido cien por cien griega. Si olvidamos el hecho de que hablo ambas lenguas, no hay nada que me vincule a Inglaterra más que la sangre materna.

Me levanto y me acerco a la ventana, mirando el paisaje exterior. Puedo sentir la ciudad hirviendo incluso desde aquí arriba. Cae una ligera lluvia que hace que la noche parezca lúgubre, pero Manhattan sigue siendo hermosa.

Cuando salimos del avión y tomamos el coche hacia el edificio, intenté no mostrar entusiasmo mientras miraba por la ventana, pero era difícil no perder el aliento mientras cruzábamos un puente brillantemente iluminado.

Esta isla es muy diferente de donde nací y crecí.

Estoy muerta de miedo y al mismo tiempo entusiasmada con todo lo que me espera en el futuro.

Envuelvo mis brazos alrededor de mi cuerpo y pienso en mi familia. Mis padres se escaparon sin pensar dos veces en mí. Esto no debería sorprenderme, pero no puedo evitar sentirme herida.

Aunque mamá siempre hizo todo lo que pudo para complacer a su marido, todavía me duele que ni siquiera se despidiera.

Y aún existe el acuerdo entre mi padre y Naim.

No sé qué habría sido de mí si Odin no me hubiera ofrecido el trabajo y también me hubiera tomado bajo su protección.

Porque incluso si no lo expresó con palabras, sé que eso fue lo que hizo.

Quizás no por amabilidad. Probablemente, en parte, para atacar a mi padre, pero, aun así, él me ayudó.

Leandros me negoció, me vendió, como dijo el propio Jeque, por una cantidad considerable de dinero para garantizar su propio bienestar.

¿Y qué tipo de hombre es Naim?

Incluso si excluimos el hecho de que él es vil y me agredió física y verbalmente, ¿cómo podría realmente pensar que me adquiriría como si fuera una cosa?

Es increíble.

A pesar de todas estas certezas, una parte de mí todavía siente que estaba traicionando a mi familia al aceptar venir con Odin. Pero no tuve muchas alternativas y agarraré con uñas y dientes la oportunidad que él me ofreció para mantener mi dignidad.

El único problema es la atracción entre nosotros.

No sé si lo que hemos hecho desde nuestro primer beso en el avión es común para él, probablemente sí, pero para mí será difícil olvidar la sensación de ser tan deseada y protegida.

Estar a tu lado es como vivir rodeada de una fortaleza y eso me asusta, porque no quiero acostumbrarme a tus cuidados. Sin embargo, mentiría si dijera que no sentí un fuerte deseo de intentar tener sexo con él. Mi intuición me dice que será una experiência inolvidable.

Pero sé que tal vez esto pueda arruinarlo todo, porque cuando termine, probablemente me despidan con una palmadita en la espalda.

No. Es mejor no seguir ese camino.

Camino hacia mi habitación y es un poco asfixiante tener tantas habitaciones para mí sola.

Siempre me ha gustado estar sola, pero extrañamente me siento vacía desde que él se fue. Ya no intento besarme, aunque siempre se mantuvo cerca mientras me llevaba a conocer el resto de la casa. Cada vez que pasaba por él, mi cuerpo reaccionaba y creo que Odin sentía lo mismo. Espero que se dé por vencido rápidamente, que encuentre otra mujer que le interese, porque no sé si podré decirle que no, si decide seducirme.

No es sólo la curiosidad que siempre he sentido por el sexo. Es él. Odin es tan intenso que me deja completamente fuera de órbita con sus besos y calor.

Viví en el frío durante mucho tiempo.

A pesar de la devoción ciega que mi madre dedicaba a mi padre, no era cierto lo contrario. La atmósfera en nuestra casa nunca ha sido la de un hogar amoroso, por lo que experimentar la pasión con Odin me quita la capacidad de pensar.

La arrogancia con la que pronunció el discurso humillando a mi padre en la fiesta en su casa fue la misma con la que se apoderó de mi boca una y otra vez mientras estaba en sus brazos. Él también parecía reacio a irse, como si estuviera esperando una invitación para quedarse, pero yo no quería arruinar mi nueva vida, así que simplemente lo dejé ir.

Él quería regalarme un móvil nuevo, pero no lo acepté. Prefiero el mío, porque ya sé usarlo.

Mandón como es, parecía irritado, pero aun así aceptó mi decisión, simplemente cambiando el chip que tenía en Grecia por uno nuevo.

También ajustó un poco la configuración, por lo que pude ver. Creo que debí haber estado grabando nuestros números el uno en el otro, pero no estoy segura.

Bueno, no importa.

Realmente no hay nadie a quien llamar.

En algún momento tendré que contarles a mis hermanas y a Theo lo que pasó, pero aún no estoy lista.

Llego al habitación y apenas me quito el vestido, dejando solo la braga y el sujetador, escucho el sonido lejano de mi móvil y vuelvo a la sala a buscarlo.

Sé que sólo puede ser él y hay algo extrañamente sensual en contestar su llamada vestida solo con lencería.

—¿*Elina?* —pregunta su voz profunda, enviando un delicioso escalofrío por todo mi cuerpo.

—¿Sí?

—¿*Ya has conseguido familiarizarte con tu nueva casa?*

—No del todo, pero me gusta aquí.

—¿*Te desperté?*

No ha pasado más de una hora y media desde que se fue, pero aún parece mucho tiempo.

—No. Me estaba preparando para meterme en la ducha.

Un sonido ronco proviene del otro extremo de la línea, lo que hace que las puntas de mis pechos se hinchen de inmediato.

¿Por qué diría algo así sabiendo cuánto él me desea?

No soy una provocadora. Generalmente.

Quizás la distancia física me dio el coraje suficiente para empujarlo, a pesar de todos mis pensamientos previos sobre el error que sería involucrarnos.

—¿*Estás desnuda?*

Mi cuerpo se estremece en respuesta a la pregunta directa, así como al deseo en su voz.

—Casi.

—¿*Sólo en braga?*

—Eso no es asunto tuyo —respondo, súbitamente avergonzada.

No sé en qué estaba pensando cuando comencé esta conversación. Es una locura provocar a un hombre como Odin. No hay ninguna posibilidad de que gane este juego.

—*Estás a salvo, al menos por hoy, así que será mejor que seas una buena chica y me respondas. Como no puedo tenerte en mi cama ahora, déjame al menos hacer volar mi imaginación.*

Permanezco en silencio, decidiendo si debo colgar, pero, aunque sé que sería lo más inteligente, me veo revelando:

—Todavía no me he quitado el sujetador.

—*Me gustaría ver*.

—¿Qué?

—*Ese delicioso cuerpo vestido sólo con diminutas piezas de tela.*

—Creo que los psicólogos tienen un nombre para esto.

Para mi sorpresa, se ríe.

—*Al principio, sólo miraría. Me gustaría verla desnudarse para mí, pero no tengo ninguna duda de que no me mantendría alejado por mucho tiempo. Nunca perdería la oportunidad de sentirla en mi boca, lengua y dedos.*

Trago fuerte, excitada con la descripción.

—No bromeabas cuando dijiste que te gustaba hablar mientras hacía el amor.

—*No. ¿Y recuerdas la otra cosa que dije? También me gusta escuchar.*

Mi cuerpo se siente como si estuviera ardiendo después de sus palabras, pero sé que tengo que ponerle fin.

—Tengo que ir. Ya es tarde.

Él no habla nada por un tiempo y creo que insistirá, pero luego dice:

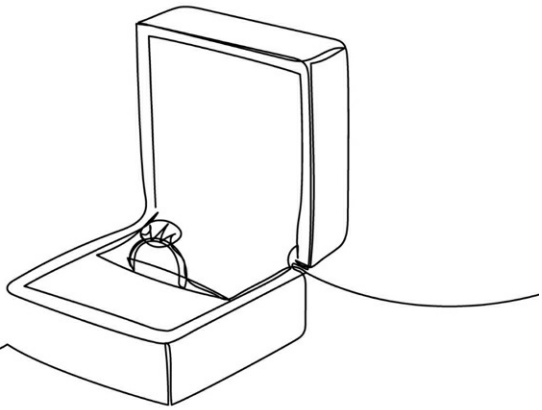
—*Todo bien. Mañana tendremos un compromiso por la noche. Necesitamos ocuparnos de los negocios. Te recogeré a las ocho.*

—¿Vamos a algún lugar?

—*Sí, cenaremos y hablaremos de su primer trabajo.* —Su voz ahora suena completamente indiferente y, por más loco que sea, quiero recuperar su calidez—. *Buenas noches, Elina.*

—Buenas noches, Odin.

Odin



Capítulo Quince

Al día siguiente

Sentado en mi mesa, miro todas las pantallas abiertas de mis ordenadores. Normalmente no pierdo el control, pero ahora estoy hasta la coronilla. ¿Cómo pude ser tan descuidado como para no dejar a nadie vigilando a Leandros justo después de la fiesta?

La conversación que escuché entre él y el Jeque debería haberme alertado de que el bastardo planeaba escapar. Tal vez fue atrapar a Naim con Elina lo que terminó desviando la atención de mi objetivo principal: destruirlo. No me arrepiento de haber interferido ese día ni el siguiente. No podría permitir que ese hombre enfermo la lastimara debido a un acuerdo comercial con el bastardo que se hace llamar su padre.

Llegué a considerar si Elina no estaba involucrada en esta trama con Leandros para obtener dinero del Jeque. Confiar en la gente no es algo a lo que estoy acostumbrado, pero después de verla ser atacada dos veces y lo asustada que estaba, no tenía ninguna duda de que estaba completamente a oscuras.

Sé lo que es tener miedo, y su miedo era real.

De cualquier manera, estas posibilidades ya no importan. Ahora ella está bajo mi protección.

El trabajo que ofrecí no era una mentira. De hecho, tenía la intención de contratar a alguien que hiciera un servicio personalizado para organizar mis recepciones, especialmente las benéficas, pero probablemente habría asignado a una de las secretarias o asistentes para entrevistar a los potenciales candidatos.

Ha pasado mucho tiempo desde que contraté a alguien para trabajar en cualquier parte de mi vida. Simplemente fui práctico al elegirla para el puesto, resolviendo dos problemas a la vez.

A pesar de todos los cambios, ella parecía tan feliz como una niña pequeña al llegar aquí a Nueva York. Por supuesto, no fue nada de lo que ella dijo o incluso demostró, pero presto mucha atención a cada reacción que tiene. Elina está deconstruyendo la imagen que tenía en mi cabeza.

La mujer arrogante y fría ahora se muestra cada vez más una chica inexperta y desesperada por vivir.

De la sensual *vamp* que pensé que era, todo lo que queda es su belleza y el hecho de que es naturalmente *sexy*.

Ella no necessita esforzarse para ser deliciosa.

Nunca me había sentido tan cachondo por una mujer.

Tal vez sea el hecho de que ella nunca se rinde por completo.

Déjame ver que me deseas con la misma intensidad, pero no cedes fácilmente.

Mi intuición me dice que ella no está jugando, pero es aún más reacia que yo a bajar la guardia. Mi resistencia, por desgracia, sólo funciona relativamente bien cuando me alejo de ella, porque basta que estemos en la misma habitación —no, en verdad, basta con que escuche su voz —para que cualquier decisión de dejarla se vaya al agua.

Pasé la mayor parte de ayer con una erección incómoda. Desde el momento en que nos besamos en el avión hasta que llegamos al piso, mi cuerpo pedía a gritos el de ella. No soy de negarme los placeres carnales y podría haber resuelto el problema con una simple llamada telefónica, pero no quise. Ninguna otra me satisfará. Es sólo ella.

¿Qué pensará Leandros cuando descubra que la saqué de Grecia?

No creo que ya lo sepa. La única persona que podría decirte esto sería Naim, y estoy seguro de que no han hablado.

El gusano Argyros debe estar escondiéndose, probablemente también huyendo del Jeque. No sería tan estúpido como para permanecer a la vista con dos enemigos persiguiéndolo, y si aún no he descubierto dónde está, Naim no tiene ninguna posibilidad.

Mi preocupación actual, sin embargo, no es mi principal enemigo, tarde o temprano lo encontraré. En este momento, estoy concentrado en proteger a Elina.

Naim es un hombre malo y nunca aceptará el rechazo de una mujer, así que sé que ella no estará a salvo hasta que decida qué hacer con él.

Aunque la posibilidad de que él pueda sacarla de los Estados Unidos sea remota, no hay nada que le impida intentar lastimarla aquí, y lo mataré antes de que eso suceda.

Estoy investigando su vida financiera.

Conozco lo suficiente sobre los hombres de nuestro entorno para saber que un golpe en la cartera es tan doloroso o más que un golpe en el orgullo, y tal vez, si descubro sus secretos, pueda hacerlo desistir de perseguirla sin necesidad de tomar medidas más drásticas.

Sin embargo, si no hay manera, haré lo que sea necesario para sacarlo del camino.

Y si su padre se pone en contacto con ella, ¿qué hará?

No estoy seguro.

Incluso después de todo lo que ha pasado y de haber sido negociada como un objeto valioso, la sangre cuenta mucho.

Aunque esto me moleste, tendré que vigilarla.

Todo sería muy sencillo, sólo negocios, si no fuera por nuestra atracción.

Todavía irritado, pienso en cómo mi plan, tan cuidadosamente elaborado, de repente se llenó de contratiempos, hasta que Grigori entra sin tocar la puerta.

Él es el único que tiene el coraje de hacer esto. Después de diez años trabajando conmigo, nuestra relación ha traspasado la barrera profesional. Aunque sea a regañadientes, debo admitir que hoy en día es más un amigo que un empleado.

Hasta donde yo sé, él no sabe nada sobre mi pasado, al menos no la parte sobre la muerte de mi familia, pero sabe lo suficiente como para entender que estoy obsesionado con Leandros Argyros.

—Lo encontramos.

No necesita darme un nombre para saber quién es. Ciro.

—¿Sigues en Grecia?

—No, estaba escondido en Croacia.

—¿Por qué?

— Eso aún no lo sabemos, pero supongo que para escapar del viejo diablo.

Proceso rápidamente las informaciones. Si Ciro tuvo que huir de su ex jefe probablemente fue porque ya no le era útil.

—¿Hace cuánto tiempo que estaba escondido?

—Prácticamente desde que desapareció su primo.

—Llévalo a la isla.

—Ya estamos haciendo arreglos, pero probablemente no sucederá hasta dentro de dos o tres días. ¿Quieres que lo cuide?

Sé que Grigori también tiene un pasado oscuro. Nunca dejaría que alguien se acercara tanto a mí sin comprobarlo primero.

—No. Lo haré yo mismo, pero necesito que vigiles a Elina mientras no esté aquí.

—Eso no será un problema. ¿Crees que ella sabe dónde está su padre?

—Eso no es lo que me preocupa en este momento, sino que Naim esté rondando por nosotros y esté aprovechando mi ausencia para intentar llevársela.

—¿Por qué te importa?

Casi sonrío.

Él tiene coraje.

Pocas personas serían tan directas al interrogarme.

—¿Quién dijo que me importa?

—Estoy diciendo. ¿Por qué estás tan preocupado? Ella es la hija de su enemigo.

—Sí, lo es, pero también es una mujer que tiene derecho a elegir con quién desea estar y no dejar que su voluntad sea subyugada por dos perturbados.

—Uno de eses perturbados es su propio padre.

Pienso en mi madre.

—Nosotros no elegimos a nuestros padres.

—Confío en que sabes lo que estás haciendo al mantener una parte del enemigo tan cerca.

No respondo, por la sencilla razón de que no es necesario. Nunca daré explicaciones sobre mi vida a nadie.

—Entonces, tan pronto como Ciro regrese a la isla, ¿irás a Grecia?

— Sí, y te asegurarás de que no le pase nada a Elina. Cuídala como si me estuvieras cuidando a mí.

—¿Ya has asignado hombres a esto?

—Algunos, antes incluso de saber que tendrían que viajar tan pronto. Ella no está acostumbrada a una ciudad como Nueva York, pero a pesar de no saber nada, es un poco rebelde.

Recuerdo tu espíritu combativo. Me encanta la forma en que ella no tiene miedo de mí, cuando la mayoría de las personas, de ambos sexos, tiemblan con una sola mirada mía.

—No es asunto mío su relación, pero, aun así, mi conciencia me dice que advierta: tenga cuidado, Odin. Las mujeres pueden ser astutas.

Pienso en mi madre otra vez.

—Yo sé.



Más tarde, esa noche

—Estás hermosa.

El vestido de seda negro se ajusta a su cuerpo sensual y con sólo una rápida mirada me di cuenta de que no lleva sujetador. No cuesta nada hasta que mi imaginación regrese a nuestra conversación de anoche. Ella se escapó y yo lo permití.

A pesar de hablar durante el sexo, nunca he tenido sexo telefónico; ayer, sin embargo, cuando dijo que sólo usaba lencería, estuve a un paso de probar esto.

Podría haber insistido, pero decidí parar.

No quiero asustarla.

Si lo que dijo es verdad —que todavía es virgen—, no sería un juego justo presionarla. Prefiero que sepa lo que sucederá a continuación, y no que se sienta atrapada en una trampa.

—¿Acerté, entonces?

Ella mira su propio cuerpo, pero yo me concentro en su rostro, tratando de adivinar si habla en serio o si es un intento de seducirme. Sin embargo, cuando lo vuelve a levantar, veo una sonrisa insegura.

¿Tienes dudas sobre su apariencia?

Doy un paso adelante y la agarro por la nuca. Me agacho y le hablo al oído.

—Deliciosa. Hoy estoy seguro de que no hay ningún sujetador que acompañe la braga.

Espero que ella retroceda.

De hecho, casi deseo que así sea, porque necesito que uno de nosotros use algo de racionalidad.

Hablaba en serio cuando dije que saldríamos a cenar y haríamos negocios, pero ella tiene el poder de hacer que mi pensamiento lógico vaya por la borda.

—Quizás ni siquiera haya braga —responde, casi dándome un infarto.

Antes que pueda pensar en mi próximo movimiento, mi rubia traviesa pasa junto a mí hacia el ascensor.



Capítulo Dieciséis

Después del repentino ataque de coraje, ella no dice nada durante el camino al restaurante, prefiriendo mirar por la ventana en lugar de mirarme.

El aire entre nosotros vibra como las cuerdas estiradas de una guitarra.

La necesidad de tocar una parte de ella, cualquier parte, es casi dolorosa.

No soy el tipo de hombre que se toma de la mano, pero con Elina me siento obligado a hacerlo, a tocarla, como para asegurarme de que no desaparezca de mi vista.

Pienso en lo que dijo Grigori.

Ella es la hija del enemigo.

Racionalmente, sé que es la peor persona con la que podría elegir involucrarme. Primero, porque es una Argyros, cuyo patriarca voy a exterminar del planeta, y segundo, porque en el poco tiempo que llevamos juntos, Elina se está introduciendo bajo mi piel a una velocidad aterradora.

Aunque ignore el hecho de que es hija de quien es, ella nunca olvidará. Llegará el momento en que destruiré a su padre. No quedará nada de Leandros, y no creo que, si tiene que elegir un lado, sea el mío.

Sin embargo, estas certezas no sirven de nada, ya que no puedo me alejarme.

Por supuesto, me di la excusa de que íbamos a cenar para hablar de negocios, aunque elegí *The River Café*, que está en *Brooklyn* y tiene una hermosa vista de la isla de *Manhattan.* No es un lugar al que llevaría a alguien para hablar de negocios, pero tengo ganar de consentirlos, mostrarles un poco de mi ciudad.

He considerado a Nueva York mi hogar durante mucho tiempo.

De hecho, podríamos haber hablado por teléfono o incluso mediante instrucciones que le dio una de mis secretarias.

Incluso a mí me parece débil la excusa de que esto es sólo una cena de trabajo.

Miro su perfil mientras mi conductor conduce por las vibrantes calles. Nueva York no es el tipo de lugar que hace que quieras salir en coche, especialmente en una noche lluviosa. No, en

realidad, Manhattan no es un lugar al que quieras conducir en cualquier momento.

El tráfico es caótico, más aún por la noche, y se puede tardar casi una hora en recorrer apenas cuatro kilómetros.

Además, incluso si el restaurante tuviera servicio de aparcacoches, el equipo de seguridad en el vehículo detrás de nosotros no estaría contento con la exposición que nos expondríamos al salir, entregar las llaves y todo más.

Tengo otros enemigos además de Leandros. El viejo griego apenas encabeza la lista.

¿Sabrá ella conducir?

Las cosas entre nosotros son tan extrañas…

Al mismo tiempo que ya siento intimidad con Elina, hay trivialidades sobre ella de las que no tengo idea, y a pesar de decirme a mí mismo que no necesito profundizar demasiado, que pase lo que pase será temporal, algo me empuja a desentrañarla.

—¿Sabes conducir? —Me hago eco de mis pensamientos.

Ella tarda tanto en mirarme que creo que tal vez no me escuchó, e incluso cuando gira hacia mí, su cabeza parece estar en otro lugar. Un lugar al que no quieres que entre.

—No.

No entiendo.

Aunque en la isla lo tiene todo a su alcance con un simple chasquear de dedos, gracias al lujo en que siempre ha vivido, ¿cómo puede alguien de su edad no saber conducir?

¿Fue por opción?

Una vez más se da cuenta de que todavía carece de experiencias como un bebé.

Me pregunto si su padre hizo esto a propósito, alienándola a ella y a su madre para hacerlas completamente dependientes de él.

—¿Quieres aprender?

Podría arreglarlo rápidamente. Sí, esa es mi necesidad de control y planificación a gritos.

Ella se encoge de hombros.

—¿No trabajaré desde casa? De todos modos, casi cualquier cosa se puede organizar por teléfono. Cuando necesito ir a tu oficina, puedo caminar.

—Mis oficinas están en la zona cero, Elina —explico, refiriéndome al lugar donde se reconstruyeron los edificios que explotaron en el atentado terrorista del once de septiembre de dos mil uno—. A una media hora en coche de tu piso, dependiendo del tráfico.

Sus mejillas se ponen rojas y su boca se abre en una “o” de asombro.

—Entonces habría alguien que pudiera enseñarme a tomar un autobús? O también podría ser el metro. En las películas vi gente viajando en el metro aquí en Nueva York.

Algo se retuerce dentro de mí al escuchar la simple pregunta.

¿Qué diablos estaba haciendo, sacándola de la seguridad de su mundo y llevándola a una ciudad como esta?

Tomo su mano y entrelazo nuestros dedos.

No, no estoy pensando con claridad, pero ella saca a relucir mi lado protector cada maldita vez que estamos juntos. Desde la noche que la vi acorralada por Naim en mi casa, es

como si se creara un vínculo entre nosotros.

—Cuando tengas que mudarte, encontraremos una solución.

Quizás sería mejor ponerle un conductor a su disposición. Además de que el metro de Nueva York no es seguro en ciertos momentos, todavía está el fantasma de Naim merodeando por ahí.

—Todo está bien, entonces.

Ella me deja abrazarla, como si entendiera que necesito eso ahora mismo, y esa es solo otra de sus paradojas.

Nunca sé cuándo ella va a echarme lejos o pedir más, y en lugar de irritarme, me excita. Nuestro juego de persecución me hace hervir la sangre.

—¿Como estuvo tu primer día?

—No hice nada más que empacar mis cosas. Quería dar un paseo por la ciudad, pero tenía miedo de perderme.

Asiento con la cabeza, pensando en lo que haré cuando esté en Grecia.

Incluso con el equipo de seguridad, ella no es una prisionera. No puedo mantenerla encerrada en una torre, aunque la idea sea tentadora.

—Tendré que salir de la ciudad durante unos tres días. Probablemente viajaré mañana.

Su rostro pierde un poco de color, pero rápidamente lo cubre.

—No tienes que darme la satisfacción de su vida —dice y suelta nuestros dedos—. Necesitamos mantener las líneas definidas entre nosotros.

Tiene razón, pero la idea de privarme de su compañía me vuelve un poco loco.

— Como desear.



Antes de que el camarero pueda sacar la silla para que ella se siente, doy un paso adelante.

Hay algo en Elina que hace que todo hombre quiera apresurarse a satisfacer sus necesidades con solo una mirada suya, y para mi irritación, estoy incluido en esa lista.

Cuando entramos, las cabezas se giraron para vernos pasar, y aunque mi rostro sea conocido en la alta sociedad de la isla, sospecho que fue su presencia lo que llamó tanto la atención.

Su belleza es sorprendente.

No hay manera de permanecer indiferente ante mi diosa griega.

El sumiller se acerca con la carta de bebidas.

—Vino? —pregunto, cuando nos deja decidir.

—Pensé que era una cena de trabajo, jefe.

Ella me está incitando, lo sé, pero lo que no tienes idea es que nunca retrocedo.

—Y lo es, aunque en este exacto momento estoy intentando adivinar si hay una pieza de seda protegiendo lo que hay entre tus muslos.

Solté la provocación para devolverle lo que me hizo cuando fui a recogerla, pero ahora mi imaginación está realmente atrapada en el hecho de que su sexo puede estar libre de cualquier protección bajo el vestido.

Ella se sonroja y mira de un lado a otro para comprobar si alguien nos escuchó.

Cuando está seguro de que no es así, inclina su cuerpo hacia adelante y susurra:

—Ese fue un golpe bajo.

—¿Mismo? ¿Tan bajo como que me dijeras eso en la puerta de tu piso y me dejar tieso todo el camino?

—Estás… *eh*…? Por supuesto que no…

—Si estuviéramos lado a lado, podría demostrar lo que digo.

—Basta.

Ella frunce el ceño y yo sonrío ante su enojo.

—Si no soportas jugar, no empieces.

—¿Quién dijo que no puedo soportarlo?

—Elina, Elina… no sabes en lo que te estás metiendo.

—Tal vez ni tú mismo.

El camarero y el sumiller regresan, y después de elegir un *pinot noir* de Oregón, ella me pide que le sugiera un plato sin siquiera mirar el menú.

Y así vuelve a pasar de la mujer que me mantiene a distancia, de la musa provocativa, a una vulnerabilidad que toca partes ocultas de mí.

Caliente y frío. Caliente y frío.

Irritante y excitante al mismo tiempo.

Nunca me deja predecir lo que hará a continuación.

Es tan dueña de sí misma y, por otro lado, no sabe las cosas más simples como tomar el metro.

Juega con nuestro deseo y luego, como una deliciosa tentación, se somete a mi elección de comida y bebida.

Podría volverme adicto a esto.

Cuidarla.

Nunca me han gustado las mujeres dependientes, pero Elina es muy compleja.

Ella es todo al mismo tiempo.

La que me vuelve loco de deseo… y la chica de una isla perdida en medio del mar Egeo que necesita orientación y protección.

—Me gusta cuando me dejas tomar la iniciativa.

—Como si tuviera otra opción.

—Fuiste tú quien me pidió que eligiera tu plato.

Ella suspira y parece completamente desarmada.

—¿Sabes por qué? Es que confío en ti. Lo que voy a decir ahora te parecerá una locura, Odin, pero, aunque esté seguro de que odias a mi padre, sé que no me harías daño.

—¿Cómo puedes estar tan segura de eso?

Tu fe en mí me asusta, porque llegará el momento en que te lastimaré, aunque no directamente.

—Pensé mucho hoy. Consideré que tal vez me hayas traído porque quieres una garantía contra él. Como una especie de rehén —habla y observa mi reacción.

—Continúa.

—Excepto que, si ese fuera el caso, podrías simplemente haberme dejado quedarme en la isla. Yo no iría a ningún lado. En cambio, me trajo aquí para protegerme de Naim.

Ella acaricia su tenedor lentamente mientras habla, pareciendo no tener prisa.

—¿Y por qué crees que lo hice?

La bella mujer me mira rápidamente, pero luego vuelve a concentrarse en el tenedor.

—Porque creo que te preocupas por mí.

Me recuesto en mi silla para mirarla.

Ella se está exponiendo.

Aunque sea una pequeña parte de ti, pero está, y lo mínimo que puedo hacer es regalarla con la misma honestidad.

—¿Me equivoco?

Su voz es falsa y creo que ella entregó mucho más de lo que pretendía.

—No. Tienes razón. No dejaré que te pase nada.

—¿Y lo que más?

Maldita sea, ella es realmente valiente.

Elina sabe, incluso en su inexperiencia, que este juego del gato y ratón entre nosotros no puede durar para siempre.

—Te deseo.

—Yo sé.

—¿Sabes?

Ella me mira sin desviarse.

—No puedo involucrarme contigo hasta que me des tu palabra sobre algo.

Intento con todas mis fuerzas ocultar mi asombro, porque nunca imaginé que sería tan directa.

—¿Estamos negociando?

Tengo curiosidad por saber adónde quiere ir y, al mismo tiempo, entusiasmado con la

posibilidad de satisfacer mi hambre.

—De cierto modo sí, pero no se trata de nada material, sino de mi libertad. Quiero decir, el trabajo que me ofreciste representa mi libertad. No quiero tener que pedir ayuda a mis hermanas ni a Theo. Necesito demostrarme a mí misma que puedo hacerlo.

Permanezco en silencio, esperando que ella termine.

—Me atraes y también tengo curiosidad. Despertaste mi cuerpo ayer.

Jesús, ella aún va a ser la causa de mi muerte. ¿Tienes idea de cómo estoy desesperado por sacarla de aquí en este exacto momento?

—Me gustaría probarlo, pero no si cuando se acabe me cueste el trabajo.

—¿Acabar?

—Odin, ambos sabemos que lo que sentimos es sólo deseo.

No es fácil sorprenderme, pero ella logró dejarme, en sentido figurado, con la boca abierta.

Elina está poniendo sus cartas sobre la mesa sobre nuestra futura relación, como si dijera: cuando estemos saciados, no esperaremos un “algo más”.

Esa suele ser mi manera de hacer las cosas.

Dejar claro a mis parejas ocasionales que no obtendrán nada más de lo que estoy dispuesto a ofrecer.

Ahora puedo decir que estar del otro lado de la mesa no es agradable. A pesar de esto, la quiero demasiado para retroceder.

—¿Cuáles son sus términos?

Ella no titubea.

—Quiero que me prometas que cuando nuestro deseo llegue a su fin, conviviremos como dos adultos. Eso significa que todavía tendré mi trabajo. —Hace una pausa y toma un sorbo de vino—. Nunca te molestaré soñando con amor ni ninguna otra cosa. Si estás dispuesto a probar la atracción física que sentimos, sólo eso, entonces me gustaría intentarlo.



Capítulo Diecisiete

—Aclaremos las cosas: ¿estás proponiendo que demos renda suelta a nuestra atracción, pero sin dejar que los sentimientos se vean involucrados?

Incluso decir en voz alta me sorprende.

Nunca imaginé que escucharía algo así, y no tiene nada que ver con pretensión, sino sólo porque la mayoría de las mujeres suelen fantasear con el compromiso desde el principio de la relación. En todos los envolvimientos que he tenido hasta ahora, sin excepción, he dejado claro que no buscaba más que un encuentro.

Dos o tres veces incluso consideré a una de mis parejas para algo más que sexo durante la semana, pero solo me tomó un par de rondas adicionales para que tuviera la certeza de que no podía seguir adelante con eso.

Dicho esto, lo que acaba de decir Elina debería parecer un sueño hecho realidad, pero no es así como me siento.

Recuerdo nuestra conversación en el avión, en la que ella dijo que nunca se casaría, que le gustaba estar sola. Yo también, a pesar de saber que, si quiero herederos, en algún momento tendré que llevar mis relaciones a otro nivel hasta encontrar a la que será mi compañera de vida.

No tengo ninguna ilusión de una pasión arrebatadora.

Si puedo encontrar una mujer que se ajuste al menos a lo que espero, ya será bueno.

Pero darme cuenta de que no estaba jugando cuando dijo que no le importaba salvar su virginidad para el matrimonio, tal como lo exigía su familia, me desconcertó.

Creo que la vi como una versión de Cinthya, su madre, sólo que con más personalidad. Sin embargo, Elina está demostrando una admirable capacidad para tomar decisiones sobre su propia vida.

—Sí —ella responde, pareciendo ajena al desastre en el que me ha convertido—. Nunca he estado en una relación. Por elección, por cierto. No te conozco bien, pero tampoco parece que quieras vínculos emocionales, así que creo que podría ser un arreglo perfecto.

—¿Cómo llegaste a esta conclusión?

Ella se encoge de hombros.

—Eres mayor que yo y aún estás soltero.

—¿Y cómo sabes que no estoy buscando a alguien que sea mi esposa?

—Oh… ¿Tú estás? —Por primera vez, parece avergonzada.

—No, en este momento, no —digo con honestidad.

—Entonces no entiendo cuál es el problema.

Pienso antes de responder, pero la verdad es que ni siquiera lo sé.

—¿Esas serían tus únicas reglas? ¿Sin vínculos sentimentales?

—La principal. Pero hay otra cosa importante para mí. Mientras estemos juntos, no veremos a otras personas. No me sentiría bien teniendo relaciones paralelas y mucho menos me gustaría ser parte de un triángulo amoroso —habla.

Sólo la idea de que ella esté con alguien más ya me vuelve loco de celos.

—No comparto, Elina, y tampoco me interesa más de una mujer a la vez. Si miro a otra persona, sé que es hora de seguir adelante

—Bueno. Entonces, ¿tenemos un acuerdo?

Si la situación no fuera tan loca, podría reírme, pero mi humor ni siquiera está para bromas.

—Hasta ahora has establecido tus reglas. Mis reglas ahora.

—Todo bien.

—La fidelidad también es esencial para mí. Lo segundo es que, aunque separemos nuestra relación de la esfera laboral, saldremos juntos en público siempre que tenga un compromiso social o incluso una cena, como hoy.

—Pero esto es prácticamente una cita.

—Llámalo como quieras, pero no nos esconderemos.

Ella no dice nada, pero puedo decir que la tomé por sorpresa.

—La gente va a cotillear. No quiero que me acusen de salir con el jefe.

—Nadie hablará de ti si quieres conservar tu trabajo.

—Cierto. — A pesar de asentir, no parece muy feliz—. ¿Y qué más?

—Yo puedo dormir en tu casa y tú en la mía. Y no hay limitación en la cantidad de días que podemos vernos.

Estoy seguro de que si media docena de mis ex parejas escucharan lo que acabo de decir, se echarían a reír. De hecho, ni siquiera sé por qué propuse algo así, tal vez sea la incómoda sensación de que Elina intentará construir una barrera entre nosotros siempre que sea posible, lo que me hace querer perseguirla. Asegúrate de que no se cierre.

Sin embargo, para mi sorpresa, ella dice:

—No veo ningún problema en eso, pero prefiero que sea en mi piso.

—Por supuesto que lo prefieres. Pero estamos en una negociación y eso significa que ambos tenemos que ceder.

—¿Mismo? ¿Y qué has cedido hasta ahora? Creo que acabo de darte un regalo.

Ignoro tu ironía.

En otras ocasiones, no podría estar más de acuerdo, sin embargo, en este momento, siento que estoy caminando hacia una trampa. De alguna manera, sé que estaré en desventaja si acepto su propuesta.

—¿Y sobre mi trabajo?

No me gusta esta parte de la conversación. La quiero visceralmente y ella actúa como si estuviera cerrando un contrato.

—Les doy mi palabra de que, pase lo que pase, estará garantizado.

Ella deja escapar un suspiro de alivio.

—No necesito una garantía eterna, Odin. Sólo por un tiempo, hasta que pueda sobrevivir por mi cuenta. Quiero aprender a cuidarme.

—Esto es loable y te ayudaré en todo lo posible. Te asignaré un conductor para que te lleve a donde necesites ir y también guardaespaldas. Tengo algunos enemigos…

—¿Además de mi padre? —me interrumpe.

Ni siquiera intento negarlo.

—Sí, entonces necesito asegurarme de que estés a salvo.

—No es necesario hacer más de lo que ya ha hecho. Sólo tener un trabajo es suficiente.

—Aclaremos algunos pontos, Elina. Independientemente de cómo llamemos nuestra relación, mientras estemos juntos serás mi esposa.

Nunca había marcado un territorio como este.

De hecho, siempre me gustó dejar las líneas difuminadas, porque era más fácil alejarlas después.

—Cómo vas a ser mi hombre… —Sé que dijo eso con ira, para demostrar que ella también tiene el control, pero escucharla inmediatamente activó un interruptor en mi deseo.

—Así es, seré tu hombre. El primero. —Me inclino hacia adelante y tomo su mano. La llevo a mis labios y dejo un lento y cálido beso en su dorso—. El que te enseñará todo sobre su cuerpo.

Su piel tiembla contra la mía.

—Quiero esto. Aprender todo contigo.

—¿Todo? ¿Quieres aprender a ser mi esposa?

Ella asiente.

—Habla.

—Sí. ¿Me enseñarás cómo ser su esposa?

Maldición, todavía terminará volviéndome loco con sus contradicciones. Em lugar de responder la pregunta, inserto otro ítem:

—No hay fecha límite.

—Por mí, todo bien.

—¿De acuerdo tan fácilmente?

—No sé cuánto suele durar la relación sexual, por lo que me parece extraño poner una fecha de finalización. Supongo que sabremos cuando el deseo llegue a su fin.

—Probablemente. —Estoy de acuerdo cuando, en verdad, soy un desastre por dentro—.

Una última cosa. El nombre de tu padre está prohibido entre nosotros. Nunca hablaremos de él ni de los problemas que tengo con él.

—¿Puedo preguntar algo?

—Sí, pero no puedo garantizar que responda.

—¿Por qué compraste la isla y todas nuestras posesiones como dijiste aquel día en tu fiesta? ¿Por qué tomarse todas estas molestias?

—Como dije antes, no intercambiaremos confesiones al respecto, Elina.



Cenamos en silencio, cada uno de nosotros parecía sopesar sus propias decisiones, hasta que ella pregunta:

—Dijiste que hablaríamos de negocios y hasta ahora sólo hablado de asuntos personales. ¿Qué tipo de recepción queréis y cuánto tiempo tendré para organizarla?

—Un baile de máscaras solidario. Tiene dos meses. Una de mis secretarias estará a tu disposición para cualquier cosa que necesites, pero si considera que también es necesario una asistente, infórmele.

—¿A qué institución ayudarás?

—Víctimas de los incendios —respondo vagamente.

—¿Puedo preguntar el motivo? No me malinterpretes, pero la gente tiende a patrocinar causas como el cáncer o los orfanatos.

—Hago media docena de fiestas de este tipo anualmente, por lo que me reservo el derecho de elegir a quién quiero ayudar.

—Por supuesto.

Ella baja los ojos y me siento mal. El tema es delicado para mí, pero no es culpa suya.

—La recuperación de quemaduras es un proceso delicado y muy doloroso. Sólo trato de llevarlos un poco de alivio.

Ella me mira de nuevo y su rostro demuestra sorpresa.

—Parece una causa noble. No estaba criticando, sólo tenía curiosidad.

No sé qué decir, así que vuelvo a tomar su mano a través de la mesa.

—¿Postre?

—¿Algo con chocolate? —dice con tanto entusiasmo que no puedo contener una sonrisa.

—El chocolate suena genial.



Capítulo Dieciocho

—Invítame a subir.

Estamos en su auto. Pasé gran parte del camino pensando en nuestra conversación. Sé que fui atrevida, pero ha llegado el momento de vivir un poco.

La forma en que reaccionamos el uno hacia el otro no simplemente desaparecerá, y sumando a eso el hecho de que he decidido que es hora de descubrirme como mujer, nuestro acuerdo parece perfecto, al menos en teoría.

No quiero enamorarme y Odin tampoco, entonces ¿por qué no ponemos a prueba esta fuerte atracción entre nosotros?

Una cosa que he notado desde que empezamos a vivir juntos es que necesito fingir muy poco con él.

No tengo que estar tan atento a lo que se espera de mí, porque Odin parece aceptarme tal como soy, y eso me hace sentir libre.

Nunca había experimentado esta libertad y la sensación es un poco adictiva. Tengo miedo de olvidar que no puedo ser yo misma, de bajar la guardia por completo.

Levando los ojos hacia él.

Odin pasó todo el camino manteniendo mi mano en su muslo, aunque no hayamos hablado.

—Aún no estoy lista…

Él sostiene mi barbilla, impidiéndome mirar hacia otro lado.

—No es necesario que pase nada, pero es demasiado pronto para decir buenas noches. Probablemente viajaré mañana y quiero un poco más de su compañía.

—Todo bien.

—¿Está segura? ¿Quieres que suba?

Eso es algo que me encanta de él.

A pesar de todo lo que dije, que estuve de acuerdo con la relación física entre nosotros, él

siempre me deja decidir, nunca forzando ni imponiendo.

—Sí.

Nos detenemos frente a mi edificio, pero antes de que el conductor salga para abrir la puerta, él da un paso adelante y lo hace.

Cuando salgo, veo a los hombres que nos habían seguido tanto en el camino de ida como en el de vuelta del restaurante bajarse del coche detrás de nosotros.

Los guardias de seguridad no me molestan, convivo con guardaespaldas desde que tengo uso de razón. Fueron constantes en nuestra casa y cuando salimos de la isla, no dábamos un paso sin escolta.

Los hombres de Odin nos escoltan hasta el piso y revisan el piso antes de que entremos. ¿Qué deben estar pensando? Por supuesto, saben que entre nosotros hay algo más que una simple relación entre empleador y empleado.

Ya estamos dentro del piso y, a partir de ahora, no tengo idea de lo que pasará. Me siento un poco nerviosa.

—No creo que tenga alguna bebida que ofrecer.

La tensión se expande dentro de mí y termino actuando como solía hacerlo en las recepciones de la isla. Me entrenaron para tener un comportamiento impecable.

—No quiero bebida.

Estamos parados en la entrada de la sala y, a pesar de mi ansiedad, me encuentro un tanto hipnotizada por su fuerza.

Odin es muy varonil.

Me encanta cómo es tan grande. Nunca me había sentido tan femenina con un hombre.

—¿Y qué quieres?

—Tocarla. Deja que se acostumbre a mí.

—No te tengo miedo.

—Me gusta que no me tengas miedo, pero no me refiero a eso. Cuando estemos juntos, quiero que seas tú misma, que te olvides del mundo exterior y te rindas.

—¿Harás esto también?

Parece sorprendido. Luego me explico:

—Porque daré tanto como recibiré. Si quieres que me rinda, exijo lo mismo a cambio.

Sin darme idea de su próximo movimiento, me levanta y se sienta en el sofá conmigo en sus brazos.

—¿Qué quieres, Elina?

—Probarte.

A pesar de lo que dije acerca de no estar lista, esta vez soy yo quien toma la iniciativa de tocarlo.

Sostengo su rostro y rozo nuestros labios muy ligeramente.

—Dijiste que me enseñarías. Quiero una muestra.

—¿De qué?

—El placer que puedas darme.

—¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar?

—No sé. ¿Cuáles son las reglas en una relación como la nuestra?

—No necesitamos seguir reglas, más que las ya establecidas —él dice y deja pasar un dedo por el borde del escote de mi vestido—. Pero no sé hasta dónde puedo llegar con seguridad, así que esta noche será todo sobre ti. Sobre tu placer.

—Yo también quiero tocarte.

—Y lo hará, pero no hoy.

Decido dejar que me guíe. Realmente no sé qué hacer, así que tal vez sea mejor aprender por ahora. Aun así, no puedo evitar tomar la iniciativa de besarlo de nuevo.

Todo lo que quiero es probar esa boca sexy, esos labios carnosos. Sintiendo tu lengua nuevamente poseyéndome.

Sus manos tocan mis pechos a través de la seda del vestido y un escalofrío recorre mi cuerpo.

¡Dios! Él definitivamente sabe lo que está haciendo.

Sus pulgares juegan con movimientos circulares sobre mis pezones y no puedo contener los gemidos.

—Ojos abiertos, Elina. Nunca apartes los ojos de tu hombre.

No debería gustarme cuando dice cosas de ese tipo, pero la verdad es que me encanta.

Él me libera y al mismo tiempo me domina. Quiero ser mi propia dueña y también someterme a tus órdenes.

—Baja los tirantes del vestido.

Mi corazón se acelera.

Esto es real.

Nuestro juego ha comenzado y estoy demasiado excitada para siquiera pensar en negar.

Llevo mis manos detrás de mi espalda para abrir el vestido.

Cuando mis pechos están desnudos, ni siquiera me da un segundo para pensar, atrayéndome hacia él mientras sus labios hambrientos abocan mi pezón.

—¡Por Dios!

Él alterna chupadas con mordiscos ligeros y empiezo a flotar.

No mentí hoy.

Estoy sin braga, porque este vestido se notaría si llevara una; ahora, tengo empapada entre los muslos.

Sin vergüenza alguna, coloco mi mano entre mis piernas.

Tengo que levantar el vestido hasta mis caderas para tener más acceso, y cuando mis dedos alcanzan mi humedad, echo la cabeza hacia atrás, completamente entregada a la mezcla de estimulación de que me chupen el pecho al mismo tiempo que me acaricio.

Él deja lo que está haciendo y me aleja.

Sé que está mirando mientras me toco, pero no me importa en absoluto. Necesito correrme.

—Quiero saborearte.

Su voz suena ronca, pero exigente, y me derrito, completamente entregada a la lujuria. Aparto mis dedos de mí y los paso en sus labios, pero no parece ser suficiente, porque agarra mi muñeca y los chupa.

—Voy a terminar adicto a ti, Elina.

Él me besa y puedo sentir mi propio sabor en su boca. El acto es lascivo y me llena de tanto deseo que vuelvo a tocarme.

—No, déjame hacer esto.

Aparta mis dedos y cuando su enorme mano reemplaza la mía, casi pierdo el sentido.

—Tan deliciosa. No tienes idea de cómo estoy loco por perderme en tu cuerpo.

Monto tu mano. Es delicioso sentirlo masajeando mi clítoris al mismo tiempo que su dedo medio intenta invadirme. Siento que el orgasmo se acerca a una velocidad vertiginosa, pero antes de que pueda liberarme, él me acuesta en el sofá, separando mis piernas. Pone mis muslos sobre sus hombros y besa mi sexo de la misma manera que lo hace en mi boca. La lengua poseyéndome sin pedir permiso.

Me muevo, desesperada, necesitada y necesitando de todo. Sostengo su cabelo, rogando por más, hasta que todo mi cuerpo comienza a vibrar como un instrumento musical, en el que él es el experto.

Es difícil mantener los ojos abiertos.

Hay demasiadas sensaciones para procesar a la vez, pero cuando él se eleva sobre mí, me obligo a mirarlo.

Tiene los codos apoyados a ambos lados de mí y su boca todavía está húmeda por mi reciente orgasmo.

Siento su erección en el punto donde nuestros cuerpos se encuentran y mi deseo sigue siendo tan fuerte como hace unos minutos, pero es la intensidad de su mirada lo que me atrapa.

Él se inclina y simplemente roza nuestros labios.

Se aleja de nuevo para mirarme y luego me muerde la barbilla.

Toco tu rostro.

Me encanta sentir la mandíbula cuadrada con las punta de los dedos. Estoy empezando a acostumbrarme al calor de tu piel.

—¿Te portarás bien hasta que regrese?

Sacudo la cabeza asintiendo, porque en este momento no tengo fuerzas para negarle nada.

—Tan dócil. ¿Será que cada vez que quiera que seas una buena chica tendré que hacerte correrte, ángel?

Me molesto pensar que está aprovechándose de mi entrega y trato de levantarme.

—Shhhh… Estoy bromeando. Tengo que recordar constantemente que mi esposa es una gata salvaje dispuesta a atacar.

No respondo a la provocación porque realmente no quiero empezar una pelea.

—¿No podré saborearte también?

—Hoy no. Si empezamos, no hay la menor posibilidad de que quede satisfecho rápidamente.

Él me levanta en sus brazos y me lleva a mi cama.

Quítame los zapatos y luego baja mi vestido.

Estoy completamente desnuda, pero nada tímida.

Ver el deseo en su rostro me da la confianza para mostrarme ante él. Puedo ver la indecisión que lo desgarra y me alegra saber que él me quiere con la misma desesperación.

—No te vayas sin guardias de seguridad. ¿Recuerdas de que hablamos?

—Sí.

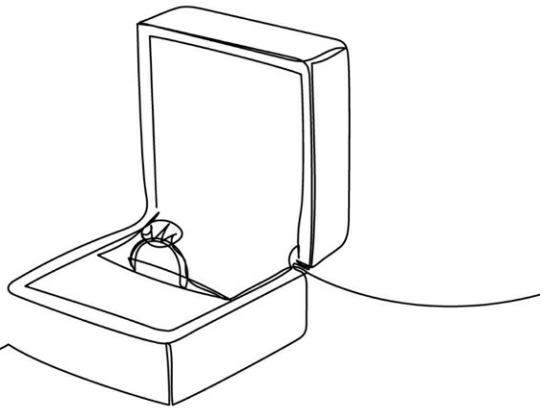
Él se acerca y me da un ligero beso en los labios.

Esta vez no lo abrazo ni le devuelvo el beso, porque me asusta lo mucho que no quiero que se vaya.

—Buenas noches, Elina.

Antes que pueda responder, sale de la habitación.

Odin



Capítulo Diecinueve

Durante el vuelo

—¿Quién la cuidó?

Estoy casi llegando a Grecia y estuve prácticamente todo el vuelo despierto. Tener la miente siempre sobrecargada de información ya es normal para mí, pero hoy estoy un paso más allá.

Hasta hace unos diez días, mis preocupaciones se limitaban a vengar a mi familia y a mi primo. Intenté creer que, en algún momento, cuando todo llegara a su fin, podría seguir adelante, liberándome de una vez por todas del dolor y el odio que parecen bombear por mi cuerpo con una fuerza mayor que la de la sangre.

Por fin, poder descansar.

Pero cuanto más pasa el tiempo, más eso parece un sueño lejano.

Recordé infinitas veces toda la noche de ayer.

De hecho, todos los días después la tuve conmigo.

¿Estoy manchando la memoria de mi familia al involucrarme con una Argyros?

Conscientemente, sé que ella no tiene la culpa de nada.

Elina, al contrario de lo que pensaba, era solo un peón más en el juego sucio que jugó Leandros durante toda su vida.

Ni siquiera creo que su esposa sea la dueña de su afecto. Él tuvo varias relaciones extramatrimoniales.

Soy lo suficientemente racional como para separar lo que estoy viviendo con ella de mis planes de venganza. El problema es que sé que, en algún momento, estos caminos se cruzarán.

Ella accedió a no preguntarme más sobre su padre, lo que podría significar una especie de escape, o simplemente que no le importa. Por lo que sé ahora de mi rubia, apostaría por la primera opción.

En el pasado podría haber creído que ella estaba jugando conmigo, sólo concentrada en su propia subsistencia, tal vez porque creo que una fruta nunca cae demasiado lejos del árbol. Mi opinión sobre cualquier membro de los Argyros nunca fue muy buena.

Sin embargo, ahora sé que al menos dos de ellos casi no tienen la personalidad del bastardo. Theodoro e Elina.

Un mensaje de Grigori se enciende en mi móvil, informándome que Naim llegó a Estados Unidos anoche, lo que deja claro que él sabe que la traje conmigo.

A pesar de no dudar que tenía los medios para descubrirlo, no pensé que su obsesión por ella llegaría tan lejos como para arriesgarse a ir a mi territorio a buscarla.

—Seis hombres —responde el jefe de mis guardias de seguridad—. Pero Grigori está preparado para cualquier eventualidad.

Eso no me tranquiliza.

No soy alguien que pueda bajar la guardia en una situación normal y mucho menos cuando un peligro real está acechando. La idea de no tener control directo sobre su seguridad me está poniendo la mente a punto de cocerse.

Me siento dividido entre lo que sé que es mi deber para con la familia, que es castigar a los asesinos de Orien, y mantenerla a salvo.

Pero Aristeu merece una respuesta.

Pase lo que pase, hoy sabré el paradero de mi primo. No me importa lo que tenga que hacer, todos los responsables pagarán. Aristeu tiene derecho a al menos saber dónde está el cuerpo de su hijo.

Agarro el móvil y decido enviarle un mensaje.

Me he contenido hasta ahora, tratando de tomar cierta distancia para mantenerme concentrado, pero necesito asegurarme de que todo esté bien.

Enviar mensajes, conversaciones durante el día… En fin, nada de esto es algo que hago normalmente con mis mujeres, pero ya desistí de tratar de encajar a Elina en cualquier etiqueta como en mis relaciones anteriores.

«*¿Recuerdas de qué hablamos? No huyas de los guardias de seguridad. Les costará sus trabajos si la pierden de vista.*»

Hago clic en enviar mientras trato de imaginar si ella levantará los ojos al recibirla.

Sería un mentiroso si no confesara que me excita tu estilo conflictivo, pero en este momento desearía que realmente atendiera mi petición.

Recuesto la cabeza en el sillón y cierro los ojos.

No suelo huir de mis responsabilidades, pelo al menos por un día me gustaría ser un chico normal de treinta y seis años. No es necesario que dediques todo tu tiempo a crear estrategias contra tus enemigos y a planificar cómo hacerles pagar.

Poder explorar lo que empieza a nacer entre nosotros dos.

Ayer fue un infierno dejarla, muy difícil, pero no había nada que pudiera hacer.

No puedo traicionar mi sangue.

Orien necesita tener un cierre.



Grecia

Dos días después

A veces me pregunto: cuando todo esto termine, ¿quedará algo de humano en mí?

Miro al hombre que recuerdo vagamente de hace mucho tiempo, cuando vivía aquí.

Ciro ahora parece una sombra de lo que era antes.

El tiempo llega para todos, incluso para los asesinos arrogantes que se creen con derecho a la vida y la muerte de los indefensos.

—¡Juro por Dios que estoy diciendo la verdad! ¡Estoy huyendo desde hace ocho años! ¿Por qué lo haría si no fuera para esconderme?

Sé que lo es.

Sé demasiado sobre el alma humana para darme cuenta de lo aterrorizado que está.

Todo lo que dijo coincide con las informaciones que Theodoro me dio en la fiesta, excepto lo que pasó dentro de la casa barcaza.

Ciro fue el único que logró escapar.

Todos los demás hombres que participaron en el asesinato de mi primo fueron asesinados ese mismo día por Leandros.

—No soy un buen hombre. Ya maté por el doctor Argyros, pero no soy un pervertido y no pude hacer lo que me ordenó. Él quería que yo deshonrara al joven. Que le quitara su dignidad.

Siento que la bilis sube a mi garganta cuando lo escucho repetir lo que Leandros les dijo le hicieran a Orien antes de asesinarlo.

Estoy disgustado, pero este sentimiento no es nada comparado con mi deseo de morir.

Mi deseo de venganza nunca ha disminuido, pero a veces lo siento entumecido. Mantener un estado constante de odio durante veinticuatro años no es una tarea sencilla, es necesario cultivar sentimientos como el resentimiento y el dolor. Dejar que los gritos y súplicas de clemencia de su familia vuelvan a la memoria con frecuencia. No tienes derecho a permitirte olvidar.

Sin embargo, después de lo que acabo de oír, esto ya no será necesario.

Obligarme a mantenerme concentrado, quiero decir.

El asco y la revuelta palpitan por todo mi organismo con la misma intensidad que después de esa primera conversación con mi salvador.

El día que dejé mis miedos atrás y comencé la transformación en quien soy hoy.

—Matar siempre ha sido fácil para mí. —Continúa y puedo ver su desesperación por convencerme—. Pero no podría destruir al niño así. No soy un violador. ¡Ni siquiera apreté el gatillo!

No sé si está intentando conmoverme. De cualquier manera, no ayudará.

—No, él dio la orden para que otro enfermo como tú lo hiciera.

Un niño, prácticamente un niño, contra cinco hombres adultos.

—Sé que eso no mejora mi situación, pero si no hubiera sido yo quien estaba a cargo ese día, el final sería mucho peor. Ninguno de los otros hombres desafió las órdenes del jefe, y yo sólo lo hice porque el joven tenía la misma edad que mi sobrino.

No puedo seguir escuchándote más. Me levanto, dispuesto a acelerar su fin.

—¿Dónde está? ¿Su cuerpo realmente se quedó aquí en la isla?

Recuerdo a mi primo. Estuvimos poco tiempo juntos y sólo lo vi convertirse en adulto a través de las fotos que Aristeu enviaba de él y de Milena. El recuerdo que me viene es el de un niño alto y delgado de ocho años, la edad que tenían él y Theodoro cuando me fui a estudiar en los Estados Unidos.

Orien era un niño diferente, introspectivo y que parecía muy maduro para su edad.

En cierto modo, es un alivio obtener las respuestas, porque no me hacía cualquier ilusión de que todo terminaría bien.

Sólo ahora debo visitar a un hombre al borde de la muerte para decirle que su hijo, su muchacho, perdió la vida de la manera más cobarde posible.

Es horrible decirlo, pero al menos fue rápido. Mucha suerte para Orien; esta vez el monstruo Argyros no llevó a cabo sus viles actos él mismo, como lo hizo con mi familia.

—Sí, puedo hacer un mapa de la ubicación.

—Hazlo.

Me levanto porque no hay nada más que decir.

Una vez que descubra donde está Orien, empezaré a cerrar las puertas del pasado, significando que enviaré a cada uno de los responsables a hablar con el Creador.

—¿Qué pasará conmigo? ¿Me dejarás ir?

Me giro para mirarlo.

—No irás a ninguna parte.

— Puedo ayudar. Conozco muchos de los secretos del doctor Argyros. Cosas que tal vez ni siquiera la familia sepa. Se escapó, ¿no? Quizás tenga una idea de dónde encontrarlo. ¿Podemos hacer un acuerdo?

No es lo que quiero, pero pensando racionalmente, si el viejo asesino está dispuesto a colaborar, podría serme útil en un futuro cercano.

De esta manera, intento mantener mis emociones bajo control.

Todavía necesito al desafortunado.



Atenas

Dos días después

A pesar de estar seguro de la muerte de Orien, decidí no contarle a Aristeu hasta que tengamos confirmación oficial de que los huesos encontrados en el lugar indicado por Ciro pertenecen a su hijo.

Esto debería suceder en los próximos días, así que no veo el sentido de anticipar su dolor.

Ordené que enviaran a la isla a un ex detective de la policía capitalina y también a un técnico forense en mi cuenta, para que verifiquen mediante pruebas de ADN si realmente se trata del niño, ya que no quiero que la policía se involucre.

Si se descubre un delito allí, iniciarán una investigación, y luego probablemente una búsqueda internacional por Argyros. Necesito que esté fuera del radar de lo que he planeado.

Así, que al final, mi visita a Aristeu terminó siendo sólo para comprobar si necesitaba algo.

En el fondo, creo que el buen hombre estuvo en negación durante años, pero siempre supo que nunca volvería a ver a su hijo.

Milena ha venido para quedarse con él desde que regresé a los Estados Unidos con Elina, y parece que su presencia les trajo un soplo de vida.

Salí del hospital con muchas ganas de irme de Grecia.

Elina debería ser la última persona con la que quisiera estar, pero la verdad es que sé que sólo ella puede hacerme olvidar lo que pasó en los últimos días.

Quiero perderme en su cuerpo y no tener que pensar durante unas horas.

Sentir, vivir.

Necesito un descanso.



En el vuelo, camino a Nueva York

Estoy sobrecargado.

Ya me he acostumbrado a la culpa de haber sobrevivido y mi familia no, pero hoy, particularmente, me siento exhausto.

Antes de regresar a casa, pasé por Boston para contarle a Theo sobre Orien.

Él merece saber que mi primo no decidió darle la espalda, aunque estoy seguro de que fue doloroso saber que fue su padre quien ordenó la muerte de su mejor amigo.

Viéndolo todo ahora, el contracto que Leandros hizo con Naim para vender a Elina ya no parece tan imposible. Cree que tiene derecho a la vida de todos y sus hijos no son una excepción.

Para completar el estado mental en el que me encuentro, ella no respondió mi mensaje ni intentó cualquier tipo de comunicación durante los días que estuve fuera.

Mientras subo al avión para volver a casa, trato de fingir que no me importa.

Acepté algo casual, ambos dijimos que no queríamos crear lazos sentimentales, así que no puedo entender por qué diablos estoy tan molesto.

Hice lo mejor que pude para no pensar en lo que pasó ese día en el piso y fracasé miserablemente.

Mis relaciones siempre se han centrado en el placer, la experiencia en sí, al momento, sin dar importancia a nada cuando todo terminaba.

Esta vez no está funcionando.

Por la noche, en la habitación, con los ojos cerrados o abiertos, es tu rostro que veo.

Cómo ella se entregó sin vergüenza alguna.

Entregada, enamorada.

La necesito.

Debería regresar a mi casa cuando el avión aterrice en Nueva York, pero sé que no es eso lo que haré.

Al menos por una noche dejaré mi pasado encerrado. No quiero llegar en casa y enfrentar al vacío que es mi vida.

Miro el reloj.

Llegaré a Manhattan a altas horas de la noche.

¿Me recibirá?

No tengo mucho tiempo para pensar en eso, porque suena mi móvil y veo que es Grigori.

—*Algo pasó.*

No necesita decir nada más para que sepa que es sobre Elina.

—¿Cómo está ella?

—*En casa, pero creo que la llevaré a un hotel.*

—No pierdas mi tiempo, sólo dime qué diablos pasó.

—*Ella no me habla y se niega a ver un médico.*

—¿Médico?

—*Alguien invadió el piso y casi se la llevan. Cuando fui a verificarla esta mañana, ella pidió ir a una feria que había visto en una película o algo así. Ninguno de los hombres asignados para escoltarla se molestó en dejar a nadie vigilando el piso, y cuando regresaron, sólo dos de ellos subieron con ella.*

—Despídelos.

—*Calma. Ya resolví este asunto. Al parecer, pensaron que no habría ningún riesgo, pero no les pagaban por suponer nada. Fallaron.*

Me desabrocho el cinturón de seguridad y camino de un lado a otro dentro del avión.

—*Para abreviar la historia, fue una mala pelea porque nuestra gente estaba superada en número.*

—¿Cómo entraron al edificio? ¿Y el portero? ¿Las cámaras?

—*Aún no lo sabemos.*

—¿Cómo impidieron que se la llevaran?

—*Tu… amiga es una guerrera. Ella luchó todo lo que puedo, lo que le dio tiempo a uno de nuestros hombres para advertir a los demás, pero cuando subieron, los invasores lograron escapar. En cuanto a su identidad, estoy casi seguro de que vinieron por orden del Jeque.*

—¿Qué tan herida está?

—*Tiene arañazos en su rostro y brazos porque cayó mientras luchaba por liberarse de sus captores, pero del resto no puedo estar seguro. Estoy con ella, pero se niega a hablar conmigo.*

—Llévala a mi piso. No es seguro dejarla allí ni en un hotel.

—*¿Estás seguro de esto?*

—Sí. Diles que es mi orden directa.

—*No creo que ella me escuche.*

—Ponla al móvil.

—*Voy a intentar…*

—Dale el maldito móvil, Grigori.

Parece que pasa una eternidad antes de que finalmente escuche tu voz.

—*¿Odin?*

Puedo sentir su inseguridad incluso a través de mi nombre.

—Elina, necesito que me escuches. No puedes quedarte ahí. Quiero que vayas con Grigori a mi piso. Llego en un máximo de dos horas.

—*No quiero irme de aquí. No sé si puedo confiar en este hombre.*

—Tienes mi palabra de que puedes confiar en él. Ahora haz lo que te pido. La veré pronto.

Ella tarda un poco en responder, pero finalmente vuelve a hablarme:

—*Te espero.*

—Disfrutaré tenerte esperándome, ahora dime si estás herida.

—*No… No lo creo. Sólo me arde la cara.*

—Hace una maleta y ve a mi piso. La encontraré en poco tiempo.

—*Todo bien.*

—¿Puedes devolverle el móvil a Grigori?

Ella no se despide, lo que me muestra que está muy conmocionada. A pesar de su mal genio, Elina se comporta como una dama.

—Asegúrate de que llegue a mi casa sana y salva. Pídales que revisen el piso primero. Después, coloque hombres no sólo en la entrada del edificio, sino también en la puerta de mi ascensor privado y en las escaleras. Coloca el maldito Spiderman vigilando las ventanas si es necesario, pero nadie debería volver a acercarse a ella.



Capítulo Veinte

Llevo horas durmiendo y despertándome.

Es un cansancio mucho más mental que físico. Quitándome los arañazos de la cara, no duele nada. Es dentro de mi cabeza que estoy enloqueciendo.

En silencio, escondo todo mi miedo.

Desde que me di cuenta que había alguien en mi casa hasta que llegaron los demás guardias de seguridad, sentí mucho miedo, porque fue la primera vez que alguien me apuntó con un arma.

Crecí viendo a mi padre disparar. Siempre le gustaron las armas y sé lo letales que pueden ser. Habría bastado que ese hombre desbloqueara la suya y mi vida habría llegado a su fin. Y yo aún no he vivido nada.

Aunque estaba aterrorizada, luché.

Uno de nuestros guardaespaldas en la isla me dijo una vez, cuando todavía era una adolescente, no importaba lo que pasara, nunca debería dejar que el secuestrador me llevara, porque si lo lograba, mis posibilidades de sobrevivir se acabarían.

Por eso comencé a luchar con todas mis fuerzas. Sucedió muy rápido, pero al mismo tiempo, sentí como si la escena se desarrollara en cámara lenta. En un segundo intentaban llevarme y al siguiente, varios de los hombres de Odin entraron en el piso. Creo que me sorprendió un poco cuando llegó el hombre que se presentó como Grigori.

No sé de qué hablamos. La última cosa que me recuerdo realmente es que Odin me dijo que viniera aquí, a su casa.

Pero ahora mi adrenalina se desvaneció y el miedo volvió con toda su fuerza.

Estoy completamente sola.

No sola el tipo libre.

No tengo a nadie.

No puedo permitirme romperme, porque no tengo a nadie que me levante si caigo, por eso no dejé escapar ni una sola lágrima.

No importa lo cómodo que sea, no puedo pensar que Odin siempre estará aquí para mí. No soy su obligación, aunque él me ha ayudado hasta ahora. Este tiempo de separación ha aclarado un poco mi mente.

Pasé el día siguiente de que él se fue soñando despierta. Recordando las sensaciones, su caricia, su boca sobre mí, pero sobre todo su mirada. Necesito tener mucho cuidado con sus ojos. Fácilmente podría perderme en ellos.

Puse mis habilidades de simulación en práctica para mí misma estos días y me hice la ilusión de que no sentí su falta. Funcionó en su mayor parte, pero después de lo que pasó antes, lo único que quiero es estar en sus brazos. Hacer creer que él nos es el enemigo de mi familia, aunque en mi corazón sé que no es mi enemigo.

Permitir que su orden me calme, porque él siempre parece saber qué decisiones tomar.

¿Podría imitarlo?

¿Podría fingir ante el mundo que soy una versión femenina de Odin?

La gente lo respeta, creo que incluso le temen, así que tampoco sería malo para mí.

Miro alrededor de la habitación en la que estoy.

Tu piso es hermoso, pero completamente impersonal. No parece que nadie viva aquí. Ni siquiera hay un marco de fotos.

¿Dónde están sus padres?

Cuando se fue a vivir con Aristeu, Odin ya era casi un adulto.

Caminé por todos lados tratando de distraerme, pero algunos temblores recorren mi cuerpo de vez en cuando.

El hombre que me trajo dijo que podía bañarme porque me ayudaría a relajarme, pero no quiero relajarme. No sé en qué habitación debería quedarme ni siquiera si me quedaré aquí esta noche.

Miro al *Central Park* a través de la ventana que va del suelo al techo. Siempre quise visitarlo porque apareció en muchas películas de románticas que vi.

Sacudo la cabeza al pensar que mi propia vida ahora parece una película. Pasé de una existencia tranquila en una isla a vivir en uma gran ciudad, e incluso tener un trabajo con un buen salario.

Ahora, como en las películas, también tengo un enemigo.

Sé que fue Naim quien intentó me levar. Los hombres que irrumpieron en mi casa no parecían estadounidenses.

En realidad, no entiendo por qué se molestó en enviar gente tras de mí. Lo único que se me ocurre es que no acepta perder.

Miro el cielo oscuro y sin luna a través de la ventana.

Estamos em un piso muy alto, lo que me hace sentir más segura.

Dios, ¿debería quedarme aquí?

No tengo la menor idea.

Tengo ganas de irme, de volver a casa, pero ya no tengo hogar.

No, Elina. No lo pienses. No puedes darte el lujo de estar triste ahora mismo.

Escucho un ruido en la puerta principal y mi corazón se acelera.

Debería intentar esconderme.

Huir, en caso de que vuelvan eses hombres, pero tengo tanto miedo que no puedo moverme.

Junto mis manos en mi regazo y sólo cuando veo la enorme figura de Odin puedo respirar otra vez.

A pesar de esto, no me muevo.

Nos miramos en silencio, su rostro todavía en las sombras.

No sé si debería haber venido. Parece demasiado íntimo después de nuestro acuerdo. No quiero confundir las cosas en mi cabeza. Además, como decía mi madre una y otra vez: necesito empezar a cuidarme.

Sin embargo, todas estas determinaciones se desmoronan cuando él viene y me toma en sus brazos.

Al principio me mantengo rígida, tratando de no necesitar, de no querer el consuelo que me brinda, pero él no parece dispuesto a darse por vencido.

Me abraza fuerte, muy cerca de él.

Y entonces, sucede algo extraño.

Odin es poderoso, inquebrantable. El tipo de hombre que no demuestra que tiene miedo de nada, pero siento como si algo estuviera pasando dentro de él en este momento.

Nuestro abrazo no es un abrazo normal, sino uno que nunca he recibido en mi vida. El abrazo de alguien que no dejaría que nadie me lastimara.

Y así, sin que yo pueda protegerme primero, mi cuerpo comienza a temblar violentamente. Quiero que se detenga, pero no logro, es como si no obedeciera las órdenes de mi cerebro.

Me golpea la sensación de abandono y, junto, las lágrimas de toda una vida.

No recuerdo haber llorado nunca delante de alguien y me da mucha vergüenza.

—Regresé. Nadie te aceptará.

Quiero dejar de llorar y decir que no tengo miedo.

Quiero volver a mi papel de imitadora de emociones y demostrar que el intento de secuestro no me asustó, pero no puedo.

Hoy fue la culminación de la locura en la que se ha convertido mi vida, por eso desisto de resistirme, paso mis brazos alrededor de su cuello y me dejo cuidar.

No sé qué dice de mí confiar en el enemigo de mi familia, pero la verdad es que con Odin, por primera vez, puedo dejar que mis miedos salgan a la superficie.

—Peleé con ellos —digo, entre un sollozo y otro.

Él me acaricia el cabello.

—Por supuesto que peleó. Eres fuerte y valiente.

Ahora besa mi rostro como si estuviera consolando a un niño, y esta vez acepto sus caricias sin restricción alguna.

Aún conmigo en sus brazos, él camina hacia lo que supongo que es su habitación.

—¿Qué es lo que quieres hacer?

—¿Podrías abrazarme un poco más?

Se aleja para mirarme.

—¿Es eso lo que quieres?

Asiento con la cabeza y no dice nada más.

Simplemente se acuesta en la cama y me acerca a su cuerpo.

Mis ojos se sienten pesados. Su aroma y calidez me calman y finalmente me quedo dormido.



Me despierto un rato después y me doy cuenta de que aún es de noche.

Su cuerpo grande y fuerte está debajo del mío. Los brazos todavía me rodeaban como cuando me quedé dormido.

Cuando levanto la cabeza para mirarlo, él está despierto y mirándome.

—Te prepararé un baño.

—No es necesario. Debes estar exhausto.

—Quiero cuidar de ti. ¿Te irás?

Lo miro y veo el tormento en su rostro. Creo que es la primera vez que ambos realmente bajamos la guardia.

Bebo la apariencia masculina que tanto me fascina. Los ojos negros y profundos parecen ver mi alma, pero también percibo su preocupación por mí.

—Sí.

Tomo su rostro y pruebo un suave beso en su boca, pero eso ni siquiera es suficiente.

Quiero más.

Tomar la iniciativa me excita, porque sé que Odin no está acostumbrado a ceder el control.

Profundizo el beso y, al probarlo, gimo de placer.

Parece que han pasado un siglo desde la última vez que nos tocamos, aunque en realidad solo han pasado poco más de cuatro días.

Muerdo y lamo su boca y él finalmente parece llegar a su límite. Me gira en la cama, se posiciona sobre mi cuerpo y me devuelve el beso como si necesitara mis labios tanto como el aire.

Me rindo, disfrutando de todas las sensaciones sin oponer defensa alguna. Sin ocultar lo que estoy sintiendo.

Necesitada, ansiosa, echándole de menos.

—Te quiero. —Me escucho hablar.

Tu reacción no es la que esperaba.

Se levanta y se quita la parte superior del traje sin dejar de mirarme

Es como ver a un gigante desnudándose.

Los músculos que sentí bajo mis manos se revelan en la camisa perfectamente cortada.

No lleva corbata y yo sigo el movimiento de cada botón que se suelta. Me gustaría quitarte la ropa yo misma.

Cuando su pecho está desnudo, no puedo apartar la mirada. Parece duro, sólido en todas partes. ¡Tan macho!

Nunca imaginé hombres desnudos. Hasta hace poco no estaba interesada en el sexo, pero ahora me siento hipnotizada por su cuerpo.

Para mi decepción, se quedó con los pantalones puestos, aunque el volumen delante de ella no dejaba dudas de su excitación.

—Ya vuelvo —dice y comienza a alejarse, pero parece cambiar de opinión—. Hoy tú mandas. Esta noche se tratará de lo que quieras. —Luego entra en el baño de la suite.

Cuando se da vuelta, noto que un tatuaje cubre toda su espalda.

Nunca he conocido alguien con tatuajes, o al menos no con uno tan grande.

Hay una puerta abierta en el lado opuesto del baño e imagino que es un armario.

Camino hasta allí.

Hay espejos por todas las paredes y tomo la iniciativa de desnudarme. Desabrocho los botones frontales del vestido. Está roto cerca del dobladillo. No había cambiado de ropa desde el ataque, estaba demasiado preocupada, tratando de mantener mi estabilidad mental.

Los botones llegan hasta la parte baja de la falda, un poco por encima de la rodilla, pero no tengo prisa en sacarlos de sus casas.

Cuando termino, lo dejo caer a mis pies.

Sé que nunca lo volveré a usar. No podré tocarlo sin recordar lo que pasó.

Podría no estar aquí ahora, podría estar atrapada en algún lugar a merced de esos hombres.

Mi cuerpo comienza a temblar de nuevo.

Estoy vestida con sujetador y bragas de color verde agua y me observo en los espejos. Tengo un rasguño debajo de las costillas, del lado derecho, y también un hematoma en el muslo.

Miro mis pechos, cubiertos por el encaje de mi lencería, y la braga de seda que cubre mi sexo. A pesar de ser delgada, mis caderas son un poco anchas en relación a mi cintura. Mi madre decía que mi cuerpo es del tipo que los hombres aprecian.

De repente, me siento intimidada.

Ese día, en mi piso, no me avergoncé, pero ahora recuerdo que Odin ya debe haber salido con mujeres hermosas.

Miro el vestido y lucho contra el impulso de volver a tenerlo; el coraje empieza a abandonarme.

Cuando vuelvo a mirar hacia arriba, él está detrás de mí.

Su mirada me quema por todas partes y cualquier duda que pudiera haber tenido sobre mi cuerpo desaparece.

Me muerdo el labio, esperando ansiosamente que hará a continuación.

Él viene lentamente hacia mí y se para detrás de mí. Sus dedos tocan mi cintura suavemente, como pidiendo permiso, y coloco mis manos encima de las suyas.

Se acerca, presionando nuestros cuerpos, dejándome sentir su deseo en la base de mi columna.

Nos miramos a través del espejo.

—Tan hermosa.

Aparta mi pelo y besa mi cuello muy suavemente, pero luego regresa, mordisquea y deja que su lengua recorra la piel sensible.

Sus manos bajan hasta la cintura de mi braga.

—Quítamelo por mí.

En lugar de hacer lo que me pide, desabrocho el sujetador.

Cuando aumenta la presión sobre mi piel, sé que se está conteniendo. Puedo sentir su respiración cada vez más pesada.

Mis pezones están duros de excitación y vuelvo a tomar sus manos. Entrelazando nuestros dedos, empiezo a bajarme la braga.

—Míranos a los dos en el espejo. No mires hacia otro lado —dice.

Bajando solo por un lado de la lencería, con la otra mano, los dedos aún entrelazados con los míos tocan mi sexo por encima de la pieza. Inclino la cabeza hacia atrás, porque la sensación de intimidad es tan fuerte que casi me hace perder el sentido.

—Eres todo calor, Elina —dice, mientras me masajea ligeramente.

Separo mis piernas porque hay una agonía pulsante en el centro de ellas. Un sonido ronco proviene del fondo de su garganta.

La mano encuentra su camino hacia mis vellos dentro de la pequeña pieza de tela, y siento su dedo en mi punto de placer.

—Odin…

—La devoraré. No sé si podré parar.

Su pulgar juega allí mismo, mientras sus palabras destruyen mis últimas defensas.

Otro dedo llega a mi abertura y explora, sin penetrar, mi humedad, mostrándome que no quedará ninguna parte que no posea.

Mi cuerpo crea vida propia y, sin que me lo pidan, coordino los suaves movimientos de mis caderas con la búsqueda desesperada de más.

—¿Te gusta así?

—No pares.

—No pararé hasta que mojes mi mano. Y luego empezaré todo de nuevo.

Gira mi rostro para besarme y acaricia mi pezón. Primero, muy ligero, pero cuando siente lo abrumado que estoy, su pulgar e índice tiran con más urgencia.

Cuando su boca se aleja, quiero traerla de vuelta.

Estoy en agonía, hambrienta.

—Devuélveme tu boca. Necesito tu lengua —le pido y él sonríe.

—¿Quieres mi lengua dentro de ti? ¿Aquí? —Me lame los labios—. ¿O aquí? —pregunta, empujando un dedo dentro de mi otra vez.

Levanto el brazo hacia atrás, apartando su cabello y chupando su lengua como él me enseñó a hacer.

—En todas partes. Te necesito por todo mi cuerpo.

Parece que ha disminuido la velocidad a propósito.

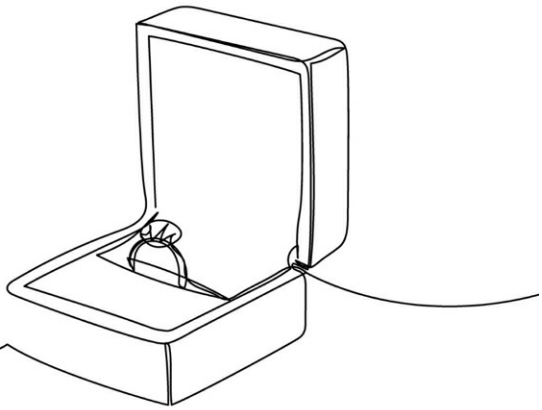
Estuve muy cerca de correrme y estoy segura de que él lo sintió.

A pesar de decir que yo estoy a cargo, Odin es un dominador nato. No puede ceder el control por completo. Pero estoy muy desesperada por correrme y me encuentro exigiéndolo.

—No juegues conmigo. Estoy ardiendo por ti.

Él sonríe, como complacido.

Odin



Capítulo Veintiuno

Había planeado cuidar de ella.

Entregarle lo que ella necesitara hoy, sin exigir nada a cambio.

Aunque la deseaba desesperadamente, sólo quería que se sintiera segura. Simplemente no esperaba tanto compromiso de ella cuando llegué, ni lo profundamente que me conmovería tenerla con tanta confianza en mis brazos.

No podía dejarla ir.

Se aferró a mí como si yo fuera su refugio seguro, y cuando se permitió dejar que todo el miedo saliera a la superficie, algo dentro de mí se rompió. Ese fue un punto de inflexión para nosotros, estoy seguro.

Soy un hombre sospechoso y sé que ella tampoco es alguien que se dé por vencido. Tal vez fue este descubrimiento, en el que ambos no sabemos confiar, lo que me hizo decidir dejar de lado cualquier precaución y dar todo lo que recibo.

Sólo sé que necesito hacerla mía.

—Nunca jugaría contigo —respondo, loco de lujuria, y me arrodillo frente a ella.

Dondequiera que miremos, podemos vernos a nosotros mismos.

Simplemente le bajo su braga y la miro.

Ella de pie, desnuda, su cuerpo perfecto es una invitación a la lujuria.

De ropa, Elina parece una modelo, pero desnuda es el paraíso.

La delgada cintura emerge en caderas que prácticamente exigen mis manos.

Levanto la cabeza y ella también me mira. Respiración suspendida.

—Mira como hago que te corras en mi boca.

Separo sus piernas y lamo su sexo, deleitándome con el sabor. Su sabor se esparce rápidamente por mi lengua. No tardaré hasta que me vuelva adicto a esta miel.

Enreda sus dedos en mi pelo y rodea sus caderas, pidiendo más.

Una de mis manos está en su culo, manteniéndola donde quiero.

Estoy hambriento y sólo ella puede satisfacerme.

Su muslo se levanta sobre mi hombro. Ella sabe lo que quiere y no tiene miedo de pedirlo. Gime con cada contacto de mi lengua, murmurando palabras incoherentes, levantando su cuerpo tanto como puede.

Sus piernas ahora casi no aguantan.

Está muy cerca de correrse por la desesperación con la que me atrae hacia ella, y coordino los movimientos de mi boca con un toque en su clítoris.

Sin vergüenza alguna, ella cabalga mi lengua y quiero sentirla así en mi polla.

Ella me da gemidos, suspiros.

El deseo ocupa cada gota de mi sangre.

No pasa mucho tiempo y deja caer las últimas barreras, entregándose por completo, gritando mi nombre.

La levanto en mis brazos y la llevo a la cama.

Las cosas entre nosotros suceden con tanta intensidad y en una escalada tan desesperada que, si no me apuro, terminaremos haciendo el amor en el suelo del *closet*.

Elina merece mucho más.

Recién me quito la ropa y ella está atenta.

Hay una curiosidad casi infantil en su rostro, como si estuviera parada frente a un parque de diversiones, a punto de probar su atracción favorita.

Es un sentimiento diferente.

Siempre que me acosté con una mujer, yo tenía el control de la situación.

Nunca me perdí en las emociones, o si lo hice, fue sólo en los pocos minutos que precedieron al orgasmo. Con Elina es un juego de iguales. Ella entrega todo lo que exige. Comparte en la misma medida que recibe.

Incluso cuando suplica por su placer, no se deja dominar y eso me excita mucho.

Me quito la bóxer y cuando estoy completamente desnudo, sus ojos se abren un poco.

—Abre sus piernas para mí. Quiero verla.

Ella obedece, mostrándome lo que pronto poseeré.

—Tócate a ti misma.

Mi deliciosa esposa se lleva la mano a su sexo, sólo colocándola allí, sin hacer ningún movimiento.

—Ya estoy mojada para ti —dice, separando aún más sus muslos.

—Lo sé, pero quiero verla dándose placer.

Finalmente se rinde y juega con su sexo empapado. Como un reflejo involuntario de sus acciones, masturbo mi polla ligeramente. Observo fascinado cómo mueve su dedo en círculos sobre su clítoris, y no toma mucho tiempo; sus caderas se mueven inquietas, mostrándome su excitación.

—Ábrete con la otra mano, pero no dejes de tocarte.

Ella obedece y me acerco.

—Continúa.

Inclinándome sobre ella, rozo la punta de mi erección contra su entrada y ambos gemimos.

Ella levanta un poco las caderas, pero la inmovilizo.

—Nada de eso. En silencio. Sólo puedes sentir.

—Dijiste que yo estaba a cargo.

—Para decirme que pare si quieres, no que decida cuándo la tomaré. No quiero lastimarla. Necesito que esté lista.

Ella no me contradice, pero provocativamente se muestra aún más. Sus muslos se ensanchan para recibirme.

—Sexy.

Levanto la mano que tocaba su sexo y esparzo la humedad de sus dedos sobre mi polla. Para mi sorpresa, ella toma la iniciativa de masturbarme.

Pruebo ligeramente la punta de mi eje en su clítoris y ella gime fuerte.

—Odin, por favor. Nos estás consumiendo de deseo.

— Mi hechicera. ¿Qué me estás haciendo, Elina?

Por mucho que me gustaría seguir con el juego, ya no puedo contenerme.

Abro el cajón de la mesita de noche y tomo un condón.

Estoy limpio, ya que no tengo relaciones sexuales sin protección, pero ella siendo virgen, dudo que use la píldora.

Abro el paquete y ella se apoya en los codos para mirar, mientras lo deslizo.

Subo a la cama, pero no la toco por ahora.

Permanezco suspendido sobre su cuerpo, observándola retorcerse de ansiedad.

—Por favor…

Desobediente, vuelve a levantar las caderas.

Beso tu boca mientras pruebo tu entrada.

No suelo tener sexo suave. Me gusta traspasar los límites del placer, sin ningún tipo de freno, pero intentaré ser cuidadoso en tu primera vez.

Mi cuerpo está endurecido por la tensión de tener que controlar mi naturaleza.

Cuando empiezo a deslizarme lentamente dentro de ella, las manos que estaban sobre las sábanas llegan a mi espalda.

No me gusta que me toquen allí.

Tengo cicatrices debajo del tatuaje, y permitirle sentirlas es como revelarle parte de mis secretos, pero al menos hoy no quiero ocultar nada.

En cuanto sus dedos sienten la piel más fina, sus ojos me miran interrogantes, como si fueran a interrogarme, pero a mitad de camino parece darse por vencida y levanta la cabeza, besando mi pecho.

—Llévame, Odin. No puedo esperar más.

Entro un poco más y ella recupera el aliento.

—No te haré daño.

—Lo sé.

Tu fe me desestabiliza, robándome lo que queda de racionalidad.

—Estoy loco por ti, Elina.

—Yo también y te necesito dentro de mí.

Beso su boca y toco su clítoris hasta que la siento relajarse alrededor de la punta de mi polla. Cuando su cuerpo empieza a chupar el mío, la tomo por completo.

—Oh, Dios…

—Ahora eres mía.

Sé que necesita acostumbrarse un poco antes que haga cualquier movimiento, así que empiezo a acariciarla de nuevo mientras le muerdo la oreja.

Está incluso más apretada de lo que imaginaba y casi me da un derrame cerebral al tener que aguantarme.

—¿Sientes esto? Estoy todo en ti y es sólo el comienzo. Eres mi mujer ahora.

Soy como un neandertal con ella.

—Sólo yo estuve aquí, sólo mi polla poseyó su cuerpo. Me perteneces.

Aunque gime de lujuria, no se rinde.

—Soy tuya tanto como tú eres mío.

Chupo sus pechos, dejo que mi lengua rodee los pezones y mis dientes tiren ligeramente, y en poco tiempo ella pide más.

—Yo también… Oh, Dios… Yo también quiero satisfacerte. Enséñame a ser tu mujer.

Nos perdimos en un beso húmedo, un verdadero duelo de lenguas.

Me retiro todo de su cuerpo y vuelvo outra vez.

Ella gime fuerte, encerrando sus piernas alrededor de mi cintura, y yo contengo la respiración para concentrarme en no acelerar los movimientos, al menos por ahora.

Coloco una de mis manos debajo de su trasero, la levanto hacia mí y comienzo un suave movimiento de vaivén.

—Más, Odin.

—¿Estás segura?

—Sí, lo quiero todo.

Aprieto la carne entre mis manos y me pierdo en ella.

Giro mis caderas y ella grita, clavando sus uñas en mis hombros

Poco a poco fuimos alcanzando nuestro propio ritmo. No pasa mucho tiempo antes de que pierda el control. Una escalada de deseo como nunca antes había experimentado.

Ella me sostiene dentro de ella en constantes espasmos y sé que voy a correrme en poco tiempo.

Elina es muy exigente.

—Me siento como si cayera.

—Estoy contigo. Ven para mí. Quiero sentirte apretándome mientras te corres.

Ya no sé lo que digo y no me importa.

Solo existe ella y nuestro placer.

Nuestros cuerpos y esta danza necesitada.

No podré parar ni siquiera después del orgasmo.

—Odin…

—Eso, déjame ver todo de ti, Elina.

Ambos estamos perdidos, locos de deseo y entrega dentro de nuestro propio mundo.

Y finalmente, cuando la urgencia se vuelve insoportable, nos entregamos en los brazos del otro.



Capítulo Veintidós

Miro a la diosa griega durmiendo en mi cama.

Ella no se cubrió. Elina no muestra inhibición conmigo. Ella me deja mirarla sin ningún tipo de vergüenza y esa es sólo una más de las cosas que me vuelve loco de ella.

Nunca he estado con una mujer tan apasionada.

Se entrega descaradamente durante el sexo, disfrutando de cada gota de placer al que tiene derecho. Obedece y manda, como si supiera intuitivamente lo que cada uno de nosotros necesita para llegar al paraíso.

Pensé que tendría una mujer reticente por su inexperiencia, pero ella es un huracán.

Caliente, deliciosa.

Me levanto de la cama porque mi cuerpo aún está lleno de energía, pero ya la he tomado tres veces en poco tiempo y ella necesita descansar.

Me pongo un calzoncillo bóxer, me dirijo a una de las salas que convertí en biblioteca y me siento en el sofá. La cabeza apoyada en el respaldo. Los pies firmes en el suelo, separados.

Tengo un brazo tapándome los ojos mientras pienso en todas las decisiones que tendré que tomar de ahora en adelante.

Por un tiempo, ella me hizo olvidar.

La culpa, la búsqueda de justicia, el torbellino interminable de dolor que me acompaña desde que desperté ese día en el hospital, con doce años.

Me sacaron de Grecia, pero no estoy seguro de dónde estaba, lo único que sé es que mi salvador y yo regresamos a mi país meses después, cuando ya estaba casi completamente recuperado.

Cuando regresé a Grecia, ya no tenía miedo de nada.

Pasamos meses hablando del miedo, desentrañándolo, hasta que lo conquisté por completo.

Tenía doce años y no había nada que me hiciera querer vivir más que vengar la muerte de mi familia.

Esto nos hace inalcanzables.

Cuando pasas por el infierno, no hay nada más que puedan hacer para lastimarlo.

Logré poner en marcha mi venganza y es cuestión de tiempo que todo llegue a su fin.

Hasta que castigue a la última persona que destruyó mi infancia.

Y luego, ¿qué seguirá?

Antes de traerla conmigo, a pesar de mis planes de casarme algún día, vi un inmenso vacío en mi camino. No creía que pudiera confiar lo suficiente en nadie como para compartir todo sobre mí. Todavía no lo creo, pero a pesar de eso, algo ha cambiado.

Quizás porque ahora también puedo ver tu soledad. Somos como dos piezas perfectas de un rompecabezas.

¿Pero qué pasará con nosotros dos a partir de ahora?

No sé qué hacer.

Ni en cuanto a decisiones inmediatas, ni en el largo plazo.

No quiero enviarte de regreso a tu piso.

Puedo fingir que es porque está tomando riesgos mientras Naim todavía está obsesionado, pero eso sería una mentira descarada.

La verdad es que no quiero que se vaya.

¿Podría tenerla conmigo?

Más que la preocupación con su seguridad me gustaría vivir lo que comienza entre nosotros sin que tengamos que ir de un lado a otro, fijando plazos, horas y minutos para apresurarnos cada vez que nos encontramos.

¿Estará ella de acuerdo?

No estoy seguro.

Elina es inexperta, sí, pero contradictoriamente, no quiere contar su vida a nadie. Así como yo, aunque ella es sólo mitad griega, tiene muchas más características de nuestro pueblo que de los ingleses.

Es orgullosa y combativa. Una verdadera guerrera.

La admiro cada día más.

No, todavía no estoy listo para dejarla ir.

Ambos acordamos mantener las cosas físicamente, pero creo que podemos cambiar algunas reglas, como que ella se quede aquí conmigo por un tiempo, por ejemplo.

Miro la mesa auxiliar y veo mi libro sobre mitología nórdica.

Cuando mi mente está agotada, cuando llega un momento en el que simplemente quisiera cerrar los ojos, ser un hombre normal y no alguien que ha basado su vida en buscar la sangre de su enemigo, o incluso cuando pienso en rendirme, lo recojo y recuerdo lo que me dijo mi salvador sobre el dios cuyo nombre heredé.

No puedo dejar todo atrás ahora, pero hay una gran parte de mí que sólo quiere volver a la habitación y perderme en los brazos de la mujer dormida.



Llevo un tiempo leyendo y me siento observado.

Miro la puerta y, como siempre sucede, su belleza me impacta con fuerza.

Sé que se duchó, ya que tiene el pelo mojado y solo tiene una bata sobre su cuerpo que me volvió loco hace unas horas.

Se apoya en la entrada de la sala como si no estuviera seguro de si venir hacia mí o retroceder, pero sé muy bien lo que quiero.

Ya he tenido algunas relaciones casuales.

No tengo problemas con la intimidad, pero no soy el tipo de hombre que se acurruca después del sexo.

Las palabras de cariño y abrazos sin un contexto sexual no son habituales en mí, pero Elina despierta en mí una necesidad incontrolable por ella.

Basta con que estemos a poca distancia y necesito sentir cualquier parte de tu cuerpo.

Dejo el libro abierto en el sofá y extiendo la mano, invitándola.

—¿Insomne?

No sé si es la hora de la madrugada, el ataque que sufrió hoy o lo que ocurrió entre nosotros, lo cierto es que ella parece completamente indefensa.

—Me desperté después de que te fuiste —dice, colocando su mano sobre la mía.

—Entonces, ¿por qué no viniste a verme?

Ella se encoge de hombros.

—Pensé que tal vez quisieras estar sólo. Yo también necesito eso a veces. —Nuevamente me doy cuenta de que tenemos cosas en común—. ¿Qué estás leyendo?

Su atención se dirige a la copia olvidada a mi lado.

—Mitología nórdica. Sobre dioses y sus batallas.

Los hermosos ojos se abren con interés, pero ella todavía duda

Es como si la mente no estuviera segura de mantener tanta proximidad, pero el cuerpo tuviera su propia voluntad.

—No conozco la historia de los dioses nórdicos —dice y se sienta en el borde del sofá.

Dios, ¿qué tiene ella que despierta un deseo tan fuerte de protegerla? Algo en la mujer me hace quererla conmigo todo el tiempo.

—¿Quieres saber más al respecto?

—¿Me lo dirías?

Miro el rostro que ahora parece ansioso.

Elina es mi enigma privado.

¿Podré algún día comprender su complejidad?

—¿Como?

—¿Me lo leerías?

Ella se concentra en sus propias manos, como si pensara que fue demasiado atrevida.

La timidez no es propia de mi diosa y creo que tal vez sea sólo porque no está acostumbrada a pedir favores.

—¿Quieres que te lo lea?

—Y también comenta la historia. Me gusta escuchar.

Sé que cruzaré líneas y tal vez dejaré las cosas entre nosotros en territorio sin nombre, pero no puedo resistirme.

Doy la mano y cuando ella entrelaza nuestros dedos, el gesto simbólico de confianza acaba por derribar las dudas restantes.

Acercándola, le paso un brazo por los hombros y con la otra mano, vuelvo a tomar el libro.

—Esta historia en particular trata sobre Odín, el dios nórdico de quien obtuve mi nombre. —Comienzo—. Sólo soy medio griego, ¿lo sabías?

Ella levanta la cabeza para mirarme y la sacude, negando.

Ni siquiera sé por qué estoy revelando esto.

A pesar de mi nombre inusual y de que la gente a veces siente curiosidad, nunca he dado ninguna explicación sobre mis orígenes.

— Odin vivía en *Asgard*, en el palacio de *Valaskjálf*, que él mismo construyó. Allí también estaba su trono. Desde allí, el dios podía observar lo que sucedía en cada uno de los nueve mundos, gracias a sus dos cuervos *Hugin* e *Munin*. Durante el combate blandía su lanza, llamada *Gungnir*, y montaba su caballo de ocho patas.

Mientras leo, ella está absolutamente concentrada. La respiración, suave.

—El dios a veces tomaba acciones violentas y oscuras, infligiendo castigos inflexibles, como el sueño impuesto a la valquiria *Brynhild* por desobedecerle.

Noto que ella está sonriendo.

Mientras narro, su cuerpo se desliza y, para mi sorpresa, apoya su cabeza en mi regazo.

Ella me mira fijamente, prestando atención a cada palabra, como si leyera mis labios, a pesar de no hacer ninguna pregunta.

Finjo que la situación de intimidad nos es nada del otro mundo, pero la verdad es que nunca he tenido con una mujer una relación que desembocara en una situación tan doméstica.

Es extraño, pero al mismo tiempo parece cierto, y lo que es peor, me hace querer más.

Le pongo la mano en su rostro y ella pone la suya encima, mientras sigo el relato.

—Odín era un dios ambicioso y valiente. En una ocasión, para desentrañar las runas nórdicas, incluso se ahorcó, se apuñaló y pasó más de una semana sin comer porque le dijeron que el sacrificio era necesario para absorber el conocimiento.

Ella aprieta mi mano.

—El dios Odín no tenía miedo de nada. No tiene miedo de nada —habla.

No es una pregunta y pienso en lo que ella está diciendo.

No tengo miedo de nada estos días.

No hay nada más que puedan quitarme que no lo hayan hecho ya.

Sin embargo, hoy temprano, cuando todavía caminaba a casa y Grigori me contó lo que le había pasado, algo parecido al miedo se apoderó de mí.

La sensación de no haber estado cerca mientras que ella podría haber sido llevada me provocó angustia, pero no estoy dispuesto a profundizar eso por ahora.

—Odín también tenía la capacidad de transformarse en cualquier objeto o animal que quisiera… —continúo.

—¿Puedo pedir algo?

Hago una pausa en la lectura de nuevo.

—Mientras no involucre a tu padre, puedes pedirme cualquier cosa.

—No es eso. Dijiste que el dios Odín tiene la capacidad de transformarse en lo que quiera y que le convenga, entonces, de cierta manera, miente. No finjas conmigo. Incluso cuando lo que tenemos llegue a su fin, sea siempre honesto conmigo. Yo también era un poco como el dios Odín, pero ya no quiero vivir más en una mentira. Estoy siendo yo misma contigo. Doy mi palabra.

—¿Vivías en una mentira?

Ella mira hacia otro lado.

—Mucho, pero no es de mí de quien estamos hablando. ¿Puedes prometerme eso, Odin? En caso de que tu deseo de estar conmigo disminuya antes que el mío, ¿me lo dirás?

Cierro el libro y la pongo sobre mis piernas, haciéndola montar sobre mí. Sostengo su rostro y le doy un ligero beso.

—Apenas hemos empezado, ¿por qué deberíamos pensar en el final?

—Porque es necesario. Nada dura para siempre.

Tu respuesta no me agrada, incluso porque sé que algunos sentimientos pueden durar muchos años.

Mi odio hacia Leandros es la mayor prueba de eso.

—Prometo que nunca fingiré sobre nosotros dos, pero no quiero ese tipo de conversación ahora.

—¿Qué deseas?

—Tú, una vez más.



—¿Dónde has estado?

—En casa —respondo y sé que entiendes que me refiero a Grecia.

Estamos acostados en la cama y ella levanta la cabeza para mirarme.

Después de la biblioteca, fuimos juntos a la ducha.

Ella me está volviendo loco por la forma en que permite que sucedan cosas entre nosotros. Por mucho que nunca haya estado en una relación, acepta vivirlo todo, sin miedo a la intimidad, al menos a la intimidad sexual.

De hecho, fui yo quien se confundió cuando, después de la ducha, aún desnuda, me preguntó dónde debía dormir.

Cualquier otra mujer, después de pasar la noche con su pareja sexual, asumiría que dormirían juntos, dado que yo la traje aquí, pero Elina parece lista para cualquier cosa que le lance.

Creo que, si le señalo la habitación de invitados, ella se dirigiría allí sin siquiera dudar, y es sólo la sensación de que se me escapará de los dedos en cualquier momento lo que me hace querer mantenerla cada vez más cerca.

Ella se entrega sin reservas, sin negarme nada, pero luego al minuto siguiente, cuando todo termina, actúa como si lo sucedido no fuera importante, mientras yo sigo abrumado por cómo me hace sentir.

—¿Qué estabas haciendo en Grecia? ¿Se trata de mi padre? ¿Volvieron?

Pienso qué responder. Habíamos acordado que no hablaríamos sobre el maldito, pero tampoco puedo dejarla completamente a oscuras.

—No, no regresaron.

—¿Pero fuiste allí por él?

—Em cierto modo, sí. Fui a averiguar dónde estaba mi primo.

—Orien? Él se fue hace mucho tiempo. ¿Por qué volvería ahora? Tanto él como Theo nunca más quisieron saber nada de la isla.

La miro fijamente, tratando de ver si está siendo sincera.

Ella está.

Puedo ver que ignoras por completo lo que pasó ese día en el acantilado.

—Las cosas no siempre son lo que parecen.

Ella movió la cabeza, en señal de acuerdo.

—No me dirás más, ¿verdad?

—No.

Amenaza levantarse, pero cierro mis brazos alrededor de ella.

—¿Adónde vas?

—Pensar.

—¿No puedes hacer eso aquí?

—No. Es muy difícil pensar con claridad contigo tan cerca.

Tu honestidad me desarma.

—Si te sirve de consuelo, a mí me pasa lo mismo.

Ella suspira y se recuesta sobre mi pecho nuevamente.

—No voy a preguntar nada más, porque acordamos que sería así, pero no me exijas nada a cambio.

—¿Qué significa esto?

—Que no tienes derecho a cuestionar mis secretos si no me dejas saber nada sobre ti fuera de la habitación.

Antes de que pueda detenerme, encuentro revelándome.

—Creo que mi primo está muerto.

Ella se sienta en la cama.

—¿Qué? ¿Cómo ocurrió? ¿Theo ya lo sabe?

Tu reacción me hace darme cuenta de dos cosas a la vez.

Ella realmente creía que él se había ido y, a pesar de nunca mencionar el nombre de su hermano ni el de ningún miembro de la familia además de sus padres, se preocupa por Theodoro.

—Sí. Fui a Boston para hablar con él ayer.

—Dios, necesito llamar a mi hermano. No estoy segura de que quiera hablar conmigo, pero necesito saber cómo está. Theo adoraba a Orien.

—¿Están peleados?

—Nunca hablamos apropiadamente después de que él se fue. No te dije que vine a vivir… *huh*… que estoy aquí contigo.

—Sé que no le dijiste ni a él ni a tus hermanas, por eso tampoco le dije nada ayer, pero en algún momento necesitarán saberlo. ¿Tus hermanas no hablan con frecuencia con tus padres?

—No. Como máximo, una vez al mes. Los llamaré la semana que viene, pero hablaré con Theo primero. —Ella hace una pausa, pareciendo insegura de continuar, hasta que finalmente se decide—. ¿Fue en Atenas? La… muerte de Orien, quiero decir.

—No. Nunca abandonó la isla.

Abre la boca en estado de shock y sé que quiere hacer más preguntas, pero en lugar de eso dice:

—Lo siento mucho.

—No quiero hablar más de eso.

Elina parece lista para refutar, pero luego se recuesta sobre mi pecho nuevamente.

—Está bien si no quieres hablar más de eso. Todos tenemos secretos.



Capítulo Veintitrés

Mi mano tiembla cuando mi dedo pasa sobre el número que completará la llamada a mi hermano. Cerrando los ojos, finalmente dejo que toque la pantalla del móvil.

El móvil suena algunas veces y en cada vez tengo ganas de colgar, pero no lo haré. No soy una cobarde.

—¿*Hola?*

—Theo, soy yo.

—¿*Elina?*

—No quiero pelear.

—*No dije nada.*

Su voz suena tranquila y dejo escapar un suspiro de alivio.

—Es que siempre terminamos discutiendo.

—¿*Por mi culpa?*

—Tienes razón, me enojé mucho cuando te fuiste. Ni siquiera me dijiste adiós.

—*Ya no me diste la hora del día. Nadie en esa casa dio.*

—Theo, hay muchas cosas que no entiendes, pero no llamé por eso.

—*Espera, ese número al que me llamaste tiene prefijo de los Estados Unidos. ¿Dónde estás?*

—En Nueva York… con Odin.

—¿*Qué?*

Me tomará unos minutos contarles un resumen de la historia, omitiendo la parte sobre el Jeque y el intento de secuestro. No quiero que la primera vez que hablemos sin alterarnos le cause preocupación.

—¿*Estás bien?* —pregunta al final, y pienso en lo bueno que es mi hermano.

Theo hizo lo correcto al abandonar Grecia. Nuestra familia no lo merecía.

—Estoy sí. Odin y yo… estamos juntos.

Él permanece en silencio y sé que es por sorpresa.

—*Juntos… ¿Cómo una pareja?*

—Sí.

—*¿Quieres estar ahí o no tuviste opción?*

—Me ofreció un trabajo y después… simplemente pasaron cosas, pero yo quiero quedarme aquí.

—*Sabes que puedes contar conmigo a cualquier momento, ¿verdad?*

—Gracias por eso, pero esa no fue la razón por la que llamé. Odin me habló sobre Orien… Theo, lo siento.

Él no habla por un rato y no sé qué hacer. Nunca he necesitado consolar a outra persona además de mí.

—*¿Te contó todo?*

—No. Sólo que Orien nunca abandonó la isla.

—*Era Leandros, Elina. Él fue quien mato a Orien.*

De alguna manera, enterarme de eso todavía me sorprende. Nunca dudé de que mi padre era una mala persona, pero no pensé que pudiera llegar tan lejos como para quitarle la vida a alguien.

Golpeó a todos sus hijos, pero hay una gran diferencia entre agresión física y asesinato.

—No fue tu culpa —digo, porque sé que él debe estar pensando eso.

—*En cierto modo lo era, porque mi proximidad a Orien lo convertía en el objetivo de Leandros.*

—No sé qué decir, Theo.

—*No te preocupes. Hablé mucho con Derek sobre eso. Estoy un poco mejor ahora. Tengo que irme. Me alegra que hayas llamado. No olvides compartir noticias.*

—Todo bien.

Todavía no quiero colgar, pero no sé cómo pedirle que se quede conmigo un poco más.

—Theo, me alegras que hayas encontrado a alguien que te quiera.

—*Yo también.* —Vuelve a hacer una pausa—. *Elina, sé que las cosas entre nosotros han sido extrañas a lo largo de los años, pero eres mi hermana y te amo. Si Odin hace algo que te lastime, llámame y encontraré una manera de sacarte de allí.*

—Él no es así conmigo, Theo. Estamos bien.

—*Él odia a Leandros, Elina. No quiero que te utilicen como un arma contra nuestro padre.*

Puede que esté siendo ingenua, pero siento en mi corazón que no es así. Aunque nuestra relación no involucraba sentimientos, Odin no me usaría para apuntar a Leandros, aunque estoy segura de que, si fuera al revés, probablemente eso sucedería.

—No te preocupes conmigo. Si en algún momento creer que estoy siendo utilizada, buscaré tu ayuda.

—*Quiero tu palabra sobre esto.*

—Lo tienes. —Respiro hondo para encontrar coraje—. Theo?

—*¿Sí?*

—Yo también te amo.



Una semana después

Todavía estoy aquí.

He estado intentando con todas mis fuerzas no acostumbrarme a quedarme y, anoche, incluso le pregunté directamente cuando me iría.

Cambió de tema, lo cual es un poco extraño, después de todo, Odin es una de las personas más directas que he conocido, e incluso puede ser grosero algunas veces. En lugar de fijarme una fecha límite para que me fuera, en el día siguiente de que llegué a su piso rápidamente me explicó sobre Naim y lo arriesgado que sería para mí estar sola.

También me hizo revivir todo lo que pasó durante el ataque. Si los hombres dijeran algo importante y si recordara de sus rostros.

La verdad es que recuerdo muy poco.

Me puse tan nerviosa que entré en modo supervivencia, sin preocuparme por lo que se decía.

Odin confirmó que los hombres que intentaron secuestrarme estaban efectivamente bajo las órdenes del Jeque, pero no puedo entenderlo. Sé que perdió dinero en el trato que hizo con mi padre, pero debe tener acceso a muchas otras mujeres, entonces, ¿por qué a mí? Simplemente me gustaría seguir adelante con mi vida.

Ahora, poco a poco, voy logrando organizarme.

No es muy fácil intentar caminar por mis propios pies, ya que siempre he tenido a alguien que toma decisiones por mí, pero Odin, aunque está a mi lado todo el tiempo, me obliga a tener la última palabra sobre las elecciones que necesito hacer.

La sensación es incómoda.

Cuando asumimos la responsabilidad de decidir, también tenemos que asumir los resultados que se derivan de ello, y estoy acostumbrada a estar detrás de escena.

La organización de la fiesta solidaria está en pleno apogeo. Nunca he asistido a un baile de máscaras, y estoy tan emocionada por hacerlo yo misma como de disfrazarme.

Una de sus secretarias se convirtió en mi asistente personal para el evento. Cassandra.

Es una persona agradable, ligera y directa a la vez.

La primera vez que nos encontramos en un almuerzo, me di cuenta que tenía curiosidad sobre mi relación con Odin, pero no le abrí la puerta para preguntar nada, solo hablamos de temas que tenían que ver con la decoración del evento.

Cuando nos despedimos, también miré con asombro a los guardias de seguridad que me esperaban afuera del restaurante.

Odin está obsesionado con protegerme y me gustaría decir que no tengo miedo, pero eso sería la mentira más grande del mundo. La idea de que me lleven los hombres del Jeque aún me aterroriza.

Oigo que la puerta se abre y mi corazón traicionero se acelera, incluso en contra de mi voluntad.

Todas las noches son así.

Normalmente salgo de la habitación antes de que él llegue y voy a bañarme. Además de garantizarme horas de sexo increíbles —ya que él siempre va detrás de mí y es insaciable—, disipa la idea de que lo estaba esperando, como lo haría una esposa.

A pesar de esto, es difícil combatir la intimidad que se está formando entre nosotros. No hablo sólo de horas de placer, sino de pequeñas cosas del día a día.

Al principio incluso intenté tener mi propia habitación.

Una noche, fui a la habitación de invitados y fingí que estaba dormida cuando él llegó, pero él fue allí y sin ceremonias, me llevó de regreso a lo que hemos compartido desde que llegué aquí.

Hice una cara de disgusto, pero él no pareció tomarme demasiado en serio, porque me besó como lo hace todas las noches e hicimos el amor durante horas.

Ninguna conversación, ni siquiera dejarme pelear.

Una vez, vi una comedia romántica en la que la pareja tenía una especie de amigos con beneficios, como lo llamaban. Compartieron un piso y tuvieron relaciones sexuales, pero no existía una relación real entre los dos.

He tratado de fingir que eso es lo que está pasando entre nosotros, el único problema es que Odin parece estar trabajando duro para arruinar todos mis planes para mantenerlo a una distancia emocional segura.

No sé si da cuenta de cómo actúa conmigo, pero yo sí.

Crecí en una casa donde uno de los miembros de la pareja era absolutamente dominado, y el otro lo ignoraba. Entonces conozco la diferencia entre un hombre que cuida a su esposa y otro que la trata como basura.

Y la forma en que él me trata está confundiendo nuestros límites.

Además de los apodos cariñosos, están los besos cuando llega, los abrazos fuertes, los regalos, tanto los caros como los tontos, como cuando me trajo una pantera de peluche de un viaje a Filadelfia, diciendo que era así como me veía, hermosa y salvaje.

Cada pequeña cosa llega a mi corazón y no quiero eso. No estoy seguro de si actúa así con todas y no quiero imaginar que nuestra relación sea mayor de lo que es: una intensa atracción física, donde nos entregamos mutuamente en el sexo. Donde el hambre y las ganas no pasan.

—¿No hay ducha hoy?

Creo que está jugando conmigo y que ya ha notado mis intentos de escapar.

—¿Para qué ducharme si me vas a hacer sudar otra vez?

Sé lo que mis palabras causarán.

Como me lo imaginaba, viene y me levanta, enganchándome alrededor de su cintura.

—Provocativa.

—¿Dije alguna mentira?

En lugar de responderme, me muerde la boca y luego me chupa los labios.

En cuestión de segundos, cada terminación nerviosa de mi cuerpo se está derritiendo.

Sostengo su pelo y profundizo el beso, ya comenzando a quitarle el traje y desabrocharle la corbata.

—¿Con prisa?

—Te quiero.

Él aparta el rostro.

—Dilo de nuevo.

—Te quiero en mí. Todas las noches, todo el tiempo

Aparece la mirada depredadora que tanto me excita. Comienza a caminar hacia el habitación sin soltarme y anticipo el deleite de otra noche en sus brazos.



Nueva York

Al día siguiente

Acabamos de entrar en un restaurante con otras dos parejas.

Odin explicó que será una cena de negocios.

Está intentando adquirir la empresa de los dos hermanos, porque necesita que las piezas que fabrican para sus ordenadores sean producidas en masa. Como los hombres no tienen capital para invertir, Odin decidió hacer una propuesta de compra.

Dijo que ambos hermanos parecen hesitar a renunciar a la empresa, pero que, en realidad, están tratando de conseguir mucho más de lo que realmente vale la fábrica, y que al final cederán.

Están endeudados y no tienen más opción que vender, o ir a la quiebra, pero Odin también dijo que, si la negociación no se concrete esta noche, él mismo comenzará a fabricar las

piezas, lo que los obligará a vender de todos modos.

Ya sospechaba, por la forma en que limpió el patrimonio de mi padre, que Odin era despiadado, pero verlo actuar por primera vez es emocionante y aterrador al mismo tiempo.

Estoy acostumbrada a ver a los hombres negociar, aunque mi padre nunca se tomó el trabajo de explicarnos dónde venía su dinero.

Crecí rodeado de ambición, pero ahora hablo de poder. No el tipo de poder robado, en el que subyugas a la gente, como lo hizo Leandros, sino aquel que inspira respeto con una simple mirada.

Es fascinante estar cerca de alguien así.

Después de las presentaciones, no me llevó mucho tiempo comprender el tipo de personas con las que estábamos tratando.

Son ricos de nacimiento y ni siquiera pueden ocultar su desprecio por tener que negociar con lo que entre nosotros se llama un nuevo rico.

Nunca me contó cómo logró acumular su fortuna, de hecho, aunque hablamos mucho, nunca me cuenta nada del pasado.

Entonces, no tengo idea de cómo pasó de ser un jugador de baloncesto a uno de los hombres más ricos de los Estados Unidos, como dijo Cassandra, pero una cosa sí sé con certeza: es totalmente concentrado, una vez que se fija una meta.

Cuando lo escucho hablar por móvil, pienso en lo terrible que debe ser tenerlo como enemigo.

Hablando de enemigos, hoy, después de tanto tiempo posponiendo, llamé a dos de mis hermanas. En primer lugar, la segunda mayor después de mí, Larissa.

Tengo el número de teléfono de cada una de ellas, que representa una de las teclas de mi móvil. Sólo necesito tocarla con el dedo para establecer la conexión.

Me hubiera gustado que la conversación fuera tan sencilla como lo fue llamar. Cuando resumí lo que había sucedido, todo, incluso el ataque de Naim en Grecia y con quién estaba ahora, lo más delicado que escuché fue que soy una traidora.

¿El más cruel? Que no soy más que una prostituta de lujo.

Sin embargo, no soy de los que se rinden fácilmente y traté de hablar con Ágatha.

Fue la peor decisión posible.

Ninguna de ellas me preguntó cómo me sentía. Cómo fue dejar nuestra isla para vivir en un lugar extraño. Sólo vieron el lado de nuestro padre.

Al contrario de Theo, no me ofrecen ayuda. Ágatha incluso me llamó insensata por no aceptar al *Jeque* como esposo.

Tampoco parecían sorprendidas de que Leandros se hubiera escapado.

Aparentemente, yo era la única que no sabía de su quiebra. Están casadas con hombres ricos y las noticias viajan rápido.

Cuando les pregunté si no estaban preocupadas por nuestra madre, dijeron que Leandros nunca dejaría que le pasara nada.

No estoy tan segura.

Llegué a la conclusión de que hay algo muy serio detrás de la historia de Odin y mi

padre.

Al principio, pensé que su enojo se debía a que Leandros había maltratado a Aristeu, su tío, humillándolo cada vez que podía y no pagándole un salario justo. Pero esa parece una razón demasiado simple para perseguir a mi padre como lo hizo.

Por supuesto, está la muerte de Orien.

Sería lógico pensar que llevó a la quiebra a mi padre para vengar a su primo, pero la mansión tardó mucho en construirse en nuestro terreno, lo que significa que Odin ya llevaba muchos meses, tal vez años, planeando destruir a mi padre.

Incluso después de lo que me dijo Theo, no volví a hablar con Odin sobre la muerte de su primo. Tiene derecho a no querer recordar eso.

—Elina, ¿cuánto tiempo llevan saliendo usted y Odin? Nunca supe que estaba en una relación.

La pregunta me toma completamente por sorpresa, no sólo por el tono irónico con el que fue formulada, sino también por la indiscreción de la mujer.

Sin tener oportunidad de prepararme, digo la primera cosa que se me viene a la cabeza:

—Trabajo para él.

Un pesado silencio se apodera de la mesa, pero finjo no darme cuenta.

Con calma vuelvo a ajustar la servilleta en mi regazo, pero en realidad estoy tan incómoda que me siento físicamente mal.

Siento los ojos de Odin sobre mí, pero no tengo el coraje de mirarlo. Tal vez debería haber dejado de hablar, o incluso no responder en absoluto.

¿Y ahora?

Minutos después, cuando el tema parece olvidado, pido permiso y voy al baño. Necesito alejarme un poco o no podré seguir adelante esta noche.

He estado tan relajada en mi pequeño mundo con Odin que olvidé que la alta sociedad es formada básicamente por gente malvada.



Capítulo Veinticuatro

Dos semanas después

Hago lo mejor que puedo para tratar de calmarme, pero es realmente complicado.

Hoy, el primo de Odin, Christos, vendrá con su esposa a cenar en nuestra… en *su* casa.

Necesito recordarme constantemente que estoy aqui de forma temporal. Ha estado un poco irritable desde la cena de negocios a la que me llevó.

Creo que fue porque dije que era su empleada, pero ¿qué quería que dijera? ¿Que soy tu novia?

No sé cómo llamarnos y me puse nerviosa con las preguntas de aquella mujer. Desde entonces, él tiene la cara seria.

Durante el sexo, seguimos siendo calientes como siempre, pero fuera de la cama ya no intenta provocarme y, algunas veces, parece el Odin de la fiesta, en que humilló a mi padre.

Callado, sombrío.

Tal vez debería irme.

Theo dijo que me ayudaría.

A pesar de la distancia que se ha formado entre nosotros, sigo yendo a la biblioteca por las noches.

Odin sufre de insomnio y se ha convertido en un hábito que él lea para mí y luego hablemos sobre el libro.

Por unas horas, hay un lazo más fuerte que el sexo.

Adoro esos momentos y no creo que lo esté molestando, ya que parece disfrutar de mis preguntas sobre las lecturas.

Odin tiene una paciencia infinita para responder, lo que me da confianza poco a poco.

Acabo de darle los toques finales a mi maquillaje y seco mis manos húmedas en el vestido.

Es hora de enfrentar a los invitados.



—¿Sería muy indiscreta si preguntara qué tipo de relación tienen ustedes? —dice así que entramos en la cocina del piso.

No me molesta su manera directa.

Zoe es tan dulce que no podría ser mala ni intentándolo.

Despedí los empleados por esta noche y decidí hacer la sobremesa yo misma.

—No sé. Él es mi primer… no sé cómo llamarlo, para ser honesta.

Veo que me mira sorprendida, probablemente porque nota que soy mayor que ella, pero luego se encoge de hombros.

—Puedo decir casi lo mismo sobre Christos. Quiero decir, ya estuve casada antes, pero solo duró seis meses, y la relación fue completamente tóxica.

—¿Entonces se divorciaron y conoció a Christos?

—No. En realidad, mi primer marido murió.

Ella baja la mirada.

—Lo siento mucho. No quería entrometerme.

—No es eso. Es que, a pesar de que ya pasó, aquella época de mi vida aún me molesta.

Ella me cuenta todo y, extrañamente, me veo devolviendo la confianza y resumiendo mis problemas también.

Desde mi llegada de Grecia hasta mi envolvimiento con Odin. Sin embargo, no mencioné el Jeque. Es difícil decir en voz alta que tu padre te negoció como si fueras un pedazo de carne.

No sé qué hay en ella que me hace confesar cosas tan íntimas. Es como si nos conociéramos desde siempre.

Desde que llegó al piso, Zoe me hizo sentir completamente cómoda.

Me sentía un poco intimidada porque Odin dijo que es una *top model*, así que realmente no sabía qué esperar.

Pero rápidamente descubrí que Zoe es una de las personas más sencillas que he conocido.

Parecía que era ella quien me recibía en su casa.

Nunca había experimentado una conexión con una mujer más allá de mi madre, ya que mis hermanas nunca se interesaron por mí, y estoy feliz de haber encontrado quizás una amiga.

Por lo que me dijo se nota que ya ha sufrido mucho.

—Eres griega como ellos.

—Sí, lo soy.

—Pero hablas inglés muy bien.

—En realidad, soy medio griega, medio inglesa. Crecimos escuchando ambos idiomas y ahora agradezco por eso, ya que me permite trabajar aquí en los Estados Unidos.

—Dijiste que Odin fue tu primera relación. No te ofendas, pero cuando lo conocí en mi boda, jamás imaginé que él se comprometería con alguien. Parece ser de los solitarios.

Miro a la hermosa mujer que tiene una barriga de embarazada.

Zoe es muy atenta.

Ella tiene razón. Cualquier uno que mire a Odin pensará lo mismo.

—Creo que lo es. Lo que tenemos no es nada serio. Probablemente selo sexo.

—Pero ustedes viven juntos.

—Es temporal, créame. Vine aqui porque tuve algunos problemas.

—No quiero entrometerme, Elina, pero si algún día necesitas algo, no dudes en buscarme. Ya viví una relación que no funcionó, y aunque no digo que sea el caso de ustedes, quiero que sepas que no estás sola. Debe ser muy difícil comenzar una nueva vida después de la edad adulta en un país extranjero. ¿No extrañas tu hogar?

—Se te refieres a mi familia, no. Después de estar alejada durante casi un mes, entiendo que vivía con ellos, pero sin cualquier comodidad familiar. Extraño, de hecho, mis caballos. Me encanta montar.

—¿En serio? Tenemos varios caballos en nuestra propiedad en Carolina del Norte. Podríamos organizar una visita.

—¿Hablas en serio o solo eres amable?

—Hablo muy en serio, Elina. Eres bienvenida en cualquier momento para hospedarte en nuestra casa.

—Me encantaría.

Mi corazón late rápido solo pensando en montar de nuevo. Nunca estuve tanto tiempo lejos de los caballos.

—Tenía cuatro en nuestra isla, pero mi favorito era *Fulcano*.

Ella frunce el ceño y pregunta:

—¿Quieres decir Vulcano?

—Fue lo que dije.

—No, dijiste *Fulcano*.

Siento un escalofrío de pánico recorrer mi cuerpo.

Estaba tan relajada que me descuidé.

Aprieto las manos y no puedo hablar.

Siempre tengo cuidado con cada palabra que pronuncio.

Me entrené durante años para no equivocarme, especialmente cerca de mi padre y sus invitados, pero ahora acabo de revelar mi debilidad ante una extraña.

—Creo que es mejor volvernos a la sala —hablo, pronunciando la frase lentamente como siempre hago.

—¿Tienes dislexia?

La pregunta me deja muda.

¿Existe un nombre para mi confusión constante con letras y números?

—No sé de qué estás hablando.

Doy un paso atrás, dejando alguna distancia entre nosotras.

—Una de mis primas es disléxica. Ella cambiaba letras en algunas palabras. Noté que hablas muy despacio. ¿Es por eso?

—No sé si hay un nombre para lo que tengo. Soy así desde siempre. Estúpida. Confundo las cosas.

Es la primera vez que hablo con alguien que no sea mi padre sobre mi problema. Mi madre lo sabía, por supuesto, pero siempre dejó que mi padre solucionara mi defecto a su manera.

Miro atentamente a Zoe y ella no parece estar riéndose de mí. Es extraña la sensación de poder ser yo misma cien por ciento.

—No soy médica, pero creo que sí, es dislexia. ¿Sus padres nunca buscaron ayuda?

Dios, ella no tiene idea.

—Lo siento, pero no quiero hablar de eso, Zoe.

—Perdóname por insistir, Elina, pero no tienes de qué avergonzarte. La dislexia es un trastorno de aprendizaje. No eres estúpida. Hay incluso escritores disléxicos, ¿sabes? Nunca más repitas algo así.

—¿Fue la única palabra que dije mal?

—Que yo notara, sí.

—Por favor, no le digas nada a Odin ni a Christos.

Estoy temblando y, si fuera con otra persona, tal vez huyera de la conversación.

Ella se acerca a mí y, sin que lo espere, me abraza.

Fuera de Odin, no recibo un abrazo desde hace muchos años. Tal vez desde pequeña, y al principio, mi cuerpo se pone tenso.

Ella no parece darse cuenta o, si lo hace, lo ignora por completo.

Pasa las manos por mi pelo y, a pesar de mi voluntad, el pánico por haber revelado uno de mis secretos va disminuyendo poco a poco.

—No te menosprecies por esto. Eres una mujer hermosa y talentosa. Las ideas que me contaste sobre la organización del baile de máscaras son increíbles. Nueva York se detendrá para ver tu éxito. —Ella me da un beso en la mejilla—. Si quieres ayuda para comenzar el tratamiento, estaré aquí para ayudarte.

—¿El nombre de lo que tengo realmente es dislexia?

—Estoy casi segura de que sí, pero podemos ver a un logopeda y confirmarlo. Todo lo que tienes que hacer es llamarme.

—Gracias. Lo pensaré, pero por favor, Odin no puede descubrirlo.

—Elina, me gustaría que fuéramos amigas, y las amigas no revelan secretos de las otras. Puedes estar segura. Nadie lo sabrá.



Después de la conversación llena de confesiones, regresamos a la sala.

Ella toma mi mano y me siento agradecida por eso.

Zoe no es el tipo de persona con la que estoy acostumbrada a pasar el tiempo. Ella es naturalmente generosa.

Repito en mi cabeza el nombre de lo que dijo que tengo.

Dislexia.

Ella se ofreció a ayudarme. ¿Debería intentarlo?

Lo pensaré con calma.

Ya he tomado muchas decisiones recientemente y necesito evaluarlas cuidadosamente antes de dar un paso tan grande.

Estamos sirviendo la sobremesa cuando una pregunta nos paraliza.

—¿Entonces ustedes están en una relación seria? ¿Tendremos un casamiento pronto?

Instantáneamente, Zoe y yo nos congelamos.

La pregunta de Christos es absurda, ya que nada remotamente parecido a un casamiento cruza mi mente ni la de Odin, pero aún así, quiero escuchar la respuesta.

—Ella es mi empleada.

Aunque su respuesta sea similar a la que le di a la mujer aquella noche, em la cena, siento mi rostro arder.

—Idiota. — Escucho a Zoe decir a mi lado.

La agresividad es algo tan difícil de asociar con ella que la miro, sorprendida.

—Él no dijo nada más que la verdad.

—Él está loco por ti, eso sí. Sé reconocer la mirada de un hombre apasionado, Elina. Puedo garantizar que Odin está completamente enamorado de ti.

Para evitar seguir escuchando, vuelvo a mi camino y ella no tiene más opción que seguirme.

Cuando entramos en la sala, ambos hombres nos miran fijamente, así como nuestras manos unidas.

No me concentro en ninguno de los dos en particular, manteniendo la expresión que he practicado durante años.

Disfrazar mis emociones sigue siendo mi especialidad.

—¿Listos para la sobremesa?



A cada cucharada del dulce helado, siento los ojos de Odin sobre mí y, deliberadamente, lo ignoro.

Estoy conversando con Zoe la mayor parte del tiempo y tengo mucho cuidado al pronunciar cada palabra, aún más que de costumbre.

—Elina, estuve pensando. Tu *trabalho* con Odin… —y ella dice la palabra trabajo muy lentamente, como si quisiera que él se la tragase— puede programarse con bastante antelación, ¿no? Quiero decir, ¿sabes cuándo serán cada una de las fiestas con mucho tiempo antes?

—Sí, generalmente un mes antes.

Ambos hombres prestan atención a nuestra conversación, pero estoy concentrada solo en Zoe, sin tener idea de adónde quiere llegar.

—Aceptarías protagonizar una campaña publicitaria? Mi ex agente está buscando una modelo para el lanzamiento de un perfume de una marca italiana de lujo. ¿Qué te parece?

Si ella me hubiera dicho que tiene un tercer seno, no me habría sorprendido más.

No creo que esté hablando en serio. Probablemente solo quiere provocar a Odin.

—No soy modelo.

—Todavía no, pero es una de las mujeres más hermosas que he conocido. Estoy segura de que, si la presento a Miguel, él se enamorará.

Ella hace una pausa dramática y ahora sé que, aunque sea sincera, también busca vengarse de Odin.

—Además, una simple campaña publicitaria, con el agente adecuado y un contrato generoso, puede garantizar su independencia financiera por un buen tiempo.

Zoe intenta levantarme la moral y darle una lección a él. Es encantadora, pero lo que no sabe es que no estoy enojada.

De una cierta manera, fue bueno que él dijera eso, porque me devolvió a la realidad.

—Si quieres hacer una prueba, solo necesitas llamarme. Necesito una respuesta antes de la próxima semana. Le prometí que estaría buscando nuevos rostros.

Me concentro en mi plato.

—Voy a pensarlo. Gracias.



Capitulo Veinticinco

En la misma noche

—Esto es ridículo. No tienes que dormir aquí.

—¿Por qué no? Después de todo, sólo *trabajo* para ti.

Tiene la cabeza en alto mientras ajusta las sábanas de las habitaciones de los empleados que tengo en mi piso. También parece hablar con más calma de lo habitual, lo que, contradictoriamente, es exacerbante.

—Elina, vuelve para nuestra habitación. ¿Por qué eres tan testaruda?

—Em primer lugar, no existe *nuestra habitación*. El es tuyo. Y no estoy siendo testaruda, Odin, sólo intento mantener los dos pies en la tierra. Gracias por lo que dijiste hoy temprano. Las cosas se estaban poniendo un poco confusas entre nosotros.

Me doy una patada mental.

No quería haber dicho eso, pero su declaración en el restaurante todavía está atrapada en mi garganta.

¿Cómo ella pudo decir que es solo mi empleada? La mujer comparte una habitación conmigo todas las noches, ¡por Dios!

Después de llegar a casa, actuó como si todo estuviera bien, entregada y apasionada. Eso me volvió completamente loco.

Sin saber dónde pisaba, hice la única cosa que podía.

La tomé con ansia.

Es como si nunca supiera cuándo será nuestra última vez juntos, y ahora está enojada porque repetí lo que ella dijo sobre nosotros.

Juro por Dios que Elina está tratando de volverme loco.

Aun así, sé que fui un idiota.

Ella no respondió lo que yo quería escuchar en aquella cena, pero sé lo que somos y

debería haber dicho al menos que era mi novia.

Así que las palabras salieron de mi boca, incluso antes de verla, ya había lamentado mi acción.

—¿Qué querías que la llamara?

Realmente quiero que me respondas, porque, aunque estés enojada conmigo, no creo que puedas etiquetarnos.

Comienza a caminar hacia el baño adjunto.

—Elina, no hemos terminado de hablar. Controla tu genio infernal y responde a mi pregunta.

—¿Tengo un genio infernal?

—Sí, lo tienes. Eres la mujer más difícil que he conocido.

—Debe ser porque estás acostumbrado a que las mujeres te besen los pies. Si eso es lo que quieres de mí, puedes esperar sentado.

—No quiero que me beses los pies, quiero que estés en mi cama.

—No estoy diciendo que no vamos a hacer sexo de nuevo, pero no voy a dormir allí.

Aprieto la nariz, sintiendo que un dolor de cabeza infernal se acerca.

Paso la mano por mi rostro para intentar aclarar mis ideas, mientras ella sigue actuando como si no estuviera delante de mí.

Se dirige al baño y puedo ver por el reflejo en el espejo que comienza a bajar la cremallera del vestido, probablemente preparándose para tomar baño.

—Vuelve aquí.

Ella asoma la cabeza por la puerta.

—¿Por favor?

—¿Qué?

—*Vuelve aquí, por favor, Elina.* Vamos, estoy seguro de que puedes.

Ahora sé que ella intenta irritarme.

Primero, siento ganas de golpear la pared de frustración, pero después de unos segundos, las cosas se aclaran tan rápido como si una nube hubiera descubierto el sol, y sonrío.

—Definitivamente somos una pareja. Acabamos de tener nuestra primera pelea.

—No estoy peleando contigo. No me arriesgaría a hacer algo así y perder mi trabajo, *jefe*.

Me río a carcajadas y ella parece querer arrojarme algo.

—Eres mi novia, no mi empleada.

—Soy tu empleada y también la mujer con quien tienes sexo —insiste, con el rostro cerrado.

Nunca tuve miedo a la muerte, así que doy dos pasos más hacia ella, probando.

Elina no desvía la mirada, que en este momento irradia una luz peligrosa, pero noto una vena latiendo en su garganta.

Siempre es así.

No podemos estar cerca durante más de unos segundos sin terminar desnudos, enroscados, sudados y gimiendo en los brazos uno del otro.

Incluso cuando leo para ella, al final terminamos en el sofá o en el suelo, conmigo profundamente enterrado en su cuerpo.

—Eres mi mujer.

—No quiero escuchar eso. Te pedí que no mintieras. No te estoy castigando por lo que le dijiste a Christos, sino tratando de recordarme quién soy en tu vida.

Coloco mi mano en su cadera.

—Mi mujer.

—No…

—Sí. No importa si acordamos dejar los sentimientos fuera del juego, estamos juntos. Tu eres mi mujer, tanto como yo soy tu hombre, y a partir de ahora todo el mundo lo sabrá.

—Debes estar loco.

Sostengo su trasero y rozo mi erección contra su vientre.

Beso y lamo su cuello, y cuando le muerdo el lóbulo de su oreja, ella gime.

—Esto es sólo sexo.

—Novia, mujer —continúo, ya subiendo la falda de su vestido y tocando la diminuta tela de tu braga—. Mía.

Coloco mi mano dentro de la pieza de seda y un gruñido se escapa de mi garganta cuando me doy cuenta de que ya está mojada. Luego, abre mis *jeans* y en poco tiempo mi sexo duro se desliza en su mano.

Cuando la levanto, ella no me suelta, tan ansiosa como me siento.

Mientras le tiro la braga a un lado, ella me encaja en su abertura.

—¡Carajo, Elina!

En esta posición se vuelve aún más difícil tomarla porque está muy apretada, pero ella no parece preocuparse y después de dos subidas y bajadas, me sostiene completamente contra su cuerpo.

La urgencia es casi dolorosa y la apoyo contra la pared, empezando a moverme a un ritmo lento y profundo.

—¿Cómo quieres?

Estoy aguantando por ella porque, a juzgar por mi voluntad, necesito esforzarme más.

—Todo, Odin. Todo siempre. Me encanta lo que me haces. Lo que hacemos juntos.

Sus dedos tiran de mi pelo y sus piernas se cierran alrededor de mi cintura.

Sosteniendo sus caderas, lo confirmo una vez más, ya que no puedo pensar con claridad.

—¿Todo?

Ella asiente con la cabeza y luego me tira por los hombros.

—Lo quiero muy profundo.

Tiemblo de lujuria contenida y, acercándola a mí, acelero mis movimientos.

—Así. Sabes cómo volverme loca —gime.

Nos perdemos durante minutos que parecen horas.

Hambrientos, desesperados, insaciables, hasta que ella gime diciéndome que va a correrse.

Toco su clítoris y hago que me monte algunas veces más.

Casi simultáneamente, nuestros cuerpos sucumben a la lujuria del clímax.



—No creas que estoy pidiendo un compromiso. Acordamos que sería solo sexo. Simplemente no me gustaba que me trataran como a una amante.

Finalmente, parece estar más tranquila al hablar que de costumbre.

Siempre he encontrado que su forma de conversar contrasta con su temperamento.

Ella habla despacio, incluso cuando me lanza insultos.

—Ambos somos libres y aunque no esté involucrado el amor, no necesitamos escondernos —Continúa.

Estamos acostados en la cama, ella desnuda sobre mi cuerpo, después de horas de apasionado sexo.

La pelea pareció aumentar aún más nuestro deseo.

Tanto Elina como yo tenemos espíritus combativos, pero también somos adictos el uno al otro, no tengo duda, así que solo la posibilidad de separarnos fue suficiente para hacer que nuestra sangre hirviera.

Tan pronto como nos reconciliamos, ambos exigimos una entrega total.

—No nos estamos escondiendo. Todos mis empleados saben que vivís conmigo.

—No vivo contigo, es temporal.

Levanto su barbilla para mirarla.

—¿Por qué esto ahora? ¿Piensas mudarte? ¿Vas a intentar la carrera de modelo como sugirió Zoe?

Si fuera una chica dócil, diría que no y devolvería la paz de espíritu, pero esta es Elina, con todas las características que adoro y que me vuelven loco al mismo tiempo.

Ella nunca me facilitará la vida

—Todavía no lo he decidido. Dijo que, con el tiempo, podría lograr mi independencia financiera.

Considero cuidadosamente lo que digo porque no quiero actuar como un neandertal. Además, creo que, si me quejo, las posibilidades de que ella abrace la profesión serán mayores.

—¿Pero es eso lo que te gustaría hacer?

—No sé. Las modelos necesitan exponerse mucho y no me gusta la idea de quedarme con poca ropa delante de la gente.

Y ella lo logra de nuevo.

En un segundo, la mujer combativa, decidida, lista para ponerme en mi lugar. Al otro, muestra cuán cruda e inocente sigue siendo.

Mi deliciosa mujer. Mi tentación particular.

—No tienes problema en quedarte sin ropa conmigo —bromeo, porque quiero alejar ese sentimiento extraño que surge con cada vez más frecuencia dentro de mí.

La certeza de que ella es mía y que este deseo no pasará.

—Pero es solo contigo. Odiaba cuando mi madre quería que usara vestidos muy escotados en nuestras fiestas.

Ella no ayuda a mantener oculto al hombre de las cavernas que tengo bajo vigilancia. Sin saber qué decir, la beso largamente.

No somos buenos con palabras, nuestros cuerpos se comunican mucho mejor.

—No te dejaré en la estacada, si es eso lo que te preocupa. Incluso si decido intentar la carrera de modelo, la fiesta del próximo mes está garantizada.

—¿No estás satisfecha con tu trabajo?

—Sí. En realidad, me gusta mucho organizar, pero no me parece correcto recibir un salario y seguir durmiendo en su cama. Sé que suena absurdo lo que voy decir, pero es como si me pagaran por tener sexo contigo.

—Nunca más repita esto. Al principio, cuando la invité a trabajar para mí fue porque quería ayudarla a comenzar su vida aquí en los Estados Unidos, pero ya no se trata de eso. Eres competente. Todos elogian su trabajo. Cassandra quedó sorprendida por su buen gusto. No está en esa posición porque es mi novia.

—Esto todavía suena extraño.

—¿Qué?

—Mi novia. No pareces el novio de nadie. Cuando pienso en un novio, me viene a la mente un hombre dulce y lindo con un ramo de flores en la mano.

—¿Es ese tipo de hombre que te gusta?

—No. No cambies. Te prefiero tal como eres.

Elina tiene razón, las líneas de nuestra relación están completamente confusas, superpuestas. No somos sólo amantes. Poco a poco ya empieza a hacer parte de mí.

—No quise decir eso.

—¿De qué estás hablando?

—Sobre haber sido un idiota y llamarte mi empleada.

—Tú no dijiste nada más que la verdad. Lo que me irritó fue que diste la impresión de que soy solo tu empleada.

—No volverá a pasar.

—¿Me estás pidiendo disculpas?

—Sí.

Ella se aleja un poco, como si quisiera verificar si hablo en serio.

Espero que te burles con alguna frase sarcástica, pero, para mi sorpresa, ella sostiene mi

rostro entre sus manos.

—Disculpas aceptadas, mi novio.

Dios, nunca la desentrañaré.

—Ah, Elina… —Muerdo ligeramente su deliciosa boca—. ¿Por qué no puedo predecir tu movimiento?

—¿Es esto malo?

—No, es delicioso.



La mañana siguiente

—Tuve una idea.

Ella está preparando nuestro desayuno, mientras yo la miro.

Los fines de semana, me pidió que liberara a sus empleados, y yo acepté.

—Creo que encontré una solución para que no se incómoda trabajando para mí. Voy a invertir en una empresa de organización de eventos y tú serás la propietaria... Con otros clientes también.

—No puedo pagarle y no quiero ningún favor.

—No te preocupes por eso. Una vez que empieces a ganar dinero, podrás devolvérmelo poco a poco.

Ella se vuelve con una sonrisa enorme en el rostro, pero cuando estoy listo para felicitarme mentalmente por haber acertado de hecho, su expresión se desvanece.

—Gracias, pero no estoy interesada —dice y se vuelve hacia el mostrador.

—¿Por qué no?

—Porque no sabría cómo dirigir una empresa.

—Tú tienes a mí. Te ayudaré en lo que pueda

—No, gracias. Antes, tal vez prefiera intentar una carrera como modelo.

No entiendo qué pasa.

Creí que ella había dicho que amaba organizar fiestas.

Pero una pelea en un fin de semana ya es más que suficiente, así que me levanto y la abrazo por detrás.

—Está bien. En cualquier cosa que elijas hacer, te apoyaré.

Ella se gira en mis brazos y apoya la cabeza en mi pecho.
—Gracias.



Capítulo Veintiséis

Cuatro días después

—Él fue visto en Moscú. Esta vez parece que la pista es caliente —advierte Grigori al entrar en mi oficina.

El viejo diablo es escurridizo y se escabulle cuando nos acercamos.

Estoy obsesionado con culminar mi venganza, mientras dudo cómo esto afectará mi relación con Elina.

Al principio, esperaba algo casual.

Buen sexo, conversaciones estimulantes —ya que ella no pierde su estilo desafiante— y la compañía de una de las mujeres más hermosas con las que he estado.

Pero después de algunas semanas juntos, muchas cosas cambiaron.

El *buen* sexo se convirtió en el *mejor* sexo de mi vida.

Ella tiene la capacidad de electrizar mi cerebro cada vez.

Ya he tenido relaciones con decenas de socias. Encuentros físicamente gratificantes, pero sin necesidad de algo más.

Elina ha logrado mantener mi atención desde que llegó a mi vida, incluso cuando está lejos.

A veces me encuentro dividido entre alimentar el odio, la sed de venganza y lo que tenemos.

Todavía no estoy listo para definir lo que siento por ella, pero sé que es diferente a todo lo que he vivido.

En algunos momentos, tengo la sensación de que ya ha establecido un plazo para nosotros dos en su cabeza.

Al mismo tiempo, me envía mensajes contradictorios, como el hecho de avisarme que contactó a sus hermanas para hablar sobre lo que ha pasado desde su regreso de Grecia.

No necesitaba decirlo. No habría forma de saberlo.

Cuando la traje aquí, pensé en instalar un dispositivo de escucha en su móvil, como hice con todos los teléfonos en la casa de Leandros.

La idea era tentadora, ya que estaba seguro de que más temprano o más tarde su familia se pondría en contacto con ella, o viceversa.

Pero después que las cosas entre nosotros evolucionaron, aún en el avión, decidí que esa sería una pésima manera de empezar una relación, incluso una como la nuestra, basado solo en atracción física.

Dista manera, ella tiene un rastreador en su móvil, relacionado más con su seguridad —para que puedas saber dónde estás si es necesario— que con el miedo a que conozca a alguien.

—Ha ocurrido algo inesperado.

—¿Qué tipo de imprevisto?

—Ciro ha muerto.

—¿Qué?

—Muerto. Alguien lo encontró.

—¿Cómo demonios entraron en la isla sin que nos diéramos cuenta?

—Si quieres mi opinión, creo que fueron introducidos por uno de los residentes. La mayoría creció bajo el dominio de Leandros. Si ayudaron a acabar con Ciro, creo que fue más por miedo que por lealtad al antiguo patrón.

—Investiga esto. ¿Te ocupaste de todo? ¿La policía está allí?

—No. Ellos nunca sabrán que pasó. No hay un cuerpo, pero tenemos algo más que tratar.

—Dilo de una vez.

— Los expertos ya tienen una respuesta. Los restos mortales eran de Orien. Quieren saber qué deseas hacer al respecto. Quieres que avisen a la policía o…

—No. Nada de policía, pero necesito darle confirmación a Aristeu.

—¿Lo enterrarás?

— Sí, en la isla.

Mientras hablamos, aparece el nombre de Milena, mi prima, en la pantalla de mi móvil.

—¿Está todo bien?

Dejo las formalidades de lado porque mantuve más contacto con ella a lo largo de los años que con o propio Aristeu.

Milena siempre me causó gran preocupación debido a la fama de Leandros con las mujeres. Es una chica hermosa e incluso cuando se comprometió, no confié en que estuviera segura hasta que salió de la isla definitivamente.

—*Él se fue.*

Cierro los ojos.

Ya lo esperaba.

La última vez que lo vi, Aristeu estaba muy cerca del final. Sin embargo, tenía esperanza de darle la oportunidad de enterrar a su hijo.

—*¿Vendrás al funeral?*

—Sí. ¿Necesitas algo ahora?

—*Solo permíteme enterrarlo cerca de mi madre.*

—Tienes libertad para decidir. ¿Cuándo será?

—*Pensé en dentro de dos días para que tengas tiempo de llegar.*

De inmediato, recuerdo que debo contarle sobre su hermano.

¡Maldición!

—Saldré hoy, pero no puedo demorarme en Grecia. Sin embargo, necesitamos hablar.

—*Muy bien, Odin. Nos vemos mañana.*

Cuelgo y miro los papeles encima de mi mesa. ¿Cómo puedo decirle a una chica de veinticuatro años que enterraremos a su padre y a su hermano el mismo día? ¡Dios!

Me doy cuenta de que ahora sólo me quedan parientes vivos por parte paterna ella, Christos y su padre.

—¿Volverás a viajar?

—Sí, pero tengo intención de volver pasado mañana a más tardar.

—¿Por qué tanta prisa?

—Porque no quiero dejar sola a Elina. Tengo la sensación de que Naim aún está por aquí.

—¿Confías en ella?

Esa es la pregunta del millón de dólares y mi respuesta puede ser la de un tonto, pero así me siento en estos momentos.

—Sí.



De camino a Grecia

Elina no mostró ninguna emoción cuando la llamé para decirle que regresaba a nuestra isla.

Incluso pensé en llevármelo, pero cuando lo pensé con calma, vi que no sería práctico. La conversación que tendré con Milena no será fácil.

¿Cómo puedo contarle a mi prima sobre la muerte de su hermano junto a una Argyros?

No, ya estoy trabajando en varias áreas al mismo tiempo.

Además, sería arriesgado. Necesito saber si quien me traicionó fue uno de los residentes.

Aunque ya hemos hablado, al igual que la otra vez que regresé a nuestro país, decido

enviar un mensaje.

«Volveré pronto. Manténgase segura.»



Grecia

Llegué a Grecia hace cinco horas y parece que los problemas están surgiendo del suelo.

Tuve una conversación seria con Milena, que se queda aquí con su marido. No pareció sorprendida cuando le hablé de Orien y le pregunté por qué.

Mi prima confesó entonces que nunca creyó la historia de que él se había ido, pero que no quería acabar con las ilusiones de su padre. Al final, Aristeu nunca estuvo seguro de que su hijo estuviera muerto, y tal vez fuera mejor así.

—Sabes que puedes volver cuando quieras, ¿no? La única cosa que pido es que no vengas sola. Avísame cada vez y me ocuparé de su seguridad.

—¿Qué no me estás contando, Odin? ¿Dónde está Leandros? ¿Él tiene algo que ver con la muerte de mi hermano?

Milena es una mujer sencilla.

Como el propio Aristeu dijo una vez, ella nunca quiso estudiar, pero tiene esa sabiduría innata, como si su edad fuera mucho mayor que la que indica su certificado de nascimiento.

También tiene la aceptación típica de las personas que comprenden que el mundo es un lugar de mierda, pero no se vuelven amargadas.

—No necesitas involucrarte en esto, pero te prometo que quienquiera que sea el responsable pagará.

Espero alguna tentativa de disuadirme de la idea, pero nunca llega.

—Gracias. En cuanto a volver, creo que no lo haré pronto. Descubrí hace una semana que estoy embarazada y deseo pasar la gestación en paz. Tener mi corazón lleno de cosas buenas por la llegada de mi bebé. Ahora que papá finalmente descansa y que tengo la respuesta sobre el paradero de mi hermano, puedo pensar en mi futuro.

Mis ojos se dirigen automáticamente hacia su abdomen plano, intentando vislumbrar algún indicio de que alberga a su hijo.

Milena, así como Zoe, la esposa de Christos, serán las responsables por mantener la descendencia de los Lykaios.

Esto me hace pensar en los hijos que espero tener algún día, y la imagen de Elina surge en mi cabeza automáticamente.

Planificar un futuro junto a ella no parece una buena idea, racionalmente hablando, pero contradictoriamente Elina es la única mujer entre tantas con la que he tenido una relación que considero seriamente para esta posición.

Ella dijo que no busca una historia de amor, lo que sería perfecto para mí.

La química entre nosotros es abrumadora.

¿Habrá alguna posibilidad de llegar a un acuerdo?

Cada vez me parece más plausible

Ella es tan ajena a los sentimientos como yo.

La admiro y adoro su única combinación de fuerza y fragilidad.

Tenemos un sexo delicioso y buenas conversaciones.

El único problema con todas estas consideraciones, además de que nunca demostró cualquier deseo de relación a largo plazo, es que es una Argyros.



Capítulo Veintisiete

Ladurée - Manhattan

Dos días después

—Entonces, ¿cómo van las cosas?

Miro a la mujer tan hermosa como un cuadro, sentada frente a mí.

Llegamos a una dulcería porque a Zoe le apetecía comerse un dulce llamado *macarrón*, que parece dos bizcochitos de suspiro de merengue y es relleno de chocolate o una especie de crema de frutas.

Creo que acabo de descubrir una nueva adicción.

Dijo que la tienda en la que estamos es considerada especialista en este tipo de dulces y es famosa en todo el mundo, pero que la principal está en Paris, que es el país de origen.

La idea era almorzar, pero parece que los bebés de ella pensaban lo contrario, y para mí, todo bien. Nunca me molesta probar algo dulce.

—Nos peleamos ese día. Él dice que ahora somos una pareja de verdad.

Ella se ríe y yo me quedo prendada de su risa. Todo en Zoe es muy sincero.

La gente de nuestro entorno no suele ser espontánea, y yo me incluyo.

—¿Sobre él decir que eras su empleada?

—Sí. Me volví loca y me fui a dormir al área de empleados.

—Dios mío, Elina, te amo definitivamente. Ya era hora de que Odin tuviera una rival digna. Quiero saber los detalles.

La miro un poco indecisa, porque no soy alguien que hable así de mi vida, pero luego pienso que, si quiero una amiga, necesito invertir en nuestra relación. Estoy aprendiendo que la amistad es un camino de dos sentidos.

Zoe compartió sobre su vida con su ex. No es justo que yo guarde secretos.

Resumo desde el sexo apasionado hasta su declaración oficial al mundo de que estamos verdaderamente juntos.

Noto que, al final, sus ojos están muy abiertos.

—Tu hombre está definitivamente enamorado de ti.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ya conozco a Odin desde hace más de un año y, aparte de algunas apariciones en eventos en los que estuvo acompañado, nunca se lo ha contado a nadie. Además, no es necesario ser el mejor observador del planeta para ver las chispas entre ustedes.

—No sé…

—¿Quieres un consejo?

Pienso un poco si realmente quiero hacerlo. Esto de la amistad es muy complicado.

—Puede hablar. — Finalmente me rindo.

—Cuéntale sobre la dislexia.

Un sudor frío recorre mi espalda.

—No, no puedo hacer eso.

Sólo mencionarlo hace que mi corazón se acelere.

—¿Por qué no?

—Me da vergüenza.

Miro mis manos antes de continuar.

—Mi padre descubrió mi problema cuando yo aún era muy joven y me llamaba estúpida todos los días. No quiero que Odin me vea así. Dijo que me admira como persona y si sabe que tengo eso, aunque no me desprecie, se arrepentirá, y no necesito la lástima de nadie.

—Deberías darle algo de crédito, ¿sabes? Odin es un buen hombre bajo toda esa fría fachada, Elina.

—No lo dudo. A pesar de su problema con mi padre, él me ayudó. Me salvó de las manos del Jeque.

—¿Jeque?

—No te conté los detalles de por qué vine aquí. No era sólo el hecho de que mi padre se había escapado y yo necesitaba un trabajo. Negoció un matrimonio entre este Jeque, Naim, y yo. El hombre es aterrador, Zoe. Odin me salvó de sus ataques durante dos días seguidos. La segunda vez casi… No sé si hubiera podido detenerlo si Odin no hubiera llegado a tiempo. —No hablo del intento de secuestro porque creo que ya he revelado demasiado de esa horrible historia.

—Jesús, Elina. Ese hombre es peligroso.

—Lo sé, créeme. —Dejo la taza de chocolate caliente al platillo—. Sé que Odin tiene un corazón generoso, aunque tal vez él no lo sepa, pero no quiero su lástima. Por primera vez en mi vida, estoy siendo una mujer completa. No voy a exponer mis debilidades.

—Por partes. Primero, perdóname por lo que voy a decir, pero ni conozco a tu padre y ya no me gusta. Él y tu madre deberían haber sido tu apoyo para superar tus dificultades. La primeira cosa que haría si mi hijo tuviera dislexia sería investigar todo al respecto. —Ella parece enfadada—. Ahora, vamos a la segunda cuestión. Entiendo lo que me dices, pero creo que una relación debe basarse en la verdad. En cuanto a ese Jeque, debería estar en la cárcel, que es el

lugar adecuado para los violadores.

La escucho atentamente, aún dudosa sobre revelar todo, pero concluyo que no estoy preparada.

—¿Crees realmente que no soy estúpida?

—Estoy segura de que no, Elina. El único estúpido en esta historia es tu padre.

Por primera vez, tomo la iniciativa de tomar su mano.

—Lo que dijiste sobre ir al médico, me gustaría intentarlo.

—¿Mismo? ¿Cuándo?

—Ahora no, pero sí en un futuro próximo. Necesito prepararme primero.

—Todo bien. Hagamos lo siguiente: en el próximo mes, cuando regrese a Nueva York para el baile benéfico, podemos ir, ¿qué tal? Así tendré tiempo de buscar un buen especialista.

—No le digas a Christos.

—No te preocupes. Ya te di mi palabra. Nadie más lo sabrá, excepto nosotras, salvo que quieras contarle todo a Odin. No quiero entrometerme entre ustedes, Elina, pero sigo pensando que él debería saber.

—Él también tiene muchos secretos. Nunca habla de su propia familia ni del motivo por el que odia a mi padre.

—¿Ya le preguntaste?

—No sobre su familia, porque no quiero ser indiscreta. Sobre mi padre, me hizo prometer que su nombre nunca sería mencionado.

—Eres su novia. No es ser indiscreta, sino saber en qué te metes. Tampoco sé nada sobre la familia de Odin, salvo que quedó huérfano cuando niño. Él y Christos se conocieron de adultos.

—Odin vivía en mi isla cuando era un adolescente. Lo conocí de muy joven.

—¿Crees que fue entonces que él comenzó a odiar a tu padre? ¿Cuándo era joven?

—No lo sé realmente. Mi padre no es una persona a quien la gente suele amar, pero Odin lo arruinó. Engañar a Leandros no es fácil, pero lo logró, así que solo puedo pensar que hay una historia seria detrás de su enemistad.

—A veces llamas a tu padre Leandros, y otras veces padre. ¿Por qué?

—Fuerza del hábito. En mi cabeza comencé a llamarlo Leandros. No teníamos una buena relación, excepto cuando él pretendía ante sus amigos. Dentro de la casa sólo se oían gritos e… insultos. Creo que ya no podía verlo como mi padre, pero una vez cometí el error de llamarlo por su nombre y me dieron una paliza. Entonces aprendí a separar lo que pasaba por mi cabeza de lo que debía decir.

—Como ya te dije, tu padre no está cerca de ser una de mis mil personas favoritas del mundo.

—Se va a volver loco cuando sepa que me fui y lo desobedecí sobre el Jeque, pero será peor cuando me vea en público con Odin.

—¿No te importa ser la novia del enemigo? No me tomes mal, no te juzgo. Solo encuentro extraña la situación.

—No lo veo como un enemigo. Al menos, no mío. No hablo mucho, pero observo a las

personas. Aunque Odin es frío con el mundo, es honesto, lo cual sé que mi padre no es. Además de golpearnos a mí, mis hermanos y mi madre, él siempre maltrataba y castigaba a nuestros empleados y al resto de los isleños. Todos vivíamos bajo el dominio del miedo.

—Me encantan los misterios y me gustaría mucho saber por qué Odin lo persigue.

—Creo que puede tener algo que ver con el pasado de los dos.

—Deberías pedirle a Odin que te cuente el motivo de tanto odio. A veces, los hombres necesitan un pequeño empujón para abrirse.

—Lo pensaré. Todavía estamos en una etapa muy temprana de la relación.

Ella me mira como si quisiera decir algo más y yo espero.

—¿Puedo preguntarte algo sin que te molestes?

—Claro. No sé si responderé.

—Confía en mí, Elina. Tal vez no estés acostumbrada a tener vínculos de amistad, pero soy tu amiga.

—Está bien, pregúntame. Me parece extraño tener a alguien que me escuche, sobre todo alguien con quien no tenga que fingir.

Ella es quien ahora me toma la mano sobre la mesa.

—Busqué rápidamente en internet las principales características de un disléxico, y hablas muy bien para alguien con dislexia. Solo noté una o dos palabras mal pronunciadas hoy, y eso porque estaba prestando atención después de descubrirlo en aquella cena.

Encojo los hombros.

—Tengo cuidado al pronunciar cada palabra.

—Sí, noté que hablas con calma.

—Me entrené desde niña. A partir de los ocho años, Leandros me humillaba cada vez que erraba una palabra. Sentía miedo a ser reprendida. También elijo las palabras antes de hablar. Evito las que tengo más dificultad.

—Oh, cariño. Debiste sentirle tan sola.

Desvío la mirada. No tiene idea de cómo crecí con mi autoestima destruida.

—No tenía con quién hablar. No soy cercana a mis hermanos y las chicas se reían de mí si decía algo incorrecto. Entonces, no fue una tarea muy fácil aprender a pronunciar las palabras correctamente, ya que apenas casi no hablaban conmigo. Por esto, pasé a asistir películas.

—¿Películas?

—Sí. Telenovelas y muchos dibujos también. Veía la misma película varias veces hasta memorizar las palabras. Eso me ayudó a aumentar mi vocabulario.

—¿Y la lectura? ¿Te gustan los libros?

Antes que pueda responder, su móvil suena con una llamada de Christos.

Me alegra internamente, una vez que la conversación empezaba a ponerme tensa.

Aunque me alegra la amistad con Zoe, es difícil compartir todos mis secretos a la vez.

—Lo siento —ella dice, después de colgar—. Mi esposo puede ser muy protector a veces.

—No hay problema. —La miro dudosa sobre si pedir lo que quiero, y decido que sí.

—¿Irías conmigo a la peluquería?

—Claro, ¿por qué?

—Llevo años con el mismo corte de pelo y quería cambiarlo un poco.

—¿Una tarde de belleza solo para chicas? Estoy dentro.



Llego a casa casi de noche y me pregunto si los guardaespaldas informaron a Odin sobre nuestra salida al shopping

No, tal vez avisaron a Grigori

Odin no está al tanto de todo lo que me sucede las veinticuatro horas el día.

Zoe me hizo comprar algunas *lencerías*. Todas son muy *sexys.*

Es como vivir la vida de otra persona.

Nunca hice cosas como ir a la peluquería o al shopping con alguien que no fuera mi madre, y generalmente no disfrutaba el paseo. Hoy me divertí mucho.

Saco los tres conjuntos de ropa interior de la bolsa y los extiendo en la cama, pensando en cómo reaccionará Odin cuando los use.

Sonrío, deseando que estuviera aquí.

Quito los zapatos y camino hacia el *closet* cuando suena mi móvil. Respondo automáticamente y un escalofrío recorre mi cuerpo al escuchar aquella voz odiosa.

—¿Elina? ¿Te estás divirtiendo? Disfruta mientras puedas. Cuando te tenga en mis manos, te haré arrepentirte de tu rebeldía y falta de respeto.

Naim.

Empiezo a sentirme mareada y una sensación de vértigo casi me hace perder el conocimiento.

¿Cómo él consiguió este nuevo número?

Regreso a la sala y compruebo si la puerta está cerrada.

Debería colgar, pero me encuentro en estado de trance por las amenazas, y mientras él sigue hablando, me siento en el suelo. Me tiemblan las piernas.



Capítulo Veintiocho

Grecia

El día parece no terminar nunca.

Aunque amo mi patria natal, después de la partida de Milena ya no hay nada que me retenga aquí.

El deseo de regresar a casa ocupa mis pensamientos, pero nunca abandono mis responsabilidades.

Estoy reunido con Darius, uno de los habitantes más antiguos de la isla. Según me informó, su familia há vivido aquí durante generaciones.

Ya planeaba investigar la muerte de Ciro, especialmente después de que Grigori sugiriera que fue un trabajo de algún isleño a las órdenes de Leandros, pero me sorprende que uno de ellos haya tomado la iniciativa de contactarme.

—¿Qué estás tratando de decirme exactamente? No puedo quedarme aquí todo el día.

No tengo paciencia con las personas que se andan con rodeos en lugar de decir lo que tienen que decir.

—¿Volverá el doctor Leandros?

—No.

—¿Puedes garantizarme eso?

—¿De qué se trata esta conversación?

El hombre parece incómodo. Tengo la sensación de que él preferiría no estar aquí.

—Eres sobrino de Aristeu. Él era uno de nosotros —dice sin mirarme—. Tu tío era un buen hombre.

Levanto una ceja hacia él.

—No soy mi tío.

—Sí, lo sé, pero tú tampoco eres el doctor Leandros.

—¿Qué significa eso?

—Durante todos estos años hemos tenido problemas aquí en la isla y en las demás que nos rodean.

—¿Qué tipo de problemas? Te daré cinco minutos más para que me digas lo que quieres y luego esta conversación terminará.

—Sí, señor. Debes perdonarme por eso. Se trata de las chicas… las jóvenes de aquí y de los alrededores.

—¿Qué pasa con ellas?

El hombre me mira con expresión avergonzada. Reconozco la vergüenza cuando la veo.

—Hay un número alarmante de niñas desaparecidas en varias islas. Incluyendo la nuestra.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con desaparecidas?

—Cuando llegan a una cierta edad, alrededor de quince años, la mayoría recibe una beca para estudiar en Atenas. No tenemos colegios para secundaria aquí.

—Lo sé.

Ya lo había pensado y decidido que cuando mis planes se cumplan, fundaré un colegio para que los jóvenes no tengan que dejar sus familias.

—La beca incluía alojamiento y manutención en la capital. El problema es que ninguna há regresado para visitar a su familia.

—Hable claro.

—El doctor Leandros ofrecía esas becas.

—¿Me estás diciendo que desaparecieron y que tu ex jefe es responsable?

Veo cómo palidece y un estremecimiento sacude su cuerpo.

Miedo.

Está aterrorizado.

—S-sí…

—¿Recuerdas sus nombres?

—No todos de las islas vecinas, pero los de aquí, sí.

—¿Por qué no llamaron a la policía en Atenas?

Él sacude la cabeza y puedo ver la incredulidad en sus ojos.

—Porque todos trabajaron para el doctor Argyros.

Me lleva unos segundos para entender lo que dice.

El maldito tenía hombres de la ley en su lista de salarios.

—Tráeme la lista de nombres y apellidos de las desaparecidas. Veré qué puedo hacer —digo levantándome—. Ahora quiero algo a cambio. ¿Quién aquí en la isla mataría en nombre de su antiguo jefe?

No parece necesitar pensar mucho.

—Si recibieran algún incentivo, cualquier uno. Incluso las mujeres.

—¿Incentivo?

—Nadie tendría coraje de desafiar su orden.

—¿Incluso tú matarías si te lo ordenara? —pregunto directamente.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque soy uno de aquellos cuya hija desapareció. Hace tres años que no veo mi Talassa. Tenía sólo dieciséis años cuando desapareció.



Estoy en camino al aeropuerto privado de la isla, pero esta vez decidí no esperar a que se organice toda la operación que requiere mi desplazamiento.

Me siento irritado y ansioso por partir.

El trayecto hasta mi avión que me espera es solo de diez minutos y no tuve paciencia para permitir que mis guardaespaldas me dieran todas las instrucciones de seguridad habituales. Esto puede llevar un tiempo que no deseo desperdiciar.

No tengo costumbre de evadir a mis hombres, y cuando sucede, Grigori normalmente se vuelve loco, pero necesito salir de aquí.

Él es un estratega en protección y sostiene que la mejor manera de resguardarnos del enemigo es confundirlo.

Normalmente, hombres como yo viajan en el vehículo central del convoy, blindado en la parte delantera y trasera.

Conmigo no es así. Nadie sabe en qué auto viajaré. A veces, ni yo mismo.

Ya he sufrido algunos intentos de secuestro y no puedo afirmar de dónde provinieron.

Cuando tienes poder, acumulas enemigos en el camino.

Entre la muerte de Ciro, el entierro de Aristeu y Orien y la conversación con el isleño, mi cabeza está explotando de información y de lo que tendré que hacer en los próximos días.

Pero ahora, sin embargo, todo que quiero es volver a casa.

Olvidar la mierda de mundo en que vivo y alejar la sensación de que nunca tendré paz.

Tan pronto como ajusto el cinturón, sin embargo, suena mi móvil, como burlándose de mis planes.

Esperaba que fuera Elina.

Al igual que la otra vez, no respondió mi mensaje ni llamó, y mi humor empeora mucho cuando confirmo que es Grigori.

—*¿Dónde estás?*

—Dentro del avión. ¿Por qué?

—*Juro por Dios que aún me vas a causar un ataque al corazón.*

—¿Qué pasó? ¿Elina?

—*No. El convoy. Dos de nuestros hombres están muertos.*

—¿Cómo?

—*Bomba. Alguien definitivamente no te quiere.*

—Cuide que las familias de ellos reciban una indemnización adecuada. No escatimes recursos.

—*No te preocupes por eso. Yo lo resolveré.*

—¿Quién crees que fue? ¿Leandros o Naim?

—*Todavía no estamos seguros, pero hay algo que debes saber.*

—Habla de una vez.

—*Ella recibió una llamada hoy de un teléfono desechable.*

—¿Y cómo diablos sabes eso?

—*Porque mi función es mantenerlo vivo. No confío en su novia. Así, siempre reviso sus llamadas.*

No sé qué decir.

Lógicamente, sería posible que ella lo traicionara, pero me niego a creerlo.

Llevamos un mes juntos. ¿Tendría capacidad para fingir tanto?

—*¿Odin?*

—¿Sí?

—*Tendría cuidado si fuera tú. No permitas que su belleza te ciegue.*

Tan pronto como cuelgo, el móvil vuelve a sonar.

Esta vez es ella, sin embargo, la duda ya se ha instalado en mi mente.

—*Odin, ¿estás bien?*

—¿Por qué no estaría?

—*Nada. Solo quería asegurarme.*



Nueva York

Entro al piso y, para mi sorpresa, la encuentro parada en la sala, caminando de un lado a

otro.

Ella se congela cuando me ve, luciendo indecisa sobre cómo actuar, pero finalmente camina hacia donde estoy, todavía mirándome.

Estudio su rostro buscando el menor rastro de culpa, pero solo encuentro miedo.

¿De qué?

¿De que hayas sobrevivido?

Confundiendo todo lo que pensé durante el vuelo a casa, Elina se lanza a mis brazos espontáneamente por primera vez desde que estamos juntos.

Siempre fui el que daba el primer paso y su iniciativa me paraliza, así que espero su próximo movimiento.

Cuando nuestros cuerpos están pegados, ambas manos me agarran del cuello.

Quiero su tacto.

Aun después de lo que dijo Grigori y la posibilidad de que ella me haya traicionado sea real, necesito una parte de ella en mí.

—Gracias a Dios llegaste. Estaba tan preocupada.

No me da tiempo para responder, porque se aferra a mí como si no fuera a soltarme nunca más.

—Estás aquí —repite una y otra vez, sin cesar.

Aún queda un vestigio de fuerza de voluntad para no abrazarla, hasta sentir su cuerpo temblar.

—Estaba aterrorizada. Le hice tantas promesas a Dios.

Finalmente, algo dentro de mí se rompe.

Soy un torbellino de emociones confusas, pero hay una que predomina con claridad.

Ella es mía.

La tomo en brazos y ella enrosca sus piernas alrededor de mi cintura.

Elina me abraza con fuerza y hundo mi rostro en su cuello. Su olor nublo rápidamente mis sentidos.

La llevo al sofá, me recuesto y la acomodo sobre mi cuerpo.

Necesito mirarla.

No tengo prisa, pero ella parece pensar lo contrario y comienza a abrir los botones de mi camisa.

Cada vez que hemos hecho el amor, hasta ahora, ella ha dejado el control en mis manos. Siempre se entrega sin reservas, pero no toma la iniciativa. Observo hipnotizado mientras distribuye besos por mi pecho, muerde mi cuello y sube para besar mi boca.

—Él me llamó.

—¿Quién?

Me pongo en alerta otra vez, pero ella parece hablar consigo misma.

—Dijo que tú nunca volverías conmigo, que tú estabas…

Su voz se corta y sé que no está fingiendo.

Grigori se equivocó esta vez.

—¿Quién llamó, Elina?

Intento sujetarle la cara para que pueda responderme, pero no lo permite.

—Te necesito. Después podemos hablar.

Aún acostado, la veo levantarse.

De pie a mi lado, se quita el vestido por la cabeza y noto que solo lleva una diminuta braga de seda.

—Quítatela. Quiero verla.

Ella muerde el labio y engancha los dedos alrededor de la pieza, deslizándola hacia abajo.

—Te gusta mirarme.

Asiento con la cabeza en confirmación, ya concentrado en la pelusa rubia en el encuentro de sus muslos.

Conozco la delicia que se esconde debajo de ese seductor montículo. La tiro por el culo y la hago levantar una de sus piernas, hasta tenerla casi sentada en mi cara.

—Quiero saborearte —dice.

—Pronto. Me muero por ti.

Sin darle oportunidad de escapar, lamo su sexo ya húmedo y ella sostiene mi pelo.

Mi gata salvaje.

Mi Elina.

Mía.

Parece haber olvidado su determinación de desnudarme, hasta que, sorprendiéndome, gira sobre mi cuerpo, montándome ahora de espaldas.

Las manos ansiosas comienzan a bajarme el pantalón y mi bóxer otra vez.

Apresurada, decidida y tan hambrienta como yo.

Tan pronto como logra el mínimo de acceso, la boca caliente me traga y tengo que cerrar los ojos por un momento.

Elina me devora como si no pudiera tener suficiente, e yo la como con la misma ansiedad. Ella gime en voz alta, rodando en mi cara, pareciendo aún más decidida a volverme loco.

Ella me chupa ligeramente y mis caderas se elevan automáticamente.

—¿Se siente bien cuando te pruebo así, Odin? —pregunta, girando su lengua alrededor de la punta—. Cuando estamos así, cada vez que hacemos el amor, eres mío.

Las palabras me tocan la piel.

Su.

Quiero esto.

—Déjame meter.

Ella no lo duda y, esta vez, intenta tomar la mayor cantidad posible de mí en su deliciosa boca.

—Relaja la boca.

Desliza sus labios sobre mi erección y luego me lleva profundamente a su garganta.

Nos poseemos el uno al otro, nos deleitamos y nos perdemos, y sólo cuando ella corre por segunda vez la hago girar, atrapándola debajo de mí.

—¿No lo estaba haciendo bien?

—Eres una amante perfecta, pero quiero correrme dentro de tu cuerpo.

—Pero aún no he terminado. Me encanta tu sabor —dice mi hechicera seductora.

—¿Y qué más?

—¿Qué?

—¿Qué más amas? —pregunto, frotando mi erección contra su dulce sexo.

—Cada parte de ti en mí —gime, intentando levantar sus caderas para recibirme—. Nosotros dos —Continúa, expandiendo aún más sus muslos.

Beso su boca al mismo tiempo que me hundo en ella.

—Nosotros dos —repito—. ¿Qué tanto nos adoras?

—No sé medir. Me aterrorizaba la idea de no volver a verlo nunca más.

Con cada palabra dicha, entro y salgo del cálido refugio de tu sexo.

Viajo profundamente hacia su cuerpo, tomando posesión del interior húmedo de mi mujer.

—¿Por qué? ¿Por qué te asustaba la idea de no verme más?

—No quiero hablar.

—Necesito oír.

—Estoy rompiendo nuestro trato —ella se queja.

Beso y mordisqueo su cuello y barbilla.

—Olvídate del trato. Podemos ser lo que queramos. Somos solo nosotros. Siempre nosotros.

Con cada embestida, ella se eleva para encontrarme a mitad de camino, transformándonos en un ajuste perfecto.

—Entonces cambiaré este trato —dice y no estoy seguro si realmente sabe de lo que está hablando.

—¿Vas a hacerlo?

—Sí. Me prometí a mí misma que no me preocuparía ni te cuidaría como a uma esposa cada vez que viajaras, pero ya no quiero sentir tanto miedo. No quiero pensar más que no volverás.

A medida que sus barreras caen, yo hago mi parte, dándole lo que ella quiere y tomando lo que necesito. Por primera vez, permito que alguien más allá de mi familia entre en mi corazón.

Ahora, en lugar del sonido de las palabras, son nuestras lenguas las que se comunican, creando un lenguaje único, una unión sublime.

En lugar de exclamaciones, puntos o comas, tenemos mordiscos, chupadas, gemidos.

Una carrera para poseer y ceder en nuestra necesidad infinita y desesperada, hasta que ambos encontremos o alivio a través do placer que nuestros cuerpos anhelan.

Todavía en él, con las frentes juntas, lo prometo:

—No iré a ninguna parte sin ti.

Elina me aferra los hombros, sus piernas entrelazadas alrededor de mi cuerpo, atrayéndome, reteniéndome, haciéndome prisionero de su calor, invitándome a vivir dentro de ella.

— Di lo mismo —refuerzo.

—Mientras mi quiera, no me iré.

—Sin plazo —determino.

—Sin plazo —reverbera.

—Pensé que no te importaba.

—Soy buena fingiendo. He hecho esto toda mi vida, pero estoy cansada. Quiero ser yo misma.



Capítulo Veintinueve

—Te cortaste el pelo.

Él está acostado conmigo sobre su cuerpo y acaricia mi espalda.

Odin parece amar mantenerme así, como una especie de prisionera voluntaria, y debo admitir que estoy empezando a acostumbrarme al calor de su abrazo.

—Quería cambiar un poco. Zoe me ayudó a decidir el corte.

—¿Tiene algo que ver con tu carrera como modelo?

Su voz suena tensa.

—No. Es que nunca me di el derecho de elegir esto por mí misma. En realidad, no me importaba, ¿sabes? Mi madre decía que debía dejarlo largo y yo no me opuse.

—¿Por qué el deseo de cambio ahora?

Me quedo en silencio.

¿Cómo puedo responder eso sin parecer una tonta?

—¿Elina?

Él levanta mi rostro de su pecho, obligándome a mirarlo.

—Dijiste que nosotros… que saldríamos juntos a eventos. No quería avergonzarte. La gente debe estar acostumbrada a verte con mujeres maravillosas.

—Eres perfecta. No necesitas cambiar nada.

—¿No te gustó?

—Me gustó mucho, pero eres hermosa de cualquier manera. Lo que quiero saber es: ¿te gustó? Porque eso es lo que importa. Debes agradarte a ti misma antes que a nadie más.

—No me reconocí cuando me miré al espejo por primera vez, la verdad, pero ya me estoy acostumbrando.

—Voy echar de menos.

—¿Por qué?

Él me atrae hacia arriba y habla en mi oído.

—Porque no podré agarrarte cuando te tome por detrás.

—Libertino.

—Totalmente. Tu libertino.

De repente, el recuerdo de que podría no volver a tocarlo nunca más regresa y mi cuerpo tiembla.

Agarro su rostro, le doy un beso suave y luego otro más.

Y luego mi boca necesita tocar más partes de él, y sigo distribuyéndolos por su barbilla, los ojos, que ahora están cerrados, y la frente.

—Estaba con tanto miedo.

—Estoy aquí.

—Pero podría no haberlo estado.

—Háblame sobre la llamada que recibiste.

Bajo completamente la guardia.

El miedo de que las cosas que el Jeque me dijo fueran verdad me hizo abrir la mano de cualquier protección contra lo que Odin me hace sentir.

—Fue de Naim —comienzo y él no parece sorprendido—. No sé cómo consiguió mi nuevo número.

—¿A qué hora fue eso?

—Me llamó dos veces. Primero, un poco antes de que yo te llamara. Dijo que podía despedirme de mi papel de… — No quiero decir eso en voz alta.

—¿De tu papel de qué?

—De tu prostituta.

—¡Maldito! —maldice y nos acuesta en la cama, aunque sigue sujetándome.

—No fue diferente a lo que mis hermanas dijeron.

Veo, por cómo aprieta la mandíbula, que está muy irritado.

—Eres mi novia. Ellas no saben nada sobre nosotros.

—No me importa, Odin. Pasé toda mi vida preocupada por el juicio de la gente. No voy a seguir atrapada en eso.

Él asiente con la cabeza.

—Continúa. ¿Qué más Naim dijo?

—Estaba muy nerviosa, no recuerdo todo, pero sé que se río y dijo que tú no volverías, que él quería hacerme su esposa, pero que ahora sería su esclava, su juguete, hasta que se cansara.

Tiemblo de nuevo al recordar las odiosas palabras odiosas.

—No va a pasar, Elina.

—Tú no puedes afirmar eso.

Aunque me entregué completamente a él, no quiero pensar en un para siempre.

—Sí, puedo. Nadie te llevará. Tienes mi palabra.

No digo lo que estoy pensando, pero él mismo dijo que no buscaba algo a largo plazo, y no voy a aferrarme a promesas.

Para distraer mi mente de esos pensamientos traicioneros, continuo:

—Fue entonces cuando te llamé, y cuando me dijiste que todo estaba bien, me calmé un poco. Pero media hora después, él envió un vídeo a mi móvil.

—¿Puedes mostrármelo?

—¿Ahora?

—Sí.

Voy a la sala y cojo el móvil.

Él me observa cuando regreso al cuarto.

En realidad, siempre me mira, y yo dependo de su constante vigilancia.

Ya está de pie y se puso una bóxer.

Mantiene un brazo alrededor de mí mientras toca la pantalla del móvil para iniciar el video.

No quiero volver a ver eso y escondo mi rostro en su pecho.

Segundos después, él tira su móvil sobre la cama y me abraza.

—Haga una maleta para tres días. Vamos a viajar.

—¿Viajar? ¿A dónde? Tengo que trabajar. Quedan muchos detalles de la fiesta por decidir.

—Puede hacer eso cuando regresemos. Vamos a alejarnos de todo.

—¿Eran tus hombres en el vídeo?

—Sí. —Me besa y me dirige hacia el *closet*—. Haz lo que te pido.

—¿Qué tipo de ropa?

—Solo lo esencial. Podemos comprar todo lo que necesites allí mismo.

A pesar de no entender nada, acepto.

—De acuerdo.



Whitefish – Montana

—Este lugar no parece real.

En este momento, no me preocupa en absoluto actuar como una tonta. No puedo contener

la boca, que he estado abierta desde que bajamos del avión.

Él me trajo a su casa en las montañas y no quiero abandonar este lugar. El paisaje parece el escenario de un sueño.

—¿Te gustó?

—Creo que volverá solo a Nueva York. Encontré mi lugar favorito en los Estados Unidos.

Él se ríe y este es un artículo tan raro que estoy un tanto hipnotizada.

Es la primera vez desde que lo conozco, fuera del sexo, que parece más relajado. Como si el simple hecho de alejarse de la gran ciudad cambiara su estado de ánimo.

No dijo nada más sobre la explosión del coche y se lo agradecí. No quiero pensar que hombres inocentes perdieron la vida por mi culpa, solo porque aquel loco quería vengarse de nosotros.

Miro su enorme figura y una vez más pienso en lo indestructible que parece, y también en que de repente un hombre tan fuerte haya podido ser asesinado por ese cobarde.

Lleva unos vaqueros que marcan cada músculo de sus muslos. No es que los pantalones sean ajustados, pero Odin parece una montaña.

—Aún no lo has visto todo. Tengo una sorpresa.

—Nadie me había sorprendido antes.

Dios, yo y mi boca grande.

Me dan ganas de esconder la cara detrás de las manos, pero me contengo.

Frunce el ceño después de lo que digo y me dan ganas de pegarme.

—¿A qué te refieres?

Me encojo de hombros, intentando fingir que no es para tanto.

—Mis padres nunca se preocuparon por esas tonterías. Leandros rara vez estaba en casa y mi madre vivía para él cada respiro. No había mucho tiempo para recordar que tenían hijos.

Estoy inquieta y un poco avergonzada. Parece darse cuenta de mi malestar y se acerca a mí.

Ya no puedo ocultar lo mucho que me gusta estar al lado de él.

Algo cambió después de que casi lo pierdo. Sé que es muy probable que sufra cuando todo acabe entre nosotros, pero disfrutaré de lo que pueda mientras estemos juntos.

Luego, cuando me coge por la cintura, no dudo en rodearle el cuello con los brazos.

—¿Lista para la sorpresa?

— Sí.



No puedo creer lo que ven mis ojos.

Siento que se me cierra la garganta mientras camino de un puesto a otro.

—Crías caballos.

Miro hacia atrás y le veo observándome.

Pero no puedo adivinar lo que estás pensando. Estoy abrumado por la emoción de ver los hermosos animales.

—Te dije que yo también amaba a los caballos, ¿recuerdas?

Asiento con la cabeza y me detengo a acariciar a un *Appaloosa* de manchas marrones.

—¿Podemos montar? Realmente me gustaría montar.

Viene detrás de mí y se detiene a unos pasos.

—Por eso la traje. —Hay algo en su voz que me hace mirarle de nuevo—. ¿Echas de menos tu casa?

—La isla no. Me gusta vivir en Nueva York, pero echo de menos a mis compañeros.

—¿Socios?

—Los caballos siempre han sido mis mejores amigos.

—Elige bien a tus amigos.

Le miro de nuevo y le dirijo una sonrisa torcida.

—Puede que haya quien no esté de acuerdo.

—Ah, Elina. Siempre provocativa. ¿Qué voy a hacer contigo?

No contesto porque ya estoy distraída hablando con mi nueva mejor amiga.

—¿Están bien?

—¿Ellos?

—Mis caballos de mi casa… de tu casa, quiero decir. Estabas en Grecia. El video que Naim me envió era de nuestra isla.

—Sí, lo son. Fui a verlo por mí mismo.

—¿Has montado?

—No, no tuve tiempo. —Hace una pausa como si estuviera decidiendo algo—. ¿Le gustaría visitarlos en algún momento en el futuro?

—¿Me aceptarías? —Y entonces me doy un puñetazo mental—. Quiero decir, puedo ir

por mi cuenta —miento para intentar mantener mi dignidad.

Nunca he cogido un avión sin alguien a mi lado, y dado mi… problema, tengo miedo de perderme.

—Sí, si quieres ir, te llevaré.

Miro para ver si dice la verdad. Creo que sí.

—¿Por qué eres bueno conmigo?

Da un paso atrás.

—No te equivoques. No soy un buen hombre, Elina.

Permanezco un rato en silencio, pensando en lo que dice. Creo que sí.

Quizá no sea perfecto, pero es un buen hombre.

Nunca he visto a Odin maltratar a nadie, ni siquiera cambiar su voz.

No lo necesita. La gente le obedece de forma natural.

A diferencia de mi padre, que apenas hablaba con sus empleados más allá de lo estrictamente necesario, Odin parece verlos a todos y cada uno de ellos.

Sus hombres le respetan.

—¿En qué estás pensando?

—Que no tienes muy buena opinión de ti mismo.

—Quizá porque me conozco mejor que nadie.

—Tal vez. O tal vez es porque no te conoces en absoluto.

Recuerdo lo que me aconsejó Zoe sobre preguntarle por su pasado y el problema con Leandros.

Quizá lo haga más tarde.

—Entonces, ¿cuál puedo montar?

Su rostro finalmente se relaja.

—A ver.



Capítulo Treinta

—¿Cómo van los preparativos del baile de máscaras?

Después de montar a caballo y hacer un picnic en la montaña, estamos en el *jacuzzi* exterior, relajándonos tras una increíble sesión de sexo.

Elina se apoya en mi pecho y mira al cielo.

Nunca disfruté de la vida.

Sé que suena increíble, pero desde que me recuperé del incendio, he estado atascado en mis planes de venganza.

Nunca he disfrutado simplemente, como un chico de mi edad, y ni siquiera durante la universidad me permití divertirme.

El máximo placer para mí era tener relaciones sexuales, lo que significaba muchas horas y puede que incluso un día entero, pero aparte de eso, nada de viajes de ocio o diversión.

Fui a algunas fiestas en la universidad, pero como observador.

Creo que esa es mi principal función en el mundo: observar el alma humana.

—Todo va bien. He tenido una idea. Podríamos hacer una mini subasta durante la fiesta para recaudar más dinero para las víctimas de las quemaduras, ¿qué te parece? Sé que el plan era cobrar sólo por la cena, pero creo que eso animaría a la gente a contribuir. Podríamos recaudar mucho más dinero para la causa.

Gira para sentarse en mi regazo y lamento que haya exigido que nos pongamos el bañador. Yo quería ir sin nada de ropa, pero ella dijo que era así o tendríamos sexo minutos después, cosa con la que no puedo estar en desacuerdo.

—Podemos subastar una semana en algún paraíso tropical, o incluso en nuestra… en su isla de Grecia.

—No.

Se pone rígida en mis brazos y sé que es porque he hablado con tanta insistencia.

Sin embargo, cuando intenta huir, la retengo.

—No te vayas.

Sigue sin estar segura de quedarse y me doy cuenta de que tengo que ofrecerle más.

—No es seguro ir allí ahora.

—¿Seguro? ¿Qué quieres decir con seguro? Sé que el ataque fue en la isla, pero Naim no haría nada contra los huéspedes.

No contesto y ella parece enojada.

—Déjame —dice, luchando por levantarse de mi regazo.

Me confirmaron que, efectivamente, fue Naim quien saboteó el coche. Aunque la policía no obtuvo ninguna pista, yo sí, pero no es por él por lo que no consideraba segura la isla.

No puedo permitir que nadie vaya allí antes de saber con seguridad si fue realmente uno de los isleños quien mató a Ciro a la orden de Leandros.

—Dices que soy tu novia, pero me dejas completamente fuera de tu vida. ¿Sabes lo que eso significa? Que soy la mujer con la que te acuestas, independientemente de cómo nos llames a los dos.

—Lo que dices no tiene sentido. ¿Cuántas veces tengo que repetirte que eres mi novia?

—No estoy de acuerdo. Los novios comparten secretos. Zoe me lo dijo y en su momento pensé que no era importante, pero ahora veo que tenía razón. Si no me cuentas nada de tu mundo, ¿cómo puedo ser parte de él?

Suspiro con rabia, preguntándome qué hacer. ¿Cómo puedo explicarle que buena parte de mis secretos tienen que ver con su padre?

Aunque esté en mi regazo, ya no me toca y no quiero esa distancia entre nosotros.

—¿Qué quiere saber?

—Lo que puedas decirme.

Analizo con calma lo que es seguro decir.

—Haz algunas preguntas, pero ten en cuenta que será un cambio. También tendrás que revelar algunos de tus secretos.

Se muerde el labio y no creo que esperara mi contrapropuesta, pero finalmente mueve la cabeza en señal de acuerdo.

—No hay problema.

—Sólo tienes que preguntar.

—¿Dónde están tus padres?

Cierro los ojos un momento.

Pensé que iba a preguntar sobre mi odio hacia Leandros.

Nunca hablo de mis padres con nadie y creo que ella se da cuenta de que me he encerrado en mí misma, porque intenta levantarse de nuevo.

Cierro mis manos alrededor de su cintura.

—Muertos —yo digo inexpresivamente, pero en mi interior un frío cuchillo se clava en mi pecho.

No me gusta mencionar sus muertes porque me hace recordar todo de nuevo. Estos recuerdos me envenenan de tal manera que me dejan intoxicado de odio durante días.

Elina no parece sorprendida, lo que me hace sospechar de inmediato, pero como si pudiera leerme el pensamiento, dice:

—Zoe me dijo que eras huérfano, pero incluso antes de eso ya me lo había imaginado. ¿Por qué si no ibas a vivir con Aristeu si tus padres ya no vivían? Nuestra isla no era un lugar divertido.

De lo que no tiene ni idea es de que lo de irme a vivir con Aristeu tiene que ver con mis planes, no con el hecho de que sea huérfana.

—¿Y qué más sabes?

—Eso es todo. Por eso pregunté. ¿Los echas de menos?

Dejo a mi hermana pequeña, Skadi, fuera de las revelaciones.

—De mi padre, sí.

—¿No de tu madre?

Siento los nervios saltaren dentro de mi cuerpo.

—No.

—¿Por qué?

—Porque era una traidora — contesto impulsivamente.

—No entiendo lo que eso significa, pero no tienes que decírmelo hasta que estés preparado.

Eso me sorprendió. Pensé que seguiría presionando, pero como siempre, no puedo predecir sus movimientos.

Por fin puedo volver a respirar, lo que dura menos de un minuto, porque su siguiente pregunta vuelve a ponerme en alerta.

—¿Cómo murieron?

Le miro profundamente a los ojos.

—En un incendio.

Su boca se abre en un "o" silencioso, pero luego me rodea el cuello con los brazos y apoya la cabeza en mi hombro.

—¿Por eso ayudas a las víctimas de quemaduras?

—También.

—¿Y qué más?

—Yo estuve allí.

Me mira otra vez.

—¿Son las quemaduras las que han adelgazado la piel de tu espalda?

Elina nunca me ha preguntado, pero a veces, cuando estamos en la cama, me pide que me ponga boca abajo y me monta, acariciando y besando la zona. Al principio me sentía tenso, pero poco a poco me fui acostumbrando. Ahora extraño cuando no me toca ahí.

—Sí.

Me da un beso suave.

—Siento lo por tus padres, pero me alegro de que sobrevivieras.

Me siento demasiado incómodo por haberme abierto y necesito recuperar el control.

— Tu turno.

—¿Cómo?

—¿Por qué dijiste que vivías en una mentira?

Sé que quiere huir, pero no voy a renunciar a conocer también su pasado.

—Hablaste de nosotros compartiendo secretos. Ya no puedes volver atrás.

—Está bien.

Aunque acepté, se bajó de mi regazo y se fue al otro lado de la bañera.

—La vida en casa no era lo que la gente imaginaba.

—¿Qué personas?

—Todo el mundo. La alta sociedad. Tal vez algunos empleados sabían la verdad, pero estaban demasiado asustados para denunciarlo.

—¿Denunciar?

—Él nos atacaba. A todos, pero especialmente a mi madre.

Hago un movimiento para ir hacia donde está ella, pero me detiene con un gesto.

—No, por favor. Me pediste que te lo dijera y lo haré, pero no quiero que me toques mientras tanto. No puedo contaminar lo que tenemos con estos recuerdos.

Con mucho esfuerzo vuelvo a inclinarme hacia atrás.

—Proceda.



Capítulo Treinta y Uno

El no muestra ninguna emoción cuando me habla de su infancia.

Algunas de las palizas que relata son dignas de una película de terror, especialmente contra Theodoro. Todo el tiempo que estoy escuchando, tengo las manos bloqueadas bajo el agua.

Ahora no es difícil entender lo que le ordenó hacer a Orien. Si ni siquiera sus hijos fueran sagrados, no sería gran cosa hacer matar al hijo de otro.

A pesar de ello, se produjo una escalada de crueldad hacia mi familia.

Ese día, había salido a jugar y se me había pasado la hora. Estaba segura de que me castigarían, ya que mi madre era estricta, así que decidí ir al sótano. A veces la puerta que daba a la cocina estaba abierta y otras no, pero para escapar de la regañina decidí arriesgarme.

Ya estaba subiendo las escaleras cuando oí las últimas palabras. Si me hubiera retrasado más, habría pensado, como el resto de los lugareños, que se trataba de un incendio accidental.

Lo investigué años después.

No sé si la policía sabía quién era el responsable, pero los isleños creían de verdad que todo había sido un accidente. Sólo yo sabía la verdad, porque oí a nuestro verdugo y a sus hombres.

—Te arrepentirás de haber elegido a tu familia antes a mí, mujer. Esparce gasolina, sobre todo. El fuego tiene que propagarse rápido.

—Doctor Argyros, ¿está seguro? ¿No podemos al menos salvar a la niña?

—¿Quieres morir con ellos?

—No, señor.

Tardé poco más de unos segundos en darme cuenta de lo que estaba pasando. Corrí a lo

alto de la escalera, pero no se oían voces, solo gemidos de dolor.

La puerta estaba cerrada, y entonces me di cuenta de las llamas.

Por más que empujaba, no podía abrirla. El calor se hizo insoportable y el fuego acabó por derribar la puerta.

Desesperado y dolorido, me arrastré por la misma puerta por la que había entrado. Apenas podía respirar y tuve que quitarme la ropa porque estaba ardiendo.

Después de eso, todo se volvió muy vago. Recuerdos sueltos.

Me desperté en la cama de una clínica y la primera voz que oí fue la de mi salvador. Me prometió que investigaría lo sucedido y, cuando me trajo la respuesta, no me lo podía creer.

A mi madre le encantaba el monstruo.

Así que las últimas palabras que le oí decirle tenían sentido.

Fue mi madre quien causó la muerte de toda la familia con su infidelidad.

Ahora descubro que Elina pasó años bajo el yugo de su padre. La mujer a la que ya considero mi compañera fue también una de sus víctimas. La miro, sentada a tanta distancia, y me pregunto si esa distancia se ha convertido también en emocional.

Elina, como yo, tiene sus propios demonios con los que lidiar.

—¿Por qué tu madre no se fue contigo?

—¿Te vas? Odin, apenas podía vernos. Mi madre siempre estuvo locamente enamorada de él. Nunca conocimos a nuestra familia materna. Cuando una vez le pregunté por mis abuelos, me dijo que no lo mencionara o mi padre se volvería loco. Cuando me hice mayor, aprendí a olvidarme de esa parte de la familia. Ni siquiera veíamos a los parientes de mi padre.

—Dijiste que a Theodoro le pegaban más que a los otros.

—Sí. Creo que mi padre ya sabía que a Theo no le gustaban las chicas. Esa podría ser la razón, ya que mi hermano nunca tuvo un temperamento difícil.

—¿Y qué hay de ti? Sé que nada justifica las palizas, pero ¿le desafiaste?

Mira hacia otro lado.

—Aprendí muy pronto a guardarme lo que pensaba y quería dentro —dice y se señala la cabeza—. Al cabo de un tiempo, deja de importarte.

—¿Nunca has pensado en irte?

—Sí, muchas veces.

—Entonces, ¿por qué no fuiste?

Sale del agua.

—No quiero hablar más de ello.

—Ven aquí.

Le tiendo la mano, pero no se mueve.

—No me gusta hablar de mí. Te he contado estas cosas no para darte pena, sino en primer lugar porque ha revelado una parte de tu pasado, y en segundo lugar para que entiendas que, aunque no sé cuál es tu problema con mi padre, creo que se merecía que le dejaras en la miseria.

Renuncio por esperarla y me levanto.

—¿No estabas enfadado? ¿Ni siquiera al principio?

—No por Leandros. Estaba enfadada porque me quitaste la vida que conocía.

—¿Te gustaba esa vida?

—Me encantaban mis animales. Por lo demás, no sé qué decir. Nunca he conocido nada diferente, pero me gusta cómo son las cosas hoy en día. Sólo quería saber si mi madre estaba bien.

—Está.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Porque los he localizado varias veces. Han viajado a diferentes países y su madre está con él.

Me acerco un paso más.

—¿Quieres parar?

—¿Parar qué?

—Cuando recuperes el resto del dinero que te debe mi padre, ¿te detendrás?

Un conflicto se despliega en mi interior, pero opto por la verdad.

—Nunca.

No sé si es mi expresión, pero da dos pasos hacia atrás.

—¿El incendio que mató a tus padres fue accidental?

—No.

Su boca se abre y se cierra de nuevo, y puedo ver cómo su mente encaja las piezas del rompecabezas.

—Mi padre… ¿tuviste algo que ver con él?

Siento que me aprieta la mandíbula.

—Nuestra conversación terminó.



No me habla.

Sí, sé que nuestra última interacción no terminó bien, pero no podía mentir.

¿Cómo puedo decir que no pararé hasta matar a tu padre?

A pesar de lo que me dijiste, la familia es la familia.

Lo sé mejor que nadie.

Hablar con Elina de mi pasado me hizo recordarlo todo, incluso lo que dijo mi salvador el día que murió.

Tengo muchas ganas de leer la carta que me dejó, pero nunca faltaré a mi palabra.

Teniendo en cuenta lo que ha revelado Elina hoy mismo, no dudo ni por un segundo que Leandros lleva más muertes a sus espaldas, aunque, por todo lo que he investigado, no hay una relación directa entre él y los asesinatos de Grecia.

Son solamente rumores.

Después de lo que me contó el isleño sobre las chicas desaparecidas y también que la policía estaba en su nómina, supe que nunca sería llevado ante la justicia por los cauces normales.

He estado pensando mucho en las niñas que nunca volvieron a ver a sus familias. Bastaba una rápida búsqueda para imaginar sus destinos.

Todos estaban en secundaria y, en teoría, era una excelente oportunidad para ganar una beca con la posibilidad futura de ir a la universidad.

Pero, por supuesto, eso nunca ocurrió. La hija del isleño que vino a verme, por ejemplo, nunca ha sido vista en ninguna parte.

Envié a Grigori para que se encargara él mismo, pero no tengo muchas esperanzas de encontrarlas.

Tres años es demasiado tiempo para que una chica sobreviva al comercio de esclavas sexuales, y creo que para eso las quería. Para venderlas

Cada vez que creo que no puedo odiar más a Leandros, descubro otro de sus pecados.

Es como si el destino me guiara por el camino de la justicia, sin permitirme desviarme de mi misión.

Una voz en mi cabeza me dice que debo acabar con Elina antes de hacerle daño. No tengo esperanzas de que acepte las condiciones cuando por fin ajuste cuentas con su padre.

Sin embargo, a pesar de todas estas certezas, no puedo dejarla. No, en realidad no quiero alejarme de ella.

Quiero más y más de todo lo que tenemos.

Mucho más allá de lo que había planeado al principio.

Estoy sentado frente a la chimenea preguntándome si debería ir a buscarla.

Nunca hemos estado tan separados con los dos en casa al mismo tiempo, y se siente tan jodidamente desagradable, como si me estuviera perdiendo algo.

Sólo yo, que siempre he sido un solitario.

Oigo pasos y me doy cuenta de que ha vuelto.

Los guardaespaldas nunca entrarían aquí sin ser llamados.

Miro hacia la entrada de la habitación sin saber qué esperar, pero en cuanto la veo allí de pie, mi primer instinto es ir a encontrarla.

En otro tiempo, habría esperado a que se abriera paso hasta mí, pero llevo más de una hora sin tocarla, así que al diablo con el orgullo. Sin saber siquiera si soy bienvenido, la acojo en mi regazo y beso la boca que anhelo cada día.

—No quiero pelear —dice, retrocediendo un poco y sujetándome la cara con ambas manos.

Intento devolver algo.

—Nunca te mentiré. No me preguntes lo que no puedo responder.

—¿Por qué no puedes responder?

—Porque si le digo la verdad, se irá. —Antes de que pueda decir nada más, termino:— ¿No crees que ya hemos tratado suficientes cosas malas hoy? Es suficiente por ahora. Tengo una idea.

Duda un momento, pero luego sonríe.

—¿Sexo?

—¿Quién manda ahora?

—Siempre estaré contigo. No puedo mantener mis manos lejos de ti por mucho tiempo.

Me doy la vuelta para mirarla. ¿Cómo se llama esta confusión de deseo, afecto y carencia que me hace sentir cada vez que estamos separados?

—No tienes que quitarme las manos de encima. Soy tu novio.

—De momento sí, aunque las mujeres no parecen tenerlo muy en cuenta.

—¿Estás celosa?

—¿Yo? No.

—Porque lo siento. Todo el tiempo. Los hombres no pueden quitarte los ojos de encima.

Los ojos a los que me refiero acaban de ponerse en blanco. Maldita sea, nunca me cansaré de tu impertinencia.

—No puedes hablar en serio.

—Sí, lo soy, y he llegado a la conclusión de que ya es hora de que anunciemos nuestra relación al mundo.

—Siempre aparecemos en público. Hemos salido a cenar varias veces.

—No así, sino de una forma que no deja dudas de que somos pareja.

Un ceño de preocupación aparece en su frente.

—¿Y Naim?

Sólo pronunciar el nombre del desgraciado la hace estremecerse.

—No te preocupes. Nadie te hará daño.

—¿Y qué hay de ti? No podría soportar que te pasara algo por mi culpa.

—No es mi primer enemigo, Elina. Puedo cuidarme solo y te protegeré a ti también. Ahora basta de hablar del desgraciado. Estoy pensando en ir a una hacienda local. Sirven comida típica americana. Nada del lujo de Nueva York. ¿Qué te parece?

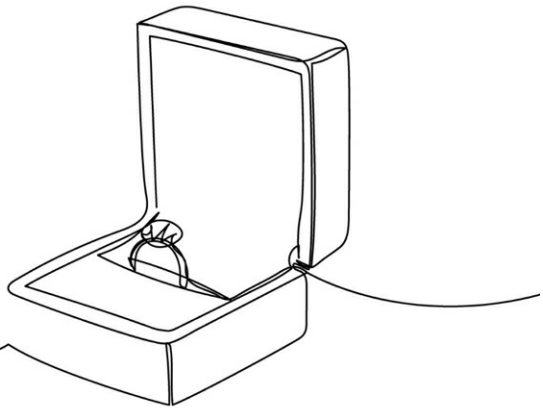
—¿Tienen dulces?

Sonrío. Me he dado cuenta de que le encanta el azúcar.

—Tal vez…

—Así que creo que estoy muy interesada en conocer esta hacienda.

Odin



Capítulo Treinta y Dos

—¿Te diviertes?

Tardó un poco en soltarse, pero desde hace un rato una sonrisa está casi fija en su bonita cara.

Sin embargo, desde que estamos juntos, he aprendido lo suficiente para saber que Elina se ha condicionado a sí misma para ocultar sus verdaderos sentimientos. No quiero que tenga que fingir conmigo.

Voy a menudo a esta hacienda. Pertenece a unos amigos que son ganaderos de la zona.

Hace muchos años, cuando mis empresas aún no estaban repartidas por todo el país, vine a visitar una fábrica de piezas en Helena, la capital de Montana, y el dueño me aconsejó que alargara el viaje dos días más hasta *Whitefish*.

Al igual que Elina, me enamoré de la región nada más llegar.

En ese momento me prometí que compraría una de las granjas de aquí, después de todo, a veces necesito un descanso del ajetreo de Nueva York.

El vecino, que es el dueño de la propiedad en la que estamos, se ha convertido ahora en un amigo, a pesar de que me resistí a su acercamiento todo lo que pude.

Él, su mujer y sus hijos forman lo que en mi opinión sería una familia perfecta. Los miras y te das cuenta del amor que se profesan.

Siempre planeaba algo parecido para mí cuando terminara mi ajuste de cuentas, aunque no tuviera esperanzas de enamorarme. Aun así, podría intentar construir nuevos recuerdos. Unos que no me dejaran sin dormir por las noches. Sólo tener un poco de paz dentro de mi atormentada cabeza sería algo importante.

—¿Estás bromeando? Creo que nunca me he divertido tanto en mi vida. Hablaba en serio: no quiero volver a Manh… a casa…

Su expresión decae y no entiendo por qué.

¿Será porque realmente no le gusta vivir en Nueva York?

Estamos sentados junto al fuego y tengo a Elina en mi regazo, acurrucada.

—¿Así que te gusta más aquí que donde vivimos nosotros?

Se encogió de hombros.

—Son lugares diferentes. Nueva York es nuevo, pero a veces me asusto con tanta gente por la calle. Estoy acostumbrada a nuestra isla, así que me siento un poco perdida cuando voy a comer con Cassandra. Hay gente por todas partes. Puede ser sofocante. —Sonrió un poco torpemente, como disculpándose—. Aunque mi familia siempre ha tenido dinero, me gusta la sencillez, y sobre todo la naturaleza. ¿Por qué compró una granja aquí? ¿Para criar caballos?

—También, pero, sobre todo, porque quería tener un lugar tranquilo cuando quisiera alejarme de todo. Para estar en paz.

—¿Lo ha conseguido?

—¿Cómo?

—Estar en paz.

—Aún no, pero tengo esperanzas

—Me gustas mucho, Odin, y sólo quería que supieras que, pase lo que pase entre nosotros en el futuro, siempre estaré a tu lado como amiga si me necesitas. No tengo mucha experiencia en esto de la amistad, pero he estado practicando con Zoe y creo que mejoraré con el tiempo.

Me da un beso en la mejilla y en ese mismo momento, como si se hubiera abierto una cortina, me doy cuenta de que no quiero perderla.

—Zoe me dijo que vivían en una finca en Carolina del Norte. Me invitó a pasar unos días allí.

Elina sigue hablando, pareciendo totalmente ajena a los planes que empiezan a desarrollarse en mi mente.

—Os llevabais bien, ¿verdad?

—Sí, es maravillosa.

Le acomodo un mechón de pelo que se ha soltado detrás de la oreja.

—*Tu* eres maravillosa.

—Déjalo ya. No tienes que trabajar para conquistarme, ya soy tu novia.

—No eres mi novia —digo, y al decirlo en voz alta me doy cuenta de lo equivocada que he estado durante todo este tiempo.

Toma distancia y se pone pálida.

—Pensé que nosotros… Yo…

—Mírame. —Le cojo la barbilla y hago que nuestros ojos se encuentren, aunque ella no parece querer mirarme en este momento—. Somos mucho más que novios y los dos lo sabemos.

—Yo no sé nada. Parece que las cosas entre nosotros siempre cambian de nombre. He tenido muchos títulos diferentes desde que llegué a Estados Unidos.

—Quizá necesitemos un título para siempre.

—No entiendo lo que dice. —Intenta levantarse de nuevo—. ¿Estamos rompiendo?

Vuelvo a estrecharla entre mis brazos.

—No, te propongo que vivas conmigo como mi pareja.

—¿Otro título? —Su pecho sube y baja en respiraciones rápidas y puedo ver lo ansiosa que está.

—Puedes llamarlo así si quieres. Sé que dijiste que no querías casarte, pero ¿y si hacemos un experimento sobre irnos a vivir juntos?

—Ya estamos viviendo juntos.

—Sí, pero en todo momento tengo la sensación de que quieres huir.

—No quiero huir, pero tampoco quiero acostumbrarme a estar contigo. En algún momento tendré que estar sola, seguir con mi vida. Tú mismo dijiste que no buscabas a alguien para… de todos modos, no quiero que te sientas obligado a quedarte conmigo sólo porque me trajiste de Grecia.

—No me siento obligado. Nunca fue por obligación que nos juntamos. Podría haberte ayudado sin traerla a vivir conmigo.

—Mudarme contigo fue un accidente. Sólo sucedió porque Naim…

Levanto una ceja y ella deja de hablar.

Ambos sabemos que esa excusa es más que patética. Tengo dinero y recursos suficientes para mantenerla a salvo, incluso lejos de mis ojos.

—No quiero que te vayas nunca más. ¿Por qué no podemos seguir con lo que tenemos, pero a partir de ahora, pensando en el futuro?

—Quieres decir… construir una vida juntos, ¿es eso?

De repente, es capaz de aclarar lo que he estado yendo y viniendo.

—Sí, eso es exactamente lo que estoy diciendo. No te vayas. Ni mañana ni dentro de un año.

—¿Cómo puedes pedirme que haga esto? ¿Has olvidado de quién soy hija?

—No, no lo he olvidado.

Estamos uno frente al otro, ambos de pie.

—Theo me dijo que mi padre era responsable de la muerte de Orien. ¿Todavía me quieres a tu lado a largo plazo?

—Tú no eres él.

—No, no lo estoy, pero me avergüenzo de las cosas que ha hecho. —Levanta la cara, pero no puedo leer su expresión—. Creo que entendí lo que quiso decir cuando dijo que no se detendría. Quieres que mi padre vaya a la cárcel, ¿verdad? ¿Esto es por Orien o también por la muerte de sus padres?

Antes de que pueda responder, dos adolescentes, hijos de nuestros anfitriones, nos rodean.

—No puedes irte antes de un baile.

Elina me mira, parece presa del pánico. Si no hubiéramos estado lidiando con algo tan pesado hace unos segundos, habría sido capaz de sonreír cuando espontáneamente vino a mis brazos, escondiendo su cara en mi pecho.

—¿Qué le parece la invitación?

—No sé cómo bailar ese tipo de música.

—Yo tampoco, pero podemos intentarlo si quieres.

—No pasa nada. Vamos a intentarlo — dice, y me pregunto si se refiere al baile o a darnos una oportunidad de verdad.



Capítulo Treinta y Tres

Manhattan - Nueva York

Dos semanas después

Todavía no le he dado ninguna respuesta sobre lo que me propuso aquel día en la hacienda de su amigo. Me gustaría intentarlo, por supuesto, pero tengo más motivos para marcharme que para quedarme a su lado.

No sé ni por dónde empezar a analizar.

Aunque estoy de acuerdo en que las cosas han cambiado entre nosotros, sigo sin conocer a Odín. Salir con alguien es diferente a comprometerse con él a largo plazo sin saber quién es.

Sí, yo sé quién es cuando está conmigo, pero no sobre su pasado.

Cuando pactamos una relación casual, no me importó tanto, pero ahora, pensando en el futuro, ¿cómo voy a seguir con un hombre de cuya vida no sé casi nada?

Entiendo lo que estás pensando.

Yo también tengo mis secretos, ¿verdad?

Mi excusa es que no los revelé por vergüenza, pero creo que Odin esconde los suyos porque no confía en mí.

Por ejemplo, no me dijo qué hacía en Grecia por segunda vez.

Sólo obtuve confirmación de la muerte de Orien de Theo. Odin no volvió a mencionarlo, aunque intenté preguntar.

Dios, sólo pensar que el lugar donde nací fue donde un joven de la edad de mi hermano perdió la vida... Me dan ganas de vomitar.

Creo que debe ser difícil hablar de esa horrible historia. Para mí, que ni siquiera soy pariente, es casi insoportable, pero eso no es razón para que me mantenga en la oscuridad.

Sólo la semana pasada me dijo que Aristeu había muerto. Es decir, me deja completamente al margen de todo lo que no tenga que ver con nuestra relación.

Desde que volvimos a Nueva York, no me ha preguntado directamente sobre mi decisión de llevar nuestra relación al siguiente nivel, pero me muestra a través de pequeñas cosas lo que quiere.

Es tentador, lo confieso, pero temo embarcarme en una ilusión y que al final descubra que no soporta estar conmigo porque soy la hija del hombre que odia.

Odin dijo que sabía que yo no era igual que Leandros, pero creo que es mi apellido lo que le impide compartirlo todo.

No sé qué hacer.

Soy lo bastante honesta para admitir que lo que siento por él no es sólo atracción física.

¿Cómo podría ser cuando parece estar trabajando duro para ganar mi corazón?

No declaraciones de amor ni nada por el estilo, sino los detalles.

Pequeños gestos que me dan la sensación de haber encontrado algo precioso y único.

Las horas que pasamos leyendo juntos. Nuestras peleas, nuestras risas y el modo en que no puedes quitarme las manos de encima.

Definitivamente estoy en problemas, porque cada día mis sentimientos por él sólo crecen.

En el coche de camino a su oficina, mi mente no se detiene ni un minuto mientras el conductor recorre las calles de Manhattan.

¿Debería revelar más de mí como una especie de voto de confianza?

Le exijo que comparta su historia conmigo, pero al mismo tiempo le devuelvo muy poco. Me cierro en banda, incluso con Zoe.

Nadie, aparte de mis padres, conoce el peor de todos mis secretos. Ni Theo ni mis hermanas.

Quizá Zoe tenga razón.

Es ridículo por mi parte exigir confianza cuando no la doy a cambio.

Empezamos a hablar todos los días por teléfono y ahora puedo decir que somos amigas de verdad.

Me ha dado cita con el logopeda el día antes del baile de máscaras. Estoy aterrorizada.

¿Y si dice que no hay solución? ¿Que no tengo dislexia y que sólo soy tonta, como siempre decía mi padre?

Toda mi vida me ha convencido de ello.

Decía que yo era defectuosa y que nunca sería capaz de aprender.

En esa parte, sin embargo, puedo asegurar que se equivocó.

He aprendido mucho a lo largo de mi vida, sobre todo desde que vine a vivir a Nueva

York.

Al principio tenía mucho miedo de no ser capaz de organizar una fiesta a la altura del nombre y la fortuna de Odin, pero ahora creo que va a ser un éxito. Ya hemos vendido todas las invitaciones que se pusieron a disposición y tenemos una larga cola en caso de cancelaciones.

Ante mi insistencia, Odin me llevó a visitar la institución a la que se destinará la donación, y esa noche no pude dormir; tanto porque me impresionó la fuerza de esas personas para seguir adelante, incluso con dolor, como porque imaginé a Odin, aún pequeño, huérfano y recuperándose de las quemaduras en la espalda.

Nunca me dijo con quién se quedó después de sobrevivir al incendio, pero imagino que con un familiar.

¿Fue mi padre responsable de esa tragedia?

Dijo que su madre era una traidora y ahora me pregunto si no estaba involucrada con Leandros. Nunca fue un secreto en nuestra casa que él tenía varias amantes.

Coqueteaba con las mujeres en nuestras fiestas a la vista de todos y mi madre miraba hacia otro lado, fingiendo no darse cuenta.

¿Pero matar a su amante y a su marido? Creo que incluso para él sería demasiado.

Entonces recuerdo a Orien.

Si lo que dijo Theo es cierto, mi padre fue responsable de la muerte del niño.

No sé cómo funciona la mente de un asesino, porque para mí, si mató a Orien, eso es lo que es, independientemente de si apretó el gatillo o no. No creo que nadie que le quite la vida a un inocente tenga conciencia, y tal vez eso signifique que ya ha hecho lo mismo antes.

Dios, hay mucho que procesar.

Si eso es cierto, ¿cómo puede Odin mirarme cada día sabiendo que tengo la sangre de Leandros en mis venas?

¡Basta ya! Si sigo insistiendo en desentrañar todos los misterios que rodean a mi novio, acabaré volviéndome loca.

¿Debería hablar con Theo?

Me ha estado llamando una vez a la semana y poco a poco estamos consiguiendo reducir la distancia emocional que nos separa. Mis hermanas, sin embargo, nunca vinieron a verme.

De vez en cuando le pregunto a Odin por mamá y me responde que, aunque no tiene la ubicación exacta de dónde se esconden en este momento, cada vez que Leandros es visto, mamá está con él, lo que me tranquiliza. No sé si sobreviviría si la abandonaran. Mi madre vivió su vida en función de su amor por él.

Sin embargo, ahora me doy cuenta de que, incluso después de casi treinta y cinco años juntos, no sabía nada de su marido.

No quiero ser esa persona.

Una mujer cuya pareja es alguien que no me respeta ni confía en mí. No quiero que me conviertan en una muñeca, un adorno bonito que sirve para el sexo y el ocio, pero que no conoce realmente a la persona con la que vive.

En cuanto el coche está aparcado delante del edificio, espero mientras los guardias de seguridad vienen a abrir la puerta.

Estoy acostumbrada a tus acciones.

La primera vez que intenté saltar sin esperarlos, Grigori me llamó y parecía que le iba a dar un infarto.

Me explicó todas las razones por las que debía quedarme en el coche hasta que uno de sus hombres abriera la puerta, y acabé accediendo para no disgustarme. Estoy bastante segura de que no le caigo bien. No por nada de lo que ha dicho, sino por la forma en que me mira.

Cuando por fin salgo del coche, me escoltan guardaespaldas y, mientras caminamos, puedo ver la curiosidad en las caras de la gente que está en la acera.

No me enfrento a ninguno de ellos. No me gusta llamar la atención y controlo las ganas de darles la mano. Mostrar miedo sólo les hará pensar que pueden pegarme. Aprendí bien la lección de mi padre.

Entramos en un ascensor privado y ahora sólo me acompaña la mitad de los guardias de seguridad. Estoy nerviosa. Es la primera vez que voy a su oficina, aunque hemos asistido a varios actos como pareja.

Intento fingir que no veo la mirada de la secretaría en cuanto se abren las puertas del ascensor. Evalúa cada parte de mí y me importa un bledo; no demuestro que me moleste.

Para mi alivio, en unos segundos Odin aparece frente a mí. Su mirada me hace olvidarme de todo. De los secretos que ambos nos ocultamos. De cómo no sería buena idea pensar en un futuro juntos o de cómo podría hacerme daño si me quedara con él deseándolo para *siempre*.

Todas estas preocupaciones desaparecen cuando me tiende la mano sin decir una palabra.

Me dirijo hacia dónde estás cómo hago todas las noches en nuestra casa, sin acordarme siquiera de que hay gente observándonos. Tras poner mi mano en la tuya, me pongo de puntillas y beso tus labios.

Me mira sorprendido un momento y luego me agarra por la nuca, devolviéndome el beso.

El contacto no dura mucho, porque me pone la mano en la parte baja de la espalda, me guía hasta su oficina y habla con su secretaria:

—Deja todas las llamadas. No quiero que me interrumpan.

Finjo no entender el asombro de la mujer.

Nada más entrar, intento absorber toda la información que puedo. Aunque vivimos juntos, su piso no dice mucho de quién es.

Es diferente aquí en su oficina. Todo es muy "él".

Desde los muebles pesados y oscuros hasta el sillón de cuero negro. Desde la forma en que todo está ordenado hasta la alfombra persa que piso.

Es como descubrir más partes de mi hombre, y miro a mi alrededor, fascinado.

—¿Te gustas?

Me giro hacia él.

Está de pie detrás de mí. Sus manos en los bolsillos de sus pantalones de traje.

Ya debería estar acostumbrada a lo que me provoca su imagen, pero me sigue impactando tanto como cuando lo vi la noche de la fiesta en su casa.

—Mucho. Te quedas mejor que el piso.

—Hasta que los dos nos juntamos, no pasé suficiente tiempo allí como para preocuparme.

Su expresión cambia a un semblante preocupado. Luego continúa:

—No lo he dicho antes, pero eres libre de cambiar lo que quieras en nuestra casa.

Mi corazón empieza a latir muy deprisa, porque incluso con mi falta de experiencia en relaciones, sé lo que me está ofreciendo.

Odin está cerrado y esa sola frase demuestra que hablaba en serio durante nuestra conversación en Montana.

Intento por todos los medios no alegrarme, pero no puedo.

—¿Algo? —pregunto, intentando mantener el rostro neutro.

—¿Cómo?

—¿Puedo cambiar algo

—Excepto por mi colección de coches antiguos.

Ahora sonrío de verdad.

Él, mi poderoso —y para muchos aterrador— *CEO*, aún tiene un lado infantil.

Odin agita mi corazón más de lo que sería aconsejable que permitiera, pero no puedo levantar los muros para protegerme de él.

—No me atrevería.

Por fin parece darse cuenta de que estoy bromeando.

—Eres una provocadora, mi Elina.

Tuya.

Dios, me está empezando a encantar oír eso.

—Me gusta provocarte.

Rompe la distancia que nos separa y me sujeta por el culo, mientras su boca recorre mi cuello.

—¿Incluso conociendo las consecuencias?

—Puede que les esté animando.

Sin previo aviso, me levanta y me sienta en su mesa.

Metido entre mis piernas, me levanta la falda y sus dedos gruesos y ásperos, por ser un hombre tan refinado, se abren paso dentro de mi braga.

—Oh, Dios…

—Me encantan tus gemidos.

Con la otra mano me desabrocha la blusa de seda. Sin terminar de abrirla, me baja la copa del sujetador y me chupa el pezón con avidez.

Chupa, lame y mordisquea. Necesito más de su boca y de su mano, subo los pies a la

mesa y separo los muslos para facilitarle el acceso.

Odin se aparta para mirarme y yo quiero gritar de frustración.

—Quítate la camiseta —le ordeno.

Cuando llegué, ya se había quitado el traje, pero sólo estaré satisfecha con él desnudo y dentro de mí.

—Tan mandona.

—Tú lo empezaste, ahora termínalo.

Cuando se lo desabrocha sin prisas y se afloja la corbata, sé exactamente qué hacer para descontrolarlo.

Todavía sentada en la mesa, me bajo las bragas, dejándolas entre mis muslos.

No pierde el ritmo y las manos que abren los botones parecen ahora más urgentes.

A Odin le encanta ver cómo juego con mi cuerpo, así que dejo que mi dedo corazón acaricie suavemente mi punto más sensible.

La idea era provocarle, pero cuando sentí que mi carne se humedecía, un gemido salió de lo más profundo de mi garganta.

En su cara hay un deseo tan animal que me estremezco. Cuando se inclina y me lame el interior de los muslos, me estremezco al sentir el contacto de su barba en mi fina piel.

Sin embargo, en lugar de huir, me acerco al borde de la mesa y me ofrezco aún más.

—Te necesito —suplico.

Acuéstame y, poniendo mis piernas sobre sus hombros, se inclina y devora mi sexo con lengua y dientes.

Estoy completamente perdida, rendida, y cuando muerde ligeramente mi punto de placer, levanto las caderas para obligarle a dármelo todo.

—Voy a ir.

—Todavía no.

No me di cuenta de que se había bajado la cremallera de los pantalones; manteniendo mis piernas sobre sus hombros, me penetró por completo al primer intento.

—Bésame o gritaré —advierto.

Sonríe y se reclina, cubriéndome, chupando con avidez mi boca.

—Eres perfecta.

—No me importa lo que sea, pero no pares.

—Ni, aunque quisiera, mi Elina. Ya no depende de mí.





Capítulo Treinta y Cuatro

—¿Me has llamado con segundas intenciones?

Estamos tumbados en el sofá de la oficina después de un delicioso polvo.

—Siempre.

Me llevó a una habitación contigua.

Había una mesa de comedor y también un cuarto de baño con ducha. Tras una ducha rápida, sin ponerse una camisa nueva, me estrechó entre sus brazos.

—¿Desde cuándo haces bromas?

—¿Quién dice que es una broma? Tenía la intención de almorzar contigo de antemano, pero aparte de eso, todos los demás pensamientos eran absolutamente lascivos.

—Somos adictos al sexo.

—No. Somos adictos el uno al otro.

—¿Crees que eso es bueno?

—Depende.

—¿Cómo?

—Si te quedas.

Por fin toca el tema que lleva semanas cocinándose en mi cabeza.

—¿Qué es lo que quiere? No estoy seguro de entender su propuesta.

Me da la vuelta y me monta en su regazo.

—¿Quieres la verdad o una versión suave?

—La verdad, siempre.

—Cásate conmigo.

Le miro, sorprendida.

Sé que he pedido la verdad, pero no puedo cerrar la boca de asombro.

Como he tenido toda una vida basada en una farsa, pasar esos meses pudiendo ser yo misma casi todo el tiempo hizo maravillas con mi inseguridad, pero no estaba preparada para lo que me dijo.

Le miro fijamente y estoy segura de que me quedo con la boca abierta.

— No nos amamos —digo la primera excusa que se me ocurre y veo cómo aprieta la mandíbula.

En el fondo, sé que me estoy mintiendo una vez más. Tal vez lo que siento no sea todavía ese amor sólido que surge de vivir juntos durante años, pero hace tiempo que sé que estoy enamorada de él.

—¿Es eso tan importante? Nos amarnos, quiero decir.

No sé qué decir.

¿Es importante que me quiera?

¿O esta mezcla de intensa atracción física con compañerismo, respeto y la forma en que parece quererme a su lado todo el tiempo puede sustituir el hecho de que no está enamorado de mí?

¿Y los secretos que nos ocultamos?

¿Cómo podríamos construir una vida juntos sin una confianza absoluta?

—Soy disléxica —digo, antes de perder los nervios, y es como si se me quitara del pecho la presión que llevo arrastrando toda la vida.

Observo su rostro con atención, buscando una expresión de disgusto o lástima, pero todo lo que veo es confusión.

—¿Cómo?

—No sabía cómo se llamaba lo que tenía hasta hace poco. Zoe me lo explicó. Soy disléxica —repito— Ha pedido cita con un especialista para la semana que viene, cuando venga para el baile de máscaras.

—No quiero ser insensible, pero ¿qué tiene que ver esto con mi propuesta de matrimonio?

—¿Qué tiene que ver? Tiene todo que ver. No querrías unirte a alguien que no…— Casi lo suelto todo, pero la vergüenza me detiene—. Alguien que no puede aprender.

—No quiero que repitas algo así nunca más. ¿Por qué dudas de ti mismo? No sé casi nada sobre la dislexia, pero podemos investigar juntos. Dame unos días y lo averiguaré todo.

Si no estuviera tan confundido, sería capaz de sonreír. Así es como se enfrenta a todo. Odin no le teme a las responsabilidades. Incluso parece asumirlas por sí mismo.

—¿Nunca has buscado ayuda?

Sacudo la cabeza de un lado a otro sin mirarle.

—Es la primera vez que voy al médico para tratar de entender mejor mi… mi problema.

—¿Es tu primera vez? ¿Y tus padres? Tenían que saberlo, ¿no?

—Sí, ambos lo sabían, pero es complicado…

De ninguna manera voy a revelar que mi problema era otra arma de mi padre para mantenerme bajo su pulgar.

Aún no estoy preparada para que lo sepa todo, y pareciendo notar mi incomodidad, habla:

—De acuerdo, dijiste que irías al médico con Zoe, pero si no te gusta, buscaremos otro. Sólo que, de nuevo, no veo ninguna conexión entre eso y que nos casemos.

—Odin, este es sólo uno de los muchos secretos que nos guardamos. Acabo de contarte algo que me ha avergonzado toda mi vida. ¿Me confiarías lo que te atormenta a ti también?

No dice nada durante más tiempo del que mi inseguridad puede soportar y me levanto de su regazo.

—Eso es lo que pensaba —digo y me dirijo al baño.

—¿Adónde vais? Tenemos almuerzo en media hora.

—Lo siento, pero no puedo. Necesito pensar. No estoy preparada para decidir nada en este momento.



Una semana después

Umami Burger - Nueva York

—¿Así que no contestaste?

—No.

—Yo tampoco sé si respondería. No fue exactamente una propuesta romántica.

—No es eso. No me importa la forma en que se hizo la propuesta. Hasta hace poco, ni siquiera pensaba que quería casarme.

—Y ahora, ¿lo quieres?

—No sé si quiero casarme, formalmente hablando, pero quiero más de él, más de lo que tenemos.

—Estás enamorada.

Miro mi plato.

—Sí, así es. No sé cómo sucedió, pero no creo que haya otro nombre para lo que Odin me hace sentir que amor.

—¿Aunque odiara a su padre?

Suspiro, cansada de no compartir nunca mis problemas. Tal vez haya llegado el momento de abrirme de verdad a alguien. Tras un sorbo de zumo, le cuento la probable responsabilidad de mi padre en la muerte de Orien, y que también sospecho que la madre de Odin era amante de Leandros.

No revelaré todo lo que me dijo aquel día en Montana, pero creo que la revancha que tiene planeada contra Leandros es para vengar a su familia.

Zoe parece sorprendida.

Tal vez sea difícil de entender para ella, pero no lo es para mí. Sé exactamente quién es la persona que me puso en este mundo.

—Me doy cuenta de que es extraño lo que voy a decir, pero si mi padre es culpable de lo que le ocurrió a su primo, puedo entender el deseo de Odin de llevarlo ante la justicia, pero a pesar de ello, me preocupa lo que pueda ocurrirle a mi madre.

—Sí, por lo que has dicho, tu madre depende mucho de él, ¿no?

—Absolutamente.

—¿Puedo darte un consejo?

—Sí que puedes. Por eso te pedí que almorzaras conmigo.

Llegó ayer a Nueva York con su marido. Dijo que no se perdería mi primera fiesta por nada del mundo y quedamos para comer en un restaurante especializado en hamburguesas. Hacen unas patatas fritas con sal y queso trufado, y a ella se le antojaron.

—Trata de procesar una cosa a la vez. Ya que has conseguido separar en tu corazón tus sentimientos por Odin de su problema con tu padre, quizá deberías centrarte sólo en lo que tú quieres.

—Sé lo que quiero. A él. Por mucho que piense que existe la posibilidad de que me haga daño, porque si acepto su propuesta, seré la única que implique amor en la historia, realmente quiero decir que sí.

—¿Cuál es el problema?

—No soy precisamente una persona valiente. No me gusta correr riesgos.

—Piensas muy poco de ti misma, Elina. El valor no es no tener miedo de nada. Es no echarse atrás cuando el miedo ataca. Mi autoestima tampoco era muy buena cuando conocí a Christos, pero desde entonces me ha ayudado a reconstruirla.

— Christos le encanta, Zoe.

Sonríe y asiente, pero luego vuelve a ponerse seria.

—¿Sabes lo que he aprendido? No todas las historias de amor son iguales. No busques

una receta para la felicidad. A cada pareja le llega su momento. No me considero capaz de juzgar lo que pasa dentro de cada una, pero puedo decir con certeza que Odin está loco por ti. Desde el primer día que nos conocimos, la energía entre vosotros era palpable. No podía apartar la mirada ni un segundo.

Intento interrumpirla, pero ella hace un gesto con la mano, deteniéndome.

—Si lo que me has pedido es mi opinión, dado lo que me has contado sobre estar enamorada, creo que deberías aceptarla, pero me sentiría una pésima amiga si no insistiera en que le hablaras de tu dislexia. Creo que tu reacción mostrará exactamente el tipo de persona con la que te estás involucrando

—Lo hice. Hablamos tanto hoy que terminé olvidándome. Le dije que crees que soy disléxica.

—Y?

Me encojo de hombros.

—Dijo que no entendía qué tenía que ver eso con la propuesta de matrimonio.

—Sí, creo que he perdonado a Odin de una vez por todas por esa idiotez que dijo de que eras su empleada.

—¿Por qué?

—¿No es obvio?

Sacudo la cabeza de un lado a otro, negándolo.

—Odin está loco por ti, Elina. Puede que aún no se haya dado cuenta, pero creo que siente tanta pasión por ti como tú por él.

—¿De verdad lo crees?

—Yo creo que sí. Podría elegir a cualquier mujer que quisiera, y no lo digo para menospreciarla, sino porque es un hecho. La respuesta que le diste sólo me demuestra que la quiere a ella más que a nada. Dale una oportunidad a los dos.

—Tengo miedo. Sufrí mucho a manos de mi padre por mis dificultades de aprendizaje.

—Odin es un buen hombre, no es tu padre.

—No quiero que se quede conmigo por lástima.

—No me refería a eso, sino a que te ve de verdad. —Parece un poco frustrada y deja el bocadillo en el plato antes de volver a girarse para mirarme—. No es algo común, ¿sabes? Que la gente se implique tanto que quiera profundizar en el otro. Creo que por eso hay tantos divorcios. Las parejas se juntan con la imagen mental de lo que anhelan de su otra mitad ideal en la cabeza. Así no se permiten ver quién es realmente su pareja

—¿Crees que debería aceptar, entonces?

—No tengo esa respuesta, Elina, pero creo sinceramente que mereces una oportunidad de ser feliz. En cuanto a aceptar la propuesta, por mucho que me gustes, tendrás que decidirte por ti misma.

—Eso es lo que me temía.

—Lo sé.



Capítulo Treinta y Cinco

Miro el informe que tengo delante y me pregunto qué hacer.

No, en realidad sé exactamente lo que hay que hacer, lo que estoy considerando es cómo llevar a Leandros donde lo necesito y al mismo tiempo asegurarme de que la madre de Elina esté a salvo.

Antes, para ser sincero, no me paraba a pensar en su bienestar, aunque nunca quise involucrarla en mi venganza, pero después de aquella conversación en Montana me di cuenta de lo mucho que Elina se preocupa por su madre, lo que hace que Cinthya también sea mi responsabilidad.

Por mucho que no sienta admiración por esa mujer, que yo sepa no es culpable más que de negligencia.

Su obsesión por mantener el matrimonio casi destruye a dos de sus hijos, pero no debería tener que responder por los crímenes de su marido.

Grigori dijo que, a diferencia de las otras veces, no había noticias de ella durante este último avistamiento.

¿Dónde está?

Es difícil imaginar a una mujer como ella alejada de su marido.

Incluso cuando llegó a Nueva York, todavía sin ninguna experiencia fuera de la seguridad de la isla, Elina mostró deseos de aprender.

No puedo ver eso en tu madre.

Tengo que encontrarla y asegurarme de que la cuidan.

El asedio se acerca y las decisiones deben tomarse según lo previsto para que no haya margen de error. Ya tendré bastantes pecados por los que responder y no quiero cargar con la culpa si le ocurre algo a la matriarca de los Argyros.

Cuando acompañé a Elina al coche la semana pasada, no podía dejar de pensar en lo que me había contado: que tenía dislexia.

Sabía más o menos lo que significaba, pero desde entonces me he dedicado a aprenderlo todo sobre ella. Por lo que he visto hasta ahora, la dislexia tiene un origen neurológico y quienes la padecen experimentan un bloqueo a la hora de reconocer correctamente las palabras. Se manifiesta en la infancia y, con una intervención temprana, puede superarse casi por completo, pero es esencial el apoyo y el compromiso de los padres para buscar ayuda profesional.

Esa misma noche, cuando Elina se durmió a mi lado en la cama, pensé en todas las veces que mi mujer se había tumbado en mi regazo para que le leyera. Recordé la expresión soñadora de su rostro cada vez que me detenía a comentar un pasaje del libro; ella nunca se atrevía a tocarlos.

Me vino a la memoria la escena en la biblioteca de su casa en nuestra isla de Grecia. Cómo lloraba mientras tiraba el libro… Ahora sé que era la frustración de no poder entender las palabras.

Cuando le pregunté si sus padres no buscaron ayuda, me dijo que era complicado, pero creo que sé lo que pasó. Cinthya nunca se preocupó lo suficiente por sus hijos como para verlos de verdad. Si la mujer permitía que su marido pegara a todos los niños y a ella misma, ¿se iba a molestar en profundizar en las dificultades de aprendizaje de su hija mayor?

No lo creo.

En cuanto a Leandros, no estoy seguro de si sólo se negó a ayudar con el problema para que no se hiciera público, o si utilizó su dificultad para manipularla. Apostaría por la segunda hipótesis, pero no importa.

Haré lo que haga falta para que no vuelva a dudar de sí misma. Elina dice que ha vivido una vida de vergüenza por su dificultad para aprender, y yo iré al infierno si es necesario para ayudarla a recuperar su autoestima.

Varias piezas del complejo rompecabezas que la representa empiezan a encajar.

Cuando investigué un poco, me di cuenta de que una de las principales características de un disléxico es que intenta hablar despacio, vigilándose conscientemente para no cambiar las letras. Ahora, más atentamente, observo cómo a veces empieza unas palabras y de repente se detiene, cambiando a otra.

Me he dado cuenta de que una o dos veces esta semana ha cambiado las letras de una palabra, cosa que nunca le había pasado antes, y puede ser que esté fantaseando, pero me hace creer que quizás ahora se siente más segura conmigo y así no tiene que estar pendiente de lo que dice todo el rato.

Sin embargo, nunca di señales de haber notado el cambio de letras.

Cuando esto ocurre, sigo hablando con ella con normalidad y, cuando comentamos las lecturas, la animo a dar sus opiniones incluso más que antes.

Miro el calendario en mi móvil.

Hoy es tu cita con el logopeda y me encantaría acompañarte, pero me doy cuenta de que te sentirás más cómoda con Zoe, así que, aunque estoy luchando con mi naturaleza, me he despedido con un largo beso y te he pedido que me llames cuando acabe.



Restaurante The Capital Grille - Nueva York

El mismo día

—¿Qué pasa, Odin?

—¿Por qué cree que ocurre algo?

—Para. Luché conmigo mismo para no interferir, pero ya es suficiente.

—¿De qué estamos hablando exactamente, Christos?

Suspira, parece molesto, y luego se pasa la mano por el pelo.

—Más que nadie, sé que a veces vamos por caminos extraños hasta que nos orientamos, pero sea lo que sea lo que estés planeando para tu vida, tienes que parar ya.

Me apoyo en el respaldo de la silla del restaurante al que hemos venido a comer y espero a que termine.

—Esperé a que hablaras, pero como no pareces dispuesto a compartir, aquí va. Tendrás que tomar una decisión sobre Elina y su padre.

Siento que mi cuerpo se pone rígido.

Aunque nos conocimos de adultos, Christos se ha convertido en un hermano para mí. Es lo más cercano que he estado nunca incluso a Aristeu, pero, aun así, nunca he compartido con él mis planes de venganza.

Sin embargo, ahora tengo pruebas de que se dio cuenta de varias cosas por sí mismo, incluido mi problema con Leandros.

No me sorprende en absoluto que investigara mi pasado. Los hombres como nosotros no permitimos que alguien se nos acerque de la nada, aunque fuera él quien descubrió que éramos primos y luego tomó la iniciativa de iniciar nuestra amistad.

Como yo, Christos es *CEO*, aunque nuestras áreas de actividad son completamente distintas. Es propietario de un conglomerado de empresas relacionadas con la moda, además de otros negocios.

Por supuesto, yo también le acompañé para averiguar quién era realmente o si escondía algún esqueleto en su armario. Una vez superada la desconfianza inicial por ambas partes, nuestra relación pasó de los actos sociales en la única celda de mi familia paterna en Estados Unidos a una verdadera amistad. Y ahora, aquí estamos, con él pidiéndome algo que quizá no esté preparado para oír.

—Mi relación con Elina no tiene nada que ver con su padre.

—¿Realmente crees lo que estás diciendo? A menos que sólo sea una distracción, en cuyo caso Zoe te matará…

—No lo está. Le pedí que se casara conmigo.

Veo que le he cogido completamente por sorpresa, pero después del susto vuelve a insistir:

—¿No crees que es hora de que tengamos una charla franca? Eres como un hermano menor. Puedes compartir lo que quieras conmigo.

Nunca me he permitido estar emocionalmente cerca de lo que queda de mi familia. A su padre, que resulta ser mi tío, por ejemplo, sólo lo vi un par de veces. Por mucho que intenté apartarlo después de conocernos, Christos siempre estuvo presente en mi vida de una forma u otra.

—¿Quién es Leandros Argyros para ti?

—¿Cómo sabes que es alguien importante?

—Porque no tienes planes de volver a Grecia, que yo sepa, y sin embargo compraste su isla.

No me sorprende que se esforzara tanto en su investigación. Yo habría hecho lo mismo. No quiero involucrarle en mis problemas, pero la verdad es que ya estoy harta de tantos secretos.

—Es el responsable del incendio que mató a mis padres y a mi hermana.

—¡Joder!

Cuento mi historia, incluso menciono la traición de mi madre y quién me salvó aquel día.

—¿Quién es este hombre?

—Un buen samaritano.

—No. Hay más que eso. Salvarte está muy bien, pero nadie deja una fortuna a un extraño por la bondad de su corazón. ¿No lo investigaste?

—No, porque le di mi palabra de que no lo haría. Tendré todas las respuestas cuando termine lo que planeamos. Me dejó una carta y dijo que ahí está todo lo que necesito saber sobre sus motivos.

—¿Y aún no lo has leído?

—Di mi palabra, repito, categóricamente.

Me mira con incredulidad.

Lo que Christos no sabe es que lo único que me ha quedado en estos años es mi honor. No puedo volver atrás en el trato con mi salvador.

— ¿Puede darme un nombre?

— ¿Cómo?

— Su nombre. Dijiste que mantuviste tu palabra de que no lo investigarías, pero para mí tranquilidad, debo hacerlo. No interferiré, pero quiero saber las razones que te llevaron a ayudarle.

—No soy ingenuo, Christos. Sé que debe haber tenido algo personal contra Leandros también. Muchas veces su odio por el hombre maldito parecía incluso mayor que el mío.

—Un nombre, Odin. Te prometo que no intentaré impedir que te vengues, aunque creo que estás a un paso de destruir tu relación con Elina. Quiero creer que sabes lo que haces y espero que, al final, consigas todo lo que quieres. Tu ajuste de cuentas y a tu mujer.

La idea de perderla es insoportable, pero no puedo echarme atrás.

—Ahora necesito que me des el nombre del hombre que te rescató.

—Ingvar Aric.

—Es nórdico.

—Sí, lo es, y nunca me lo ha ocultado. Incluso creo que eres pariente de mi madre, aunque nuestros apellidos sean diferentes.

—Estás avisado: no pararé hasta averiguar quién es.

—Haz lo que quieras. De todos modos, estoy muy cerca del final. Es sólo cuestión de tiempo que me encuentre con el viejo zorro.

—¿Qué pasará entonces?

—No preguntes. No necesitas saberlo.

—La perderás.

—No. Te pedí que te casaras conmigo.

Me niego a considerar siquiera la posibilidad de que Elina me deje.

—¿Con el hombre que quiere destruir a tu padre?

—No, con el hombre que está loco por ella.

—¿Qué dijo Elina?

—Aún no ha dado una respuesta.

Le cuento todo, desde mi primera proposición en Montana hasta la petición formal de matrimonio el día de su visita a mi despacho.

—No ganarías un premio al romanticismo.

—La quiero conmigo para siempre. Eso es más importante que las muestras cliché de afecto.

No dice nada, lo que me molesta

Si alguien ha conseguido conquistar a la mujer con la que quería casarse, ése es Christos.

—Habla de una vez.

—Tu mente pragmática no trabajará para hacerte decir el sí definitivo.

—¿Qué significa esto?

—Lo que usted llama cliché es lo que la mayoría de las mujeres sueñan toda su vida. Un anillo, una velada romántica, pero sobre todo que le demuestres tu devoción.

—Ya había encargado el anillo. En cuanto a la devoción, estoy seguro de que Elina ya sabe que la tienes. Nunca le permití dudarlo.

—Si estás diciendo…

Estoy demasiado frustrado.

No me había parado a pensar, quizá porque nos habíamos saltado varios pasos que daría una relación normal, que debía planificar la mejor manera de hacer mi petición.

Cuando me di cuenta de que la quería a mi lado para siempre, estaba seguro de que lo único que tenía que hacer era convencerla.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—Estoy empezando de cero. Con anillo y todo. Voy a proponerle matrimonio de nuevo mañana por la noche, después del baile solidario.



Capítulo Treinta y Seis

Manhattan - Nueva York

El mismo día

—¿Estás nerviosa?

—Mucho. Tengo ganas de huir.

—Tranquilízate. Lo haremos juntas. Estaré a tu lado.

Le doy la mano, sabiendo que la mía está fría.

—Nunca podré agradecértela lo suficiente, Zoe.

—Somos amigas. De nada.

Tras unos minutos de espera, la secretaria nos dice que es mi turno. La mujer parece un poco desconcertada cuando le digo que Zoe vendrá conmigo, pero, aunque me siento avergonzada por necesitar su apoyo, no puedo afrontarlo sola.

—Señorita Argyros, es un placer conocerla.

El médico es más joven de lo que imaginaba, pero tiene una sonrisa tan franca que me desarma de inmediato. También habla despacio y me sorprendo leyéndole los labios, pero me doy cuenta de que me ha pillado en cuanto levanto la vista.

Suelo hablar con la gente leyéndoles los labios porque me da un poco más de tiempo para procesar lo que dicen.

En cuanto nos sentamos, continúa:

—¿Qué puedo hacer por ti?



Después de media hora de consulta, me da tanta vergüenza que no puedo mirar a ninguno de los dos.

De vez en cuando, mientras contaba todo según lo que me pedía el médico, podía sentir que Zoe me observaba, pero no tenía valor para enfrentarme a ella.

Estoy abrumada y tengo ganas de llorar, ya que todo lo que he hecho hasta ahora es hablar de mis dificultades, y esto me ha traído recuerdos que mantengo ocultos.

—Lo primero que debes saber es que la dislexia no está relacionada con tu nivel intelectual. —Empieza a explicar, y la calma con la que habla permite que poco a poco se normalicen mis latidos—. Algunas de sus respuestas me molestan y me gustaría sugerirle que forme un equipo con, aparte de mí, un pedagogo y un neurólogo, pero, sobre todo, un psicólogo.

—Podemos arreglarlo —se apresura a responder Zoe, y es entonces cuando me doy cuenta de lo ansiosa que está ella también.

—No me corresponde a mí juzgar a tu padre, pero tengo que decir que es increíblemente ignorante tratar la dislexia como una falta de inteligencia. Has dicho varias veces que tu familia nunca buscó ayuda y en su lugar te obligó a aprender, lo que causa aún más estrés y puede tener el efecto contrario.

Bebo un sorbo del agua que me ha traído antes la secretaria.

—Me gustaría probarlo. El tratamiento, quiero decir. No sé si funcionará, pero estoy dispuesto a correr el riesgo. Estoy cansada de esconderme. Por favor, ayúdeme.

Sonríe y se inclina hacia delante, apoyando ambos codos en la mesa.

—Ése es el primer paso: usted lo desea. ¿Cuándo sería una buena fecha para hacer algunas pruebas?



Más tarde

—¿Cómo fue la consulta?

Esta vez, cuando entro en la casa, es Odin quien me espera.

Zoe me acompañó a recoger el vestido que me había ayudado a elegir para el baile: un vestido largo sin tirantes con una gran abertura en el muslo izquierdo. Voy a llevar una máscara de seda negra con cristales pegada a la cara, porque no quiero tener que aguantarla toda la noche.

Para mi gusto, el vestido enseña demasiada piel, pero Zoe dijo que todos los ojos estarían puestos en Odin y en mí, y que debía hacer una entrada triunfal o me comerían viva, lo que sólo sirvió para aumentar mi nerviosismo.

Entre todos estos detalles finales, acabé llegando a casa más tarde de lo previsto.

Sin embargo, antes de que pueda responder, viene hacia mí, me levanta en brazos para que esté a su altura y me da un beso tan profundo que me calienta de inmediato.

Estoy agotada.

Emocionalmente agotada por la cita con el médico, pero después de que me abrace, estoy segura de que también estoy en mi lugar favorito del mundo.

—Te he echado de menos —lo confieso.

No suelo revelar demasiado sobre lo que siento por él, pero hoy necesito su intimidad más que nunca.

Es tan raro que diga algo así que Odin da un paso atrás para mirarme.

—*Oye*, ¿qué ha pasado? ¿El doctor dijo algo que te molestó? Podemos encontrar otro.

Lo suelta todo de golpe mientras camina conmigo hacia nuestra habitación.

Odin no es del tipo ansioso y su reacción me demuestra lo que Zoe ya había dicho: que se está metiendo de cabeza en lo que nos concierne a los dos.

—Estuvo bien, creo. Sólo necesito acurrucarme contigo un momento.

Aunque nos deseamos con locura, esta vez no hay nada sexual en la forma en que nos tocamos.

—Me encanta tu olor.

Creo que contarle al médico tantas cosas que me había estado guardando para mí acabó por derribar los muros de protección tras los que me había escondido durante toda mi vida.

Cuando me tumba en la cama, antes de volver en sí, me mira fijamente. Esboza una sonrisa de oreja a oreja y vuelvo a pensar en lo guapo que es.

—Casi nunca sonríes.

—No tenía muchos motivos para sonreír antes de conocerla.

—¿Significa eso que soy bueno para ti?

—Es una forma muy sencilla de ver las cosas.

—¿A qué te refieres?

—Hoy no. Nada de confesiones. Sólo estemos juntos. Cuando estés lista para contarme sobre el doctor, quiero saber todo lo que dijo.

—Ahora podemos hablar. Quiere formar un equipo con otros profesionales, como un

psicólogo, por ejemplo.

—¿Tiene ya nombres o hay que investigar un poco? Si le parece bien, me gustaría participar en algunas consultas. A ver cómo puedo ayudar.

Dios, ¿cómo puede hacer eso? ¿Cómo podría no estar loca por este hombre cuando parece saber decir todas las cosas correctas?

—Sé que no te gusta que te controlen, pero sólo quiero estar a tu lado y entender mejor cómo hacer mi parte.

Pongo mis dedos sobre sus labios.

—Te quiero, Odin Lykaios.

—¿Eso es un sí?

Beso su boca sin prisas.

—Eso es un sí.



Manhattan - Nueva York

Noche del Baile de Máscaras

Con las manos dadas a Odin, Intento no correr al entrar en el salón de baile, sin dudar de que todos los presentes nos observan.

Ha mantenido nuestros dedos firmemente entrelazados desde que saltamos del coche, y se lo agradezco. En cuanto pisamos la acera frente al recinto, nos esperan decenas de fotógrafos. Los flashes parecían venir de todas direcciones, lo que hizo que mi tensión aumentara.

—Elina, la fiesta es perfecta —dice Zoe, como si comprendiera mi nerviosismo. Va del brazo de Christos, a pocos pasos de nosotros.

—Gracias —digo por fin.

Al oír mi respuesta, Odin se gira para mirarme.

—¿Te he dicho que estás preciosa? —me pregunta, con una sonrisa tan sexy que me hace temblar las rodillas.

Como siempre ocurre, en cuestión de segundos parece que estemos los dos solos.

—A veces, pero no me importa volver a oírlo. Tampoco te estás tirando.

Está maravilloso, eso seguro. Su smoking de corte perfecto deja ver sus anchos hombros,

resaltando la solidez de su musculoso cuerpo. La máscara, también negra y muy parecida a la mía, salvo por los cristales, le da un aire de misterio.

Sigo perdida, admirando al delicioso hombre que puedo llamar mío, cuando me sorprende por completo besándome delante de todos.

—Que no se den cuenta de que estás ansiosa. La fiesta va a ser un éxito. Eres más fuerte que todos ellos juntos —me dice suavemente al oído.

—Tiene mucha fe en mí.

—La tengo. También estoy orgulloso de que seas mi mujer.

Con esa afirmación, puedo volver a respirar con normalidad.

Odin tiene ese poder.

Es como si la seguridad con la que afronta todo en la vida creara una red protectora que se extiende también a mí.

Miro a los dos miembros de su familia que tenemos delante y, sobre todo, a la mujer que se ha convertido en una de mis personas favoritas en el mundo.

Esbozo una sonrisa confiada que llevo practicando desde que tengo uso de razón y doy otro paso adelante para enfrentarme a la multitud.



—Me encanta tu vestido.

—¿Eres griega?

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos Odin y tú?

Cada vez que doy la vuelta a un círculo de invitados, las preguntas se repiten. Después de la décima vez, las respuestas vienen automáticamente.

—Gracias, se subastará después de la fiesta para recaudar más dinero para las víctimas del incendio.

—Soy mitad griega y mitad inglesa.

—Nos conocemos desde siempre.

En cuanto a la última respuesta, fue él quien me aconsejó que la diera, precisamente con la intención de acallar otras muchas preguntas que vendrían a continuación si dijera que llevamos poco tiempo juntos.

Una señora me llama para hablarme de la organización a la que se donará el dinero recaudado y, tras hablar con ella unos minutos, aprovecho para hacer una pausa e ir al servicio de señoras.

Necesito estar sola, aunque sólo sea un momento. La multitud me asfixia. Pienso en decírselo a Odin, pero como no quiero retrasarme, sigo adelante. En cuanto entro en una de las cabinas, respiro un poco.

Empiezo a relajarme cuando oigo decir a una mujer:

—Es curioso, pero he oído rumores de que Odin y el padre de la chica griega son enemigos mortales. ¿No la convierte eso en una traidora?

Todo mi cuerpo vuelve a tensarse, pero permanezco atento a la conversación.

—Con el dinero que tiene Lykaios, ni siquiera puede recordar el nombre de su propio padre.

En cierto modo, me lo esperaba, ya que gran parte de la alta sociedad mundial estaba presente en la fiesta de nuestra isla cuando Odin anunció la bancarrota de mi padre delante de todos.

Aun así, no estaba preparado para el golpe que iba a recibir hoy.

En los últimos meses, he convivido con gente que me aprecia y me trata con tanto respeto que he olvidado que hay mucha gente desagradable entre nosotros.

Pero, ¿qué esperaba? Si hasta mis hermanas me juzgaban, aun sabiendo quién era nuestro padre, ¿qué decir de los extraños que sólo veían lo que Leandros quería mostrarles?

Espero a que el lugar vuelva a quedar en silencio y, tras lavarme las manos y comprobar que mi maquillaje está en orden, me dispongo a volver con los lobos.



Cuando salgo del baño, estoy confusa: ¿cuál de los dos lados conduce a la sala principal?

Nunca me han orientado bien y, de momento, el largo pasillo está vacío. Decido arriesgarme y elegir, pero a medida que aparecen más y más puertas, me doy cuenta de que me he equivocado.

Cuando me doy la vuelta para volver por donde he venido, me encuentro cara a cara con el hombre que lleva meses siguiéndome… y también la última persona que querría conocer.

Naim.

Su mirada es pura maldad, incluso a través de la máscara que lleva para cubrir parcialmente su rostro. Instintivamente empiezo a retroceder, pero mi cuerpo choca contra algo sólido. Antes de darme cuenta, una mano me tapa la boca y me impide gritar.



Capítulo Treinta y Siete

Minutos después

La fiesta está a punto de terminar y estoy impaciente por irme. La subasta de una semana en un centro turístico de Sudáfrica, idea de Elina, ha sido un éxito; hemos recaudado más del doble que el año pasado.

Miro el reloj y pienso cuánto tiempo me queda para recoger a mi mujer y marcharme. De repente, Christos aparece a mi lado.

—Era hermano de su madre. Medio hermano, más bien, porque eran hijos de padres distintos, por eso sus apellidos no son los mismos que los suyos.

Ni siquiera necesito preguntar de quién habla. Christos es tan testarudo como yo y no me rendiría hasta averiguar más cosas sobre mi salvador. Aunque sospechaba que Ingvar probablemente tenía una conexión familiar conmigo, nunca imaginé que sería algo tan cercano, como ser mi tío.

¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué tanto misterio? Podía entender perfectamente sus motivos.

Cualquier hermano buscaría justicia por la muerte de su hermana.

—No entiendo por qué ocultó nuestra relación.

—Yo tampoco, pero sigo investigando.

—No quiero que me digas nada más, Christos. Di mi palabra de que no me enteraría y ahora estoy muy cerca de finalizar mis planes. No hay razón para romper mi promesa después de todo este tiempo. Puedo esperar un poco más.

—Admiro tu sentido del honor, pero esto no me huele bien, Odin. Por lo que me has contado, el hombre te crio durante seis años. ¿Por qué no consolar al único sobrino que te queda?

—¿El único?

—Sí, tu madre tenía otro hermano, pero murió en un accidente de coche cuando aún era un adolescente. Por parte materna, que yo sepa, eres el único descendiente que queda.

—Sé que lo haces con la mejor intención, pero no te metas en este lío. No quiero que te salpique algo si las cosas van mal.

—Ten por seguro que estoy siendo discreto. No soy estúpida, Odin. Sé que no planeas llevar a Argyros ante la justicia. Sólo desearía poder disuadirte de esta locura.

—No quiero pelear contigo, pero debes saber que nada me detendrá. No tendré paz hasta que esté muerto.

Está a punto de replicar cuando vemos a Zoe mirando a un lado y a otro como si buscara a alguien. En cuanto nos ve, camina hacia donde estamos.

—¿Dónde está Elina? No la encuentro por ninguna parte.

Siento que la sangre empieza a bombear rápidamente por mis venas mientras recorro la habitación con la mirada. No sólo no la encuentro a ella, sino que tampoco encuentro a ninguno de los guardias de seguridad, ni siquiera a Grigori.

—Espera aquí. Iré tras ella. En cuanto la encuentre, te avisaré.



Mientras me apresuro, saco mi móvil para rastrear el suyo.

Pronto descubro que la última señal fue aquí mismo, dentro de la fiesta, hace unos diez minutos.

Cuando completo la llamada a su teléfono, salta directamente el buzón de voz y experimento una mezcla de frustración y desesperación como nunca.

No me dejaría, así como así, ¿verdad?

No, no es eso.

Nadie lo fingiría tan bien.

Tuvo muchas oportunidades para irse.

¿Por qué lo haría justo ahora, cuando las cosas están encajando entre nosotros?

Me dirijo al servicio y dos mujeres me miran atónitas nada más entrar.

—Lo siento, señoras, estoy buscando a mi novia.

Tras el susto inicial, me hacen un gesto condescendiente con la cabeza.

Tras comprobar que no hay nadie más aparte de ellas, vuelvo a descolgar el teléfono para llamar a Grigori, que ya camina hacia la sala de seguridad que hemos diseñado para filmar el

evento.

A pesar de la remota posibilidad de que aparezcan Naim o Leandros, me anticipo a todo y coloco cámaras en la sala principal y los pasillos. Sin embargo, antes de que pueda llegar a la puerta de la sala, Grigori contesta al teléfono.

—*¿Odin?*

—¿Dónde ella está?

—*Está en casa. He enviado a media docena de nuestros mejores hombres a buscarla, pero tienes que venir conmigo. Tengo a alguien aquí que estoy seguro querrás conocer.*

—¿Leandros? ¿Es él quien se la llevó?

—No, fue Naim. Sal por la puerta trasera del evento. Hay un coche esperándote. Te sugiero que lo sopeses todo por el camino. Tendrás que tomar una decisión.



Durante los diez minutos que me separaban del lugar donde Grigori se llevó a Naim, me hervía la cabeza.

Pensé en llamar a casa para ver cómo estaba, pero no quiero mezclar el odio que siento ahora con mi Elina.

Cuando llegamos a una fábrica abandonada, no hay señales de vida en ella, hasta que, nada más aparcar el coche, veo al hombre que es como mi sombra acercarse a la puerta.

—¿Está herida? —le repito lo que le pregunté hace unos meses, cuando el mismo miserable intentó secuestrarla dentro del casa.

—No, sólo aterrorizada.

—¿Cómo sucedió?

—Prefiero explicarlo más tarde. Tal vez entonces no me convierta en una de tus personas favoritas en el mundo.

—No, quiero saberlo de una vez por todas.

—La estaba siguiendo. No la dejaría vulnerable, eso es lo primero que debes saber. Por otro lado, estaba seguro de que Naim sólo se dejaría ver si pensaba que estaba desprotegida, así que le permití llegar hasta ella.

Doy dos pasos y estoy sobre él.

—No importa lo que pase, nunca la vuelvas a poner en riesgo. No me importa qué tipo de estrategia se te ocurra para velar por su seguridad, pero nunca dejes que nadie se acerque a ella de esa manera, o nuestra relación habrá terminado.

—Siempre has confiado en mí.

—Y lo sigo haciendo. Esa es la única razón por la que no serás despedido, pero no vuelvas a dejar a mi mujer desprotegida, o tú y todo tu equipo desapareceréis.

No me cabe duda de que lo tenía todo bajo control, o no estaríamos teniendo esta conversación. Pero, en cualquier caso, no me gusta imaginar que tengas miedo.

—Entiendo lo que sientes. No volverá a ocurrir, pero necesitábamos una solución definitiva a este problema. Ahora, vamos adentro. No podemos quedarnos aquí mucho tiempo. Tendrá que tomar una decisión.

—¿Dónde están sus hombres?

—Ya nos hemos ocupado de eso.



Como en las historias en las que el villano espera al bueno en un oscuro almacén, el ambiente es oscuro y gélido.

La única diferencia, para desgracia de Naim, es que yo estoy lejos de ser el bueno.

Sean cuales sean sus intenciones al intentar llevársela de la fiesta, esta parte de nuestras vidas acabará aquí.

Me quito el traje de chaqueta y me subo la manga de la camisa hasta los codos. Camino hacia donde está el jeque y Grigori se sienta tranquilamente en la puerta.

Naim espera en una silla, con las piernas cruzadas, como si no tuviera preocupaciones en su vida.

Excepto que sé que está fingiendo.

Ese capullo ha vivido una vida de engaños, escondiéndose tras su propia fortuna, haciendo daño a las mujeres y explotando a los débiles, instalado en su trono de poder. Así que no dudo ni por un segundo que esté aterrorizado, lo cual es un buen sentimiento para él en este momento.

No está atado ni lleva esposas.

Cualquiera que nos mire desde fuera, aparte de la excentricidad del lugar en el que estamos, podría pensar que en realidad estamos teniendo una reunión de negocios.

—Acabas de firmar tu sentencia de muerte —dice en cuanto me ve.

Si no estuviera tan enfadado, sonreiría.

Desde luego, no es el más listo del paquete. Otro hombre en su situación mantendría la puta boca cerrada hasta saber dónde pisa. Sin embargo, en lugar de eso, el gilipollas hace lo que

ha hecho toda su vida: amenaza e intenta intimidar.

—Podría decir que, al revés, pero creo que eso ya lo sabes.

Me siento frente a él, con las piernas separadas y los codos apoyados en ambas.

—¿Sabe una cosa? Esperaba que no llegáramos tan lejos. Sé que no ganarías ningún premio a la inteligencia, pero nunca pensé que fueras tan estúpido como para venir a mi país por segunda vez.

—Te dije que no me detendría.

—Sí, lo hiciste, pero pensé que tu amor por tu propia vida era mayor que la necesidad de obligar a una mujer, que obviamente no te quiere, a aceptarte.

Se ríe libertinamente.

—No sabes dónde te has metido, Odin. Elina es una serpiente como su padre. Al principio pensé que la estabas utilizando, pero ahora me doy cuenta de que cometiste el error de enamorarte de la prostituta.

Me pongo de pie y me detengo frente a ti.

—Párate.

Por primera vez desde que entré, parece dudar, mirando por encima de mi hombro.

—¿Qué le pasa? ¿Has perdido los nervios?

—No te tengo miedo.

—Deberías tenerlo.

—No estás loco.

—Eso es algo con lo que voy a tener que estar en desacuerdo. Hubiera sido inteligente de tu parte haberme investigado más a fondo, ¿sabes?

—Averigüé todo lo que necesitaba sobre ti.

—La verdad es que no. No tienes ni idea, por ejemplo, de que haría cualquier cosa para protegerla.

—¿Perdonar las deudas de su padre, incluso?

Me enfrento a él mientras me hago esa pregunta, pero no por las razones que él piensa. Naim cree que mi problema con Leandros se debe al dinero.

Ahora también se levanta, pero como el cobarde que es, retrocede unos pasos.

—No voy a detenerme. En mis cincuenta años, nunca he querido nada que no haya conseguido. La he comprado y no descansaré hasta conseguir mis bienes.

Camino hacia delante sin apartar la vista de él.

—Nunca estuvo en venta. Hicieras lo que hicieras con Leandros, fue una pérdida de dinero.

—¿Por qué no te echas atrás? Ya obtuviste lo que querías de ella de todos modos. Sí, sé que era virgen. Por eso pagué un precio tan alto. —Me río—. Sólo falta que me digas que vas a seguir paseando a una analfabeta por la calle.

Aunque he oído lo que ha dicho, al cerebro le cuesta procesarlo, pero creo que mi cara muestra sorpresa, ya que luego se ríe.

—¿No lo sabías? Sería un buen chiste. Un especialista en información no sabe que la

zorra que tiene en casa apenas sabe firmar con su nombre y leer frases cortas.

Pienso en su dislexia y en cómo me dijo que había pasado toda una vida de vergüenza. Rápidamente me doy cuenta de que no era sólo que se equivocara con las palabras. Si lo que dice es cierto, ella casi no podía leerlas.

Mi corazón se contrae por los años de oscuridad que debe haber pasado Elina. Ya no necesito ninguna explicación para darme cuenta de que no recibió ninguna ayuda de su familia.

Ahora queda claro cómo, incluso con casi treinta y un años, Elina sigue siendo tan inexperta como una adolescente en algunos aspectos.

Creo que interpreta mi silencio como una indicación de que ha ganado terreno al intentar convencerme de que renuncie a ella.

—Piénsalo, no necesitas esta vergüenza. Tengo que estar de acuerdo en que es una mujer preciosa, pero estoy dispuesto a negociar e incluso a mantenerlo en secreto.

Como saliendo de un trance, le miro fijamente, fingiendo prestar atención a su propuesta.

—¿Si renuncio a ella?

—Eso es. Déjame llevármela y nuestros problemas acabarán aquí. No soy rencoroso, sólo quiero lo que he pagado. No necesitas a una estúpida a tu lado. Yo mismo sólo la acepté al principio por su belleza. Nunca estudió, ¿sabes? Su padre despidió a los profesores en cuanto se dio cuenta de que era una pérdida de tiempo y dinero.

Veo que sus hombros se relajan.

Está seguro de haber ganado, así que sigue hablando:

—Ella es tan estúpida como un niño. Sólo continué las negociaciones matrimoniales porque siempre me animó ese aire de superioridad. Voy a disfrutar enseñándola a obedecer.

—No sucederá. Me casaré con ella.

Me mira atónito durante un rato y luego sonríe, como si acabara de hacer una broma. Como si esperara que le devolviera la sonrisa.

Cuando parece darse cuenta de que hablo en serio, su rostro se transforma en una mueca de puro odio.

Esa es la diferencia entre nosotros.

Yo me especializo en trabajar la mía. No soy fácil de sacudir.

—No me has traído aquí para negociar.

—No. No hay negociación posible entre nosotros. Te di todas las oportunidades para rendirte.

—¿Vas a matarme por una prostituta? ¿Vas a destruir tu futuro, arriesgarte a ser perseguido el resto de tu vida por mi familia para mantener a una serpiente, la hija de tu enemigo, en tu cama?

—Nunca la dejarás en paz. No lo considero asesinato, sino suicidio.

No parece haber oído la última parte.

—No, no descansaré hasta poseerla. Nunca estarás en paz. Te destruiré, Lykaios, y luego, cuando esté muerto, iré tras ella. Tenía la intención de intercambiarla tan pronto como estuviera satisfecho, pero acabo de cambiar de opinión. La conservaré durante mucho tiempo. Le recordaré cada día el error que cometió al rechazarme.

Antes de que se dé cuenta, mis manos estarán en su cuello.
—Elina será mi esposa. La madre de mis hijos.
—Eres hombre muerto, Odin.
Todavía puedo leer tus labios mientras tu vida se desvanece lentamente.
—No. Lo eres.



Capítulo Treinta y Ocho

Horas después

No hay nada en mi cuerpo que indique que acabo de matar a alguien. Me gustaría decir que estoy conmocionado de alguna manera, pero sería mentira.

Lo volvería a hacer. Y otra vez. Y otra vez.

Después de lo que dijo, no pararía hasta matarlo.

Nadie me lo quitará.

He pasado toda una vida en medio de la soledad y el odio, y ahora que he encontrado mi cielo particular, el capaz de calmar los demonios ocultos en mi alma, jamás permitiría que ese bastardo me lo arrebatara.

—No te preocupes por nada. Ya he llamado a mi primo y ha enviado un equipo de limpieza. No quedará rastro de lo ocurrido.

—No es un desconocido. No se puede ocultar la desaparición de un Jeque.

—Odin, tienes mi palabra de que nadie encontrará el cuerpo.

Miro al hombre en el que confío tanto como en Christos.

Sé que el primo al que se refiere Grigori tiene vínculos con la mafia rusa.

—No haré ningún favor a cambio. Puedo encargarme yo mismo.

No quiero ningún vínculo con la mafia. Sé exactamente con qué tipo de productos están involucrados: tráfico de personas, armas y drogas. Nada en lo que quiera participar.

—No sabe que el problema con el que va a tratar tiene algo que ver contigo. Cree que me está haciendo un favor personal.

Grigori es una de las personas más leales que he conocido, pero preferiría no contar con la ayuda de un mafioso.

—Además, no creo que pueda resolver todo tan eficientemente como él. Son muchos años de práctica —Continúa, aparentemente ajeno a mi expresión cerrada.

La verdad es que no me preocupa. Me enfrentaré a lo que venga. Lo único que quiero en este momento es verla. Quiero asegurarme de que está a salvo.

—¿Quién está con ella?

El repentino cambio de tema no lo sacude.

—Sólo lo mejor. Su mujer está completamente blindada.



Abro la puerta del piso y voy directamente a nuestra habitación.

A diferencia de la última vez, ella no me espera, y cuando veo la cama vacía, se me revuelve el estómago.

—Elina.

La escena parece una repetición del segundo día que la salvé de Naim en Grecia, sólo que ahora el cabrón está muerto.

Estará a salvo.

—Elina.

—Por aquí —Oigo su voz a lo lejos y entro en la biblioteca.

Está acurrucada en el sofá de dos plazas que siempre compartimos cuando leemos. Las rodillas dobladas contra el pecho. Los brazos alrededor de las piernas. En ese momento, en mitad de la noche, después de una de las peores noches de mi vida, por fin me doy cuenta de lo que ella es para mí.

Antes de que ella entrara en mi mundo, creía que ya no tenía capacidad para procesar sentimientos más allá del odio, pero hoy, después de haber corrido el riesgo real de perderla, me doy cuenta de que la masa confusa que hay en mi interior, la loca mezcla de deseo y necesidad tanto de su cuerpo como de su alma es amor.

Dejo que mis ojos se paseen por su hermoso pelo, que antes estaba recogido en lo alto de su cabeza y ahora está totalmente desordenado.

Todavía lleva su ropa de fiesta, pero incluso desde lejos puedo ver el maquillaje corrido, lo que me indica que ha estado llorando.

A pesar de haber respondido a mi llamada, sigue pareciendo ausente, atrapada en un lugar aparte.

Más allá de su aspecto, lo que me preocupa es que no me mire.

—¿Por qué no me mira?

—Porque no puedo.

—¿No puedes? ¿Qué quiere decir eso?

—No deberíamos estar juntos. No quieres estar conmigo. No fui completamente honesta ese día en tu oficina. La gente se reirá. Me lo dijo hoy. Naim dijo que avisará a todos.

Se dice todo esto a la vez y acaba cambiando las consonantes de dos palabras.

La vergüenza que muestra por sus dificultades me golpea como una puñalada.

Siento su dolor en lo más profundo de mi alma.

Quiero tomarla en mis brazos y no soltarla nunca.

Decirle que estaré a su lado el resto de nuestros días y que nunca permitiré que dude de sí misma.

Demostrarle que me importa un bledo lo que piensen los demás, porque sé la maravillosa mujer que tengo a mi lado.

Tiene treinta años y ha vivido toda una vida avergonzada de sí misma, sin ayuda, abandonada por quienes deberían protegerla.

Una mujer hermosa, ingeniosa, pero a la que han ahogado y atrofiado su universo hasta hacerle perder la fe en sí misma.

Pienso en lo que ha sucedido desde aquel día en la biblioteca de Grecia.

La vida se me adelantó.

Cuando pasé de planear a actuar en mi venganza, creía saberlo todo sobre los Argyros, y Elina estaba incluida en el paquete. En estos meses de convivencia, en los que cada día me regala otro pedacito de sí misma, me he dado cuenta de que no sabía nada de la mujer que, incluso sin pedir permiso, se introdujo bajo mi piel y se propagó por mi torrente sanguíneo.

—Luché contra ella —le digo, y no sé si es por ella o por mí, pero levanta la cabeza para mirarme—. No pude luchar contra la atracción, pero luché contra mi amor por ti a causa de tu padre. No porque pensara que tú tenías la culpa de las cosas que él hacía, sino porque acabarías odiándome cuando todo acabara.

—No te odio —dice, como si no me hubiera oído decir que la quiero.

—Pero lo harás cuando mi venganza sea completa.

No contesta y me acerco un paso más antes de seguir hablando.

—Me enamoré de ti, mi Elina. Aún no sabía el nombre de lo que sentía cuando te pedí que te casaras conmigo, pero ya te amaba entonces.

—¿Tú me amas?

—Con todo lo que soy. —Me arrodillé frente a ella, aún sin tocarla—. Me costaba entender por qué ya no recordaba lo que era amar a alguien.

Ella seguía sin moverse.

—Después de salvarme del fuego, todo lo que había dentro de mí era odio. No quería abrazos ni ningún tipo de consuelo. Nada que pudiera debilitarme. Necesitaba vengar sus muertes.

—Odin… Lo siento tanto.

—No lo sientas. No puedes culparte por lo que hizo tu padre. Aunque aún tengo cuentas pendientes con él, me rescataste de la oscuridad que ha planeado sobre mi cabeza toda mi vida adulta, y aunque no fue un respiro permanente, fue suficiente para hacerme respirar de nuevo.

No la toco

Necesito que ella dé el primer paso. Cuando por fin lo hace, viene a mis brazos y me hace prisionero de su calor, me permito simplemente sentir.

Vivirla y respirarla por un momento.

Desprenderme de cualquier sentimiento que no sea este amor loco.

—¿Cómo puede amarme? Soy la hija tu enemigo.

—¿Cómo podría no amarte? Eres una parte de mí. Casi me vuelvo loco cuando pensé que te había perdido hoy.

—Estaba aterrorizada por ti. No estaba preocupada por mí, sino porque te hubiera hecho daño.

—Nada me impediría volver a ti. Te quiero, Elina. No tengo derecho a quererte, pero te amo.



Pasamos más de una hora en el baño.

No me preguntó qué le había pasado a Jeque y, a pesar de lo que empezó a decir cuando llegué, no me explicó del todo a qué se debían las amenazas de Naim. Sin embargo, estoy seguro de que tenía algo que ver con su dislexia.

Dios, ¿qué habría sido de ella si yo no hubiera interrumpido el ataque de ese enfermo aquel día en Grecia?

Probablemente la habría sometido a cosas indecibles.

Aunque no quiero sacar el tema de la muerte de Jeque, sobre todo para protegerla, tenemos que hablar de otros asuntos.

El día ya está amaneciendo y pasamos mucho tiempo simplemente sintiendo, tumbados en la cama, pero la realidad está a la vuelta de la esquina, esperándonos, y no hay forma de escapar de ella.

—Tenemos que hablar.

Tu cara se tensa enseguida.

—¿Sobre qué?

—Todo —empiezo— En primer lugar, quiero que sepas que ayer por la tarde dejaron a tu madre en casa de tu hermana. Me lo han confirmado hoy temprano.

—¿Cómo que la dejaron? ¿Cuál de mis hermanas?

—Larissa. Alguien dejó a Cinthya. No sé más detalles, pero creo que fue orden de tu padre.

—¿Por qué haría algo así?

—Porque es más fácil huir solo.

—La buscaré.

Esperaba que dijera eso y, aunque creo que se decepcionará, no la meteré en una cúpula de cristal. Para crecer, Elina necesita enfrentarse a sus propios problemas.

—Me gustaría que me hablara de su pasado. Especialmente sobre la dislexia.

—Ya te lo he contado…

—No me lo has contado todo. Puedes confiar en mí. Siempre puedes confiar en mí. No dejaré que te hagan daño o te utilicen nunca más.

—No es fácil hablar de eso. Zoe lo sabe porque estaba conmigo en la consulta, pero me siento tan avergonzada.

—Cuéntamelo.

Mira hacia otro lado.

—Leo muy mal, casi nada de hecho, y escribo muy poco también. El médico dice que cree que mi tipo de dislexia es visual, no auditiva, porque tengo un buen vocabulario. Le expliqué que es porque solía aprender palabras de películas y dibujos, pero que dejé de estudiar a los ocho años.

¿Por qué ha dejado de estudiar?

—No podía seguir el ritmo de la escuela ordinaria. Los profesores perdieron la paciencia y llamaron a mi padre. Pensaban que era demasiado vago para estudiar, pero no era cierto. Las letras y los números eran como códigos secretos para mí.

—¿No sabían que era dislexia?

—No estoy segura. Si lo sabían, nunca me lo dijeron. Nunca me llevaron al médico y llegó un momento en que mi padre me explicó que simplemente era estúpido y que lo único que evitaría que la gente se riera de mí era mi aspecto. Que no debía dejar que la gente se diera cuenta de lo estúpido que era. A partir de entonces, empecé a fingir.

—¿Fingir?

—Sí. Fingía entender las conversaciones. Fingía leer libros. Después de un tiempo, empecé a fingir que también tenía sentimientos. Nunca fui yo misma antes de venir a Estados Unidos.

—¿Fingías conmigo?

—No, nunca pude. Siempre me presionabas para que tomara decisiones. Acabé olvidándome del miedo.

—No quería que me tuvieras miedo.

—Nunca te tuve miedo. Ni siquiera aquel primer día en tu casa. Es sólo que dejaste claro que no te gustaba mi familia y pensé que eso se extendería a mí también. Así que intenté

aislarme como hice con el resto del mundo, pero no funcionó.

—¿Por qué no funcionó?

—Porque desde el principio no aceptaste lo que quería mostrarte. Siempre me mirabas como si pudieras ver más allá de mí y, poco a poco, me fue gustando.

—¿Te gustaba que te viera?

—Sí.

—¿Cómo podría no verte, mi amor? Incluso al principio de nuestra relación, estaba perdido. Sólo luchaba contra ello.

—¿Porque la hija de él?

—También, pero sobre todo porque no quería debilitarme. Tenía miedo de dejar que los buenos sentimientos se colaran y acabaran echando por tierra mis planes.

Me mira, pero no pregunta qué clase de planes son.

—Me he pasado toda la vida controlándome, pero cuando me trajiste a Estados Unidos, me sentí tan libre como si hubiera salido de la cárcel. Quería aprenderlo todo y soñaba con tener una vida normal, pero no sabía ni por dónde empezar. El orgullo me impedía pedirte ayuda. La forma en que me mirabas me hacía sentir especial.

—No sólo eres especial, eres única para mí.

—Todavía no puedo creer que estemos hablando de todo. Nunca pensé que algún día desnudaría mi alma ante alguien.

—Puedes contarme cualquier cosa. Superaremos juntos todos los obstáculos.

Ella se acurruca.

—Yo no era una imitadora cuando más joven. Como te habrás dado cuenta, a veces soy un poco irascible.

Elina me mira y yo sonrío.

Su actitud desafiante es una de las cosas que más me gustan.

—Antes hablaba sin pensar y me pegaban por ello. Incluso al principio, cuando no podía aprender, intentaba discutir. Fue entonces cuando las palizas se hicieron más frecuentes, empecé a callarme, pero no temía tanto la agresión física como temía las verbales.

—¿A qué te refieres?

—Al principio no me ofendía tanto y me decía cosas como: nadie puede saber lo estúpida que eres, porque se reirán de ti, y yo pensaba que intentaba protegerme, ¿sabes? Ocultar a la gente que yo era lento para entender las cosas. Sólo que mi padre empezó a usar eso contra mí en cada oportunidad. Cada vez que se enfadaba, si me acercaba a él, se empeñaba en recordarme lo inútil que era.

—A ti no te pasa nada. La dislexia no es un defecto. Tu madre fue negligente. En cuanto a tu padre... cada día está peor. —Respiro hondo, intentando calmar mi ira—. Si ambos conocían tu problema y lo ignoraron deliberadamente, no es culpa tuya, sino suya.

—¿No te importa?

—¿El qué?

—El hecho de que apenas pueda escribir mi nombre.

—Me importa cómo te ha marcado no recibir ayuda y vivir escondido. Ayer me diste una

fiesta perfecta para quinientos invitados. Tus ideas hicieron que recaudáramos muchos más donativos que el año anterior, así que no me digas que no eres una mujer inteligente. Sé lo capaz que eres.

—Tienes mucha fe en mí.

—Amo te. ¿Cómo podría no tener fe en ti?



Capítulo Treinta y Nueve

Manhattan - Nueva York

Dos días después

—Theo, él se niega a hablarme —digo en cuanto contesta.

—*Lo siento, Elina, pero eso no me sorprende.*

Hoy mismo he llamado a mi hermana para saber exactamente qué le había pasado a nuestra madre.

Lo que ha dicho Odin tiene mucho sentido.

Sería bastante típico de mi padre abandonarla como algo usado y seguir adelante.

Dios, debe estar destrozada.

—De hecho, ni siquiera Larissa quería quedarse al teléfono conmigo. Tuve que insistir mucho para que me escuchara, y cuando le pregunté por noticias de nuestra madre, me dijo que estaba bien, pero que no quería verme ni hablar conmigo.

—*¿Qué pasó exactamente?*

—Les dijo que la dejaran allí, como descubrió Odin. No sé nada más que eso.

—*Sigue huyendo de Odin. ¿Crees que es sólo por Orien?*

—No, no lo creo y no creo que sea por el dinero que le debe —No puedo decir demasiado porque no quiero ser desleal a Odin.

—*¿Cuál es la razón, entonces, si no es el miedo a ser acusado de asesinato?*

—Lo siento, pero no voy a hablar de ello.

Permanece un rato en silencio.

—¿Theo?

—*Estoy aquí* —dice y vuelve a hacer una pausa— *¿Le quieres?*

—Sí, le quiero. Soy feliz, Theo. Hay muchas cosas de las que tenemos que hablar, pero no por teléfono. Creo… que pronto tendré noticias.

—¿No te desgarra saber que él y Leandros se odian?

—Ya no. Ambos conocemos a nuestro padre lo suficiente como para darnos cuenta de que un hombre como Odin no perdería su tiempo yendo tras él en vano. Creo que está reuniendo pruebas para que arresten a Leandros.

—Sí, podría ser. ¿Y si llega el momento en que tengas que elegir bando, hermana?

—Si Leandros ha cometido crímenes, debe pagar por ello.

—No sé de qué estás hablando, pero seguramente lo que le hizo a Orien es razón más que suficiente para que no vuelva a caminar libremente por el mundo.

—Siempre ha sido cruel, pero nunca pensé que también pudiera ser un asesino.

—El mismo día que Orien desapareció, intentó matarme.

Pensé que no lo había entendido bien, así que le pedí que lo repitiera.

—Eso es exactamente lo que oíste. Él mismo me lo dijo ese día en la fiesta en la casa de Odin. Esperaba que mi fobia a las alturas hiciera que mi corazón se detuviera cuando me empujó de la Roca Azul.

—¿Te empujó? ¿Cómo es que nadie lo sabía?

—Nuestra madre lo sabía. Ella sólo pensó que Leandros estaba tratando de hacerme más valiente. Casi me ahogo, Elina. Fue Orien quien me salvó.

—¿Es por eso que lo mató, entonces?

—No estoy seguro, pero creo que podría haber sido la gota que colmó el vaso para ese monstruo. Sabía que nos amábamos.

—Es mucho peor de lo que pensaba. Pensé que su crueldad era sólo contra nosotros, los miembros de la familia. Luego vino el descubrimiento de la muerte de Orien, y luego… —Comienzo, pero paro.

—¿Y luego…?

—Nada. No puedo decírtelo. De todos modos, no puedo creer que él te deseara la muerte, Theo.

— Yo sí puedo.



Cuatro días después

Zoe me llamó más de una vez hoy queriendo saber cómo estaba. Tuvo que volver a Carolina del Norte, pero me hizo prometer que los visitaría pronto.

Sin embargo, ahora no puedo planear nada.

He estado muy ocupada últimamente.

Ayer fui a mi primera cita con todo el equipo médico y también con la pedagoga.

Tuve que hablar con todos por separado, pero lo que realmente me agotó fue la conversación con la psicóloga.

Me hizo muchas preguntas y no pude relajarme ni un segundo. Es extraño tener que revelar lo que siento y pienso cuando me he pasado toda la vida fingiendo indiferencia.

Mentiría si dijera que me siento cómoda yendo a terapia, pero sé que necesito ayuda y encerrarme en mí misma no me llevará a ninguna parte.

Oigo sonar la alarma del piso y se me acelera el corazón, porque sé que Odin no tardará en aparecer.

—¿Lo estamos celebrando? —bromea mientras mira hacia la mesa, pero puedo ver la tensión en su rostro. Lleva así los últimos días.

Incluso cuando se acerca y me da un beso profundo, sé que algo va mal. Odin ha estado más atento que nunca, casi obsesionado con asegurarse de que tengo todo lo que necesito, pero al mismo tiempo, de vez en cuando, lo trapo mirándome largamente.

Pensaba que después de aquella noche en la que me sinceré, nuestros secretos empezarían a salir por fin a la luz, pero me doy cuenta de que aún me oculta muchas cosas y mi intuición me dice que todas tienen que ver con mi padre.

Hoy iba a darle una respuesta a su propuesta de matrimonio, pero ahora tengo dudas.

¿Ha cambiado de opinión sobre nosotros?

Estoy mucho más segura de mí misma, pero aún me queda mucho miedo a ser rechazada, así que decido poner a prueba sus reacciones antes de acabar haciendo el ridículo.

—Hoy quería cocinar.

Ya estaba de camino a la habitación, con la parte superior del traje fuera del cuerpo. Sin embargo, se detiene y vuelve hacia donde estoy yo.

—¿Qué te pasa?

No puedo hablar.

De repente, tengo ganas de esconderme del mundo como siempre he hecho.

El amor da miedo. Me siento completamente desprotegida.

—¿Elina?

Sacudo la cabeza de un lado a otro, muy tentada de no contestar, pero no quiero seguir fingiendo.

—¿Ha cambiado lo que me dijo el día de la fiesta?

Él parece tardar unos segundos en darse cuenta de lo que estoy hablando, pero luego me coge en brazos y se dirige al habitación.

—Tengo que apagar el horno.

—Ya lo hago yo —dice, justo después de dejarme en nuestra cama—. Ahora vuelvo.

Me tumbo boca arriba y miro al techo.

Arriesgarse a decir lo que quiero tiene un alto precio.

Soy muy insegura.

Vuelve y, aún sin decir palabra, empieza a desvestirse.

—Vuelve a preguntar. ¿Quieres saber lo que? ¿Qué ha cambiado?

—Nosotros.

—No para mí, y no creo que nunca o haré.

Su cuerpo se cierne sobre mí y, como siempre, me siento protegida por la fortaleza que es el hombre al que amo.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Tú primero. ¿Por qué has decidido cocinar?

Aparto la mirada de él.

—Iba a darte la respuesta.

—¿La respuesta?

—Me hiciste una pregunta hace casi un mes. En aquel momento, dije que no podía responderla, pero ahora me siento preparada.

—Mírame —me pide, mientras giro la cara para mirarle—. No ha cambiado nada. No quería presionarte. Antes no lo sabía todo sobre ti y sobre mí. Tenía miedo de que te fueras.

—¿Ya no?

Te toca mirar hacia otro lado.

—No por falta de amor. Sé que sientes lo mismo.

—¿Lo mismo qué?

—El mismo amor que siento por ti.

Asiento con la cabeza.

—Si nada ha cambiado, ¿por qué has estado tan pensativo?

—Cuando te pedí que te casaras conmigo, no tuve en cuenta lo que te haría cuando llegara el momento de destruir a tu padre.

—¿No lo has hecho ya?

—Todavía no. Está disfrutando de la vida libremente en algún lugar del planeta.

—Tú lo quieres en la cárcel.

En lugar de responder a mi afirmación, declara:

—Le prometí a alguien que no pararía hasta que pagara por sus crímenes.

—¿A quién?

—Al hombre que me salvó. Él me rescató aquel día del incendio y me hizo jurar que haría pagar a Leandros por la muerte de mi familia.

—Si estás seguro de que fue mi padre, ¿por qué no lo entregaste directamente a las autoridades?

Se levanta de la cama.

—¿Adónde vas?

—Ahora no puedo responder a todas tus preguntas, por eso no te he vuelto a pedir que te cases conmigo. Si cuando todo acabe sigues creyendo que me quieres, te estaré esperando.

Está casi en la puerta del baño cuando lo digo:

—No va a cambiar.

—¿Qué, Elina?

—Lo que siento por ti no va a cambiar, así que ya puedo contestar.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura.

Va al armario y vuelve con una cajita.

—Había planeado una velada especial para los dos después del baile de máscaras. Christos dijo que yo no era romántica cuando se lo propuse. Soy un poco torpe con estas cosas, así que quise poner las cosas en su sitio y les hice preparar una cena en la terraza del centro de convenciones —dice, disculpándose, mientras se acerca—. Tendríamos músicos y luz de velas, como te mereces.

Me levanto y me pongo delante de él.

—Pero entonces ocurrió todo —digo.

—Sí, todo pasó y no creí tener derecho a obligarla a decidirse.

Aún no hemos hablado de Naim y, para ser sincera, no me apetece preguntar por él, pero he notado que Odin no está tan tenso por mi seguridad todo el tiempo.

Me besa en la boca, pero en lugar de arrodillarse como hacen los hombres en las películas, me levanta y me vuelve a sentar en la cama conmigo en brazos.

Sé lo que va a pasar y mi corazón está a la vez acelerado y ligero.

Creo que nuestra historia de amor es la más loca de todas. ¿A quién se le ha declarado alguna vez su novio en calzoncillos?

Miro la cara varonil de mi hombre.

No sonríe, pero me he acostumbrado a su actitud cerrada.

—No soy la mejor persona del mundo, Elina. Hasta que te volví a ver, no había muchos buenos sentimientos dentro de mí, pero desde que empezamos, has tendido un puente que ha llegado hasta mi corazón. Yo no autoricé tu llegada, ni siquiera la esperaba. Me cogió por sorpresa. No podía predecir mi amor por ti, pero me alegro de que haya sucedido así, ya que no me diste la oportunidad de estropearlo.

Estoy atenta a cada palabra.

Quiero grabar la escena para siempre en mi memoria, porque ahora puedo soñar mi propia historia de amor y ya no vivir sueños prestados a través de las películas.

—Te amo. Todo de ti. Estoy loco por tu olor, tu piel y tu boca, pero también estoy enamorado de tu fuerza, de la forma en que has sobrevivido a todos los obstáculos que te ha puesto la vida. Me encantan tus maneras pendencieras y la forma en que me desafías. Quiero vivir a tu lado, protegerte y honrarte. Quiero amar tu cuerpo, pero también ser responsable de tus sonrisas. Cásate conmigo. Te quiero a mi lado hasta mi último aliento aquí en la tierra.

Sólo cuando siento que se me moja la cara me doy cuenta de que estoy llorando.

—Nunca he tenido dudas sobre el amor que siento por ti, pero sí sobre nuestros secretos

—Concluye.

Sé que los secretos son una barrera entre nosotros, pero no dejaré que esta preocupación se interponga en mi felicidad.

—Sí, voy a casarme contigo.

Mientras hablo, abre el joyero y me pone en el dedo el anillo con el enorme diamante.

Hay mucho más que decir, pero ahora no necesito palabras. Creo que hablaremos cuando esté listo.

Me gustaría que me contaras desde el principio la historia de tus padres, el papel de tu salvador y esa promesa que dijo haber hecho.

Pero ahora mismo, todo lo que necesito es la certeza de lo que sentimos.



Capítulo Cuarenta

Dos semanas después

—¿Alguna noticia de las chicas, Grigori?

—Todavía nada. Sólo cabos sueltos, pero sinceramente no tengo muchas esperanzas de que la hija de Darius esté viva.

—Yo tampoco. Intenté localizarla. Prácticamente desapareció en el aire desde el momento en que puso un pie en Atenas.

¿En qué clase de mundo infernal vivimos en el que se vende a una niña como si fuera una mercancía? No quiero ni imaginarme la agonía que debe ser para un padre no saber el paradero de su hijita, y todo por culpa de ese cabrón.

—¿Y Argyros? —pregunto.

—Estamos siguiendo una pista. No creo que se escape esta vez.

Asiento con la cabeza, pero él se queda quieto, mirándome fijamente.

—Dime lo que estás pensando, Grigori.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Hacer sobre qué?

—¿De verdad quieres jugar a este juego? Me refiero a tus planes respecto al bastardo que trajo al mundo a tu futura esposa.

—Hice una promesa.

—¿Vas a matarlo? —pregunta sin rodeos.

No necesito darle una respuesta, porque él ya sabe cuál es.

—¿Lo sabe Elina?

—Cree que quiero llevarlo ante la justicia.

—Soy la última persona que podría darte un consejo amoroso, pero estás enamorado de esa mujer. ¿Realmente vale la pena seguir con esta venganza?

—Tú no sabes nada.

—Sé mucho más de lo que crees.

Lo que diga no me molesta. Grigori vela por mi seguridad y no estaría haciendo bien su trabajo si no intentara averiguar quiénes son mis enemigos, así como sus motivos.

—Desde que aceptó casarse conmigo, ando todo el tiempo como si una espada pendiera sobre mi cabeza.

Me levanto y me acerco a la ventana de mi despacho, dándole la espalda.

—Aunque me gustaría seguir adelante, sé que nunca tendré paz hasta que cierre esta puerta. No puedo dejarla ir.

—A veces tienes que mantener el pasado donde pertenece, Odin. Elina es tu futuro. ¿Cómo le dirás a tus hijos que mataste a su abuelo?

Tu pregunta sólo confirma lo que ya sospechaba: Grigori ha descubierto las verdaderas razones por las que voy tras Leandros.

—¿Cómo voy a decirles a mis hijos que dejé que el asesino de sus abuelos y su tía se librara de pagar por sus pecados?

—Llévalo ante la justicia, como Elina cree que harás.

—No. El no merece vivir.

—Estás siendo irracional.

—¿Te has convertido de repente en un santo?

—Santo no podría estar más lejos de lo que yo estoy y ambos lo sabemos, pero le conozco desde hace diez años. Nunca le he visto en el estado en que estaba cuando pensó que Naim se la había llevado aquella noche. Ella es su mundo.

—No lo entiendes, joder. No puedo olvidar. Oigo sus gritos. Aún oigo sus gemidos de dolor incluso después de todos estos años.

—Díselo al menos. Tal vez si ella sabe la verdad, ella encontrará una manera de perdonarte más tarde.

—No quiero arrastrar a Elina a todo el mal que su padre ha causado. Ya ha sufrido bastante en sus manos.

—Te vas a casar dentro de un mes. ¿Qué se te pasa por la cabeza? ¿Dar el cuerpo de tu padre como regalo de bodas?

Viene a mi lado, pero sigo sin mirarle.

—Dijiste que habías hecho una promesa, pero seguro que tus padres preferirían que fueras feliz.

—Suenas como Christos.

—No tiene sentido usar el sarcasmo conmigo. No funciona.

—No fueron mis padres a quienes se lo prometí. Ni siquiera tuve tiempo de despedirme de ellos.

—¿A quién, entonces?

—Por mi tío.

Es extraño llamar así a Ingvar.

Incluso después de que Christos descubriera su verdadera identidad, no puedo sentir ningún afecto familiar por él.

—¿Tu tío?

Por segunda vez en un mes, cuento la historia del hombre que me salvó.

—Christos descubrió que era medio hermano de mi madre.

—Quería vengarla.

—Creo que sí.

—Pero te usó como instrumento. ¿Por qué lo hizo?

—Él no me utilizó.

—No voy a discutir sobre ello, pero te preguntaré algo en lo que deberías pararte a pensar: ¿por qué no mató él mismo a Leandros? ¿Por qué tomarse tantas molestias?

—No fue tan fácil acercarse al desafortunado hombre. Estaba rodeado de hombres fuertemente armados.

—¿Sabe por qué su familia fue objetivo de Argyros?

—Él y mi madre eran amantes.

—¡Joder!

Camina de un lado a otro de la habitación.

—Sigo pensando que deberías retroceder. Hay mucho más en juego que al principio.

—Lo sé, pero no puedo volver atrás.



Una semana después

Llego a casa y me parece extraño que no haya venido a verme, pero cuando camino hacia donde sospecho que está, la veo sentada en la alfombra de la biblioteca con algunos libros a su alrededor.

Parece concentrada mientras mira las palabras del libro y las copia en su cuaderno.

Siento que se me bloquea la garganta.

Es muy aplicada en sus estudios. A veces incluso me preocupa un poco que se esfuerce demasiado en busca de un resultado rápido y acabe frustrada.

Por otro lado, parece tan contenta que no tengo valor para decirle que vaya más despacio.

No sé cuánto tiempo permanezco allí mirándola, pero cuando levanta la cabeza y me ve, hace un movimiento como para guardar el material.

—No te detengas. ¿Estabas estudiando?

Ella asiente.

—Intentando leer y copiar.

—¿Te gustan los profesores?

—Sí, no me presionan.

Me acerco a donde está y me siento a su lado en el suelo.

—Estoy muy orgulloso de ti.

—Todavía no te he dado una razón, pero pronto podrás volver a contarme cosas así, si Dios quiere.

—No, mi Elina. No hablo sólo de tus logros futuros. Estoy hablando de lo que eres hoy. La mujer fuerte e increíble. Mi guerrera griega.

Se sube a mi regazo.

—¿Guerrera griega?

—Sí, tengo mi propia diosa.

—Parece una locura.

—¿Cómo?

—Esto de hablar de dioses. Además, soy yo la que está prometida con el dios Odin —dice y me da un beso—. Nunca olvidaré la primera vez que me leíste aquí.

—Yo tampoco. Ese día me dijiste que te gustaría que la gente te leyera. ¿Alguien lo había hecho antes?

—Una señora de la isla que trabajaba en la cocina de nuestra casa me leía. A ella le gustaba leer y no podía permitirse comprar libros, yo tenía muchos en nuestra biblioteca, pero no podía… En fin, durante un tiempo tuvimos una especie de amistad.

Su expresión decae.

—¿Qué ha pasado? ¿Dejó su trabajo?

—Mi padre pasó. Se enteró, dijo que un Argyros no necesitaba favores y la echó.

¡Jesús! La crueldad del miserable con sus hijos era infinita.

—No te lo pienses. Ahora tienes muchos libros y a alguien que te los lee, pero seguro que pronto podrás hacerlo tú solo.

Me tira del cuello.

—¿Te he dicho cuánto te amo hoy?

—Tal vez, pero sigue. Soy exigente cuando se trata de tu amor.



Días después

—¿Adónde vamos?

Ella sonríe, con la mano apoyada en mi muslo.

Despido al conductor porque quiero intimidad, pero a pesar de ello veo por el retrovisor a los guardaespaldas que nos siguen.

También sé que unos coches más adelante hay otro vehículo para nuestra protección.

Grigori es cuidadoso con mi seguridad hasta el punto de la paranoia, y eso no es poco si se tiene en cuenta que soy una de las personas más desconfiadas que conozco.

—Es una sorpresa.

—No me gustan los misterios, Lykaios.

—Mentirosa. Te encanta que te sorprendan.

Y es verdad.

Elina es tan vibrante. Incluso las pequeñas cosas la emocionan como a un niño. Ir a buscarla para cenar sin haberlo acordado previamente, una sesión de cine y palomitas a mitad de semana y, sobre todo, los libros nuevos.

Siempre he sido un lector voraz, pero me he disciplinado para leer con ella diariamente.

No importa lo cansada que esté o cuántas veces hayamos hecho el amor, siempre saco tiempo para nuestra lectura juntos.

—¿Había estado antes en este lugar?

—No exactamente.

—¿Cuánto tiempo más?

Escondo una sonrisa ante su impaciencia.

—No mucho ahora.

Vamos a mi casa en *los Hamptons*, a unas dos horas de Manhattan.

Aparte de que creo que necesita un descanso tanto de sus estudios como de sus sesiones con el psicólogo, la biblioteca de allí es mucho más grande que la del piso, y creo que le encantará.

Noto que los días que tiene sesiones de análisis llega a casa más tranquila. No sé cómo conseguir que se abra, así que intento mimarla todo lo que puedo, y al poco tiempo vuelve a ser mi Elina de siempre. Pero me gustaría que supieras que también puedes hablar conmigo sobre las sesiones.

—Nos vamos a nuestra casa de la playa.

—¿Tienes una casa en la playa?

—No, lo hacemos. —Apoya la cabeza en el asiento del coche y cierra los ojos—. ¿En qué estás pensando?

—Pienso en dónde vamos a vivir cuando tengamos un bebé.

No me lo esperaba.

Por supuesto que quiero tener hijos con ella, pero ¿cómo explicarle que en estos momentos todos mis esfuerzos se centran en que me quiera cada día más, para que no me deje cuando mi aventura con su padre llegue a su fin?

Sin saber qué decir, le cojo la mano y le beso la palma.

Me doy cuenta de que me está mirando, pero finjo no darme cuenta y me concentro en el tráfico que tengo delante.

De repente, se hace un gran silencio entre nosotros.



Capítulo Cuarenta y Uno

Whitefish - Montana

Un mes después

Celebración de la boda

—Tu hermano acaba de llegar.

—¡Está aquí!

—Por supuesto que vine. ¿Me iba a perder que enseñaras el vestido que elegí?

Siento que los ojos se me llenan de lágrimas mientras observo al único miembro de mi familia presente. Nadie me habla, no es que sea raro, pero ni siquiera el día de mi boda dejaron de lado su resentimiento.

Llamo a mi madre todo el tiempo, pero sigue ignorándome.

Miro a ese hombre tan guapo, que además es mi hermano pequeño, y hago lo que hace un año habría sido imposible: me acerco a él y le abrazo.

—Gracias por venir.

Me abraza y me besa en la frente.

—No llore, señora. Estás maravillosa.

—¿Soy una traidora, Theo?

—No, eres una mujer enamorada de tu hombre.

—¿Incluso si este hombre odia a nuestro padre?

—No quería hablar de ello el día de tu boda, pero veo que aún te culpas —dice pasándome los dedos por la mejilla—. ¿Qué más tendrá que hacer Leandros para que te des cuenta de que no le importa nadie más que él mismo? Mira la situación de nuestra madre.

—¿Has hablado con ella?

—No. Creo que necesita algo de tiempo, Elina. Ahora mismo, quiero que te centres en tu felicidad. No piense demasiado.

—No dudo de mis sentimientos hacia él ni de que nuestro padre merece ir a la cárcel por lo que ha hecho, pero temo que el resentimiento de Odin hacia Leandros se extienda en algún momento hacia mí.

—Elina, no sucederá. Odin está enamorado de ti y cualquiera puede verlo. —Comienza a fijar la corona en mi cabeza—. En cuanto a Leandros, cinco minutos de aporte genético no convierten a alguien en padre.

Theo y yo hemos hablado mucho sobre el pasado.

Dos veces en el último mes, vino a Nueva York a verme.

Creo que ninguno de los dos tenía ni idea de lo que el otro había vivido a manos de nuestro padre, y ahora que yo también conozco su sufrimiento, es increíble cómo los dos conseguimos mantener la cordura creciendo en esa familia.

La terapia me ha ayudado a abrirme y asumir riesgos, así como a tener el valor de decir lo que quiero en voz alta.

A veces sigo cayendo en el viejo hábito de fingir emociones, pero nunca funciona con Odin. Él siempre ha tenido el poder de mirar detrás de la cortina.

Por supuesto, estoy lejos de ser la persona más segura de mí misma del mundo, pero ya no me avergüenzo de lo que fui y sigo siendo.

Theo no tenía ni idea de que yo tenía dislexia ni de que apenas sabía leer, pero se alegró cuando le dije que había vuelto al colegio.

Odin contrató a tres profesores de diferentes áreas. A veces me encantan las clases, otras veces es totalmente frustrante. Mi miedo a fracasar y a que alguien se burle de mí sigue siendo grande.

Los primeros días tenía ganas de llorar, pero ahora soy más optimista.

—Gracias por estar a mi lado hoy, Theo. No tienes ni idea de lo mucho que esto significa para mí.

Aunque en las ceremonias de boda de la Iglesia Ortodoxa no es costumbre que la novia entre del brazo con su padre, sino con el celebrante, es bueno saber que al menos una persona de mi propia sangre estará presente

Zoe y Christos serán nuestros testigos, ya que nuestra Iglesia exige que al menos uno de los padrinos esté bautizado en nuestra fe. Sin embargo, de manera informal, Theo y Derek, el marido de mi hermano, también serán nuestros padrinos. Si hay dos parejas que inspiran amor verdadero, éstas son las que hemos elegido.

Odin me dijo que, aunque él también fue bautizado en nuestra iglesia, es ateo, pero que accedería a mi deseo de celebrar la boda ante un sacerdote. Sin embargo, en lugar de casarme por la iglesia, preferí una ceremonia en la granja que tanto quiero.

Fue Christos quien consiguió eludir algunas de las normas trayendo a un sacerdote que era íntimo amigo de su padre. Fue el mismo sacerdote que celebró su boda con Zoe.

—Amo te, Elina. Estoy aquí para ti y siempre lo estaré. Dejé de intentar complacer a nuestra familia hace mucho tiempo. Nadie pensó en ti cuando te dejaron en manos de ese

enfermo. Le agradezco a Dios que Odin apareciera. Nunca podré estarle lo suficientemente agradecido.

Sé que Theo tiene razón.

Mi familia apenas se acuerda que existo.

Me hace sentir mejor saber que mi madre está lejos de Leandros, porque así puedo estar segura de que estará a salvo.

—Ahora quiero una sonrisa en esa hermosa cara. Hoy es tu día. Te casas con el hombre que amas y espero que pronto me llenes de sobrinos.

Theo y Derek tienen una niña, Belinda, que es la hija biológica de mi cuñado.

Sonrío y pienso en lo que dice. Aparte de aquel día en el coche, cuando se quedó callado, Odin y yo nunca hemos hablado de ello, pero me gustaría tener hijos.

—Theo, tengo que decir que has tenido muy buen gusto al elegir el vestido —dice Zoe, entrando en la habitación.

Se marchó discretamente en cuanto llegó mi hermano, y creo que fue para darnos un poco de intimidad.

Vuelvo a mirarme en el espejo y compruebo el vestido con los finos tirantes y el velo sujeto a ellos en lugar de a mi cabeza. Sólo llevo una guirnalda de perlas en gotas, ya que cualquier otra cosa estorbaría en el ritual de la coronación.

Es el momento culminante de las bodas ortodoxas.

Los novios reciben cada uno su corona de oro, que simboliza el honor del matrimonio. He asistido a muchas bodas y tengo toda la ceremonia grabada en la memoria.

Los padrinos cruzan las coronas sobre las cabezas de los novios y sostienen una vela y la cinta que une las coronas en procesión alrededor del altar. A continuación, los novios beben el vino de la misma copa y dan tres vueltas alrededor del *analoi*, la mesa donde se colocan el Evangelio y la cruz, en sentido contrario a las agujas del reloj.

El sacerdote nos guiará.

Llevará incienso, que servirá para purificar los objetos sagrados de la mesa y a los fieles presentes.

—Me habría gustado diseñarlo yo, pero creo que a mi cuñado le habría dado un infarto si hubiera tenido que esperar tres meses a que el vestido estuviera listo —responde Theo a Zoe

Es verdad. Odin tenía prisa por casarse, y bromeé diciendo que suelen ser las mujeres las que temen que los novios cambien de opinión.

Cassandra, la secretaria, que me asiste me dijo que había encargado hace unas tres semanas un comunicado de prensa sobre nuestra futura unión, pero que, a pesar de ello, la ceremonia será a puerta cerrada y sólo para unos pocos invitados.

— Chicos, es la hora —dice Zoe de nuevo— Christos me dijo que Odin sólo tiene que perforar el suelo mientras camina de un lado a otro.

Respiro para armarme de coraje.

— Estoy lista.



—Te amo, Odin.

Estoy un poco nerviosa cuando me mira con esos profundos ojos negros que siempre me dejan sin aliento.

—Continúa.

—¿Quitándote la ropa?

—También, pero sigue diciéndome lo mucho que me quieres.

Está sentado en la cama de nuestra suite en la granja, mientras yo abro los botones del lateral de mi vestido de novia.

Tu cuerpo es tan grande y musculoso que parece ocupar toda la habitación, pero sé que mucho más que tu físico es tu personalidad, que domina cualquier ambiente en el que te encuentres.

Y este delicioso hombre es todo mío.

Mis dedos se han equivocado varias veces.

Mi corazón se acelera.

Sucedió.

Ahora soy su mujer.

—¿Quieres ayudarme? —pregunto, muriéndome para que me toque.

—Quiero hacerlo, pero no lo haré. Desnúdate para mí. Déjame ver cuánto quieres entregarte, mi Elina.

—¿Todavía no lo sabes? Después de todos estos meses juntos, ¿no sabes lo caliente que me pones con sólo una mirada? ¿Que cada parte de mí anhela tus manos, tu boca y tu lengua?

El hambre con que me observa me hace querer rasgar la tela que me cubre.

Cuando el último botón se suelta por fin, el vestido cae holgadamente alrededor de mis caderas.

—Déjate la braga puesta —dice y finalmente se levanta de la cama.

Ahora sólo llevo la diminuta prenda de encaje, el liguero y los tacones.

Pensaba que ya me habría acostumbrado al efecto que Odin tiene tanto en mi cuerpo como en mi mente, pero no. Cada vez que hacemos el amor, es como la primera vez. La misma excitación, urgencia y deseo de sentirle llenándome, completándome.

Me sujeta mi mentón y me levanta la cara.

—Mi mujer.

—Tuya. Me encanta oírlo. Dilo cada vez que tomes mi cuerpo.

Baja la cabeza y roza nuestros labios, todavía sin tocarme. Siento que su lengua me lame la boca, como si necesitara probarme. Quiero quedarme quieta y esperar, pero no puedo, y cuando repite la acción, abro los labios, ansiosa por más.

—Hummmm... —gimo, extasiada.

Ya se había quitado el traje y la corbata. Me muero de ganas de besar su pecho musculoso.

Mis dedos buscan a tientas los botones y él deja que le desnude.

A Odin le encanta mirar y, al principio, me cohibí un poco, pero el deseo de descubrir su cuerpo siempre ganó a la vergüenza.

Cuando su camisa está abierta, poso mis labios sobre su pecho sin pelo, dejando un rastro húmedo con mi lengua.

—Me encanta el sabor de tu piel.

Con cada roce de mi boca, se estremece, pero sigue permitiéndome explorar su cuerpo.

Acabo de quitarle la camisa y paso mis manos por sus poderosos hombros.

—Me encanta lo fuerte y duro que eres.

Recorro su duro abdomen y siento cómo contiene la respiración mientras mis dedos le desabrochan los pantalones y luego bajan la cremallera.

Me arrodillo y, sin apartar la vista de ella, la acerco.

Su sexo duro asoma, abultado e hinchado a través de la tela de su bóxer. En lugar de tocarlo donde sé que él quiere, le beso los muslos, dejando que mi nariz huela su excitación.

Paso la lengua entre sus piernas, lamiendo, subiendo, hasta llegar a su rigidez. Lo muerdo ligeramente a través de la tela y él gime con fuerza, pero me permite seguir controlándolo.

Una cosa que me vuelve loco es que Odin no imponga ningún límite a nuestro placer.

Nuestro sexo es siempre urgente, pero nunca apresurado. El hambre desesperada nunca queda completamente satisfecha, porque no importa cuántas veces nuestros cuerpos se apoderen el uno del otro, siempre queremos más.

—Quiero tu boca sobre mí.

—Pide —digo mientras me bajo los calzoncillos.

Su sexo apunta hacia arriba, orgulloso, y puedo ver la humedad que rezuma.

Paso la lengua y pruebo el líquido salado. Él cierra los ojos.

—Abre la boca. Chupa.

Un escalofrío de excitación me recorre cuando me agarra del pelo.

Este era el momento que estaba esperando.

Su dominio, pero también su falta de control.

Odin se pone a prueba durante el sexo, resistiéndose a mis provocaciones, y yo hago lo mismo.

Es una especie de juego entre los dos, una competición cuyo premio es el placer. Cuando me lo pide como ahora, sé que a partir de ahora el deseo loco que sentimos los dos estará en el poder.

—¿Así? —pregunto, abriendo la boca y dejando que se deslice hasta el fondo de mi garganta.

—Eso es. Abre tu deliciosa boca y déjame meter —dice, empujando sus caderas.

Me relajo y cada vez que me penetra más, le paso la lengua hasta la base.

Sus gruñidos y el agarre de mi pelo me desesperan, así que juego con mis pechos, gimiendo alrededor de su sexo.

Parece que se le va de las manos, pues entonces me levanta y me besa profundamente.

—¿Cama?

—Donde quieras —te ruego.

Sonríe y me encara hacia una pared.

—Mantén los brazos hacia atrás. No te toques.

Mis sensibles pechos tocan la fría superficie, provocando una descarga en mi cuerpo.

Estoy temblando de deseo.

No hay dos veces que hagamos el amor son iguales. Siempre me sorprende, me vuelve loca de lujuria. Nunca sé qué esperar.

Oigo el crujido de la tela y sé que está terminando de quitarse los pantalones. Cuando me doy cuenta de que se ha agachado detrás de mí, saco las nalgas, ansiosa.

Me baja la braga y me muerde, abriéndome con ambas manos.

Gimo de anticipación y cuando siento su lengua recorrer mi húmedo sexo, me muevo hacia su cara sin ningún pudor.

—Odin…

Me lame y me saborea con la boca y los dedos, y no tardo en gemir y suplicar.

—¿Te gusta burlarte, esposa mía?

—Me encanta, pero ahora te necesito dentro de mí.

Me levanta y me sujeta los brazos a la espalda con una mano, bajando su cuerpo hasta que está en la entrada de mi sexo empapado.

Me doy la vuelta, inquieto, y recibo una palmada en el culo.

—Más —pido, a un paso de correrme.

—Deliciosa.

Me aparta el pelo con la otra mano y me muerde la nuca. Cuando sus labios rozan el lóbulo de mi oreja, suelto un largo gemido.

Odin sabe dónde están mis puntos débiles y siempre me hace agonizar de satisfacción.

—Te gustas, ¿*uh*? —pregunta, probando mi entrada, y yo muevo las caderas.

—Por favor, mi amor.

—Tu amor —me dice y empieza a penetrarme lentamente, pero no quiero esperar y me empujo contra él, haciendo que su erección abarque más de mí.

—Mi hombre. Mi único.

—¡El único! —ruge mientras me posee por completo.

Al principio no puedo moverme.

Es muy grande y estoy a su merced.

Sus caderas giran en círculos haciéndome sentirle muy profundamente, y cuando ve que estoy lista, me saca casi hasta el fondo y vuelve a entrar con fuerza.

Ambos gritamos y la tensión en mis brazos aumenta.

No me hace daño, sólo me sujeta, y la sensación de ser dominada es deliciosa.

Pongo la cara contra la pared, los estímulos de mi cuerpo son demasiado fuertes.

—Abre más los muslos —me ordena, y yo obedezco.

Me agarra el pelo con la otra mano y me gira la cara para besarme.

No puedo moverme, sólo sentir y gemir de deseo.

Le chupo la lengua y él se mueve aún más fuerte dentro de mí.

—Más fuerte. Quiero correrme.

Su mano me suelta el pelo, se dirige a mi punto más sensible, y así, con el cuerpo totalmente entregado a la lujuria, me corro por primera vez como su esposa.

Cuando se da cuenta de que me he deshecho en sus brazos, se baja de mí y, levantándome, me lleva hasta la cama.

Aunque aún estoy mareada por el orgasmo, abro las piernas para recibirlo, porque sé que todavía no hemos terminado.

Me penetra de nuevo, provocando una descarga en las terminaciones nerviosas de mi sexo sensible al orgasmo, y me da un beso húmedo, lleno de una intimidad que sólo me permitiría con mi hombre.

—Te amo, Elina —dice mientras se mueve—. Nunca pensé que me enamoraría, pero estoy loco por ti, mi mujer.

Sus palabras me sacan del mundo de los sueños y abro los ojos.

—Nunca podría amar a otro. Tú naciste para mí, igual que yo nací para ser tuya.

Su lujuria parece rozar la desesperación después de lo que digo y acelera su demanda, profundizando en su posesión.

—Mi mujer.

Lo repite cada vez, como para confirmárselo al mundo.

Muevo las caderas, provocándole, y sé el momento exacto en que va a correrse.

— Mi hombre.

— Para siempre, Elina — jura, justo antes de inundarme.



Capítulo Cuarenta y Dos

Saanen - Suiza

Luna de Miel

—¿Conocías este lugar? —pregunto.

—No. Una vez, navegando por Internet, vi una propaganda sobre esta ciudad y lo guardé en mi carpeta de futuros.

—¿El maletín del futuro?

—Sí, cosas que haría algún día cuando… bajara el ritmo de trabajo.

—Aún no has bajado el ritmo.

—He intentado viajar menos.

—No me quejo. Entre otras cosas porque cuando vuelves, siempre me dan bombones.

—Eres como una hormiga.

—Así es. Necesito comer al menos un dulce pequeño cada día.

Estamos en el salón del chalet del *complejo turístico* donde nos alojaremos durante nuestra luna de miel, y Odin acaba de encender el fuego.

La casa tiene calefacción, lo que nos protege del frío exterior, pero el olor a leña quemada es delicioso, así que le pedí que pusiera unas astillas en la chimenea.

Una de las paredes de cristal ofrece una vista completa del increíble paisaje. Aunque todavía no hay nieve.

—¿Su carpeta del futuro trata de lugares que quiere visitar?

—No, se *trataba* de todo.

—¿Trataba?

—Sí, pero hay que rehacerla.

—¿Por qué?

—Porque voy a etiquetar una subcarpeta.

Está sonriendo.

Hombrecito *sexy*.

—¿Y cómo se llamará esta subcarpeta?

—Mi Elina, el amor de mi vida. La que me hace soñar con cosas que nunca creí merecer.

Siento la misma emoción que él me transmite cada vez que me reafirma su amor.

—Va a ser una etiqueta muy grande —bromeo.

—De hecho, se resumirá. Ni siquiera cerca de lo que siento por ti.

Me subo a su regazo.

—Cuando me dices cosas así y el resto del mundo parece tan lejano, me olvido de todo lo demás. Sólo estamos nosotros dos.

Tomo su cara entre mis manos y le beso.

—No se me da muy bien decir lo que siento. Creo que nunca podré explicar lo que eres para mí, pero desde aquel día que me salvaste en la fiesta de tu casa, has llenado mi vida. Ahora me siento completa y querida. Especial y cuidada. Me haces tan feliz que tengo miedo de que se acabe.

—Mi amor por ti nunca terminará. Pase lo que pase, nunca dejaré de amarte.

—Sé que aún tienes secretos y que quieres resolver algunas cuestiones sobre tu pasado, pero, por favor, no te pongas en peligro. Me moriría de tristeza si te pasara algo. Nunca volvería a estar entera.

—Te prometo que siempre volveré a ti. Sólo espero que aún me quieras.

Un escalofrío de miedo recorre mi cuerpo, pero lo alejo rápidamente.

Amar significa confiar, y yo confío en él con mi vida.



Nueva York

Dos meses después de la boda

—Zoe, creo que estoy embarazada.

—¡Dios mío! Si no estuviera a un mes de dar a luz, estaría allí para celebrarlo.

—Cálmate, ¿has oído lo que he dicho? Creo que sí.

—No pareces entusiasmada. ¿Qué te pasa?

—Nada.

— Elina…

—Tengo miedo. No hablamos exactamente de niños. Cuando lo mencioné una vez, Odin se cerró.

—¿Querías quedarte embarazada?

—No lo había planeado. Yo… estaba tomando la píldora y puede que me haya olvidado un día o dos, pero si realmente estoy embarazada, estaré muy contenta.

—Así que eso es lo que importa. ¿Cuándo se lo vas a decir?

—Después de ir al médico. ¿Conoces alguno de confianza por aquí?

—Necesitas un obstetra. Déjame hacer unas llamadas y te daré un nombre.

—Gracias, Zoe.



He inventado muchas cosas que hacer.

He hecho los deberes varias veces, he leído una página entera del libro, que ha sido lo mejor de mi día, y ahora estoy sentada esperando ansiosa la llamada de Zoe.

Pero cuando suena el móvil, no es ella, sino la foto de mi madre la que aparece en la pantalla.

Es la primera vez que me llama desde que ella y mi padre abandonaron la isla. Me seco las manos repentinamente húmedas antes de descolgar por fin.

—¿Mamá?

—Elina… tu hermana dijo que querías hablar conmigo.

—Sí.

De repente, me quedo muda.

Pasé meses ansiosa por oír tu voz y saber si todo iba bien, pero ahora que por fin ha ocurrido, lo único que recibo de ti es frialdad.

—¿Qué quieres, Elina? ¿Qué te disculpes por el lío en el que nos has metido?

—¿Te he metido en problemas?

—Tu padre me lo contó todo: que Lykaios fue tras él porque había dado su mano a Naim y no al sobrino de Aristeu. Creaste una guerra entre Odin y tu padre sólo para mantener tu

obstinación, cuando habría sido más fácil simplemente ceder y casarte con el Jeque.

Lo que dice es tan absurdo que, al principio, me limito a escuchar.

¿Es posible que realmente creas que el problema de Odin con Leandros es sólo por mí?

En lugar de enfrentarme a ella directamente, opto por discutir con toda la calma de que soy capaz.

—Tu marido no le dio mi mano al jeque, mamá. Me vendió.

—No seas ridícula. Él no haría eso.

—¿No? ¿Entonces de dónde salió el dinero que usó para escapar? Tú mismo oíste lo que Odin dijo en la fiesta. Leandros estaba arruinado.

—No le llames así. Respeta a tu padre.

—¿La forma en que me respetabas? ¿La forma en que pensaste en mí cuando me dejaste en manos de ese hombre? Si Odin no hubiera venido a nuestra casa el día que huiste, podrían haberme violado, mamá.

—Deja de montar una escena.

—Mira, a lo mejor aún no estás preparado para esta conversación y no me apetece insistir. Cuando quieras oír la verdad, llámame.

—Te volviste arrogante después de juntarte con ese hombre.

—Este hombre del que hablas me salvó de más formas de las que vosotros, mi familia, podríais imaginar. Aparte de librarme del terrible destino junto a ese monstruo al que me habían entregado, Odin se convirtió en lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Odia a su padre.

— Sinceramente, mamá, no es una tarea muy difícil, porque ni siquiera tus propios hijos pueden admirarte. Cuando me llamaste, pensé que había alguna posibilidad de que nos entendiéramos, pero ahora me doy cuenta de que estaba equivocada. Que tengas un buen día.

Antes de que pueda decir nada más, cuelgo.

Me esforcé tanto por no llorar que sentía que la cabeza me iba a estallar.

Es muy probable que si me hubiera dicho lo que me ha dicho hoy hace unos meses, me habría golpeado, pero por primera vez sé lo que es estar rodeada de gente que se preocupa por mí. Me siento más fuerte.

Acabo de llegar a la conclusión de que si mi familia no está preparada para afrontar la realidad de quién es Leandros, no los quiero, al menos de momento, en mi vida.

Si estoy realmente embarazada, tendré que preocuparme de mi propia familia.

Se acabó mendigar su amor.

Es hora de vivir según mis propias reglas.



Capítulo Cuarenta y Tres

Nueva York

—¡Felicidades! Está usted embarazada, señora Lykaios.

Aunque ya lo sospechaba, siento una inmensa emoción ante la confirmación.

Miro al médico y luego la habitación que me rodea.

Hace unos meses habría sido impensable para mí dar el paso de venir sola a hacerme la prueba.

No sólo ha cambiado mi vida, he cambiado yo.

Puedo decir que he crecido más emocionalmente en el tiempo que llevo viviendo en los Estados Unidos que en toda mi vida.

Ya no me machaco tanto. Ya no.

El amor de Odin me ha enseñado a amarme a mí misma también.

Por supuesto, incluso después de todas las sesiones con el psicólogo, sigo sintiendo miedo de muchas cosas, pero ahora me doy cuenta de que la forma en que me educaron fue la responsable de la mayoría de mis inseguridades.

Mi padre me convenció desde pequeña de que era una inútil, y yo le creí.

Mamá prefirió esconderse detrás de su amor por Leandros antes que dar la cara y defender a sus hijos de su locura.

Estábamos a merced de toda su maldad.

Ahora puedo ver claramente el daño que me hizo crecer en esa casa.

Mi relación con Odin, mi amistad con Zoe, tener a mi hermano de vuelta en mi vida, todo me ayudó a construir, ladrillo a ladrillo, una nueva Elina.

En el pasado no había pensado en casarme, quizá porque el ejemplo que yo daba no haría que nadie quisiera casarse. ¿Qué mujer soportaría que la trataran como mi padre trató a mi

madre? Quería una historia de amor que, por lo que yo sabía, no era posible en la vida real. Un hombre que no me diera miedo y al que pudiera admirar no sólo por ser mi marido, sino por sus cualidades. Y lo encontré.

En el lugar más insólito del mundo.

En los brazos del hombre al que toda mi familia considera un enemigo, encontré el amor y el cobijo con los que había soñado durante tanto tiempo.

—No sé si seguirás viéndome, pero si ese es el caso, ordenaré algunas pruebas para comprobar que tu salud está en orden, y también haré una lista de vitaminas para el embarazo.

Embarazo.

Cada vez que repite la palabra, se me acelera el corazón.

Ahora hay una vida dentro de mí.

Un pedacito de mi amor con Odin desarrollándose en mi cuerpo.

¿Qué pensará cuando le diga que estoy embarazada?

Todavía me siento un poco insegura sobre su reacción, a pesar de que Zoe dijo que los hombres a veces tardan un poco en hacerse a la idea.

¿Será el miedo a no ser un buen padre lo que le hizo callarse la primera vez que lo mencioné? ¿O fue el hecho de que nuestro hijo tendrá la sangre de Leandros corriendo por sus venas?

No, no puede ser eso. Probablemente Zoe tenga razón. Estoy preocupadísima.

¿Cómo podría no querer el fruto de nuestro amor?

—¿Señora Argyros?

—¿Sí?

—¿Va todo bien?

—Sí, todo bien. Perdóname. ¿Qué ha dicho?



Capítulo Cuarenta y Cuatro

El mismo día

—Está en la isla.

—¿Por qué me entero de esto ahora?

—Porque a nosotros también nos tomó por sorpresa. Uno de nuestros hombres acaba de decirnos que han logrado capturarlo y llevarlo de vuelta a Grecia. Al parecer, el bastardo se descuidó. De hecho, yo planeé su descuido. Dejé de seguirlo tan de cerca. Nuestros hombres empezaron a actuar discretamente y él empezó a sentirse confiado. —Grigori se ríe—. O tal vez se le acabó el dinero. El padre de Elina no es precisamente de los que se privan de nada, y eso, combinado con el hecho de que tuvo que contratar hombres para protegerlo, debe de haber agotado sus reservas.

—Prepara el avión. Hoy vuelo a Grecia.

—Odin, podría resolver esto fácilmente y de una manera que no te involucre.

—Lo sé, pero he estado esperando mi ajuste de cuentas durante mucho tiempo. Ha llegado el momento de nuestra confrontación final.



En el avión

—Tendré que viajar.

—*¿Así que esta será una noche de despedida? ¿Cuántos días estarás fuera?* —bromea, pero hay algo en su voz que me hace dudar.

Elina parece ansiosa.

Pasé un rato en el avión armándome de valor para llamar. Creo que nunca me he sentido tan desgarrado en mi vida. Aunque estoy seguro de que ese día llegará, me parece mal hablar con ella sabiendo lo que voy a hacer.

—No, no tendré tiempo de volver a casa. Ya estoy en el avión.

—*¿Adónde vas?*

—A Grecia.

—*Me pregunto cuándo volverás.*

De nuevo la vacilación en su voz me desconcierta.

—No estoy seguro. Tal vez en dos o tres días. Ahora tengo que irme.

—*De acuerdo.*

— Elina, te amo.

Sólo espero que cuando todo esto termine, aún puedas amarme de vuelta —pero esa última parte la guardo dentro de mi propia mente.



Capítulo Cuarenta y Cinco

Al día siguiente

—Zoe, estoy realmente embarazada.

—Felicidades, mamá. ¿Estás contenta?

—Sí.

—Elina, ¿qué pasa? No tienes que ocultarme nada.

—Odin está en Grecia. Creo que ha ido tras mi padre.

Me sentí frustrada cuando me contó lo del viaje ayer y apenas dormí. Quería contarle lo del embarazo y ahora tengo que esperar a que vuelva.

No me ha vuelto a llamar, a pesar de que Grigori ha venido a ver cómo estaba hoy y también me ha llamado por la tarde.

El brazo derecho de Odin ha cambiado conmigo.

Ya no siento como si me odiara. Poco a poco me voy relajando cuando le veo.

—¿Qué quieres decir detrás de tu padre?

—No estoy segura. Creo que entregarlo a las autoridades. Estoy muerta de miedo, Zoe. Mi padre le debe mucho dinero y está la historia del primo de Odin para empeorarlo.

—¿De qué tienes miedo?

—De que Leandros haga algo para lastimarle.

—¡Dios mío! Hablaré con Christos. No creo que sepa que Odin viajó.

—No quiero involucrar a tu marido en esto. Tú también estás embarazada.

—Detén esto ahora mismo. Christos está muy unido a la familia y se volvería loco si supiera que su primo está en peligro sin que se lo digan. Ahora, prométeme que intentarás relajarte. Tienes que pensar en tu hijo.

—El médico me ha dado unas vitaminas.

—¿Las has comprado?

— Sí. Empezaré a tomarlas hoy.

— Elina, no te preocupes. Intenta descansar. Voy a hablar con Christos y en cuanto me dé una respuesta, te avisaré.



Dos días después

Necesitaba ocupar mi mente, y organizar cosas siempre funciona en mi caso. Estoy en el armario de nuestra suite ordenando algunas cajas, hasta que una en particular me llama la atención. Esta caja estaba al fondo de una de las estanterías, escondida a primera vista.

Cuando la bajo, me doy cuenta de que es un poco más pequeña que una caja de zapatos, está forrada de cuero marrón y, aunque tiene un cierre como suelen tener los baúles, el candado no está cerrado.

Me siento en el suelo y lo pongo frente a mí.

Sé que debe de ser de Odin y, por su aspecto, también es antiguo.

No suelo revisar sus cosas, pero algo me dice que debería abrirlo.

Estoy cansada de tantos secretos, y tal vez aquí encuentre las respuestas a algunos de ellos. Antes de que pueda pensar en rendirme, suelto el candado que estaba allí colgado.

Dentro hay sobres de papel marrón. Abro uno de ellos y veo que son fotografías. No necesito mirarlas de cerca para darme cuenta de que es Odin quien aparece en ellas. Incluso en las que lo muestran de bebé, puedo ver los ojos de mi marido. A medida que reviso las fotos, me doy cuenta de que son de diferentes etapas de su vida. En todas ellas hay un niño sonriente con cara de felicidad, y me pregunto si nuestro hijo tendrá la misma fuerza impresionante que su padre.

La energía que emana de Odin ya era visible desde la infancia.

Fascinada y con ganas de saber más, abro el segundo sobre. En él, la primera foto es de una hermosa mujer rubia.

Creo que debe ser mi suegra. La que mi marido decía que era una tramposa. No parece una tramposa. Al contrario, su mirada es sincera y su rostro es tan dulce que siento una conexión inmediata.

También hay varias fotografías de ella, principalmente de su infancia y adolescencia.

Luego están las de lo que creo que es el resto de su familia. Veo una de la pareja, y tengo claro que Odin ha calcado por completo los rasgos de su padre.

Pocos habrían creído, de hecho, que aquella mujer rubia y de aspecto frágil pudiera haber dado a luz a un hombre tan corpulento y moreno. Y entonces encuentro una fotografía de toda la familia.

Pero no es eso lo que me sorprende, sino la niña en brazos de su padre.

Si es una foto de familia, sólo podría ser la hermana de mi marido. Nunca habló de ella.

¿Por qué no iba a hacerlo?

Miro a los cuatro miembros de Lykaios y siento que se me hace un nudo en la garganta al pensar en lo que me dijo.

Mi padre fue responsable de destruir todo su pasado, y ahora, sabiendo que aún había una chica de por medio, sus actos parecen peores, si eso es posible.

Abro el último sobre y veo que dentro hay una carta.

Ahora puedo leerla mucho mejor, pero las palabras que contiene no tienen sentido para mí y me doy cuenta de que están escritas en un idioma que desconozco.

La dejo a un lado y debajo hay más fotografías.

Esta vez de un Odin más mayor.

Un adolescente que ya es muy alto y fuerte.

En una de ellas, tiene el mismo aspecto que cuando vivía en nuestra isla, pero no hay calidez en sus ojos.

El aire ligero ha desaparecido y lo único que puedo ver en su rostro es desafío.

Ya no es la cara de un niño. Parece un miniadulto cargado de secretos.

Estas fotos me atrapan más que las otras, porque en ellas puedo ver la transformación. El antes y el después. Y sólo entonces me doy cuenta del daño que le ha hecho mi padre.

Al mismo tiempo, estoy segura por dentro de que no fue a Grecia a detener a Leandros.

Todas las piezas del rompecabezas empiezan a encajar.

Recuerdo cómo nunca me respondió directamente sobre lo que haría con mi padre, y ahora sé que es porque no podía darme una respuesta sin obligarme a tomar una decisión.

Un hombre como Odin nunca perdonaría la muerte de su familia, y eso me dice que sólo hay una explicación para su inesperado viaje.

Él matará a Leandros.



Capítulo Cuarenta y Seis

Grecia

—Por fin tuviste las agallas de aparecer. Ya estaba aburrido de tener que lidiar con tus subordinados.

Lo último que quiero es hablar.

Hay en mí una especie de deseo masoquista de observarte.

Durante la mayor parte de mi vida, el hombre de rasgos toscos ha sido el poseedor de mi sueño.

Ahora ya no me asusta.

De hecho, desde que era muy joven, el miedo que sentía por él ha desaparecido, dando paso al deseo de matarlo, y hoy, en particular, me parece nada menos que una criatura patética.

Aunque no le vi el día que mataron a mis padres, nunca olvidaría su voz.

Cuando Ingvar me enseñó una foto suya, no pude asociar su cara con su voz. En mis pesadillas infantiles, era un monstruo sin rostro, salido directamente del infierno para hacer daño a mi familia.

Esta asociación no se produjo hasta muchos años después, cuando, sin haberlo planeado, me topé con él en la isla.

Pero él no me vio.

Nunca apartó la mirada, precisamente porque no lo necesitaba.

La bandada de guardias de seguridad que le rodeaba se aseguraba de que nadie se acercara.

El cobarde nunca estaba solo. De hecho, durante los meses que estuvo huido, contrató mercenarios para que le protegieran.

—El único que se escondía hasta ahora eras tú.

—¿Todo esto es por el dinero? Puedo devolverte lo que te debo.

Cruzo los brazos y todavía sigue de pie, mirándole fijamente.

Puede que aún no sepa quién soy, pero al menos se ha enterado de que he venido a cobrar el pago por la muerte de Orien.

El desgraciado no mandó matar a Cyrus por nada. Tenía que estar seguro de que el hombre me había revelado su secreto.

Mi silencio parece molestarle, pues empieza a pasearse, rascándose con una mano la nuca.

—Viniste a por tu primo, ¿verdad? Fue un accidente. Les dije que le dieran un susto al chico…

—Basta ya.

Como si mi orden tuviera realmente el poder de hacerle callar, sus brazos caen a los lados, pero, para mi sorpresa, se echa a reír.

Su risa está tan fuera de lugar como lo estaría ver reír al mismísimo diablo.

Sólo después de unos segundos me doy cuenta de que sus ojos no siguen el sonido.

No se estaba divirtiendo, sino intentando sacarme una reacción.

—Cuando empezaste a perseguirme, pensé que eras un hombre inteligente, pero luego te involucraste con ella.

Puedo sentir mi sangre hirviendo.

No esperaba que involucrara a Elina en nuestra conversación.

—No puedo negar que es mi hija más hermosa. Ella y ese pervertido de Theodoro, pero como probablemente ya has descubierto, la chica es más tonta que una mula.

Sigo sin moverme.

Ahora me doy cuenta de que sabe que no saldrá vivo de aquí; intenta acelerar su fin.

—¿Qué clase de hombre oye a otro hablar de su mujer y no reacciona?

—Ríndete, Argyros. No hay nada que puedas hacer contra alguien que amo que no hayas hecho ya. Elina está fuera de tus manos ahora. Es mía.

—¿Crees que me importa? Es con el Jeque con quien tendrás que llegar a un acuerdo. Pagó muy caro por ella.

—Pasé mucho tiempo odiándolo —continúo, como si no hubiera dicho nada—. A veces mi memoria me jugaba malas pasadas, diciéndome que tal vez no eras un demonio tan grande y que podía ser mi mente magnificando los hechos, pero cuanto más averiguo sobre ti, más razones tengo para poner fin a tu estancia en este mundo.

—Esto no es sobre Orien.

—No. Se trata de una familia a la que quemaste viva hace veintidós años. —Las palabras bajan por mi garganta como ácido—. Se trata de mi hermana suplicando clemencia sólo para que le digan que nadie debe ser perdonado.

Ahora veo verdadero asombro en su rostro, y me doy cuenta de que nunca sospechó que había otro hijo en la familia que aniquiló.

—Eres el hijo de Hedda.

—No menciones su nombre. Aunque sé que tú y ella son dos traidores, la memoria de mi padre merece respeto.

Primero me mira sorprendido, lo que me confunde por un momento. Luego vuelve a reír. A diferencia de la otra, esta risa ahora me suena a verdad.

—¿Crees que tu madre era una traidora? No. Sólo demasiado estúpida para no tomar la decisión correcta. Al principio, sólo me interesaba su belleza. Hedda era la mujer más hermosa que había visto. No me importaba que estuviera casada, por supuesto. No sería la primera vez que me involucraba con la mujer de otro hombre.

Su voz transmite orgullo cuando dice eso.

—Fui tras ella, pero no cedió. Intenté ser un caballero, lo que fue una sorpresa para mí, mientras la cortejaba. Cuanto más cedía, más deseo sentía, hasta que prometí lo que nunca había prometido a ninguna mujer: renunciar a Cinthya y a los niños para aceptarla.

Presto atención a cada palabra, y es una ironía que el hombre que revela la parte más oscura de mi pasado sea el mismo que me convirtió en lo que soy hoy.

—La idiota pisoteó mi orgullo diciendo que no cambiaría a su familia por nada. Ni siquiera me daría un beso.

Creo que la pobre no sabía realmente quién era yo, o no habría actuado así.

Tu discurso está lleno de burlas, pero lo único en lo que puedo pensar es en el hecho de que mi madre, a la que culpé y resentí toda mi vida, nunca nos traicionó.

—Podría decir que lamento que hayas crecido odiándola, pero sería mentira. Me gusta que la odies. Yo también te odio, incluso después de todos estos años.

—Vas a morir, bastardo. De la misma forma que mataste a mi familia. Te quemaré vivo. Lo pagarás.

Creo que se da cuenta de que hablo en serio, porque inconscientemente se aparta.

—No lo hagas, Odin.

La voz de Christos me sorprende. No sabía que también estaba en Grecia. Grigori probablemente le advirtió.

—Oíste lo que dijo. Tu madre no tuvo la culpa de nada. Este monstruo no es más que un violador con ropa cara. Ni siquiera merece morir por tu mano.

—Él mató a mi familia.

—Sí, lo hizo porque es un maldito cobarde, pero ese desgraciado es historia, hermano mío.

—Vete, Christos. No te quedes aquí o serás testigo de su muerte. No quiero involucrarte en esto.

—Me gustaría pedirle un favor, Doctor Odin.

Miro hacia atrás cuando oigo la voz de Darius, el isleño que también es el padre de Talassa, la niña desaparecida.

Para mi asombro, no está solo. Hay al menos otros diez hombres con él. Todos ellos de aspecto humilde. Reconozco a algunos de ellos como lugareños.

—No sé qué tipo de cuenta tiene que saldar con él, doctor Odin, pero sé lo que nos debe. Nos robó a nuestras hijas y nunca volvieron. Ninguna ha vuelto y estamos seguros de que fue él quien les hizo daño, doctor. Ahora, hemos venido a cobrar nuestra deuda con el bastardo, así que voy a pedirle que se vaya.

—No puedes dejarme aquí con ellos —exige Leandros, y la desesperación de su voz me hace tambalear. Es una especie de música darse cuenta de su miedo.

—No puedo hacerlo, Darius.

Christos se detiene frente a mí y me pone las manos en los hombros.

—Vámonos. Te lo pido como a tu hermano. El futuro te espera en casa. Elina está embarazada.

—¿Elina está qué?

—Tu mujer está embarazada. No te manches las manos de sangre por él. Piensa en tu familia. ¿No quieres criar a tu hijo?

Elina, mi mujer, está esperando nuestro hijo.

Mi cabeza, normalmente tan analítica, tiene un millón de pensamientos corriendo por ella al mismo tiempo, pero no por duda.

Sé lo que voy a hacer.

Sólo estoy abrumado por la información.

—Decídete. ¿Qué vale más? ¿Cumplir una promesa a un hombre que te mintió, que te engañó haciéndote creer que tu madre era una traidora, o volver con tu familia?

—Tiene que pagar por todo el daño que ha causado.

—Mira a tu alrededor. Tendrá el castigo que se merece. Pero no en tus manos.

—Si te vas, cargarás con el remordimiento de mi muerte para siempre —dice Leandros.

Por fin, siento que despierto del trance y vuelvo a mirar a Satán encarnado en un ser humano.

—Ahí es donde te equivocas. Nada de lo que te ocurra me hará perder una noche de sueño. Aunque murieras mil veces, seguiría sin ser suficiente para pagar todos los crímenes que has cometido.

Empiezo a caminar hacia la salida.

—¿Qué le dirás? ¿Qué le dirás a mi hija cuando te pregunte por qué abandonaste a su padre?

—¿Es tu hija ahora? No pensaste en eso cuando la abandonaste a un maltratador de mujeres, a un violador. En cuanto a lo que le diré, la respuesta no puede ser más sencilla: la verdad. Ella sabrá que el mal que has hecho ha vuelto por fin a cobrar su deuda.



Capítulo Cuarenta y Siete

Un día después

Abro la puerta del piso y me recibe un silencio inusual.

Al principio de nuestra relación, ella se movía con cuidado, casi como si se disculpara por estar aquí.

A veces sólo me daba cuenta de que se acercaba cuando ya estaba delante de mí, lo que no es habitual porque soy de naturaleza despierta y desconfiada.

Sin embargo, poco a poco empezó a relajarse, lo que me hizo darme cuenta, de alguna manera, de que se sentía más confiada conmigo.

Hoy, mi Elina está tan llena de vida que sé exactamente cuándo está o no en casa, lo que me hace estar seguro de que, en este momento, no hay nadie más que yo. Cojo el móvil para llamar a Grigori, pero veo un mensaje suyo en la pantalla.

*«**Grigori**: Se ha ido.»*

El pánico inicial sólo dura unos segundos.

Ya no está Naim y, en este momento, tampoco Leandros, lo que me lleva a concluir que Elina escapó de los guardias de seguridad por su propia voluntad.

Intento llamar a su móvil, pero como imaginaba, salta directamente el buzón de voz.

Abro la aplicación para localizarla, pero su móvil está apagado.

Preocupado, cojo mi móvil para averiguar dónde estuvo la última vez que el tuyo llegó a

una torre, pero antes de que pueda encenderlo, suena mi móvil.

Cuando aparece su foto, mi ritmo cardíaco se dispara.

—¿Dónde estás?

—Necesito pensar un momento. ¿Ya has vuelto? Grigori dijo que vendría hoy.

La culpa me mantiene en silencio durante un tiempo.

Ni siquiera le llamé durante los días que estuve en Grecia, y lo hice conscientemente.

De hecho, temía que oír su voz me debilitara.

Atrapado en todo el odio que albergaba, la aislé, incluso después de todo lo que habíamos pasado.

—Sí, he vuelto. Dime dónde estás. La encontraré.

Ahora que me ha llamado, podría localizarla en minutos, pero me gustaría que me dieras tu ubicación espontáneamente.

—Cerca de casa, pero no tienes que venir. Pronto estaré ahí.

Cuelga sin despedirse y yo apoyo la cabeza en la mesa, inseguro de lo que me espera.

Está embarazada y sola en la calle.

Estaba sola cuando se enteró de lo del bebé, mientras que yo puse una promesa por encima de nuestro amor.

Me dirijo al armario para coger algo de ropa. Me doy una ducha rápida.

Me siento sucio, y no sólo por fuera. No soy digno de lo que me ha dado.

Cojo una camiseta y un bóxer cuando veo, en lo alto de una de las estanterías, una caja que no debería estar ahí.

Sé de qué caja se trata.

Antes no era tan visible, y eso es porque siempre tenía cuidado de mantenerla alejada de mis ojos para no caer en la tentación de abrirla.

Ahora todo ha terminado y es hora de poner fin a este rastro de rencor.

Olvidándome de la bañera, la recojo y la llevo a la habitación.

Me doy cuenta de que probablemente Elina la ha encontrado.

Esa sería la única razón por la que está al descubierto, pero, a decir verdad, no me importa que mi mujer se haya enterado de todo mi pasado. Estoy harto de guardar secretos.

Me siento en la cama, lo abro y observo que hay fotografías fuera de los sobres, pero lo que realmente llama mi atención es la carta en papel amarillento.

Recogerla ahora no me parece tan importante como hace un rato.

De todas las cosas que puede decirme, nada cambiará el hecho de que permitió e incluso me animó a odiar a mi madre.

Desdoblo la carta y veo que está escrita en noruego.

Ingvar era profesor de idiomas, así que también me hablaba en griego, y quizá sea lo único que realmente sabía de él, aparte de su nombre.

"Odin,

Si estás leyendo esta carta, es porque tu venganza finalmente se ha cumplido.

Sé lo honorable que eres, por eso estoy seguro de que no has abierto la caja hasta ahora.

En ella encontrarás fotografías de tu madre, que resulta ser mi hermanastra menor, así como algunas tuyas y de tu familia.

Tu hermana, tu padre y tú, todos juntos, como debería haber sido hasta el final, pero sobre todo podrás recordar a mi querida Hedda.

Era mi hermana, pero yo la consideraba más una hija que otra cosa. Teníamos una gran diferencia de edad, ya que Hedda era fruto del segundo matrimonio de nuestra madre.

No nos conocimos hasta la edad adulta y sólo nos vimos unas pocas veces, pero a pesar de ello, nuestra conexión emocional fue instantánea.

Poco después, se enamoró de su padre.

Estaba de vacaciones en Atenas cuando lo conoció, y el amor entre ellos hizo que Hedda lo dejara todo.

Se quedó embarazada de ti al principio de la relación, pero no tenía ningún apoyo aparte de su propia pareja.

Las dos familias de tu madre eran ricas, por eso pude dejarte toda mi fortuna. La heredé de mi madre.

Desheredaron a Hedda después de que se casara con un griego humilde y sin cuna, su padre.

Tampoco volvieron a mencionar su nombre.

En realidad, ya no importa, porque ahora están todos muertos.

Sólo te lo explico para que entiendas cómo te encontré aquel día.

Ahora es el momento de empezar a confesar mis pecados.

En primer lugar, tengo que decir que yo fui uno de los que le dieron la espalda a tu madre.

Era una mujer hermosa e inteligente, que hablaba varios idiomas con fluidez, y me rompió el corazón verla acabar en aquel confín del mundo con un pobre tipo.

Hedda nunca había intentado ponerse en contacto conmigo desde que le dije, en nuestra última llamada telefónica, que ya no existía para mí.

Unos meses antes de la tragedia, sin embargo, me escribió desesperada, contándome que estaba siendo acosada sin tregua por un griego muy poderoso.

Empezó cortejándola, pero al final la hizo sentirse físicamente amenazada.

Por mucho que ella dijera que no, el hombre no se rendía.

Su padre, que en paz descanse, era de sangre caliente, e Hedda no quiso contarle lo que pasaba. Quizá ése fue su mayor error.

Me pidió que la visitara no sólo para conocer a mis sobrinos, a los que hasta entonces sólo había visto en fotografías, sino también para intentar hablar con el tal Argyros y conseguir que diera marcha atrás.

Aplacé el viaje dos veces por problemas de salud, pero, para ser sincero, sobre todo porque pensé que exageraba.

Nunca he podido perdonármelo.

Por supuesto, ese no será el único pecado por el que Dios tendrá que apiadarse de mi alma.

De hecho, mi propia hermana también tendrá que perdonarme, porque te mentí, Odin.

Durante todos los años que estuvimos juntos, te mentí y alimenté tu odio hacia el hombre maldito porque no tuve el coraje de matarlo yo mismo.

A estas alturas deberías saber que tu madre fue fiel hasta el final. A su amor, al hombre por el que lo dejó todo, pero también a sus hijos.

Tú eras su mundo y por eso te convertí en un hombre fuerte.

Para vengarla.

Lo convertí en un guerrero, y ahora nuestras almas estarán en paz porque tú acabaste con la vida de ese desgraciado…"

Dejo caer la carta sobre la cama porque ya no puedo verla.

Aparte de los momentos desesperados en los que aporreé la puerta del sótano intentando salvar a mi familia, no recuerdo haber llorado nunca.

Ahora no puedo parar.

Me levanto y me acerco a la ventana, pensando en todo lo que he conseguido a lo largo de mi vida.

Posesiones materiales y mucho más dinero del que jamás podría gastar, alimentado por el odio, con el único propósito de acabar con el despreciable hombre que, en nombre de su propia lujuria, destruyó mi mundo.

Siento el cuerpo aletargado, como si estuviera en una especie de trance.

Nunca me permití descansar, nunca consideré la posibilidad de relajarme, porque mi mente siempre estaba sobrecargada de planes, pero ahora sólo deseo poder alejarme de todo con ella.

Cuando Elina entró en mi vida, sabía que me dirigía a algo imposible de reconciliar, porque nunca daría marcha atrás en mi venganza, pero mi pasión, y luego el amor que ella despertó en mí, me hicieron arriesgar, desear, insistir.

Y ahora lo he perdido todo.

Mis orígenes, mi fe en la persona que creía mi salvadora, y quizás también he perdido a mi mujer y a mi hijo.



Capítulo Cuarenta y Ocho

—¿Odin?

No contesta.

Cuando entro en nuestra habitación, veo que está sentado en el suelo, cerca de la ventana.

La cabeza gacha, los brazos sueltos a los lados.

Es como si se entregara.

Siento que se me parte el corazón.

Verle así me hace darme cuenta de que, pase lo que pase, no hay ninguna posibilidad de ser feliz lejos de mi marido.

Me acerco a él despacio, porque una parte de mí aún teme el rechazo, pero mi amor es mucho más grande que el miedo.

—¿Por qué estás ahí?

Sigue en silencio.

Me arrodillo frente a él, pero como sigue sin reaccionar, sin pedir permiso, me subo a su regazo.

Le beso.

Una, dos, más otra vez, hasta que por fin siento que me aprieta entre sus brazos.

—Te amo.

—No deberías.

—Quizá no, pero no puedo hacer nada.

—Elina, ¿estás esperando un hijo nuestro?

Cojo su mano y la pongo sobre mi vientre.

—Sí. Está creciendo aquí mismo.

—¿Vas a dejarme?

—No puedo. Luché conmigo misma durante horas. Ayer vi las fotos. Por fin me di cuenta de lo que perdiste y también de quién eras antes de que mi padre entrara en tu vida.

—Te fuiste de nuestra casa.

—No, me fui a pensar.

—¿Sobre nosotros?

—Sobre mí, principalmente.

Amenaza con hablar, pero le hago callar con otro beso.

—Pensé en todo lo que hemos vivido hasta ahora. Desde que me trajiste aquí, nuestra relación, la boda… y ahora, el bebé.

—Nuestro hijo.

—Sí. Hay una nueva vida aquí, y lo que me hizo salir a caminar no fue porque supiera que estabas cazando a Leandros, sino porque estoy segura de que no quiero criar a mi hijo en un ambiente lleno de dolor y heridas, Odin. Crecí en una familia sin amor.

—Hay mucho amor entre nosotros.

—Lo sé, pero hay mucho dolor aquí. —Pongo mi mano en tu pecho—. Siento haber rebuscado entre tus cosas, pero necesitaba saberlo. Sin embargo, no pude leer la carta. Como si mis dificultades para leer no fueran suficientes, creo que estaba en otro idioma. ¿Me dirás qué dice?

Asiente con la cabeza.

—¿La guardaste para recordar? —Me paso la mano por la cara, un poco frustrada—. ¿Se puede saber? No sé casi nada de tu pasado. Antes no preguntaba porque respeto los secretos más que nadie, pero ahora tengo que pensar no solo en mí, sino también en mi hijo.

—Recibí todo lo que había en esa caja junto con mi herencia.

—¿Herencia?

—Sí. Del hombre que me salvó. Christos descubrió que era hermano de mi madre. Medio hermano, en realidad. Ingvar. La noche que murió, además de hacerme su heredero, me dejó esta caja y me hizo prometer que no la abriría hasta que hubiera completado mi venganza.

—¿La has completado?

Una repentina ansiedad me acelera el pulso.

—Llegaré a eso en un momento. Deja que te diga lo que quieres oír y luego tú decides lo que quieres hacer.

Desvía la mirada, lo que me molesta.

—De acuerdo.

—Hace unos meses, Christos decidió investigar a mi salvador. Yo no quería, pero mi primo argumentó que necesitaba saber. Nunca toqué esa caja, porque di mi palabra de que no lo haría. Me sentía en deuda con el hombre que me salvó, pero desde el momento en que Christos me habló de nuestro vínculo de sangre, empecé a dudar de los motivos de Ingvar. Las piezas del rompecabezas empezaron a surgir, pero algunas no encajaban.

—¿Por qué?

—Siempre pensé que estaba emparentado con mi madre. A pesar de los diferentes apellidos, ¿quién sino un pariente estaría tan decidido a vengarse? De todos modos, acallé esa voz en mi interior gracias a mi promesa.

—Dijiste que sospechabas que estaba emparentado con tu madre, pero ¿era sólo por su nombre? ¿Porque era escandinavo?

—No, principalmente por el odio que le tenía a su padre. A pesar de todo lo que había pasado, no era más que un niño y a veces quería vivir como un niño normal, pero él nunca me dejaba olvidarlo. Cuando pensaba que estaba perdiendo la concentración en nuestros planes, contaba y contaba todo lo que había presenciado aquella noche y cómo ya no quedaba nada de mi familia, ni siquiera para ser enterrado.

—Dios, Odin. Esto es inhumano.

—Luego llegamos a un punto en el que ya no necesitaba hacerlo. Ya estaba tan condicionado que vivía y respiraba odio.

—Nunca me odiaste.

—Lo intenté.

—¿Intentó?

—Sí. No odiar, pero antes de volver a la isla, intenté no tener piedad de ninguno de los Argyros, aunque nunca fue mi intención vengarme de ti ni de tu madre.

—Pero al contrario de lo que planeabas, siempre me cuidaste.

—Nunca hubo elección.

Coge mi mano, la besa y la coloca sobre su corazón.

—Desde el primer día que te cogí de los brazos de Jeque, te quise para mí.

—Venir contigo fue la mejor decisión que he tomado nunca. Sólo después de un tiempo aquí me di cuenta de cómo había vivido con miedo toda mi vida. Fingía indiferencia, pero la verdad era que tenía miedo de todo y, sobre todo, me creía incapaz de superar mis dificultades. Usted me ayudó a tener fe en mí misma.

—No soy un buen hombre, Elina.

—Sí, lo eres, pero quizá aún no estés preparada para oírlo. Por favor, termina de contármelo. ¿Qué decía esa carta?

—Que mintió.

—¿Cómo que mintió? ¿No fue mi padre quien lastimó a tu familia?

Dios, sólo decir eso en voz alta me llena de dolor.

—No se trata de eso. Esta parte es verdad. Yo estaba allí, ¿recuerdas? Pero mintió sobre mi madre. De eso se trataba la carta. Para que no renunciara a mi venganza, me hizo creer que mi madre era parte de ella, y que fue su relación con Leandros lo que desencadenó la muerte de todos ellos, pero eso no era cierto.

—¡Jesucristo!

—Ella nunca quiso tener nada que ver con su padre y le pidió a Ingvar que la ayudara a deshacerse de él. Sólo que cuando llegó, ya era demasiado tarde.

—Él te uso.

—En cierto modo, sí.

—No, Odin, te usó completamente.

—Elina, después de lo que presencié, creo que me vengaría de todos modos. Lo único que no puedo perdonarte es haberme hecho odiarte durante todos estos años. Te odiaba casi tanto como a tu padre.

—¿Por qué tuviste que ir a Grecia esta última vez?

No estoy seguro de querer esta respuesta, pero lo dije en serio cuando dije que no criaría a mi hijo con una mentira.

Suspira y, después de darme un beso en la frente, se levanta conmigo en su regazo. Luego me deja en la cama y se mueve por la habitación.

—He descubierto el paradero de tu padre. Lo he estado buscando durante todos estos meses, desde el día en que se escapó, y cuando por fin lo capturamos, te pedí que lo llevaras allí.

—¿Y qué pasó cuando lo encontraste?

—He imaginado ese momento durante muchos años, ¿sabes? El momento en que lo destruiría. Sin embargo, cuando estuvimos cara a cara, el monstruo que atormentaba mis pesadillas ya no me asustaba, sólo me repugnaba.

—¿Lo mataste?

—No, pero no lo salvé.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que yo no era su único enemigo. Los isleños aparecieron en el cobertizo para botes. Además de otros crímenes, tu padre fue responsable de la desaparición de muchas chicas en nuestra isla y las vecinas. Los hombres que fueron allí eran tus padres. Me pidieron que les dejara ajustar cuentas con Leandros y me fui. No quería, pero lo hice.

—¿No querías?

—No. Me confesó que mi madre nunca cedió a su acoso. De hecho, se rió cuando me lo dijo. Se rió porque yo había pasado todos esos años pensando que ella había sido infiel. Fue entonces cuando supe con certeza que tenía que morir.

—¿Y por qué te fuiste, entonces?

—Porque descubrí que estabas embarazada. Había apartado todo lo nuestro al fondo de mi mente, porque no podía volver atrás y dejar de honrar a mi familia, pero cuando Christos me dijo que esperabas un hijo nuestro, fue como si se abriera una cortina.

Se arrodilla ante mí.

— Tú eres mi vida. Mi presente y mi futuro. Dijiste que no querías que nuestro hijo

creciera en un ambiente de odio. Yo tampoco, pero tienes que saber que, aunque no lo maté con mis propias manos, lo dejé con quienes sí lo harían, y no he sentido ni siento ningún remordimiento por ello.



Capítulo Cuarenta y Nueve

Espero, algo ansioso, a que ella decida nuestro futuro. No puedo hacer nada más que eso.

Puede que las cosas que he dicho hayan sido brutales, pero todas y cada una de ellas han sido ciertas.

Si este es el comienzo de nuestra vida como marido y mujer, además de padres, quiero que se base en la honestidad.

—No puedo negar que lo que me estás contando me ha sacudido, pero desde el fondo de mi corazón, creo que es mucho más porque hemos crecido escuchando que hay que querer y respetar a las mamás y a los papás que por lo que yo pueda sentir por él.

Su rostro está tan serio como siempre.

—Leandros nunca fue un padre para mí ni para ninguno de mis hermanos. Fue el proveedor, pero, sobre todo, nuestro verdugo. No sé si alguna vez me recuperaré por completo de las cosas que me hizo. Ni siquiera tengo el valor de decirlo en voz alta. Las humillaciones, las palizas…

—Nadie volverá a ponerte un dedo encima. Te lo prometo.

Ella niega con la cabeza.

—La gente cree que tener un padre y una madre en casa es lo mismo que tener amor. Se equivocan. Para la sociedad griega, la familia Argyros era un ejemplo, sólo que nadie tenía ni idea de lo que pasaba cuando se cerraban las puertas.

Sé que debería esperar a que termine, pero no puedo. La tristeza en su voz me obliga a tocarla.

—¿Recuerdas cuando te dije que no quería casarme? Yo, como la mayoría de las chicas, soñaba con tener una familia, pero al crecer y ver cómo trataban a mi madre, el matrimonio se convirtió en una prisión.

—¿Te sientes unida a mí?

—Sí, pero en el buen sentido. No quiero marcharme.

—No quiero que te vayas, mi Elina. Antes de ti, la vida era sólo una sucesión de días sin sentido.

—¿Tiene sentido ahora? La vida, quiero decir. No hablamos de tener un bebé, y estoy embarazada.

—No quería prometer nada sin saber con certeza cómo sería nuestro futuro, pero necesito que sepas que cada respiro que tome de ahora en adelante será para ti y nuestro hijo.

—Venga aquí.

Se estira detrás de ella en la cama y le da unas palmaditas en el costado.

Me quito los zapatos y, tras tumbarme, la estrecho entre mis brazos.

—¿Se acabó? ¿Ha quedado atrás el pasado? Necesito su palabra.

—Sí, lo tienes.

—Odin, cuando hoy he salido de casa lo he sopesado todo y he decidido que estoy exactamente donde quiero estar, pero necesito que me prometas que no habrá más espacio para el odio o el rencor en nuestro hogar. Te quiero más de lo que puedo explicar, pero sólo me quedaré si te entregas en cuerpo y alma a nuestra familia. Quiero construir un hogar contigo, pero uno en el que haya amor entre nosotros y los hijos que tendremos.

—Eso me suena al cielo.



Capítulo Cincuenta

Grecia

Seis meses después

Caminamos de la mano en silencio hasta el lugar donde se encuentra la tumba de su familia.

Esa no fue más que otra de las mentiras de tu tío en su supuesto intento de hacerte fuerte. Para mí, este Ingvar no es mejor que Leandros.

¿Qué clase de persona destruye a sabiendas el amor y la fe de un hijo en su madre por venganza? El daño que ha hecho a la parte emocional de mi marido puede tardar mucho tiempo en sanar.

Odin me dijo que cada año, en el aniversario de sus muertes, recordaba el dolor de la familia.

A pesar de ello, sólo supimos que los habían enterrado cuando Odin decidió leerle la carta de Ingvar hasta el final.

Hoy espero que mi marido encuentre por fin la paz.

Sé que soy su mundo, pero aún tiene momentos de introspección. Creo que Odin pasó demasiado tiempo guardándose todo para sí mismo, así que no es fácil aprender a compartir.

El mismo día que decidimos nuestro futuro, me contó su historia sin ocultarme ningún detalle. Al principio, intentó no contármelo debido al embarazo, pero en el último año he aprendido mucho sobre mí misma.

Lo principal es que no soy una flor frágil.

Recordó cómo había sido su infancia antes de que le afectara la enfermedad. Compartió los sueños de un niño que quería ser astronauta y que tenía unos padres cariñosos, a pesar de tener pocos recursos para ellos y sus hijos. Unos padres que les dieron a él y a su hermana pequeña todo lo que mis hermanos y yo nunca tuvimos: cariño, atención y abrazos.

Y entonces me habló de su pesadilla.

Habló de cómo Leandros prendió fuego a la casa con toda su familia dentro. Apenas pudo escapar.

Con cada hecho que relataba, me invadían los sentimientos. Ira, rebeldía, dolor, pero sobre todo un inmenso amor por el hombre que elegí compañero.

—Es extraño aceptar que la amo.

Lo abracé por la cintura, dejando que mi cabeza descansara sobre su pecho.

— ¿Aceptar?

—Sí, aceptar. Creo que nunca dejé de quererla, ¿sabes? Simplemente no podía perdonar lo que creía que había hecho. Y luego descubrí que era inocente y me culpé.

—No puedes culparte. Eras sólo un niño y te engañaron.

Él asiente.

—Gracias por venir conmigo. Pensé que podría hacerlo solo, pero ahora no estoy tan seguro.

—He venido a traer a nuestros hijos para que conozcan a la familia.

Como esperaba, sonríe y me pone la mano grande sobre el vestido.

Hemos descubierto que estoy embarazada de gemelos.

Al parecer, esto es habitual en la familia Lykaios, ya que Zoe también dio a luz a dos niños pequeños.

—Sí, nuestros hijos han venido a conocer a la familia. —Me besa en la frente y continúa: — Pero no tengo nada de ellos para enseñar a los niños en el futuro, aparte de las fotografías que me dejó Ingvar.

—Se te da bien contar historias. Ya me sentía muy implicada, pero creo que fueron aquellas noches en la biblioteca de tu piso las que sellaron mi destino.

Después de depositar las flores en las tumbas, volvimos andando al coche.

—Cada vez que me leías, desentrañando un mundo que yo sólo podía imaginar porque no entendía todas las palabras, me enamoraba un poco más.

—¿No era el sexo de invertir la rotación de la Tierra, entonces?

Suspiro aliviad de que estuviera bromeando y me prometo a mí misma trabajar para hacerle sonreír más a menudo.

Mi marido aún es muy joven, pero hasta ahora ha tenido más tragedias que motivos para sonreír.

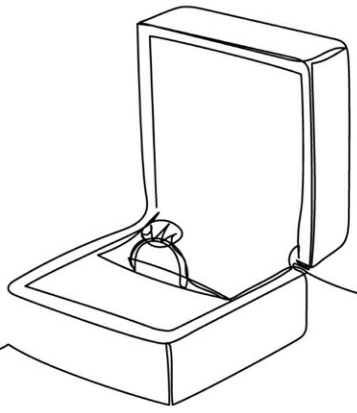
—Ah, sí. ¿Cómo he podido olvidar nuestro sexo caliente y sudoroso?

Antes de entrar, tira de mí hacia el coche, abrazándome, hasta que se inclina para besarme.

—Te amo, mi Elina. Vivo por ti.

—Te quiero, mi marido, y estoy deseando llenar nuestra casa de muchos niños. Para llenarla de nuestro amor.

Elina



Capítulo Cincuenta y Uno

Nueva York

Cuatro meses después

—Son perfectos —dice mi marido.

Miro a las dos pequeñas criaturas que hemos traído al mundo. Tyr y Aegir. Elegimos nombres escandinavos para nuestros hijos, siguiendo la tradición de la familia del abuelo materno de Odin, que siempre inscribía a los bebés varones con nombres de dioses nórdicos.

Duermen boca abajo después de que les haya dado el pecho, mientras Odin me abraza por detrás, velando por ellos.

—Lo son. Cuando los miro, es como poder tocar nuestro amor —digo.

—Incluso antes de ellos, tocaba a mi amor todos los días —dice y me da un beso en el pelo.

Me doy la vuelta en la cama para mirarle.

—Tú y los niños sois mi mundo, Odin. Nunca imaginé que pudiera ser tan feliz.

Me estrecha en sus brazos y me siento protegida al instante.

De hecho, nunca volví a sentir miedo.

No es sólo que no tenga miedo de que alguien nos haga daño, es que he perdido el miedo a vivir.

Ya no me avergüenzo de equivocarme con las palabras, por ejemplo, cosa que sigue ocurriendo.

Durante todo el embarazo estudié con más disciplina, porque mi sueño es poder leer cuentos a mis hijos.

El día que le conté esto, su respuesta fue que estaba seguro de que podría hacerlo, y es esta fe en mí lo que me está devolviendo la autoestima.

Tampoco se parece al hombre que conocí, pero en el buen sentido. Poco a poco, su expresión cerrada se suaviza. No creo que vuelva a ser extrovertido o bromista, pero por fin ha encontrado la alegría de vivir.

Me encanta verle con los niños.

Los dos se parecen a su padre y es como ver a un gigante cuidando de sus miniaturas.

Habiéndome criado en un hogar donde nuestro tiempo se dividía entre la violencia y el desamor, es maravilloso ver lo apasionado que puede ser un padre por sus hijos.

—Crecí siendo testigo de la felicidad de mis padres, pero pasé muchos años albergando malos sentimientos. No sabía lo que era simplemente vivir la vida —dice, como si leyera mis pensamientos—. Poder levantarme cada día y tener la certeza de que los tres estáis a salvo, y de que nada ni nadie puede apartaros de mí, vale toda mi fortuna.

—Eres un romántico, Lykaios.

—He estado practicando. —Me dedica esa sonrisa en la comisura de los labios que, por cierto, siempre me ha hechizado.

Odin me dice más con la mirada que hablando.

A veces nos comunicamos así, perdidos el uno en el otro, quizá porque no hay palabras posibles para explicar lo mucho que nos queremos.

Nuestra historia no es un romance de cuento de hadas.

Sufrimos, nos enamoramos, superamos el dolor y, al final, conseguimos construir nuestro propio universo.

Tengo mucho que agradecer.

¿Cómo podría estancarme en el pasado?

Por supuesto, todavía hay algunas situaciones en las que se aprieta el gatillo y oigo la voz de mi padre y todas las cosas malas que me dijo. Cuando los recuerdos vuelven en días así, esa semana pido una cita extra con mi psicólogo.

No porque me sienta frágil, sino para no dejar que Leandros, incluso desde la tumba, siga atormentando mi vida.

Mi padre pasó casi toda su existencia en la Tierra practicando el mal. Lo que Odin no me dijo, Grigori lo hizo.

Las chicas desaparecidas de las islas griegas, por ejemplo. No hay señales de que estén vivas. Leandros dejó un rastro de destrucción por donde pasó y quizás más allá, pero al final lo perdió todo y nosotros sobrevivimos.

Incluso mi madre lo está superando.

Larissa dice que ha estado saliendo y que ha hecho algunos amigos en Francia, donde vive mi hermana con su familia.

Ha hablado conmigo varias veces por móvil, pero se niega a venir a visitarme por culpa

de Odin. Le culpa a él de todos los cambios en su vida, no al monstruo que era su marido.

Creo que está en negación, mi psicóloga usa mucho ese término. No puede reconciliarse con su pasado ni perdonar sus propios errores, así que quizá para ella, en este momento, sea preferible fingir que no ocurrieron o culpar a los demás.

También me doy cuenta de que debe ser difícil recordar todo lo que se ha hecho pasar en nombre de su amor por mi padre, y no seré yo quien siga presionándola para que cambie.

He aprendido que para que nuestra transformación sea real, tenemos que quererla nosotros mismos. No hay estímulo exterior que pueda provocar un cambio real.

Se levanta y me coge de la mano.

Después de colocar los cojines alrededor de los gemelos y el vigila bebés, salimos de la habitación. Sin embargo, antes de que pueda dar dos pasos, se detiene y me abraza.

—¿En qué estabas pensando?

—En cambios.

—¿En cambios?

—Sí. Aquí dentro. —Me toco la cabeza.

—¿Por qué ahora?

—Sigo pensando mucho en la vida. Durante mucho tiempo he vivido dentro de mi propia mente, así que me gusta parar de vez en cuando y analizar cómo van las cosas en general.

—¿Y está contenta de cómo van las cosas, señora Lykaios?

Jesús, esa sonrisa siempre tendrá el poder de hacer temblar mis rodillas.

—Me encanta cuando me llamas así… Sra. Lykaios.

—¿Por qué?

—Porque me hace estar segura de que soy tuya.



Primer Epílogo

Nueva York

Dos años después

— Me gustaría dar las gracias a todos los que han contribuido a hacer posible esta noche. La Asociación de Apoyo a la Dislexia agradece vuestra ayuda a nuestra causa. Me llamo Elina Lykaios y, hasta hace unos años, apenas sabía leer…

Mientras escucho hablar a mi mujer, mi amor y admiración por ella crecen aún más.

Elina ha conseguido superar poco a poco sus traumas.

Después de recibir ayuda especializada y salir de la oscuridad a la que había estado sometida toda su vida, podría haberlo mantenido oculto a la gente. No habría necesitado exponerse, mostrando al mundo el maltrato paterno que sufrió a causa de sus dificultades.

En cambio, mi valiente esposa, el amor de mi vida y la madre de mis hijos, decidió emprender la lucha y compartir su historia.

Fundó una asociación de apoyo y orientación sobre la dislexia, y todos los años organiza una fiesta solidaria para recaudar fondos para otras instituciones menos afortunadas que la nuestra.

En la asociación, los padres reciben charlas de un equipo médico, así como de pedagogos y psicólogos, para que puedan apoyar a sus hijos.

Además del tratamiento, es esencial trabajar la autoestima del niño. Así, no crecerán sintiéndose inferiores por ser diferentes.

La vi hablar varias veces, y cada vez me enamoré un poco más de la rubia que cambió mi vida.

Puedo decir que aprendí a ser feliz.

De hecho, fue un aprendizaje mutuo.

Ambos nos enseñamos a confiar, pero creo que el vínculo fundamental para superar el pasado fueron nuestros hijos.

Al formar nuestra propia familia, necesitábamos centrarnos en el futuro.

No queríamos que los niños se vieran afectados por el sufrimiento de nuestra infancia, y puedo decir que la positividad de mi mujer fue nuestro apoyo.

Sin embargo, no hemos dado la espalda a nuestros orígenes. Hemos estado en Noruega, aunque ya no tengo parientes vivos. También hemos llevado siempre a los niños a Grecia.

Ahora en otra isla.

He comprado otra y he trasladado allí los caballos de Elina.

No quiero a mis hijos en la isla donde pasé mi infancia, donde mataron a mis padres, ni donde ella creció. Le pasé la propiedad de la parte privada de la antigua isla a Milena, porque allí está enterrada su familia.

Ya no tengo ningún interés en volver a ese lugar. Para mí no representa más que la muerte.

Primero, la de mi primo Orien, y luego la de Leandros Argyros, una cáscara de ser humano.

Nadie sabe a ciencia cierta qué ocurrió aquel día en que lo dejé con los isleños, pero tiempo después su cuerpo fue recuperado por un pesquero.

La causa oficial de la muerte fue ahogamiento, aunque yo no me lo creo ni por un segundo. Cualquiera que se ponga en la piel de los padres de las chicas desaparecidas puede comprender que su final no debió de ser clemente.

En cuanto a Naim, se ha especulado mucho sobre su desaparición, pero no se ha demostrado nada. Parte de la prensa informó de que había huido a un paraíso fiscal y que vivía bajo otra identidad con su propio harén privado.

La mayoría de los medios, sin embargo, apostaban por que estaba muerto. A medida que pasaban los meses y no aparecía, sus víctimas salían a la luz. Era un espectáculo feo y seguro que muy embarazoso para la familia.

Actrices, modelos e incluso personalidades de la alta sociedad de Estados Unidos y Europa hablaron de fiestas a las que habían sido invitadas en su yate, y de que habían sido obligadas a mantener relaciones sexuales no sólo con el propio jeque, sino también con algunos de sus amigos.

Al final, las mujeres recibieron un cheque para guardar silencio. Sospecho que no lo denunciaron antes por vergüenza. Sin embargo, una vez que saltó la primera noticia, fue como abrir la caja de Pandora.

El emirato de Rheadur, en el que Naim era la máxima autoridad, intentó por todos los medios contener el escándalo, pero fue en vano. Cuando la prensa huele el olor de la carroña, nada puede detenerla.

En cuanto a mí, sé que lo volvería a hacer.

Lo mataría tantas veces como hiciera falta si eso garantizara la seguridad de mi Elina.

—Por eso me complace anunciar que el dinero recaudado este año nos permitirá crear otros tres centros de apoyo a la dislexia en nuestro país. Una vez más, muchas gracias por vuestra generosidad y apoyo a nuestra causa. Buenas noches a todos.

El público se pone en pie y estalla un aplauso en la sala.

Sonrío mientras ella se acerca a mí.

No podría estar más orgullosa.

La mujer introspectiva que parecía esconderse del mundo ha dejado aflorar lo que siempre sospeché que era su verdadera naturaleza.

Vibrante, hermosa, carismática.

Elina sigue emocionándome como la primera vez que la toqué.

Todavía puedo sentir el calor que se extiende por mi cuerpo cada vez que estamos cerca, y ese amor loco desborda incluso después de tres años juntos.

—Estuviste maravillosa —le digo en cuanto la tengo en mis brazos.

No me importa quién nos mire ni cuántos fotógrafos graben nuestros besos. No tengo intención de ocultar al mundo lo loco que estoy por ella.

—Puedes ahorrarte tu encanto, Lykaios. Ya soy tuya

—Sí, pero esto no es un intento de seducirla. Estuviste realmente increíble. Los niños están muy bien representados.

— No quiero que otros jóvenes pasen por la misma pesadilla a la que yo fui sometido. Dando instrucciones a sus padres para que les ayuden, pueden crecer seguros de su potencial.



Segundo Epílogo

Nueva York

Seis años después

—Mamá, me encanta cuando me lees.

—¿Te gusta? ¿No te cansas de que lea despacio?

—No. Es muy bonita tu forma de leer, porque puedo imaginarme los personajes y toda la historia.

Sonrío y beso el pelo de mi niña.

—No pasa nada, cariño. A mí también me encanta leerte, pero ya es hora de irse a la cama.

Acomodo las mantas y me levanto, pero aún paso un rato de pie en la puerta de la habitación, incluso con la luz apagada.

Nadie puede imaginar lo que significa para mí algo tan trivial como contarles un cuento a mis hijos, aunque a los gemelos ya no les guste. Ya tienen ocho años y no quieren ciertas atenciones.

Sin embargo, a pesar de su independencia, Odin siempre les hace dormir. Es una pequeña batalla diaria, pero mi marido es un guerrero incansable.

Es un padre cariñoso, pero al mismo tiempo sabe controlar a nuestra tropa, ya que es una verdadera lucha conseguir que los chicos se laven los dientes antes de acostarse.

Son pendencieros y no se rinden fácilmente, pero ¿qué podía esperar de una mezcla de Odin y yo?

Nuestra Catherine, en cambio, tiene un temperamento tranquilo y me pregunto de quién lo habrá heredado. ¿La abuela Cinthya, quizás?

Hemos estado intentando aumentar nuestra descendencia y Zoe dice que, como ella, podría volver a tener gemelos. No me importa. Quedarme embarazada de dos bebés de forma natural fue como si me tocara la lotería.

Intento criar a nuestros hijos de una forma totalmente distinta a como lo hacía antes.

Aquí en casa nadie grita y no creemos en los castigos físicos. A pesar de ello, basta una mirada mía o de papá para acabar con cualquier rebeldía que se inicie.

Odin es maravilloso con los niños. Presente, cariñoso, protector, pero al mismo tiempo les da la libertad de crecer de forma independiente.

Ambos enterramos el pasado.

Aprendimos a dejar descansar a los muertos y a seguir adelante con nuestras vidas.

Tardé en perdonar a mi familia, pero ahora no le guardo rencor. El único miembro con el que tengo una relación verdaderamente fraternal es mi hermano.

Hay una barrera infranqueable entre las chicas y yo. Aunque las tres acudieron a mí después de que contara al mundo, a través de la asociación de apoyo a la dislexia, todo lo que pasé durante mi infancia y parte de mi vida adulta, hay vínculos que no se pueden coser sin más.

Es como un objeto que, una vez roto, no importa cómo pegues las piezas, nunca será perfecto.

Mi madre, para sorpresa de todos, se volvió a casar y ahora vive en California con su nuevo marido. Sigue siendo extremadamente dependiente, porque creo que está en su naturaleza, pero Robert, mi padrastro, parece estar intentando animarla a madurar y a invertir en sí misma.

Como con mis hermanas, hay una distancia emocional entre nosotras. Nos hablamos muy poco y, para ser sincera, me he acostumbrado a su ausencia.

No albergo ninguna pena, pero no puedo simplemente borrar los primeros treinta años de mi vida. No me permito pensar en Leandros salvo durante las sesiones de análisis.

He seguido yendo a terapia, no sólo por la dislexia, sino por todos los traumas que he sufrido desde niña, y sólo entonces, cuando intento trabajar en mi pasado, el hombre cruel que destruyó tantas vidas tiene algún espacio en mi mente.

En cuanto salgo, veo a mi marido cerrar la puerta de la habitación de los niños.

Sonreímos con complicidad, ya que por fin tenemos algo de tiempo para nosotros.

Odin evita viajar todo lo que puede estos días y a mí me encanta que nuestra familia coma junta casi todas las comidas. Creo que ambos teníamos esa necesidad de formar el núcleo. De formar parte de un todo.

—Por fin, solos —dice con una sonrisa, y no pierdo ni unos segundos antes de estar en el calor de sus brazos.

—Sí, creo que ya todos duermen

Me coge en brazos —incluso después de todos estos años no ha perdido esta costumbre— y se dirige a nuestra habitación.

—Tengo una idea. Unas cuantas, para ser sincero.

—¿Ideas? ¿Me van a gustar?

Me mordisquea la oreja y sonríe.

—Seguro que sí.

—¿Esas ideas nos implican a los dos desnudos?

—Qué traviesa, mi diosa griega.

Me río. Me pone un montón de motes, algunos en noruego, que ni siquiera sé qué significan; no adivino cuál será el del día.

—¿Qué puedo decir? Me has convertido en una adicta al cuerpo.

—Me gusta esta adicción tuya. No quiero que me la curen.

—No necesito una cura. De hecho. —Beso tu barbilla—. creo que necesito otra dosis de mi Odin.

—¿Te he dicho cuánto te amo hoy?

— No lo suficiente.

— Te amo, mi Elina. Tú y nuestros hijos son mi riqueza. Nunca podré estar lo suficientemente agradecido a Dios.

—Nunca imaginé una vida como la que nuestro amor me ha dado, Odin. Si alguien debe estar agradecido, soy yo.

Fin

Nota: en las páginas siguientes encontrará dos bonificaciones para futuros libros.

Bono

Grigori

Grecia

Dos meses después de la muerte de Leandros Argyros[3]

Camino por el áspero terreno, pensando que ésta debe de ser la última vez que paseo por aquí. Odin ha decidido donar la isla a una cooperativa dirigida por Darius.

Sólo la parte privada, donde se encuentra la mansión que construyó, permanecerá inaccesible para los lugareños; esa zona pertenece ahora a su prima Milena.

Miro el emplazamiento del cobertizo para botes que acabamos de derribar y pienso en cómo Leandros pagó gloriosamente por todos sus pecados aquella noche en que lo dejamos con los isleños.

No soy de los que se impresionan fácilmente, pero nunca habría imaginado que alguien de aspecto tan pacífico como Darius fuera capaz de liderar un asesinato. No creo que nadie sepa a ciencia cierta qué haría un padre o una madre para vengar a su hijo.

En cualquier caso, el monstruo recibió su merecido.

Estoy a punto de subir al coche cuando una mujer de aspecto cansado, que no creo que tenga ni cuarenta años, se cruza en mi camino.

—No está muerta.

Me quedo mirándola un momento, intentando recomponer el rompecabezas, pero no tardo mucho y me doy cuenta de que estoy hablando con la mujer de Darius. La he visto varias veces.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo siento en mi corazón. Por favor, encuentre a mi hija. No he dormido bien en tres años. Aquí hay una foto de ella.

Mi primer instinto es decir que lo siento, pero que no me involucraré. Pero hay tanta desesperación en su rostro que acabo reconsiderándolo.

Le quito la foto de la mano y la guardo sin mirarla.

Saco una tarjeta del bolsillo y se la doy.

—Llama a este número dentro de un mes. Veré qué puedo hacer.



En cuanto subo al coche, saco mi móvil desechable y llamo a la única persona que podría averiguar el paradero de la chica. Mi primo, el jefe de la mafia rusa en Estados Unidos.

—¿Qué desea?

—Necesito un favor.

—¿Un favor más

—Sí, quiero que averigües si una mujer, una niña de hecho, está viva. Su nombre es Talassa.

—Si ella ha desaparecido, el nombre es lo menos importante. Necesito una fotografía.

—La enviaré enseguida.

—No. ¿Dónde estás?

—En Grecia.

—Alguien te encontrará cuando vuelvas a Estados Unidos.

Cuelga sin despedirse.

Si hay alguna posibilidad de que la chica vuelva con su familia, Yerik es la persona que puede hacerlo.

Bono

Kaled Fouad Ayad Badawi Faheem

Segundo en la línea de sucesión al Emirato de Rheadur

Tres meses después del Baile de Máscaras de Elina e Odin

—Conseguí unas imágenes de las cámaras de vídeo de un hotel de Manhattan que muestran a Su Excelencia entrando y saliendo del local con varios guardias de seguridad. Iba vestido con ropas occidentales, pero no me cabe duda de que se trataba de su hermano, señor.

Me dan ganas de poner los ojos en blanco ante la formalidad de mi ayudante.

No importa cuántas veces le diga a Amin, mi amigo de la infancia, que puede ser más natural cuando estamos los dos solos, el hombre nunca escucha.

—¿Por qué se escabulliría Naim a Estados Unidos?

No dice nada, sólo levanta una ceja, y creo que los dos pensamos lo mismo: mi hermano mayor, y también jeque de nuestro emirato, se ha ido detrás de alguna mujer.

Naim siempre ha tenido debilidad por el sexo femenino, y más veces de las que puedo recordar, su lujuria sin límites le ha metido en problemas.

Dentro de nuestro país, mi padre consiguió silenciar los escándalos, que yo sepa, porque nunca me quedé allí el tiempo suficiente para estar seguro. El problema es que Naim empezó entonces a cruzar fronteras, dejando rastros de confusión por toda Europa y ahora, quizá, también en Estados Unidos.

—¿Alguna idea de quién es?

—No, pero últimamente ha estado en la isla de Argyros con bastante frecuencia. En ese momento, sólo quedaba una de las chicas de Argyros en la que podría haberse interesado. La rubia que ahora es la esposa de Odin Lykaios.

—Investígalo, aunque no creo que sea muy probable. Ni siquiera mi hermano sería tan estúpido como para ir tras la esposa de otro hombre, especialmente alguien tan peligroso como Lykaios.

—¿Peligroso?

—Sí, a mí no me engaña. Esa refinada apariencia de director general esconde un salvaje detrás. Créeme, no es el tipo de hombre que quieres tener como enemigo.

—¿Y si ese es el caso? ¿Si tiene algo que ver con la desaparición de Su Excelencia?

—Entonces tendré que averiguar qué pasó. Prepara el avión. Partiré hacia los Estados Unidos mañana temprano. Necesito ver de primera mano la clase de problemas que mi hermano se ha creado. Sus esposas e hijas merecen una respuesta.

Además, encontrar a Naim me devolverá la libertad que tanto anhelo.

Cuando se va, me quedo mirando la fotografía que hay sobre la mesa.

¿En qué te has metido esta vez, idiota?

Aunque tiene tendencia a dejar que el sexo opuesto le haga olvidar todas sus obligaciones, nunca había desaparecido durante tanto tiempo. Pasar meses sin tener noticias es demasiado incluso para mi irresponsable hermano.

Tengo que encontrarlo rápidamente, o mi padre seguirá con su loca idea de que yo me haga cargo del Emirato.

No quiero atarme a ese tipo de vida, y mucho menos verme obligado a elegir esposa como él me ha ordenado, así que es vital que yo traiga de vuelta a Naim.

Sobre la Autora

D.A. Lemoyne inició su viaje como escritora en agosto de 2019 con su primera novela, *Seduzida*. Desde entonces, ha escrito más de 80 libros y ha creado varias series superventas, cautivando a lectores de todo el mundo.

A los ocho años, su abuela, una apasionada profesora de literatura, la introdujo en el mágico universo de los libros. En un rincón del apartamento familiar, su abuela tenía una "biblioteca" personal que Lemoyne exploraba con asombro. Al ver el entusiasmo de su nieta, decidió regalarle toda su colección, marcando el comienzo de su amor por la lectura.

Hoy, Lemoyne vive en Carolina del Norte, donde disfruta escribir, cocinar y mantener animadas conversaciones con sus amigos. Sus romances son reconocidos por su intensa narrativa, que mantiene a los lectores al borde del asiento. La pasión inquebrantable de sus héroes y la sorprendente fortaleza de sus heroínas cautivan a quienes se sumergen en sus historias.

Firmemente convencida del poder del amor, Lemoyne encuentra en la lectura y la escritura su mayor inspiración, explorando las profundidades de las emociones humanas y creando relatos que resuenan en el corazón de sus lectores.

Contacto: dalemoynewriter@gmail.com

---

[1] Acosador. Alguien obsesionado con su objeto de deseo y que vela por él sin que la persona sospeche.

[2] Es un banco profundo, tapizado y sin respaldo, con brazos en ambos extremos.

[3] Nota: a pesar de la petición de la madre de Talassa para que su hija fuera encontrada tenga sido hecho a Grigori, él no será su pareja romántica y si, Yerik, primo de él y jefe de la mafia rusa. Por otro lado, Grigori será la pareja romántica de Lara, amiga de Talassa.